
ZONA DE GUERRA
EL PROYECTO ORFEO
LIBRO 6
FRANK J. CAVILL

Zona de guerra

El proyecto Orfeo, Libro 6

Frank J. Cavill

Únete a mi lista de correo para recibir las últimas novedades sobre mis libros:

Lista de Correo

¡Gracias por leer mis libros!

Comunidad:

Todos mis libros: **Frank J. Cavill**

Web: **frankjcavill.com**

X: **@FrankJCavill**

Facebook: **FrankJCavill**

Threads: **@frankjcavill**

Instagram: **@frankjcavill**

TikTok: **@frankjcavill**

Bluesky: @frankjcavill

Mail: **frankjcavill@gmail.com**



Copyright © 2025 Frank J. Cavill
Todos los derechos reservados

Ilustración portada por Pilar García (**pilargarcia.net**)
Edición de Susana Rodríguez Lezaun (**susanarodriguezlezaun.com**)

Corrección por Tanya Velasco

Contenido

La condición humana
La forja del guerrero
Preparados para lo peor
Los preparativos
Preludio
El anzuelo
La primera batalla
El plan B
Resistencia
Evaluación
El primer golpe
Siguiente paso
Las minas
La Sombra Carmesí
Volver a empezar
Extrañas compañías
Divide y vencerás
La leyenda aumenta
El extraño
El reino del Sol Oscuro
La cabaña
La escisión
En busca de ayuda
Paso a paso
Los norteños
Divide y vencerás
La negativa
El ídolo
El peor desenlace

Viejos enemigos
El rescate
Duelo
Tambores de guerra
La estrategia
La batalla por la libertad
Hasta el último aliento
Libertad
La aventura continua en:
La ira de los Khol (El Proyecto Orfeo, Libro 7)
Nota del autor:
Agradecimientos
La ira de los Khol (El Proyecto Orfeo, Libro 7)

1

La condición humana

13 de enero del año 3293

Holoblog - Entrada 12

Steven pulsó el botón de grabar en la holocámara y después se sentó en la silla. No había ni rastro de la habitual sonrisa que había mostrado en las anteriores grabaciones. El tiempo comenzaba a hacer mella en él. Según sus cálculos, ahora tendría unos sesenta y cuatro años, así que no era solo la gravedad lo que hacía que sus hombros se encorvaran. Su aspecto reflejaba el cansancio de alguien habituado a cargar con el peso de la responsabilidad. Sorbió un trago de agua de una taza con el logotipo del proyecto cuya asa había sido reparada con madera y pegamento de contacto. Después, lanzó un largo suspiro.

—Supongo que el ser humano no está diseñado para vivir en el paraíso —dijo por fin—. Según las sagradas escrituras cristianas, no nos hizo falta demasiado para desobedecer a Dios y acabar siendo expulsados del Edén. Ayer tuve una fuerte discusión con varios técnicos que reclaman algo más.

Se llevó las manos al rostro y se frotó los ojos. Tanto las manos como la cara comenzaban a mostrar las marcas características de la edad, y su piel había tomado una tonalidad oscura, típica de alguien habituado a vivir a la intemperie. Su cabello, ya plateado, comenzaba a escasear en la coronilla y en la zona frontal.

—No logro entender el porqué de todas las discusiones que surgen en los diferentes grupos —agitó la cabeza, disgustado—. Llevamos apenas unos años humanos en este planeta, todavía no conocemos del todo sus ciclos estacionales, que son muy diferentes a los de la Tierra. Es totalmente lícito reclamar más recursos y bienes, pero creo que es mi trabajo ser cauto y tratar de mantener

unas reservas de alimentos que garanticen la supervivencia de la colonia en el futuro.

»Es cierto que ahora tenemos suficientes víveres para una buena temporada —admitió—, pero debemos estar preparados para una posible época de escasez. Sin la Galileo, no disponemos de los recursos de conservación ni de entornos de producción de alimentos controlados. No podemos arriesgarnos a que vengan cosechas malas o que nuestras granjas sufran cualquier tipo de problema que nos obligue a tirar de las reservas. Todavía no desafían mi autoridad de forma abierta, pero cada vez son más las voces que insinúan que existe algún tipo de privilegio entre los líderes de las poblaciones. ¡Es demencial!

Steven hizo una pausa y dio otro sorbo a su taza. Paladeó el líquido oscuro y templado; el intenso sabor pareció apaciguarle algo el carácter.

—Nunca he utilizado mi cargo para otra cosa que no fuera el bien común —continuó—. Que se nos acuse de ser desleales es algo que me duele especialmente. Sé que ninguno de nosotros esperaba que la situación fuera esta, pero tal vez pequé de inocente al pensar que la armonía de la que disfrutábamos desde que se marcharon los alienígenas se prolongaría para siempre. Está claro que si el ser humano no ve amenazada su existencia, surgen los egos y las voces discordantes en las sociedades —concluyó.

»Creo sinceramente que a nadie le falta nada de lo que necesita para hacer su trabajo diario. Hemos establecido unos horarios y condiciones laborales adecuados para que todo el mundo pueda disponer de tiempo libre. Hemos fomentado la colaboración y el altruismo. Hasta hemos dado permiso para crear bebidas alcohólicas, siempre que no se utilice ninguna fuente de alimento como materia prima. —Hizo una breve pausa, como si necesitara repasar esa última frase—. Nunca he sido muy aficionado al alcohol, pero puedo entender que haya gente que busque en él una vía de escape. Incluso he probado ese brebaje que los chicos de la doctora Visser han fermentado a partir de la savia de algunas especies coníferas. Y aunque me gusta más el vino tradicional, he de reconocer que han conseguido algo interesante.

»En el fondo, el problema es que sigo sin entender qué se espera de mí —masculló—. Cuando salimos de la Tierra estaba muy claro cuál era mi cometido. El proyecto tenía especificado hasta el más mínimo detalle todas las atribuciones de cada uno de los cargos. Pero no tuvimos en cuenta que nuestra pequeña sociedad humana se fuera a la mierda a las primeras de cambio, a causa de una especie alienígena superior. Esto nos ha supuesto volver a empezar de cero. Supongo que no me esperaba que los problemas y las disputas vinieran desde el seno de nuestra sociedad.

Su expresión reflejaba cierto hartazgo, pero también algo de desilusión por haber comprobado que, en cualquier circunstancia, los enfrentamientos internos seguían siendo inevitables. Sin embargo, trató de buscar algo en su mente que le permitiera modificar su estado de ánimo. Sonrió cuando lo encontró.

—El pequeño Steven está hecho una fierecilla —sonrió—. Sus padres están fascinados con él, es un crío muy inteligente. A veces me lo llevo de paseo, para que vea las distintas granjas de animales de las que disponemos y para que se familiarice con las especies vegetales que nos proporcionan el alimento. Aprende muy rápido, ya es capaz de diferenciar muchas de las plantas que se cultivan en los invernaderos. Sé que será alguien importante cuando llegue el momento. En cierta manera me recuerda a ti, Emily.

Steven miró a la holocámara mientras una sombra de melancolía oscurecía su expresión.

—Sigo hablando como si supiera que llegarás a ver estas grabaciones —dijo—. No hay un solo día en el que no piense en ti y en tu madre. Os hecho tanto de menos…

Su voz se fue apagando hasta que se convirtió en solo un hilo imperceptible. Una lágrima se deslizó por su mejilla hasta ocultarse entre las canas de su barba. Permaneció unos instantes con la mirada perdida, ordenando sus recuerdos y saboreando cada momento que llegaba a su cabeza. Pasado un rato, carraspeó y se obligó a continuar.

—Hemos decidido otorgar ciertos derechos sociales a todos los que decidan dar el paso y tener descendencia. Nuestra pequeña comunidad se encargará en mayor o menor medida de ayudar a los

padres y madres. El proyecto se hará el responsable de la educación de todos ellos. Hemos decidido que, en función de las aptitudes de cada joven, se le educará e instruirá en una de las ramas de conocimiento de las que disponemos: ingeniería, defensa, administración, alimentación y sanidad y otras profesiones.

»Por ese motivo, hemos dividido las poblaciones y las especialidades de la misma forma que los departamentos de la estación. Será responsabilidad de cada una de las secciones formar a las siguientes generaciones de técnicos y especialistas. Creemos que será la manera más eficiente de transmitir el conocimiento y de asegurar la continuidad de todo aquello que realicemos.

Levantó la taza para dar otro sorbo, pero se dio cuenta de que ya no quedaba demasiado, así que se levantó para rellenarlo de humeante té.

—Espero que todo esto sirva para algo —añadió después de volver a su asiento—. Me preocupa mucho lo que un hipotético regreso de esos monstruos pueda hacer con nuestras endebles defensas. Si ya cuando disponíamos de un ejército equipado no fuimos rivales para su tecnología superior, no quiero ni pensar lo que harían con nosotros ahora que hemos vuelto casi a la edad de bronce.

»No hago más que darle vueltas a esa posibilidad —continuó con expresión seria—. Más allá de las posibles bajas o de mi propia muerte, me preocupa el porvenir de toda esta nueva generación de humanos nacidos en este lugar. No podrán tener una educación acorde con la magnitud de nuestra empresa, y tampoco dispondrán de las herramientas que utilizamos para llegar hasta aquí. Tenemos que ser capaces de trasmitirles todo nuestro conocimiento.

»Eso supone un reto de lo más complejo, ya que debemos explicarles todo aquello que para el ser humano fue de utilidad en la Tierra pero que, en estas circunstancias, sin el material ni el desarrollo adecuados, les serán del todo inútiles. ¿Cómo puede ayudar a un joven agricultor el conocimiento sobre astrofísica que nos ha permitido conquistar el espacio más allá de predecir los periodos estacionales? O, ¿para qué servirán los conocimientos sobre electromagnetismo el día que todo el material de la estación

del que disponemos hoy se estropee y no seamos capaces de arreglarlo?

Pensó durante unos instantes sobre todos los problemas a los que se enfrentaban.

—No podemos engañarnos; sin factorías que nos permitan crear piezas de repuesto con la precisión y la calidad necesarias, tarde o temprano nuestra tecnología dejará de funcionar. Debemos ser capaces de darles las herramientas y el conocimiento que resulten de utilidad en el día a día de los keplerianos venideros, pero también de trasladar todo lo que el ser humano se ha encargado de recabar a lo largo de su historia. Tendremos que crear nuevos artilugios a partir de lo que nos da la naturaleza y evolucionarlos de nuevo, tal y como nuestros antepasados lo hicieron antes que nosotros. Supongo que es el ciclo natural de las cosas. Cuando una sociedad fracasa, otra ocupa su lugar y evoluciona a su manera. Esperemos poder hacerlo en relativa paz y armonía.

»Por lo que pueda pasar, hemos comenzado a transcribir todo nuestro conocimiento, desde el principio de los tiempos, a libros tradicionales. Por suerte, disponemos de gran cantidad de árboles y vegetales y hemos recuperado las antiguas técnicas de creación de papel y tintas para la escritura. La técnica no está todavía demasiado depurada, pero a medida que pase el tiempo, lo haremos mejor. Sin una inteligencia artificial que nos ayude a recordar, me temo que nuestra única salida es volver a escribirlo todo.

»Almacenaremos todo lo escrito a salvo de las inclemencias del tiempo, en la cueva de nuestra atalaya, a donde deberíamos regresar si algún día vuelven los alienígenas. Cuando tengamos tiempo, tal vez construyamos un edificio en la explanada de la entrada —aventuró—. Por el momento, estamos transcribiendo todo lo ocurrido desde que aquel asteroide destruyó la Luna, pero nuestra idea es almacenar el conocimiento clásico y la historia de la humanidad, desde la Grecia y el Egipto antiguos hasta la Cuarta Guerra Mundial, la abolición de los autómatas independientes y los acontecimientos posteriores que desencadenaron la creación del proyecto.

»Resulta muy complicado aventurar cómo todo ese conocimiento escrito que dejaremos para las generaciones venideras podrá ser de ayuda o afectar a nuestro futuro como especie. Creo que lo inteligente sería que evitaran cometer los errores que la humanidad llevó a cabo en el pasado y centrarse en los aciertos, pero si algo nos ha enseñado la historia es que no importa cuán preparados estemos ni la cantidad de conocimiento del que dispongamos. La humanidad está condenada a cometer una y otra vez los mismos errores en un círculo sin fin.

Meditó sus palabras, que resonaban en su cabeza como un martillo machacando un yunque.

—Una sociedad fuerte construye tiempos fáciles —recitó—. Tiempos fáciles crean una sociedad débil. Una sociedad débil provoca tiempos difíciles. Tiempos difíciles crean sociedades fuertes.

Hizo una pausa antes de continuar con su disertación.

—Recuerdo a mi anciano abuelo decirme esas palabras. Él combatió en la Cuarta Guerra Mundial y supongo que sabía de lo que hablaba. Si bien el desarrollo de nuestra época se vio interrumpido por la colisión de Belial, estoy convencido de que ese ciclo dominaba nuestra evolución como sociedad. Reconozco que, durante algún tiempo, he estado obviando muchos de los problemas que presenta nuestra colonia, suponiendo que eran coyunturales y que, de alguna manera, se solucionarían por sí solos. Sin embargo, esta última discusión ha despertado de nuevo en mí la sombra de ese círculo vicioso al que el ser humano parece estar vinculado de alguna forma.

»Hacemos todo lo que está en nuestras manos para evitar que alguno de esos ciclos acabe con nuestras opciones de supervivencia. Pero algo me dice que, por desgracia, nada de lo que hagamos aquí puede garantizar el éxito del proyecto. Espero que, si alguna vez llega la caballería, encuentren al menos una parte de lo que hemos conseguido.

Algo interrumpió la disertación de Steven, que se giró para ver qué había provocado un pequeño estruendo.

—¿Tío Steven? —se escuchó una voz infantil.

—¡Aquí dentro! —llamó él.

Un niño de unos cinco años apareció en el campo de grabación del holograma. Tenía la piel morena, como él, y sus ropajes eran muy rudimentarios, apenas unos calzones y una camiseta demasiado grande. Corrió hasta él y Steven lo aupó y lo sentó en su regazo.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó el niño con curiosidad.

—Estoy grabando un holograma —señaló la cámara.

—¿Qué es un holograma?

—¿Sabes esas personas que aparecen de la nada pero que no están ahí? —El pequeño asintió—. Pues eso es un holograma. Estoy grabando uno para que otras personas nos vean a nosotros aunque no estemos allí cuando lo hagan. ¿Quieres decirles algo?

El niño se encogió y se acurrucó contra su pecho. Steven soltó una carcajada ante la repentina muestra de vergüenza de su ahijado.

—¡Vaya! —exclamó—. Con lo parlanchín que sueles ser con todo el mundo. ¿No quieres que otros te oigan hablar? Verás, espero que esto lo pueda ver alguna vez mi hija Emily.

—¿Tienes una hija? —preguntó, curioso.

—Así es.

—Y ¿por qué no está aquí contigo?

Steven dudó sobre cómo contestar a la pregunta, aunque conocía de sobra la respuesta. Él mismo se la había repetido infinidad de veces.

—Porque así lo acordamos los dos —respondió por fin.

—Pero una hija debería estar con su padre —argumentó el niño, que demostraba tener bastante juicio para su edad.

—Así es —reconoció él—. Pero Emily es alguien muy especial y ambos decidimos que era lo mejor para todos.

—¿Dónde está ahora mismo? —preguntó.

—Muy lejos de aquí —respondió él con melancolía—. Viajando por el espacio.

—Yo no quiero separarme de mi padre —protestó.

—Y no tendrás que hacerlo si no quieres —dijo su padrino—. Cuando seas mayor, tendrás que elegir cuál será tu cometido dentro de la sociedad. Y, dependiendo de lo que elijas, podrás estar siempre

con tu familia o emprender un nuevo camino, formando la tuya propia.

—¿Tendré mi propia familia?

—Si así lo deseas, sí.

—Pero yo no quiero otra familia —argumentó—. Me gusta la mía.

—Esa la seguirás teniendo —sonrió Steven—. No importa dónde estén, siempre serán tu familia.

—¿Tú sigues teniendo a tu hija aunque esté lejos de aquí?

Steven lo miró con ternura y admiró su inocencia.

—Claro, la familia es lo más importante que tenemos —respondió —. Y aunque estemos a años luz de distancia, siempre los llevamos con nosotros en nuestro corazón.

2

La forja del guerrero

1 de marzo del año 3

Poblado Khapabir, Kepler-442b

Taro se ajustó el *obi* de su kimono y se levantó del suelo. Después, se dirigió al hogar de la pequeña cabaña en la que se había instalado con Chad. A juzgar por sus ronquidos, el biólogo todavía dormía plácidamente en su habitación. Al japonés no le gustaba demasiado dormir, sentía que perdía un tiempo valioso que podría dedicar a hacer otras cosas más productivas. Ese día iba a ser especial, o al menos, esa era su esperanza.

Como cada mañana, se dispuso a calentar algo de agua en el fuego. Recogió el pellejo que había colgado en la pared y vertió una generosa cantidad en la olla de acero. A continuación, colocó leña y hojarasca seca en el hogar y la encendió con un fósforo. Cuando el fuego estuvo preparado, puso la olla encima del soporte y se sentó a esperar.

Contempló el tranquilo crepitar de las llamas mientras aguardaba a que el agua cogiera temperatura para preparar el desayuno. Aunque hacía varios meses que todos sus compañeros se habían distribuido en diferentes cabañas, todos seguían viniendo hasta allí para desayunar juntos. Sin embargo, Taro prefería la quietud de los primeros rayos de luz y romper el ayuno con la única compañía de sus pensamientos.

Cuando el agua comenzó a hervir, extrajo un par de cazos en una tetera, en la que colocó unas cuantas hojas machacadas de *ghozda*, una variedad evolucionada de té que los keplerianos cultivaban para sus infusiones. El resto del agua la colocó en un par de cafeteras en las que ya había colocado café soluble. Mientras esperaba a que su infusión estuviera lista, preparó la decena de tazas que se secaban

en una alacena y las colocó en la mesa, listas para ser utilizadas por sus compañeros.

Después se sentó en una de las sillas y levantó la tapa de la tetera. El aroma de la infusión impregnó su nariz con diversos matices. Desde luego, no se parecía al té de buena calidad que conseguía en el barrio japonés de su Chicago natal, pero esas plantas tenían otras características que convertían esa bebida kepleriana en algo muy especial. Tenía que reconocerlo, le gustaba casi tanto como un buen té.

Disfrutó de su infusión, que acompañó con una especie de pastas que los propios Gaal-El se encargaban de elaborar en lo alto de su templo. Cada dos semanas, un cargamento de las deliciosas galletas con un toque de jengibre llegaba hasta Khapabir gracias a la buena relación que Waafdiv mantenía con Emily. Eran el desayuno perfecto, con tan solo un par de ellas era capaz de aguantar hasta la hora del almuerzo.

La dieta kepleriana estaba resultando ser mucho mejor de lo que esperaban. Disponían de gran variedad de verduras y legumbres, así como de cereales, carnes y pescados. Desde que los rebeldes atacaron la estación espacial, Emily los había animado a adoptar las costumbres keplerianas. Y eso, como no podía ser de otra forma, incluía la dieta, la vestimenta y los horarios. Aunque Taro tenía ciertos privilegios cuando tenía que acercarse a su *dojo*.

Dejó todo listo para el resto y salió al exterior. Todavía no había demasiada luz, pero le gustaba empezar el día temprano. Se dirigió hacia el coliseo Khapabir, donde Emily y los demás consiguieron el bastón de mando de la ciudad en una competición local. Taro llevaba meses dando clases de artes marciales a todo aquel que lo deseara. Sus alumnos eran en su mayoría keplerianos, pero todos sus compañeros realizaban entrenamientos de al menos dos horas diarias. Muchos de ellos le habían confesado que, de no ser por sus clases, no habrían soportado el ritmo trepidante al que el trabajo los obligaba.

Todos, incluidos muchos de los keplerianos, trabajaban a contrarreloj para concluir todo lo que se habían propuesto hacer antes de que llegaran los Khol. Los avances transcurrían de forma

lenta, pero poco a poco iban cumpliendo los plazos y los objetivos que Emily les había trasladado. Las instalaciones industriales de la ciudad habían sufrido una renovación completa en los últimos meses. Los generadores hidroeléctricos habían sido sustituidos por unos cien veces más potentes y eficientes, lo que había permitido mejorar el resto de las instalaciones de la ciudad. Gracias a ellos, la tecnología kepleriana había dado un salto tecnológico de varios siglos en muy poco tiempo. Vachkaa, el líder de los ingenieros de Khapabir, apenas había pegado ojo desde que se instalaron en la ciudad. Era alguien muy capaz, pero se sentía abrumado por la cantidad de información y las posibilidades de mejora que tenía ante sí.

Las plantas siderúrgicas habían sido actualizadas gracias a todo el conocimiento recibido. Por fin disponían de hornos de arco eléctrico con los que se mejoraron los procesos de obtención de acero y otras aleaciones. Eso entraba dentro del campo de conocimiento de Taro, pero no solo le interesaba por los objetivos que tenían marcados. El forjado de metal le atraía también de forma particular. Todo estaba dispuesto, y esa tarde conseguiría algo que anhelaba desde hacía mucho tiempo.

Trató de quitarse todo eso de la cabeza; todavía faltaban varias horas hasta entonces. Sus pasos lo llevaron hasta la ribera del río, por donde solía pasear a diario. Ese era su momento de paz, a solas con el rumor del agua y el movimiento de los árboles al son del viento. A los pocos días de instalarse en la zona había encontrado un apacible rincón en el que le gustaba meditar lejos del bullicio de la ciudad, que ya despertaba para afrontar un nuevo día.

Además, para su sorpresa, varios de los árboles de aquel lugar estaban en flor en esa época. Taro se aproximó a la enorme losa plana en la que solía descansar tras su pequeña ruta matinal. Ese rinconcito que había descubierto era su vía de escape para relajarse y empezar la jornada con fuerzas renovadas. Taro flexionó las rodillas y se sentó sobre los tobillos. Suspiró mientras contemplaba la majestuosidad de la naturaleza antes de cerrar los ojos.

Las flores blancas con tonos verdosos de los árboles de alrededor se clavaron en su retina. Aquellos árboles tenían algo especial, su

aroma evocaba un lugar que él jamás había llegado a conocer. Recordó la caída de las hojas en otoño, que cubría el suelo de un manto de color pardo. Un fenómeno extraño en un planeta donde predominaban las especies de hojas perennes. Chad había constatado que todo eso obedecía al mecanismo de defensa que los keplerianos habían adoptado para ocultar sus ciudades de la vista de los Khol. Las especies caducas eran minoría en la zona habitada, algo que dejaba clara la intencionalidad de los biólogos keplerianos.

Taro respiró de forma rítmica, vaciando su mente de pensamientos superfluos. Se concentró en el sonido del río, algo más calmado a esa altura del cauce, y el movimiento de las copas de los árboles, que bailaban al son de la brisa de la mañana. Sin embargo, algo captó la atención del geólogo. Un par de ramas rompiéndose a sus espaldas lo pusieron en alerta. Tal vez se tratara de un animal, pero convenía estar atento. Sin abrir siquiera los ojos, prestó atención especial a la zona desde la que percibía los pasos.

—De donde vengo, es de mala educación molestar a alguien durante su meditación —dijo sin inmutarse.

El terminal portátil que llevaba en su muñeca izquierda tradujo su frase al kepleriano. De inmediato, los pasos se detuvieron. Fuera quien fuese, era consciente de que había sido descubierto.

—No tengas miedo —lo tranquilizó—. Acércate.

De entre la hojarasca del bosque apareció una joven kepleriana. Pareció dudar al principio, pero al comprobar que Taro no se había movido de su sitio ni un centímetro, se atrevió a acercarse. Sus ropajes viejos y deshilachados desvelaban su origen humilde. Taro le hizo un gesto con la mano para que se sentara a su lado. La joven se acercó y, tras otro momento de duda, se sentó junto a él.

Aunque Taro seguía con los ojos cerrados, sentía la mirada curiosa de la niña clavada en él.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó el geólogo.

—Josh —respondió ella.

—Es un nombre muy bonito. De hecho, cuando era pequeño tenía un compañero de colegio que se llamaba así.

La joven se quedó extrañada al ver cómo Taro hablaba en un idioma y ese artilugio de su brazo traducía su voz al kepleriano.

—¿Era un niño? —preguntó incrédula—. Josh es un nombre de chica.

—Yo vengo de un lugar muy lejano, con costumbres y nombres diferentes. Y allí, Josh es un nombre de chico.

Taro abrió por fin los ojos y miró a la joven. Apenas tendría siete u ocho años desde el punto de vista humano.

—¿Habías estado tan cerca de alguien como yo? —le preguntó Taro.

La niña negó con la cabeza.

—Eso no parece muy prudente, no todos los desconocidos son amables —le advirtió—. Pero puedes estar tranquila, no te pasará nada malo conmigo. ¿Vives por aquí cerca?

—Sí.

—¿Me has seguido hasta aquí?

La niña asintió con un movimiento de su cabeza.

—Debes tener mucho cuidado, sobre todo si caminas cerca del río. Podrías caerte al agua.

—Sé nadar —presumió—. Mi padre me enseñó el verano pasado.

—¡Oh! Ya veo —sonrió—. Sin embargo, insisto en que tengas cuidado, podrías golpearte con una roca.

—¿Qué haces aquí? —preguntó la niña con curiosidad.

—Vengo todas las mañanas a meditar.

—¿Meditar?

—Sí, cierro los ojos y me concentro en el resto de los sentidos —explicó—. Percibo el olor de las plantas, escucho el rumor del río, siento la brisa en mi cara.

—¿Por qué haces eso?

—Me ayuda a relajarme, a sentir que formo parte de lo que me rodea. ¿Quieres intentarlo? —La joven se encogió de hombros—. De acuerdo, cierra los ojos y no pienses en nada, deja que tu mente se concentre en lo que te rodea. Respira lenta y profundamente. —La niña obedeció y se concentró en el entorno. Taro la imitó y se mimetizó con la naturaleza—. Percibe el olor de las flores, nota cómo el viento acaricia tus brazos, tu cara —le indicó con voz tranquila—. Siente cómo tu cuerpo se relaja y se hace uno con la naturaleza. Las

rocas, las plantas y el río son solo una pequeña parte de algo más grande, algo a lo que todos nosotros pertenecemos.

Taro abrió los ojos para observar cómo la niña continuaba respirando de forma pausada y rítmica.

—Ahora abre los ojos —dijo—. ¿Te notas más relajada?

La niña sonrió y asintió de nuevo.

—He escuchado el agua del río y el viento soplando entre las hojas de los árboles.

—De eso se trata —asintió él—. De sentir lo que nos rodea.

Taro pasó un rato agradable con la niña, a la que después acompañó hasta la cabaña de su familia. Le habría gustado compartir algo más de tiempo con ella, pero tenía otros muchos asuntos de los que ocuparse. Regresó a la ciudad por el mismo camino y entró en el coliseo por uno de los pasillos laterales, como hacía todos los días. En la arena se habían construido diez tatamis de madera en los que todos los días, con la ayuda de sus alumnos más avanzados, impartía las clases de artes marciales.

No sabía lo que les depararía el futuro cuando los Khol llegaran de nuevo al planeta, pero le gustaba pensar que aquello ayudaría a los keplerianos a defenderse de sus agresores. Sus clases no solo consistían en defensa personal y el manejo de las armas. Taro siempre trataba de inculcar una serie de valores tradicionales en sus alumnos. Había decidido seguir el camino del guerrero que muchos de sus antepasados habían caminado antes que él. Disciplina, honor y respeto eran los tres pilares de sus lecciones.

Las clases acababan de comenzar. Hacía ya un par de meses que él no se encargaba de impartirlas a todos los alumnos del *dojo*. Se había rodeado de gente de confianza que se ocupaba a su vez de dirigir a los recién llegados y a los niveles intermedios. Él tan solo se dedicaba a dar las clases avanzadas que recibían todos los *senpais* a media mañana. Sus dos primeros alumnos, Pakhuz y Nondii, formaban parte de esos alumnos aventajados que ahora instruían al resto.

Le había costado bastante moldear el carácter de los dos keplerianos. Pakhuz era muy temperamental, mientras que Nondii era más afable y risueño. Con esfuerzo y templanza había

conseguido que ambos se comportaran tal y como se esperaba de ellos. Se habían convertido en dos guerreros letales, pero también eran leales y disciplinados. De hecho, les confiaría su vida. Ambos le habían demostrado en multitud de ocasiones su respeto y devoción por la causa por la que estaban luchando. Les había tomado gran estima.

Todos los humanos del campamento habían decidido recibir clases de igual manera que los keplerianos. Incluso Emily, a la que casi no veía desde el acontecimiento con los rebeldes en la estación espacial, se acercaba puntual para recibir sus dos horas de instrucción diarias. No lo había hablado con ella, pero a todos les preocupaba esa muralla imaginaria que había levantado con todos los demás.

Taro se adentró por el pasillo central que separaba los tatamis con las manos a la espalda. Solo cuatro estaban ocupados en esos momentos por alumnos que ponían en práctica las enseñanzas que sus *senpais* se encargaban de trasladarles. A medida que avanzaba todos se giraban y se inclinaban a su paso. El respeto que profesaban por Taro era más que evidente. Su porte orgulloso y las finas telas de su kimono destacaban entre todos los alumnos, que no dudaban en mostrarle su respeto.

Khaaÿ, el antiguo líder y actual regente de la ciudad, había atendido todas sus peticiones con diligencia. No solo les había permitido contar con las instalaciones públicas, sino que, además, se había encargado de proveer el equipamiento necesario para que los más de cien alumnos del *dojo* pudieran disponer de una vestimenta y de armas adecuadas para la práctica de las artes marciales.

No solía intervenir en ninguna de las lecciones que se impartían, Taro solo se limitaba a contemplar y observar. Si era necesario corregir algún comportamiento, lo haría más tarde, en una de sus clases. Sin embargo, esa mañana fue diferente. Uno de los nuevos alumnos llamó su atención con aspavientos y gestos que no fueron de su agrado. Aquel joven kepleriano de grandes dimensiones parecía tener demasiada confianza en sus cualidades físicas y no solo había vencido a todos sus compañeros, sino que estaba disfrutando humillándolos.

Taro observó su comportamiento en uno de los combates que su *senpai* organizaba. Los alumnos tenían que utilizar el *bokken*, o espada de madera, para desarmar y golpear a sus rivales. El corpulento y ágil joven era muy superior al resto de los aprendices, pero estaba siendo desconsiderado e hiriente con uno de los menos dotados. Decidió que tendría una conversación con el responsable de la clase, que no estaba siendo capaz de canalizar el ímpetu del alumno.

El más débil consiguió a duras penas detener el envite de su corpulento rival, que aprovechó su mayor envergadura para empujarlo y hacerlo caer sobre la madera, desarmado. Después, alzó su arma para asestar un golpe definitivo a su compañero indefenso. Pero cuando el *bokken* descendía desde lo alto, un golpe seco detuvo el envite. Taro había interpuesto su propia espada en la trayectoria de la estocada.

—El honor no se mide por la fuerza que puedes ejercer sobre un oponente desarmado —dijo el maestro con tono tranquilo—. Es fácil vencer a alguien que no puede defenderse, pero eso no demuestra tu verdadera habilidad ni tu valía. En las artes marciales, el honor radica en proteger a los más débiles, en utilizar tus habilidades para la justicia y el respeto, no para la humillación. Al atacar a alguien indefenso, no solo mancillas tu propio honor, sino también el de todos los que te han enseñado y confiado en ti.

Con un rápido movimiento de su muñeca, Taro golpeó la espada del alumno y lo desarmó, lanzándola por los aires. Después recogió el arma con otro ágil movimiento de su mano. El joven dio un paso atrás.

—Recuerda siempre que el verdadero guerrero busca la paz antes que la batalla —recriminó—. Utiliza tu fuerza para construir, nunca para destruir. Honra a tus oponentes, tanto en la victoria como en la derrota, ya que solo así podrás encontrar el verdadero honor.

Taro volvió a enfundarse la espada y, colocando la de su alumno en horizontal, se la ofreció con una inclinación de su cabeza. El muchacho se acercó dubitativo y la aceptó avergonzado con un gesto de respeto. El resto de los alumnos también agradecieron la lección con un respetuoso ademán. Por último, ayudó al joven

vencido a levantarse del suelo y lo reconfortó poniéndole la mano sobre el hombro.

Tras impartir su clase con los *senpais* y aleccionar al instructor del kepleriano abusón, Taro comió con sus compañeros en el comedor comunal al que solían acudir todos los trabajadores de las plantas siderúrgicas de la ciudad. La comida de los keplerianos de Khapabir, aun siendo peor que la de Wiikhaadiiz ofiz, era buena y variada. En esa ocasión, los cocineros habían asado decenas de pescados junto con una gran variedad de verduras. El pescado recordaba bastante al salmón, y su paso por las parrillas le había proporcionado una cobertura crujiente y una carne jugosa y tierna en su interior. El plato se servía con unas hierbas aromáticas que le daban un toque exótico y un montón de verduras asadas. Había tubérculos de color rojizo, similares a los boniatos, aunque algo menos dulces, y también una especie de pimientos de color anaranjado.

Por norma general, la comida se servía después de tomar algo de fruta ya pelada y era habitual que se sirvieran refrescos templados obtenidos de la cocción de las pieles. Ninguno de los humanos tenía queja alguna sobre la dieta kepleriana. Se podía decir que era incluso mejor de lo que estaban acostumbrados a comer en la estación espacial. En cuanto acabó la comida, Taro se disculpó y se dirigió a uno de los edificios aledaños a las grandes fundiciones. La hora había llegado.

Allí le esperaba Laavyii, el herrero considerado el más experimentado y perfeccionista de todas las ciudades keplerianas. Sus espadas eran legendarias, y su servicio estaba al alcance de muy pocos. Era una suerte que fuera un ferviente seguidor del culto Gaal-El. El herrero lo saludó con una leve inclinación de cabeza.

—Maestro —Taro devolvió el saludo.

—Está todo dispuesto —le dijo.

—Será mejor que empecemos.

Laavyii le tendió un enorme delantal de cuero de un centímetro de grosor y que, además de pesar varios kilos, olía bastante fuerte. A pesar de que daba la impresión de dar mucho calor, Taro se lo puso sin rechistar. Manejar acero incandescente no era ninguna broma.

Taro había contactado con el herrero hacía ya un par de meses con intención de rescatar del ostracismo el arte de la forja de las espadas tradicionales japonesas. Desde el primer instante, el herrero estuvo muy interesado en aprender esa nueva técnica. Su entusiasmo fue incluso mayor tras enseñarle los pedazos rotos de sus dos espadas y comprobar por sí mismo la resistencia de una hoja tan fina y esbelta. Durante las últimas semanas, Taro, con ayuda de Ada, le habían explicado al herrero cada uno de los pasos involucrados en la creación de una katana como la que había perdido por culpa de los rebeldes. Tras semanas realizando diferentes pruebas y catas de acero, ya estaban en disposición de forjar la hoja definitiva.

El proceso había comenzado con la elección de la arena de hierro utilizada en el proceso. Para ese punto fue vital la colaboración de Taro y la utilización de instrumental de alta tecnología, ya que había que seleccionar dos tipos de arena de hierro, una con alto contenido en carbono o *masa satetsu,* y otra con un porcentaje menor, o *akome satetsu*. Entre ambos habían seleccionado arenas con un 0,6% de carbono y otras con un 1,2%. Eso les había permitido crear los dos tipos de *tamahagane*, o acero tradicional japonés, que serían necesarios para la creación de las hojas.

—Lo primero que tendremos que hacer será el núcleo —dijo el experimentado herrero justo antes de comenzar.

Introdujo el bloque alargado de acero en uno de los nuevos hornos de arco eléctrico que habían construido. En poco tiempo alcanzó los mil quinientos grados centígrados que necesitaban para comenzar la forja. Una vez obtuvo una masa incandescente, el herrero colocó la barra en un yunque y comenzó a martillear el corazón de la espada con precisión y constancia. Tras unos minutos dando forma al núcleo o *hada*, introdujo el bloque de alto contenido en carbono, que acabaría siendo el que daría el filo a la hoja o *kawagane*. Después hizo lo mismo que con el que acababa de martillear.

Cuando ambos bloques estuvieron preparados, el herrero los sacó del horno y comenzó a envolver el núcleo con el acero de alto contenido en carbono. Para ello siguió las instrucciones de un

proceso conocido como pliegue y forja, donde el acero se dobla y se martillea de manera constante para eliminar impurezas y crear un grano de acero fuerte y homogéneo.

Tras varias horas calentando y martilleando ambos bloques para unirlos en uno solo, la hoja comenzó a tener la característica forma curvada de las katanas tradicionales. Laavyii fue especialmente meticuloso con la longitud y la curvatura que Taro le había indicado. Cada poco tiempo colocaba la hoja recta justo delante de sus ojos para comprobar que el acero no se había combado y para corregir las pequeñas desviaciones en el proceso.

Ya era de noche cuando el experimentado herrero dio por válida la hoja. Estaban listos para realizar el paso más crítico de todo el proceso. Laavyii introdujo la hoja resultante de nuevo en el horno hasta que esta alcanzó los ochocientos cincuenta grados de temperatura. Durante ese calentamiento, el acero se austenitizó, es decir, los átomos de carbono se redistribuyeron de manera uniforme dentro de la estructura de hierro, formando una solución sólida llamada austenita.

El herrero extrajo la hoja del interior del horno y, tras mirar a Taro con cierta tensión, la introdujo en una larga pileta. El agua comenzó a burbujear de inmediato debido al calor de la hoja, que se enfrió con rapidez. Tras unos segundos eternos, sacó el acero de su particular baño. Una nueva mirada le permitió comprobar si el proceso de templado había provocado algún daño en el material.

—Está perfecta —dijo con alivio—. Totalmente recta, sin impurezas ni grietas superficiales.

Taro soltó de repente todo el aire acumulado en sus pulmones. Acababan de pasar el punto más crítico de la creación de una espada.

—Pero la hoja todavía es muy frágil —advirtió el herrero.

Volvieron a meterla en el horno, aunque esta vez ajustaron la temperatura a doscientos veinte grados. Comenzaba de esa manera el proceso de revenido, que aliviaría las tensiones internas y ajustaría la estructura cristalina para aumentar la tenacidad y reducir la fragilidad sin perder demasiada dureza.

—Ahora tendremos que esperar un par de horas —le recordó Taro.

Aunque ya era bien entrada la madrugada, ninguno de los dos quiso marcharse de la forja. La fatiga del herrero era más que evidente, pero la curiosidad de ambos por finalizar el proceso era tal que decidieron quedarse. Una vez sacaron la hoja de su proceso de revenido, la dejaron enfriar durante unos minutos que aprovecharon para concluir las conversaciones banales que habían mantenido durante la espera.

—Creo que no me equivoco al afirmar que esta es mi mejor creación —dijo el herrero con orgullo al sostener la hoja con sus propias manos.

—Es preciosa —corroboró Taro, complacido con el resultado.

Tras dos días de un meticuloso proceso de afilado y pulido, que Laavyii realizó con diversas piedras y lijas de grano cada vez más fino, la hoja estuvo a punto para realizar el último de los pasos. Durante ese tiempo, el herrero había replicado el proceso de nuevo para forjar también la hoja del *wakizasi*, o espada corta, de Taro.

El geólogo le entregó la *tsuba* o guarda y el *tsuka* o mango de ambas espadas para que el experto herrero montara las hojas en ellas. Taro previamente había retirado el cordaje de color azul que las envolvía. El herrero retiró las espigas o *nakagos* rotos de las hojas viejas de ambas empuñaduras y corrigió los de las hojas nuevas para que entraran a la perfección en el orificio. Tras varias pruebas y lijar varias veces el material sobrante, Laavyii consiguió meter ambas espigas en el interior del mango. Después, introdujo tres pequeñas clavijas metálicas que fijarían la espiga al *tsuka* de las espadas.

Cuando volvió a colocar la guarda y el pomo, Taro envolvió los mangos de sus dos espadas con un nuevo cordaje, que en esta ocasión eran de un rojo intenso.

—¿Un color diferente? —preguntó el herrero.

—Así es —dijo él—. El anterior pertenecía a mi familia.

—¿Y eso supone algún problema? —preguntó—. ¿No quieres rendir homenaje a tus antepasados?

—Sin duda, eso habría sido lo apropiado —admitió él con pesar—. Sin embargo, he decidido que quiero seguir mi propio camino. Seguiré honrando a mis antepasados y a mi cultura, pero el camino que recorreré a partir de ahora será cosa mía, y solo mía.

—Es un bonito objetivo.

Taro concluyó el proceso de *tuskamaki* o envoltura del mango de la espada con el *ito*, el cordón de seda o algodón que, siguiendo un patrón cruzado, proporciona a la espada el agarre necesario para su manejo, además de la estética tan característica y tradicional.

Por fin, tras una larga espera, Taro pudo sostener por primera vez su nueva katana. Comprobó su equilibrio colocándola sobre dos de sus dedos, justo por encima de la guarda. La espada no se balanceó ni un ápice sobre las manos expertas del japonés. Observó con admiración la belleza y brillo de la hoja, coronada longitudinalmente con el *hamon*, la línea de templado que separaba los dos tipos de acero que se habían utilizado en el forjado de la katana.

Después se inclinó sobre el suelo y la posó con sumo cuidado sobre la piedra de la herrería. Sobre ese mismo lugar, desenvolvió algo que había llevado oculto en un paño de lino. Se trataba de una *saya*, la vaina de la katana, que había encargado hacía semanas a un artesano local. Este había teñido el cuero del mismo color rojizo que el *ito* y lo había decorado con un detallado mapa de la isla de Japón, perdida tras el impacto del asteroide en la Tierra. Taro presentó sus respetos al noble acero que acababa de recibir colocando sus manos sobre el suelo y agachando la cabeza hasta rozar el piso.

Se levantó, introdujo la espada en su vaina y la ató a su cinturón. Después se dirigió al exterior de la herrería y se puso justo delante de un arbusto de tronco duro y grueso. Tras inclinar su cabeza, colocó el pie derecho delante y apoyó el izquierdo unos centímetros por detrás. En un rápido movimiento de su brazo derecho, extrajo la katana de su *saya* y asestó un preciso corte sobre una de las ramas más gruesas del arbusto, que cayó al suelo con un sonido sordo.

—Es perfecta —dijo con orgullo.

3

Preparados para lo peor

4 de abril del año 3

Poblado Khapabir, Kepler-442b

Todos agacharon la cabeza cuando Emily les dio la noticia. Ya había resultado una sorpresa que los reuniera en las instalaciones ocultas de Khapabir, donde nadie vivía ya.

—¿Y qué es lo que se supone que debemos hacer ahora? —preguntó Paula—. ¿Escondernos mientras el ejército pelea por nosotros?

—Me temo que sí —respondió Emily—. El capitán Harris ha sido muy claro al respecto. No podemos interferir de ninguna manera en las operaciones

—Pero ¿y todo lo que hemos construido durante estos meses de duro trabajo? —preguntó Gorka.

—Por suerte o por desgracia, solo se trata de nuestro plan B.

—No me parece justo —protestó Paula—. Creo que estamos preparados para lo que se nos viene encima. Taro se ha encargado de que así sea.

—Todos estáis al tanto de mi oposición a la estrategia de defensa del capitán Harris —respondió ella con seriedad—. Creo que la confrontación directa es un suicidio dada la tecnología gravitatoria de la que dispone el enemigo. Nuestra misión, si estoy en lo cierto, y creedme cuando os digo que espero con toda mi alma equivocarme, será resistir en la superficie si el plan del capitán no tiene éxito. Vendrán tiempos difíciles y peligrosos, tendremos que hacer cosas que nunca imaginamos y puede que perdamos todo aquello por lo que hemos luchado.

Todos guardaron silencio ante las profundas palabras de Emily.

—Pero si el destino ha querido que nosotros seamos el plan B de la humanidad, seremos la última defensa ante la extinción. Tenemos

que ser fuertes, esa será nuestra responsabilidad.

—¿Han atravesado ya las naves Khol la anomalía? —inquirió Taro.

—No. Por el momento Ada solo ha detectado la anomalía —explicó Emily—. Según los registros que tenemos tanto de la aparición de los heraldos como de las grabaciones de la Galileo, la aparición de la armada Khol suele producirse dos días después de que se abra esa especie de portal en el espacio.

—¿Se ha abierto en el mismo lugar?

—Creemos que sí.

—¿Y qué va a ocurrir con la Asimov? —preguntó Erik.

—Ya os comenté que los trabajos de instalación de los motores del módulo de terraformación de la Galileo en la estación espacial concluyeron con éxito —respondió—. El módulo de ingeniería vuelve a ser un compartimento estanco. Han sido muchos meses de esfuerzo que puede que sirvan para marcar la diferencia entre el éxito y el fracaso del proyecto. Esta misma mañana ha comenzado su traslado hacia la cara oculta del planeta. Tardará más de lo normal debido a las diferentes especificaciones de los motores, pero todo parece estar yendo como se esperaba. En unas horas, serán indetectables desde la anomalía.

Un coro de suspiros de alivio acompañó las palabras de Emily.

—¿Significa eso que ya no dispondremos de Ada? —preguntó Min.

—Así es, no tendremos conexión con Ada, al menos tal y como la conocemos ahora mismo —explicó—. Evidentemente, continuará en la estación espacial, pero no tendremos manera de comunicarnos con ella. Para evitar que los Khol detecten la Asimov, se ha desechado poner en órbita nuevos satélites que nos permitirían comunicarnos mediante enlaces de cadena. La estación comenzará un silencio de radio total en cuanto se oculte de la anomalía.

»Sin embargo, dispondremos de determinados módulos de Ada dispersos por diferentes equipamientos. Sin ir más lejos, se han adaptado los carros de combate que los hombres del capitán Harris utilizarán para la batalla. El módulo de apuntado de los cañones de riel, entre otros, estará controlado por uno de los módulos locales de Ada.

—Pero, entonces ¿cuál será nuestro papel en todo esto? —preguntó Chad—. ¿Qué haremos mientras el ejército libra una batalla por nuestra supervivencia?

—Estaremos atentos a lo que ocurre —dijo Emily—. Si los Khol no destruyen los satélites, como cree el capitán Harris, podremos seguir los avances desde nuestros terminales. En caso contrario, podremos escuchar las comunicaciones de radio de los militares para conocer de primera mano lo que ocurre. Pero en ninguno de los casos seremos capaces de comunicarnos con ellos. A partir de este instante estaremos aislados del resto del personal del proyecto.

—¿Dónde se encuentran nuestros militares? —preguntó Evelyn—. Hace muchos días que no sabemos nada de ellos. ¿Van a entrar también en combate?

—No. Tanto el capitán Beaufort como la sargento Ferrara y el resto de su pelotón están preparando los lugares en los que nos ocultaremos de los Khol en caso de que el plan del capitán Harris no funcione.

—¿Vamos a tener que vivir en diferentes lugares? —preguntó Chad.

—Así es, nos convertiremos en nómadas mientras dure toda la operación. Esperemos que no sea necesario, pero hay muchas posibilidades de que tengamos que liderar una suerte de resistencia.

—¿Y no es mejor que nos ocultemos y dejemos que los Khol se vuelvan a marchar? —preguntó Erik.

—¿Qué pretendes conseguir ocultando la cabeza debajo de la tierra? —La mirada de Emily consiguió que el joven ingeniero se arrugara en su silla—. Dentro de treinta años, cuando regresen de nuevo, seremos más viejos, y nuestra tecnología también lo será. Debemos defendernos ahora o perderemos una gran oportunidad de conseguir la libertad. No podemos ponernos de lado en esto mientras centenares de militares dan su vida por nosotros y muchos keplerianos sufren las consecuencias de la esclavitud. —Respiró hondo y su expresión se suavizó—. Pero ninguno de vosotros está obligado a permanecer en el planeta. El que desee regresar a la estación espacial es libre de hacerlo. Pero tened algo claro, en

cuanto los Khol aparezcan por esa anomalía, nadie podrá volver a la Asimov.

Un incómodo silencio se hizo en la sala. Nadie quería abandonar el barco, aunque sabían que las condiciones a las que serían sometidos al quedarse allí serían las más complicadas.

—¿Y qué hay de ti? —preguntó Gorka—. ¿No eres demasiado valiosa para quedarte aquí? Ahora eres la directora del proyecto.

—Y también soy la líder única de los pueblos keplerianos, no lo olvides —respondió con sequedad—. No puedo darme la vuelta y hacer como si nada. Mi lugar está aquí, y aquí permaneceré, aunque sea lo último que haga.

—Entonces, supongo que solo nos queda hacer las maletas y marcharnos de aquí.

—Sí, eso me temo —confirmó Emily—. Esta misma tarde partiremos hacia el primero de los campamentos que se han construido con ayuda del personal militar de Khapabir. No nos quedaremos demasiado en ningún lugar, y puede que ni siquiera todos nosotros compartamos el mismo campamento, por seguridad.

—¿Se sabe algo de esa sociedad secreta de keplerianos que colaboran con los Khol? —preguntó Chad.

—No —respondió—. Sean quienes sean, se cuidan mucho de ocultar sus pasos. Pero tenemos claro que debemos ir con pies de plomo si no queremos que nos sorprendan. Por eso cambiaremos de campamento cada pocos días. Os recomiendo que llevéis solo lo imprescindible.

—¿Dónde se encuentran los campamentos? —se interesó Gorka.

—Cuantas menos personas lo sepamos, mejor —dijo mientras negaba con la cabeza—. De hecho, solo dos personas estaremos al tanto de la localización del otro grupo en cada momento.

—¿Qué hay de todos los keplerianos que han estado entrenando durante estos últimos meses? —preguntó Taro—. ¿Qué es lo que debo decirles?

—Selecciona una decena de los mejores —aconsejó Emily—. Podrán venir con nosotros si es su deseo, aunque tienen que saber que será peligroso; estaremos expuestos a un montón de peligros.

De momento no podemos contar con el resto, llamaríamos demasiado la atención.

Taro inclinó la cabeza, aceptando el punto de vista de Emily.

—¿Y qué hay de los hornos y toda la tecnología que hemos ayudado a construir? —preguntó Min—. ¿Lo dejamos todo parado?

—Por lo que me han contado, los Khol nunca han mostrado demasiado interés por la tecnología kepleriana. La actividad continuará dirigida por Vachkaa y su equipo. A partir de este momento, los keplerianos se encargarán de seguir con nuestro trabajo. Lo que me recuerda algo. —Emily miró a Taro—. ¿Ha concluido tu herrero con el encargo?

—No, todavía no —dijo él—. Aunque creo que no le falta demasiado, está colaborando con varios compañeros.

—Necesitamos esas armas cuanto antes —apremió Emily—. Como sabéis, todos nuestros trajes y equipamiento, además de los que se encontraron junto con el módulo de terraformación, serán utilizados por el ejército en la operación. No dispondremos de ningún tipo de tecnología para hacer frente a los Khol. Por eso accedí a que Taro nos instruyera a todos en las artes marciales. Necesitaremos esas armas para poder defendernos.

—¿Cómo se supone que vamos a defendernos de seres de más de dos metros que disponen de una tecnología muy superior?

—Taro —Emily le dio la palabra.

—Estos últimos meses he estado hablando con los ancianos Khapabir sobre cómo actúan los Khol —explicó el geólogo—. La idea era entender las claves de sus aptitudes de combate. A pesar de que hace miles de años que no ha habido un intento serio de amotinamiento, los keplerianos han protagonizado pequeñas reyertas a modo de oposición, especialmente cuando los Khol intentan diezmar la población para controlar el crecimiento o cuando les roban las provisiones que tanto esfuerzo les ha costado conseguir.

»Gracias a esas conversaciones y a las investigaciones de Chad y los doctores Leclerc y Malik, nos hemos hecho una idea de lo que nos podemos encontrar. Vaya por delante que no contamos con

ningún experto en razas alienígenas inteligentes. Lo más cercano que tenemos es a Chad, cuya especialidad es la astrobiología.

—Pero, por razones obvias, mi campo de estudio se limitaba a teorizar sobre las condiciones necesarias para la vida en otros planetas —aclaró él—. Es la primera vez en la historia de la humanidad en la que nos topamos con una raza inteligente.

—El caso es que el comportamiento de los Khol presenta varias incongruencias. —Taro manipuló su terminal y el proyector holográfico mostró un ejemplar—. En primer lugar, no disponen de ningún tipo de armamento tecnológico. A pesar de lo avanzado de su flota estelar, continúan utilizando lanzas, espadas y otros tipos de armas cuerpo a cuerpo.

—¿No disponen de armas a distancia? —preguntó Gorka, extrañado.

—No, al menos según la información de la que disponemos —comentó Taro—. Pero eso no es lo más extraño de todo. Lo que realmente nos ha llamado la atención es que, a pesar de que han pasado diez mil años desde que la tripulación de la Galileo se topó por primera vez con ellos, su tecnología no ha evolucionado ni un ápice.

—¿Nada?

—No —dijo Chad—. Y eso es lo más extraño, no tiene ningún sentido. A cualquier especie inteligente se le presupone una evolución, y no solo me refiero a nivel genético, aunque en ese ámbito las modificaciones serán más lentas, a menos que ellos también estén expuestos a las moléculas. El comportamiento y la forma de actuar de los Khol es la misma en todos los escritos que hemos encontrado de diferentes épocas.

—¿Qué conclusión se supone que debemos sacar de eso? —preguntó Min.

—No tengo ni idea —reconoció Chad, que se encogió de hombros —. Simplemente quería dejar patente que se trata de una incongruencia respecto a nuestras teorías evolutivas. No sabemos qué es lo que puede haber detrás de ello.

—Pero los keplerianos tampoco parece que hayan evolucionado demasiado su tecnología, ¿no? —comentó Paula.

—Ellos han estado sometidos a otra raza superior que los ha mantenido a raya —respondió Taro—. Cada vez que hacían algún avance o desarrollaban alguna tecnología prometedora, los Khol lo destruían para evitar futuros problemas. A cualquier especie le resultaría muy difícil poder evolucionar así.

—¿Sugerís que los Khol están a su vez sometidos por otros? —preguntó Paula.

Chad la miró con curiosidad.

—En realidad no hemos pensado en los posibles motivos —se rascó la cabeza—. Tan solo habíamos constatado los hechos. No hemos invertido tiempo en hacer elucubraciones que tal vez no nos sean de utilidad.

—El caso es que nos enfrentaremos a un enemigo con el mismo desarrollo tecnológico al que los miembros de la tripulación de la Galileo no pudieron vencer —zanjó Emily—. Debemos estar atentos.

Emily revisaba una mochila un rato después de concluir la reunión. Paula se le acercó con cuidado.

—¿Qué tal te encuentras?

—Bien —respondió lacónica.

—No sabemos casi nada de ti desde hace meses —insistió.

—He estado ocupada —respondió sin levantar la mirada de su petate.

Paula cogió la mano de Emily para obligarla a detener su búsqueda y conseguir toda su atención.

—Emily, creo que hablo en nombre de todos cuando digo que nos preocupas —dijo—. Sé que has estado sometida a mucha presión desde que llegamos aquí. Somos conscientes de que tu nuevo cargo implica un montón de tareas y cuestiones de gran importancia, pero creo que te estás alejando demasiado de nosotros.

Emily la miró con gesto serio y pareció dudar, pero acabó encogiéndose de hombros.

—Estoy bien —repitió—. No tenéis por qué preocuparos.

—Yo creo que sí —insistió la brasileña—. Entiendo que la pérdida del subdirector ha sido muy dura, pero cerrándote tras una coraza

no vas a solucionar nada.

—En eso tienes razón —respondió ella—, nada de lo que haga podrá traerlo de vuelta. Ni a Rakesh, ni a mi padre, ni a la tripulación de la Galileo.

—Entonces, ¿por qué te empeñas en alejarte de nosotros?

—Porque tal vez de esa manera evite que os pongan una diana en la cabeza —soltó de golpe.

—Emily —respondió Paula—, tenemos ya una diana en la cabeza. Somos un pueblo extranjero en un planeta desconocido. Los keplerianos no tienen ni idea de lo que nos une a ellos, y algunos pueden llegar a pensar que también queremos subyugarlos. Y en poco tiempo llegarán los Khol y estaremos expuestos a grandes peligros. No necesitamos estar cerca de ti para vivir en una constante amenaza. El planeta entero es una olla a presión a punto de estallar.

—Lo sé —admitió—. Pero si el capitán Harris no tiene éxito y la situación se vuelve en nuestra contra, todo el mundo vendrá a por mí. Si yo caigo y la situación es insostenible, quiero que viajéis hasta algún lugar en el que alguien de la Asimov pueda rescataros. No quiero cargar con la responsabilidad de vuestras muertes.

—Y no tienes por qué hacerlo —repuso Paula—. Es nuestra decisión luchar aquí, a tu lado. Nosotros siempre estaremos contigo, pero intenta no separarnos más. Creo que tú no eres así.

—Entonces, igual es que no tienes ni idea de cómo soy —respondió, alzando la voz.

Después, y sin dar opción a réplica, cogió su mochila y salió del edificio. Se puso la capa de color negro que Khaaÿ le había regalado, miró en todas direcciones para asegurarse de que nadie la observaba y se encaminó de vuelta hasta el edificio donde había vivido durante los últimos meses.

Abrió el portón de madera de la entrada, lo traspasó y cerró con un sonoro portazo. Dejó la mochila en el suelo y se sentó en la austera cama de la única habitación de la cabaña. Las lágrimas brotaron de sus ojos como si de una cascada se tratara. La conversación le había hecho mucho daño. Y aunque sabía que Paula tenía parte de razón, no podía evitar pensar que lo hacía por el bien

de todos. Se había separado del resto para no tener que cargar con la responsabilidad de la vida o la muerte de los demás.

Por algún motivo, recordó una conversación que tuvo con David. Hacía mucho tiempo de ello, parecía que hubiera pasado una vida entera desde entonces. «Llegará con total seguridad un día en el que tendrás que tomar decisiones que puedan suponer la vida o la muerte de alguien. Y estoy del todo convencido de que tomarás las apropiadas, te lo puedo garantizar», le había dicho el subdirector.

Sin embargo, ella no se veía capaz de cargar con esa responsabilidad. Ni siquiera era capaz de olvidar a los que ya no estaban. Trató de calmarse. Respiró de forma pausada hasta que por fin recuperó el control de sus emociones. De repente, escuchó un ruido metálico en la puerta de la cabaña. Después, el fuerte golpe al cerrarse la puerta. Emily rebuscó con rapidez en su mochila y sacó una pistola de ultrasonidos. Era de lo poco que el capitán Harris no había requisado para la batalla.

Se armó de valor y se acercó a la puerta de la habitación con la pistola por delante. Unos pasos se acercaron por el pasillo y una figura oculta bajo un manto de color gris oscuro apareció de repente.

—¡Qué susto me has dado! —gritó.

La figura dio un respingo y se echó hacia atrás la capucha.

—Perdona —respondió Yisht—, no pensaba que estarías aquí. Te hacía en una reunión.

—No ha sido muy larga —dijo ella bajando el arma—. ¿Has entregado el mensaje?

—Sí, y tengo la respuesta.

Yisht le ofreció un trozo de papel arrugado y Emily lo leyó con detenimiento. Después se dirigió al hogar de la cabaña y lo quemó con un fósforo.

—De acuerdo. Es hora de que me ponga en marcha.

—¿Lo tienes todo preparado? —preguntó Yisht.

—Sí —dijo tras un prolongado silencio.

—¿Te encuentras bien? Pareces distraída.

—Sí, es solo que…

Emily la miró a sus grandes ojos oscuros y sintió la tentación de compartir con la kepleriana todo lo que le pasaba por la cabeza, todos sus miedos, sus problemas… Todo lo que la preocupaba. Desde que llegaron al planeta había sido alguien muy importante para Emily. La joven había superado con mucho esfuerzo todas las secuelas físicas y psicológicas que le había causado su cautiverio. Sin embargo, se lo pensó de nuevo y decidió no cargarla también a ella con sus problemas. Ya había pasado suficiente.

—Nada, no es nada —sonrió con timidez.

—He tenido la oportunidad de cruzar unas palabras con Shyilru —dijo—. Creo que ha aprendido muy rápido la forma de actuar de su predecesora.

Shyilru era la actual regente de la ciudad. Había pasado toda su vida como consejera y protegida de Khikhya, la antigua líder de los Wiikhaadiiz ofiz. A pesar de todo lo que había hecho y del odio que destilaba hacía los humanos, Emily no había querido que sus conciudadanos conocieran la verdadera naturaleza de su difunta líder. Consideró que no tenía sentido, una vez que ya no podía hacer ningún mal.

Sin embargo, su fiel consejera había jugado sus bazas muy inteligentemente. Tras organizar un homenaje público por la memoria de su mentora, se colocó en la carrera electoral con un discurso que emocionó a los presentes y anuló a sus posibles rivales. Y es que la muerte de la anciana kepleriana había dejado un importante vacío administrativo y las leyes eran claras en ese sentido. Estaban obligados a elegir a un sucesor.

A Emily le habría gustado postular a Yisht para el puesto de regente, pero todavía no había superado las secuelas de las torturas que había sufrido en el matadero abandonado. En vista de la imposibilidad de presentar un candidato de garantías, decidió permitir que la antigua consejera de Khikhya se convirtiera en la regente de la ciudad vecina.

—No me sorprende —respondió ella—. Ya apuntaba maneras cuando vivía Khikhya. ¿Te ha causado algún problema?

—Al contrario, ha sido muy amable, supongo que porque sabía que nos observaban. Se ha preocupado mucho por mi estado de

salud, como si no supiera lo que pasó.

—Ten cuidado con ella, es una maldita serpiente.

—Lo sé —respondió la joven—. También me ha preguntado por ti. Parecía especialmente interesada en conocer tu paradero actual.

Emily torció el gesto.

—Supongo que será buena señal —pensó—. Si esa aprendiz de arpía no sabe dónde estoy, probablemente la sexta logia tampoco lo sepa. ¿Crees que están al tanto de que ya ha aparecido la anomalía?

—No lo sé —agitó la cabeza—. La conversación fue bastante breve.

—Gracias, Yisht —concluyó Emily—. Supongo que ahora me tengo que marchar. Cuando pisé por primera vez esta cabaña, no pensé que me costaría abandonarla, pero la verdad es que es bastante acogedora. ¿Estarás bien aquí?

—Sí, no te preocupes —le aseguró ella—. Además, tampoco creo que pase aquí demasiado tiempo. Hay mucho que hacer.

Emily asintió, aunque no pudo evitar la sensación de que de nuevo empujaba a alguien a una vida incierta, llena de peligros.

4

Los preparativos

4 de abril del año 3

Bosques al sur de la base Magallanes, Kepler-442b

El capitán Harris repasaba mentalmente cada detalle de su plan mientras observaba el holograma táctico que proyectaba la imagen de la antigua base Khol. Era una zona pedregosa y de escasa vegetación en medio de un denso bosque cubierto de maleza y helechos. Sabía que se enfrentaba a un enemigo formidable, pero también confiaba en la capacidad de sus hombres y en la ventaja del factor sorpresa. Durante los últimos meses, el capitán se había encargado de sacar de la crioestasis a gran parte del personal del ejército y ya disponía de algo más de trescientos efectivos, cada uno de ellos equipado con un exotraje de categoría militar. Además, gracias a la previsión del director Rhodes, contaban con dos carros de combate armados con cañones de riel, capaces de perforar hasta los gruesos blindajes de los cruceros alienígenas.

Harris había dividido a sus tropas en cuatro escuadrones, cada uno con un objetivo claro y definido. Los dos primeros, de un centenar de soldados cada uno, se habían desplegado al norte y al sur de la base y se habían ocultado entre la espesa vegetación, utilizando el terreno a su favor para permanecer invisibles hasta que llegara el momento de atacar. Su misión era avanzar en un movimiento de pinza una vez que los Khol estuvieran asentados, cortando cualquier posible ruta de escape y atrapando al enemigo dentro de su propia base.

El tercer escuadrón, compuesto por unos treinta soldados, se había situado en una colina al oeste de la base, donde habían construido unas ligeras estructuras en las copas de los árboles que les permitían tener una vista despejada de toda la zona. Además, estaban equipados con rifles de francotirador y lanzamisiles para

proporcionar fuego de cobertura y neutralizar cualquier amenaza inesperada. Este grupo era esencial para garantizar que los pilotos de cazas Khol no pudieran despegar ni organizar una defensa efectiva del perímetro. Harris sabía que los cazas enemigos no serían una amenaza significativa al no disponer de flota aérea, pero no quería dejar nada al azar. La prioridad absoluta era destruir el crucero estelar, cuyas armas gravitatorias habían acabado con las fuerzas de la almirante Närhi hacía ya diez mil años.

El cuarto y último escuadrón, formado por otros cincuenta soldados, permanecería al este, como una reserva táctica. Ese pelotón estaría preparado para moverse rápidamente a cualquier punto donde se necesitaran refuerzos, o para lanzar un ataque directo y decisivo si las circunstancias lo permitían. Era la carta que Harris se guardaba en la manga, una fuerza flexible que podía adaptarse a cualquier situación en el campo de batalla.

Los dos carros de combate, provistos de cañones de riel, se posicionaron cuidadosamente en los claros del bosque al noroeste y sureste de la base. Desde esas dos ubicaciones estratégicas tenían líneas de tiro directas hacia la zona principal de la base enemiga, donde Harris había previsto que los Khol establecerían su centro de mando. Los cañones de riel eran el elemento clave del plan. Con ellos, Harris pretendía destruir el crucero estelar de los Khol en el momento más crucial, antes de que pudieran utilizar sus armas contra ellos.

La estrategia del capitán dependía de la paciencia y la sincronización. Sabía que los Khol, confiados en su superioridad tecnológica, no esperarían un ataque frontal. Su intención era dejar que los alienígenas descendieran del crucero y se sintieran seguros dentro de la base, ocupados en sus operaciones de asentamiento y fortificación. Cuando los Khol bajaran la guardia, Harris lanzaría un ataque relámpago desde varios flancos a la vez.

—Escuchen bien, solo tendremos una única oportunidad para sorprender a esos malditos bastardos —arengó a sus soldados—. No tenemos margen de error. Dejaremos que se establezcan en la base, y para ello necesitaremos que todo el mundo esté en completo silencio. Puede que tengamos que estar muchas horas en posición y

en silencio de radio. Logística ya ha colocado todo el material para cargar los exotrajes con provisiones y energía. Sé que será complicado mantener la calma en los momentos de tensión, pero es de vital importancia que nadie haga ningún movimiento que pueda delatarnos. Los Khol son peligrosos, pero miles de años sin revueltas importantes los habrán vuelto arrogantes y confiados. Cuando bajen la guardia, será nuestro momento de atacar.

El capitán miró a los tres tenientes uno por uno para cerciorarse de que habían entendido la importancia del silencio.

—Si estoy en lo cierto —continuó con tono firme—, podremos controlar todos los movimientos enemigos a través de los satélites. Pero en el hipotético caso de que los destruyan antes de aterrizar, el sargento Luccin y sus muchachos serán los encargados de proporcionarnos la visual del terreno.

—¿No podemos utilizan drones? —preguntó el sargento Luccin.

—Según las grabaciones que tenemos de la Galileo, uno de los militares Khol de alto rango pareció detectarlos a simple vista —explicó—. Así que por el momento no lo contemplamos. Aun así, tengan preparado todo el material para su utilización. Si se desatan los siete infiernos, tal vez necesitemos un plan B para saber lo que ocurre en el campo de batalla.

El capitán repasó el holograma con la mirada y señaló dos zonas.

—El ataque comenzará cuando los dos cañones de riel abran fuego contra el crucero alienígena. En ese mismo instante, aprovechando la distracción, los escuadrones del norte y del sur cerrarán el cerco sobre la base —explicó a los presentes—. Es de vital importancia proteger los cañones. Si conseguimos destruir el crucero estelar, atraparemos a su infantería en tierra. Eso los dejara sin posibilidad de escapar ni de recibir refuerzos. Provocaremos el caos entre sus filas.

»La reserva móvil tiene que estar lista para intervenir en caso de que cualquier parte del plan fallara. El primer objetivo es asegurarnos de que los Khol no tengan ninguna oportunidad de contraatacar. Ramos desde el sur, y Johnson desde el norte, se encargarán de la primera acometida. Avanzarán sincronizados desde ambos flancos y aplastarán sus tropas en la línea central. —Señaló la

zona en el holograma—. Mientras, el escuadrón situado al oeste eliminará desde la distancia cualquier amenaza que se interponga en su camino.

—¿Qué hacemos si los cazas enemigos despegan? —preguntó el sargento Luccin.

—Los cazas no serán una amenaza si hacemos bien nuestro trabajo —rebatió Harris—. Nuestra prioridad absoluta es destruir el crucero, y para ello debemos proteger los carros de combate. Recuerden que el retroceso de los cañones deja inutilizable el terreno en el que se anclan, por lo que tenemos que darles suficiente tiempo para asentarse en otro lugar y volver a disparar. Mientras el crucero enemigo no despegue, nuestra mayor preocupación será la de acabar con su infantería para evitar que destruyan nuestros cañones. No permitan que sus fuerzas se reagrupen.

—Nos encargaremos de que no puedan moverse, capitán. No tendrán ni idea de lo que les golpeó —dijo la teniente Ramos con seguridad.

—Estoy convencido de que así será, teniente —respondió satisfecho.

—¿Cuándo lanzaremos el ataque? —preguntó el teniente Johnson, el fornido hombre de color que comandaba el escuadrón del norte.

—Según los informes de los que disponemos, los Khol son criaturas con una excelente visión nocturna —explicó el capitán—. Creo que tendremos más posibilidades durante el día, así que esperaremos al amanecer para lanzar el ataque.

—Esperemos que no amanezca nublado —añadió Ortiz.

El capitán Harris lo miró con el gesto serio. No le gustaba la gente pesimista, ni los que ponían constantes excusas en el día a día. Ortiz era un excelente oficial médico, pero de no haber sido nombrado responsable de la base Magallanes por el comandante Bauer, sin duda alguna no habría sido una de sus elecciones para comandar uno de los escuadrones. Johnson llevaría el peso de las operaciones, mientras que él se quedaría en la retaguardia, liderando la reserva móvil y las operaciones sanitarias.

—En caso de que el tiempo atmosférico no acompañe, decidiremos sobre la marcha si la situación nos es favorable —respondió, visiblemente irritado.

El capitán Harris sabía que el éxito de esta misión no solo dependería de su planificación y de las circunstancias externas, sino también de la valentía y disciplina de sus hombres. El enemigo era poderoso, pero Harris confiaba en que el factor sorpresa y la precisión de su ataque inclinarían la balanza a su favor. Había repasado una y otra vez los datos de la batalla que habían librado los miembros del arca Galileo. Cometieron el error de enfrentarse a su rival de forma abierta. Creyeron que tendrían alguna posibilidad de vencer a su flota de cazas. Él no cometería el mismo error. Dejaría que los Khol se asentaran y, una vez que bajaran la guardia, entonces asestarían un único golpe.

—Sé que muchos de ustedes tenían amigos en la Galileo. —El gesto del capitán se tornó serio—. Yo conocía a muchos de los que murieron en este mismo lugar hace ya miles de años. Necesitamos demostrar que somos capaces de acabar con ellos. La humanidad clama venganza por la pérdida de cientos de buenos militares, de nuestros hermanos y hermanas. Ellos dieron su vida para que nosotros pudiéramos tener esta oportunidad. ¡No podemos dejar que la Asimov corra la misma suerte que la Galileo!

—¡Que se preparen! —exclamó Ramos—. Vengaremos a la tripulación de la Galileo y mostraremos de lo que somos capaces.

La trampa estaba tendida, y el capitán Harris no tenía intención de permitir que el enemigo escapara. La operación estaba en marcha, y la victoria dependía de la ejecución perfecta de cada parte de su plan.

Emily descendió del carro y se colgó la mochila al hombro. Dos keplerianos se acercaron de inmediato para descargar todas las provisiones que venían en la parte de atrás con ella. Le dio las gracias por el viaje al conductor, un kepleriano menudo con algunos años más de edad que kilogramos en su cuerpo. Lo que podía haber resultado un tortuoso e incómodo trayecto por terrenos desiguales,

había acabado siendo un oasis de tranquilidad gracias a su amabilidad y su amena conversación. El kepleriano sabía perfectamente a quién había llevado y los motivos por los que ella se encontraba allí. Khaaÿ, el regente de Khapabir, se había asegurado de contar con gente de su total confianza para ayudar a levantar aquel campamento.

—¿Sabe qué? —le respondió él después de despedirse—. Sigo sin creer en el culto Gaal-El, pero he de decirle que espero que, gracias a su ayuda, podamos conseguir ser libres de una vez por todas.

—Le deseo lo mejor —respondió ella con una leve inclinación de su cabeza.

El anciano le había confesado nada más subirse al carro que no era creyente, que estaba convencido desde siempre de que el culto solo era un método más de control. Durante el viaje de varias horas habían conversado sobre la vida, sobre el propósito de todo lo que estaban haciendo y, sobre todo, de la amenaza que se cernía sobre todos ellos.

Nadie salió a recibirla, aunque tampoco lo esperaba. Había aprendido a moverse entre los keplerianos sin llamar la atención, siempre cubierta con su capa negra. Miró a su alrededor y observó lo que Robert y los demás habían conseguido levantar con ayuda de los keplerianos afines a Waafdiv y a Khaaÿ. El campamento se alzaba en el corazón de un bosque al este de Khapabir, a medio camino hacia las minas de hierro de donde los Khol requisaban el mineral kepleriano. Echó un vistazo en todas direcciones. Los árboles rojizos se erguían como centinelas silenciosos alrededor del campamento, pintando el cielo con un manto de hojas carmesí.

El suelo, cubierto de una gruesa capa de hojas enormes, amortiguaba el sonido de cada paso, un detalle crucial para mantenerse ocultos. Una pequeña estructura de madera camuflada entre las ramas daba la bienvenida al campamento. Los vigías se turnarían en la plataforma para observar cualquier movimiento desde una posición elevada, atentos a la menor señal de peligro. Le costó encontrarlo, pero reconoció al soldado que hacía la guardia. Era uno de los hombres de Robert, el soldado Nowak.

—Directora Rhodes —dijo con sorpresa—. La esperábamos mañana.

—He adelantado un día mi llegada —respondió ella—. Quiero conocer nuestras instalaciones. ¿Dónde está el capitán Beaufort?

—Están levantando uno de los puestos elevados en la zona norte del campamento —señaló—. Siga por ese sendero y dará con ellos.

Dirigió sus pasos siguiendo las indicaciones del soldado, no sin antes inspeccionar la docena de cabañas que en apenas unas semanas se habían levantado de la nada. Los Khapabir tal vez no fueran grandes guerreros, pero sabían construir con lo que les daba la naturaleza. Lejos de ofrecer cualquier tipo de lujo, todas las cabañas parecían absolutamente funcionales. En el punto central del campamento, a modo de centro neurálgico, un gran círculo de piedras contenía la ceniza de las hogueras que habían dado calor a los constructores tras las jornadas de duro trabajo.

Unos cuantos metros más al norte siguiendo el sendero, pudo escuchar el alboroto causado por una decena de trabajadores que levantaban una pesada estructura de madera mediante poleas y cuerdas. Entre ellos había varios humanos. Emily reconoció el torso desnudo de Robert que, junto con Miller y Ferrara, ayudaban a otros tantos keplerianos a tirar de las cuerdas. En la parte superior del tronco de un árbol, tres keplerianos asegurados mediante cinchas esperaban a que la estructura se elevara hasta la posición en la que su otra mitad ya estaba asegurada y fijada al tronco.

Esperó a que acabara el proceso con paciencia y curiosidad. Los seis del suelo tiraban con ahínco mientras otro controlaba con una cuerda que la estructura ascendiera en el ángulo correcto para su colocación. A juzgar por los gritos de esfuerzo, se trataba de un proceso costoso. En cuanto estuvo puesta en su lugar, los keplerianos del árbol se desplazaron con agilidad y comenzaron a asegurarla con enormes puntales y clavos de metal. Emily contempló con sorpresa la rapidez con la que se movían, ayudados por las cinchas, pero también clavando sus garras en la corteza del árbol. En poco menos de diez minutos, la estructura se encontraba asegurada.

—¡Emily! —exclamó Ferrara una vez pudieron soltar las sogas—. ¿No venías mañana?

—He adelantado el viaje —repitió ella—. ¿Qué es todo esto?

—Un puesto de vigilancia —explicó—. La jefa de la guardia de Khaaÿ nos ha recomendado este lugar para controlar una posible incursión desde el norte.

Emily conocía bien a Ÿonwush. Durante los últimos meses había tenido que tratar con ella en múltiples ocasiones. Era una de los keplerianos de confianza del anciano regente de Khapabir y ella misma había insistido en que contaran con su ayuda para las operaciones venideras, comprobó que era una de las keplerianas que había estado tirando de las cuerdas.

—Emily —Robert se acercó a saludarla.

Sintió una ligera punzada al tenerlo tan cerca. Hacía semanas que no lo veía. Él y el resto del equipo habían estado atareados adecuando las localizaciones que a partir de ese momento serían su base de operaciones. El sudor empapaba su torso y su frente y le apelmazaba el pelo ondulado, que se le había pegado a la piel. Desde que abandonaran la base Magallanes, Robert se había dejado algo de barba y el pelo le había crecido bastante. A pesar de haberse atado una cola de caballo en la parte posterior, dos mechones rebeldes le obligaban a recolocárselo constantemente. En otra época, aquel gesto le habría derretido el corazón, pero Emily ya había pasado página. No era el momento para distracciones inútiles.

—Os veo muy bien —dijo ella con una sonrisa—. He visto que el campamento está muy avanzado.

—Este era el último paso —aseguró Robert mientras se colocaba de nuevo la camisa de tela grisácea—. A unas decenas de metros más al norte pasa un pequeño sendero que lleva a una antigua mina. Ÿonwush nos ha recomendado vigilarlo.

—¿Cree que puede haber actividad Khol en esta zona?

—No, pero sí que puede que veamos algún contrabandista que viene a recuperar alguno de sus tesoros ocultos en las minas. Dado que no sabemos nada sobre la misteriosa logia, conviene ser precavidos.

—Ella conoce muy bien estos terrenos, será mejor que la hagamos caso.

—¿Se sabe algo de los demás? —preguntó Ferrara.

—Abandonarán Khapabir esta madrugada —dijo Emily—. Deberían llegar mañana, con las primeras luces del día.

—¡Genial! —celebró la sargento—. Al menos tendremos un tranquilo reencuentro antes de que empiece la acción.

—¿Qué tal estás? —le preguntó Robert.

—Bien —le aseguró—, mentiría si dijera que tengo ganas de empezar esta fase de nuestra vida, pero estoy animada.

Una figura se acercó hasta ellos.

—Capitana Ÿonwush —saludó Emily.

—Doctora Rhodes, bienvenida a su nuevo hogar —le tendió el antebrazo y estrechó el suyo al estilo kepleriano—. Justo acabamos de concluir los trabajos de construcción del campamento.

—Ya lo veo, capitana. Han hecho todos un trabajo fabuloso.

—Gracias —dijo ella—. Para nosotros es un placer poder formar parte de esto y colaborar con ustedes. Estamos todos ansiosos de comenzar las operaciones.

—Esperemos que no sean necesarias —corrigió ella—. Sin embargo, creo que hablo en nombre de todos nosotros cuando digo que no podríamos hacer nada de esto sin ustedes. Me alegro de que estén aquí.

La capitana asintió con la cabeza.

—Venga por aquí —invitó—, le enseñaremos lo que hemos construido.

La kepleriana la guio de vuelta por el pequeño sendero que la había llevado hasta allí. Pronto volvieron a aparecer las cabañas recién construidas y la hoguera central alrededor de la cual se concentraba todo. Un kepleriano y una kepleriana regresaban en ese instante con algunos pequeños animales colgados del cinturón. Por su aspecto y tamaño, Emily dedujo que se trataban de especímenes descendientes de conejos o liebres, aunque también asomaba algún tipo de ave.

—Veo que ya están del todo instalados —dijo ella, señalando a los cazadores.

—Así es —asintió Ÿonwush—. Algunos de mis soldados llevan aquí varias semanas estudiando el terreno. Al igual que en el resto de los campamentos, hemos construido cabañas suficientes para todos los equipos. Tal y como comentamos, hemos sido lo más austeros posible, anteponiendo la funcionalidad a la comodidad. Tendremos que compartirlo todo.

—Perfecto, es todo tal y como me lo imaginaba.

Ÿonwush le presentó al resto de su equipo. Conoció a los dos cazadores que acababan de llegar y saludó desde el suelo a otros tres keplerianos que estaban acabando de techar una de las cabañas.

—Hemos tenido algún que otro problema con las cabañas —explicó ella—. Pero no es nada que no podamos solucionar antes de que llegue su equipo.

La capitana le enseñó todas las cabañas que habían construido. Entraron en una de ellas, levantada sobre unas calzas a varios centímetros del suelo, en la que se acumulaban las provisiones de las que disponían. Por fin se desplazaron hasta las últimas, al este de la hoguera, donde conoció a los dos encargados de cuidar de los animales domésticos que campaban a sus anchas dentro de un redil levantado al lado de un pequeño establo donde descansaban los fhores del campamento.

—Con esto tendremos suficiente para aguantar durante unas semanas —anunció orgullosa—. Pasado ese tiempo, deberemos reabastecernos. Aunque ya hemos contactado con agricultores de los alrededores de todas las localizaciones para que nos provean de grano y verduras.

—Es mucho más que suficiente —felicitó Emily, impresionada por lo que acababa de ver.

—El resto de los campamentos son similares, aunque me temo que deberemos acarrear las provisiones con nosotros cada vez que cambiemos de localización.

Regresaron al punto central del campamento y la capitana se dirigió a una de las cabañas. Emily comprobó que el suelo del interior no era de madera. «Lo más austeros posibles», recordó. En esa cabaña habían dormido varias personas las últimas noches, a

juzgar por las mantas y esterillas repartidas por el suelo. En una de las esquinas había una enorme alfombra de color marrón oscuro. Ÿonwush la retiró y debajo de ella apareció una trampilla. La capitana kepleriana tiró de la argolla y el portón de madera se levantó con un leve chirrido, mostrando un angosto pasadizo con una escalera de madera que conducía a un nivel inferior.

—Todos los campamentos tienen un sótano para almacenar las armas y ocultar lo que deseemos de miradas indiscretas —le explicó mientras apoyaba el pie en el primer escalón.

Bajó detrás de ella y encendió la visión de infrarrojos de su implante para adecuarse a la escasa iluminación que entraba por la abertura. Allí había todo tipo de armas: lanzas, arcos y un sinfín de espadas keplerianas. Emily reparó en un montón de espadas diferentes que habían colocado en un armero de madera.

—Esas son las que tu maestro de combate ha encargado a nuestros mejores herreros.

—Hay decenas —dijo—. Pensaba que era un proceso más costoso.

—Creo que les costó dar con la técnica adecuada —explicó la capitana—. Pero una vez que aclararon el proceso, decenas de herreros de Khapabir ayudaron a crearlas.

—Es impresionante.

Un rato después, Emily entró en la que sería su cabaña durante las próximas semanas. Apoyó su petate en una de las esterillas y observó que ya había otras ocupadas. Tendría que compartirla con los humanos que ya estaban allí y los que faltaban por llegar, aunque eso no la preocupaba. De repente, algo en su petate comenzó a hacer un ruido característico.

—¿Doctora Rhodes? —sonó tras otro chasquido.

Emily se apresuró a desatar la cuerda de la mochila y extrajo la radio de onda corta de la que provenía el mensaje.

—Aquí la doctora Rhodes —respondió—. ¿Quién habla?

—Doctora Rhodes —dijo la voz—, soy la teniente Ramos. El capitán me ha pedido que la informe. Hemos detectado actividad en la anomalía. Ya están aquí.

5

Preludio

5 de abril del año 3

Lugar desconocido

Emily caminaba por un pasillo largo. No sabía muy bien cómo había llegado hasta allí, pero sabía de sobra dónde se encontraba. El pasillo, de paredes claras y suelo oscuro y de textura gomosa, le resultaba muy familiar. Se dio la vuelta en busca del punto de partida, pero era tan largo que no podía verlo. Volvió a mirar al frente. A unos cien metros se distinguía una puerta.

Caminó un par de pasos y cayó en la cuenta de que iba descalza. Llevaba puesto el mismo camisón blanco y liviano que la última vez que había estado allí. El suelo estaba frío y notaba su tacto semirrígido cada vez que daba un paso. Aquel corredor le llevaría hasta la sala donde había hablado con el Vigilante, la criatura alienígena que los había recibido en las instalaciones del cráter y que los hombres del capitán Harris no habían conseguido capturar a pesar de todo su esfuerzo. Retomó la marcha y cubrió la distancia que la separaba de la puerta. Cuando llegó, miró a través del material transparente de la parte superior, pero el otro lado estaba a oscuras y no pudo distinguir nada. Dudó en tocar la puerta, pero la curiosidad venció al miedo.

La puerta se abrió después del contacto y delante de ella se encendió la luz. Estaba de nuevo en uno de los habitáculos de esas extrañas instalaciones. Ahí fue donde vio al Vigilante por primera vez. Sin embargo, en esta ocasión la sala estaba vacía. Había otra puerta justo en el lado opuesto de la estancia, a unos veinte metros. De repente, notó que algo se movía detrás de ella, en el pasillo. Algo que se acercaba a gran velocidad.

Se giró de inmediato y escudriñó en la distancia hasta que distinguió una sombra que contrastaba con el blanco de las paredes.

Tal vez fuera el Vigilante. Su corazón aumentó el ritmo y notó cómo un súbito miedo empezó a apoderarse de su cuerpo. Dio dos pasos hacia atrás de forma inconsciente. Fuera lo que fuera, aquello estaba todavía lejos. Aumentó el zoom de su implante para comprobar con horror que no era el Vigilante lo que se acercaba. La figura tenía el cuerpo azulado y estaba cubierta de grandes escamas. Era uno de los líderes Khol.

Ahogó un grito y se dio la vuelta de inmediato. Corrió hacia la otra puerta, pero seguía cerrada. La tocó, buscó con desesperación una manera de abrirla y escapar de la sala, pero no encontró la forma. La criatura cada vez estaba más cerca, llegaría hasta el habitáculo en unos pocos segundos. Tenía que encontrar la manera de escapar. El ritmo de los pasos de la criatura aminoró, pero el sonido se entremezcló con otro. Emily se giró para enfrentarse a aquella cosa, que ya se encontraba a escasos metros de la entrada.

Ambos se miraron a los ojos y Emily supo qué era ese otro sonido. La criatura se estaba riendo. Cambió de postura y se irguió por completo. Era enorme. Medía más de dos metros y tenía una gigantesca cicatriz que recorría su cara atravesando uno de sus ojos, desde los enormes cuernos de su cabeza hasta las protuberancias de su barbilla. Meneó la cabeza y las extremidades, como si relajara los músculos después del esfuerzo realizado. Luego emitió unos cloqueos guturales y ásperos que, de alguna manera, Emily pudo comprender.

—Otra vez tú —le dijo con desdén—. Me temo que esta vez no podrás escapar.

Emily notó cómo el corazón galopaba dentro de su pecho. Pero, a pesar de todo, fue capaz de mantener la compostura.

—¿Quién eres? —le preguntó—. ¿Qué haces aquí?

La criatura soltó una carcajada que le heló la sangre.

—Ya cacé a muchos de los tuyos en el pasado —dijo con una mueca—. Ahora haré lo mismo contigo.

El Khol dobló las rodillas y se agachó para coger impulso. Su enorme cola se estiró para ayudarlo a mantener el equilibrio antes de comenzar a recorrer los escasos metros que los separaban. Después, todo ocurrió en un abrir y cerrar de ojos. La criatura se

lanzó a por ella. Emily se dio la vuelta de nuevo y trató de que la puerta se abriera. Nada más rozar la superficie, esta se abrió hacia arriba, permitiéndole cruzar el umbral para cerrarse justo después. Emily escuchó un golpe seco y notó una leve sacudida en la puerta. Después sintió cómo la criatura montaba en cólera y golpeaba la puerta con sus garras.

Cuando recuperó la compostura y relajó sus pulsaciones, fue consciente de que estaba a oscuras. Se giró para que sus ojos se acostumbraran a la penumbra mientras el Khol continuaba aporreando la puerta. Creyó ver algo a su derecha, a unos cuantos metros de distancia. Parecía otra puerta, aunque no había demasiada luz en el otro lado. De repente, un chasquido eléctrico la asustó. Provenía del lado izquierdo, y esa vez supo que se trataba del Vigilante.

—¿Hola? —preguntó, pero no obtuvo respuesta.

Avanzó hacia el tenue resplandor. Otro chasquido eléctrico. No se detuvo a buscar el origen del sonido y llegó hasta la otra puerta. Puso las manos en la superficie y esta se abrió, succionándola hacia el exterior. De nuevo se vio en el espacio, flotando sin control, sin oxígeno ni dirección. Al igual que la mayoría de las noches durante los últimos meses, supo que había llegado la hora de despertar. El agujero negro la esperaba.

Abrió los ojos sin sobresaltarse y se incorporó en la precaria esterilla de la cabaña. Se masajeó la parte baja de la espalda, dolorida por la postura y la dureza del suelo. Todavía era de madrugada y no había luz en el exterior, pero se levantó guiada por un leve resplandor anaranjado. A su lado podía escuchar la respiración fuerte de Ferrara.

Se colocó algo de ropa por encima y salió al exterior, donde dio una prolongada bocanada de aire. Buscó el origen del resplandor. Todavía quedaban algunos rescoldos de la noche anterior en la hoguera. Emily se acercó guiada por la luz que emitían las brasas, que duraban muchas horas gracias a la menor cantidad de oxígeno del aire. Sentada en uno de los bancos que se habían colocado alrededor de la hoguera había una figura.

—¿No podías dormir? —preguntó.

—No —respondió Robert—. Ya sabes que no necesito mucho tiempo de sueño para estar descansado. Y tú, ¿tampoco podías dormir?

—No —dijo, resignada—. Es difícil conciliar el sueño cuando sabes que el destino de la humanidad pende de un hilo.

—Llevamos demasiado tiempo así, deberíamos empezar a acostumbrarnos.

—¿Se sabe algo de los Khol?

—Están a algo más de una hora de distancia del primer satélite.

—¿Y el capitán Harris?

—Agazapado para intentar asestar el golpe definitivo.

—¿Crees que funcionará?

—Deseo que funcione con toda mi alma —respondió él.

—No te he preguntado eso.

—No lo sé, tal vez. —Se encogió de hombros, como si no fuera con él.

Emily se sentó a su lado y Robert le tendió un pellejo pequeño.

—¿Qué es esto? ¿Arborumel?

—No, es un brebaje que destila uno de los keplerianos al mando de Ÿonwush —explicó—. No sabe bien y te arderá el esófago, pero te ayudará a entrar en calor, aquí hace frío.

Emily quitó el tapón del pellejo y olió el contenido. Su gesto se torció de inmediato en una mueca.

—Si sabe la mitad de mal de lo que huele, tiene que ser asqueroso.

—Tú pruébalo —insistió.

Emily obedeció sin pensárselo dos veces. Su cuerpo se defendió al notar el ardor del líquido espeso atravesar su garganta. A pesar de los tosidos, este acabó aterrizando en su estómago. Cuando acabaron los estertores le devolvió el pellejo.

—Creo que esto no es para mí —dijo convencida, con el amargo sabor todavía impregnando su paladar.

—Espera un rato —sonrió él, divertido con la reacción de ella.

—No sé si disponemos de mucho rato.

—¿No deberían de estar a punto de llegar los demás? —preguntó él.

Emily consultó la hora. Todavía quedaban unos minutos para que asomaran los primeros rayos de luz.

—Sí, tienen que estar al caer —dijo ella.

—Prepararé algo de comer, traerán hambre. —Robert se dispuso a levantarse.

—No, quédate aquí conmigo —le pidió—. No es necesario que hablemos, podemos apagar la radio. Solo quiero compartir con alguien un poco de esta tranquilidad antes de que todo se vaya a la mierda.

Ambos observaron las brasas agonizantes del fuego mientras la luz comenzaba a atravesar las frondosas copas de los árboles. Unos minutos después, escucharon ruidos en la lejanía. Alguien se acercaba con varios carros.

—Creo que son ellos —dijo Robert.

—Lo sé —respondió ella—. Supongo que todo lo bueno se acaba. Gracias por el trago. Tenías razón, deja muy buena sensación a pesar de su sabor horrible.

Se levantaron del banco y esperaron a que los tres carromatos llegaran hasta el mismo centro del campamento. De su interior fueron descendiendo poco a poco los nuevos miembros del equipo. Aparecieron Chad y Taro junto con un nutrido grupo de keplerianos afines. De otro de los vehículos bajaron Kostas, la teniente Balakova, Evelyn, Gorka y Paula. Del tercero lo hicieron Erik, Min, Alberto, la doctora Hudgens, el joven Martin y un reformado James Coogan.

En total, unas cuarenta y cinco personas, sumando los efectivos militares humanos y keplerianos que los acompañaban. Emily se preguntaba si sería suficiente para llevar a cabo lo que tenían previsto si la emboscada del capitán Harris fracasaba. Personas a las que apreciaba, aunque sin experiencia alguna, dispuestas a presentar batalla a un ejército de alienígenas despiadados y experimentados. Sin embargo, no sintió remordimientos por los peligros que todos ellos afrontarían en esa situación de clandestinidad. Todos habían aceptado de buena gana unirse a ese grupo de nómadas que conformarían el plan B de la humanidad contra la tiranía que ahogaba a los keplerianos.

—¡Buenos días! —saludó Chad agitando las manos.

Hubo un sinfín de presentaciones, saludos y abrazos entre los recién llegados y los que ya estaban instalados en el campamento. Ferrara, Miller y Solberg también salieron de la cabaña al escuchar el alboroto. Tras los saludos iniciales y algunas sonrisas forzadas por la tensión acumulada, Emily y Robert los reunieron a todos alrededor de la hoguera.

—Mientras veníais —comenzó Emily—, siete naves Khol han atravesado la anomalía. Al igual que ocurrió en el pasado, seis cazas escoltan en formación a un crucero estelar Khol.

Hubo un murmullo entre los presentes que Emily trató de detener levantando las manos y alzando un poco más la voz.

—¡Calma! —les pidió—. ¡Mantengamos la calma!

Tras unos instantes, consiguió su objetivo y pudo continuar.

—Sabíamos que esto ocurriría —continuó con tranquilidad—. Según los datos que manejamos, se trata de la guarnición habitual. Eso no cambia un ápice nuestra hoja de ruta.

—¿Dónde se encuentran ahora mismo? —preguntó Gorka.

—Están a punto de llegar a la altura del primer satélite —explicó Robert—. No sabemos nada más. Hemos decidido minimizar las comunicaciones vía satélite por precaución. El capitán Harris informará a sus tropas y también a nosotros a través de la radio de largo alcance. Solo él tendrá acceso a las imágenes que se retransmiten desde las cámaras.

—En ese caso, toca esperar —se resignó el ingeniero.

—Entiendo que estamos todos nerviosos por los acontecimientos —dijo Emily, comprensiva—. Pero vamos a esperar a ver cómo transcurre todo. Démosle al capitán Harris algo de crédito. Desde aquí lo único que podemos hacer es desearle la mejor de las suertes y esperar que su plan tenga éxito.

—Por la cuenta que nos trae… —añadió Chad por lo bajo.

—Os recomiendo que os instaléis en vuestras cabañas —siguió Robert—. Ferrara, Solberg y Miller os enseñarán el campamento, aunque no es mucho más que lo que veis desde aquí.

Los recién llegados se dispersaron con un murmullo mientras los tres militares se los llevaban separados en tres grupos. Emily y

Robert se quedaron junto a la hoguera sin decir nada más. Taro se les acercó.

—¿Han llegado las armas? —preguntó.

—Sí —respondió Emily, colocando su mano sobre el hombro del japonés. Era consciente del tiempo que había invertido en conseguirlas—. Has hecho un gran trabajo. Nos vendrán muy bien en caso de que tengamos que librar nosotros la batalla.

—*Kashikoi hito wa kawa o sakete hashi o wataru* —dijo el japonés en su lengua materna—. La persona sabia evita el río y cruza el puente —tradujo de inmediato—. Siempre es mejor encontrar el camino más seguro, pero estaremos preparados para lo que nos depare el destino.

Emily asintió mientras el geólogo se apresuraba para seguir al resto de sus compañeros.

—¿Crees que estarán preparados para lo que se nos viene encima? —preguntó Emily.

—Solo por estar aquí ya demuestran que son muy valientes —respondió Robert—. Podían haber elegido quedarse a salvo en la Asimov y nadie les habría culpado por ello. Han elegido luchar, estarán preparados.

—Será mejor que vayamos al puesto de mando —propuso Emily tras consultar por enésima vez su reloj.

Entraron en una pequeña cabaña en el centro del campamento. En el interior disponían de multitud de planos impresos en papel que mostraban la zona en la que se habían colocado las tropas del capitán Harris. Aunque seguían contando con brazaletes y proyectores holográficos, Robert había decidido utilizar tecnología antigua por lo que pudiera pasar. Durante esos últimos meses habían recabado información sobre diferentes localizaciones. Ada se había encargado de plasmar todos los senderos, cuevas, minas y antiguos emplazamientos keplerianos que había en los alrededores. De esa manera podrían disponer de algo de información si los satélites eran destruidos.

Encima de la mesa había un mapa desenrollado con varias piezas de madera sobre él que representaban cada uno de los escuadrones que el capitán Harris había colocado alrededor del, en teoría, futuro

campamento Khol. Uno en el norte y otro en el sur que atacarían llegado el momento; otro en el oeste, formado por tiradores expertos, y uno adicional de apoyo al este. Cuatro grupos de soldados para acabar con una tiranía que había durado diez mil años. Sobre el papel parecía posible, pero la realidad era mucho más complicada que unas simples piezas de madera colocadas sobre un mapa.

De repente, un murmullo llegó desde el exterior. Al principio parecía lejano, pero pronto distinguieron los gritos de una persona. Salieron de nuevo para comprobar el origen del alboroto. Por uno de los caminos llegaba uno de los soldados de Ÿonwush. Arrastraba casi en volandas a una joven kepleriana que gritaba y pataleaba con furia, intentando zafarse de su captor.

—¡Suéltame, bastardo! —gritaba la joven, que apenas superaría los diez años humanos.

De repente, el soldado emitió un grito de dolor y soltó a su cautiva, que aprovechó la confusión para salir corriendo.

—¡Me ha mordido! —gritó—. ¡Maldita piojosa!

A pesar del dolor y de la sangre que manaba de su brazo, el soldado salió corriendo detrás de ella. La joven logró coger algo de distancia, pero el soldado pronto la alcanzó. Sin embargo, a pesar de que todo parecía estar en su contra, la pequeña esquivó los primeros envites con una impresionante agilidad, pero se acabó imponiendo la mayor potencia y resistencia de su perseguidor, que logró reducirla de nuevo. El soldado golpeó a la niña con el revés de su garra y le laceró la mejilla derecha, provocando un sonoro sollozo. Logró llevarla de nuevo hasta el campamento, esta vez con mucho más cuidado para que no le mordiera de nuevo. Cuando llegó a la hoguera, ya se habían congregado muchos curiosos atraídos por el llanto de la pequeña, que sangraba de su pómulo con abundancia.

—He encontrado a esta maldita escoria husmeando en la linde del norte —dijo el soldado mientras la tiraba al suelo y la propinaba un puntapié.

—¡Basta! —gritó Emily—. ¡Es solo una niña!

La pequeña continuó llorando y arrastrándose pero, de repente, recogió un palo del suelo y, en un rápido y certero movimiento que

sorprendió a todos, golpeó al soldado en la entrepierna y trató de volver a salir corriendo. Pero esa vez se topó con alguien en su camino. Alberto taponó su carrera y la levantó por los brazos. La pequeña, al toparse con una criatura desconocida, comenzó a gritar y a patalear aterrorizada.

—Tranquila —dijo él—. No vamos a hacerte daño.

Pero estaba demasiado asustada para entrar en razón. Pataleó hasta el punto de que Alberto tuvo que dejarla en el suelo.

—Cálmate —Emily se aproximó hasta ella—. No va a pasar nada.

—¿Qué sois? —la miró con miedo en la mirada.

—Somos humanos —dijo Emily con voz suave—. Hemos venido de muy lejos para intentar acabar con los Khol. ¿Sabes quiénes son los Khol?

La pequeña asintió. Todavía estaba muy asustada y miraba a su alrededor con temor, tratando de encontrar una salida a aquel embrollo.

—Será mejor que te curemos esa herida —dijo Emily mientras dedicaba una mirada de desaprobación al soldado—. ¿Cómo te llamas?

—Shiishyi —respondió en voz baja.

—Vaya, que nombre tan bonito. Yo me llamo Emily —respondió—. Estos de aquí son Alberto y Robert. Y esta mujer que se acerca es Evelyn, ella os curará a ambos.

—¿Puedo irme? —preguntó ella.

—Sí, si es lo que deseas. Pero te recomiendo que esperes a que Evelyn te cure si no quieres que te quede una fea cicatriz.

—¿Van a dejarla irse? —preguntó el soldado, humillado por partida doble.

—Es solo una niña —lo abroncó ella—. Estoy segura de que no va a decirle a nadie lo que ha visto aquí, ¿a que no?

La pequeña negó con un movimiento de su cabeza.

—¿Vives cerca de aquí?

—Sí.

—¿Con tus padres?

—Con mi abuela —contestó.

—Yo quería mucho a mi abuela, ¿sabes? —dijo—. Será mejor que vuelvas con ella, estará preocupada.

Después de que Evelyn le limpiara la herida y le aplicará un poco de gel cicatrizante, la pequeña se levantó con timidez y se preparó para marcharse.

—Cúrese también ese brazo y acompáñela hasta la linde del campamento —ordenó Emily, y tras volverse de nuevo hacia la pequeña, añadió—: Y espero que recuerdes nuestro pequeño pacto. Puedes marcharte, pero no debes contarle a nadie lo que has visto aquí.

La pequeña asintió y esperó a que Evelyn hiciera lo mismo con el soldado. Después, ambos regresaron por donde habían venido.

Ya de vuelta en el puesto de mando, Robert extrajo una de las radios portátiles que llevaban consigo y la encendió en el canal 3. Pasó un tiempo antes de que alguien hablara.

—Mantengan el silencio de radio —ordenó el capitán Harris—. Están a punto de llegar a la altura del primer satélite.

Unos angustiosos segundos siguieron al chasquido de radio que dio por concluido el mensaje. Emily no pudo evitar que su pierna izquierda volviera a cobrar vida propia.

—Hemos perdido el primer satélite —anunció el capitán de nuevo.

Emily cerró los ojos y soltó un prolongado suspiro. Acababan de perder una de sus mejores bazas.

6

El anzuelo

5 de abril del año 3

Bosques al sur de la base Magallanes, Kepler-442b

El capitán Harris recorría nervioso la amplia tienda en la que se situaba el centro de control de operaciones del ejército. No podía dar crédito a lo que estaba viendo en las imágenes. El primero de los satélites acababa de ser destruido a pesar de no tener ningún tipo de actividad. Estaban recibiendo las imágenes desde el satélite más alejado de la anomalía, y había ordenado reducir al mínimo la actividad de todos los demás. Sin embargo, su estrategia se había visto truncada a las primeras de cambio.

Nada más acercarse a la zona, uno de los cazas se había desviado de la trayectoria del convoy y había arremetido contra el primer satélite. De un solo golpe, había sido destruido y había cambiado por completo los planes del capitán. Casi con total seguridad, irían cayendo uno por uno los otros cinco satélites de los que disponía el proyecto hasta quedarse a ciegas.

—¿Qué hacemos ahora, capitán? —preguntó uno de sus sargentos, muy nervioso.

—Tenemos que continuar con el plan que hemos trazado —respondió con firmeza—. A partir de ahora, todas las comunicaciones se realizarán mediante radio de largo alcance.

—Pero ya saben que estamos aquí —argumentó el sargento.

—Puede que no —esgrimió el capitán—. Con un poco de suerte, puede que para ellos solo se tratara de un objeto desconocido alrededor del planeta. Quizá solo lo hayan destruido por precaución. Seguiremos nuestro plan a rajatabla.

Harris observó las imágenes en la terminal del centro de control. Las naves alienígenas se aproximaban ya al segundo satélite, el primero de los tres utilizados para el geoposicionamiento en la

superficie. Igual que con el primero, el caza enemigo se desvió de su trayectoria y arremetió contra él, haciéndolo añicos.

—¡Hemos perdido otro satélite, señor! —informó uno de los operarios.

—¡Ya lo veo, soldado! —respondió Harris, visiblemente irritado.

Uno tras otro, fueron cayendo el resto. Cada vez que uno de ellos estallaba en miles de pedazos, un silencio incómodo se adueñaba del puesto de mando. Los allí presentes eran muy conscientes de la gravedad de la situación y algunos no pudieron contener un grito de desolación que acabó por colmar la paciencia del capitán.

—¡Silencio! —Golpeó la mesa con vehemencia—. ¡Son ustedes soldados! ¡No quiero oírlos lloriquear! La situación no ha variado ni un ápice. ¡Vamos a plantar cara a esos malditos bastardos, y vamos a enviarlos al infierno!

El silencio que siguió solo fue interrumpido por las nuevas órdenes que el capitán comenzó a repartir entre sus subalternos.

—Sargento Williams, informe por radio de la situación —urgió—. Hemos perdido nuestros ojos en el espacio, así que quiero un silencio absoluto en todos los puestos. Informe también al capitán Beaufort de que no contamos con los satélites.

»Sargento Mubarak —continuó—, manténgase en contacto con el sargento Luccin. A partir de ahora, él y su equipo serán nuestros ojos y nuestros oídos. Que preparen los drones, pero que no los desplieguen todavía. Necesitamos esperar a sus movimientos.

Ambos obedecieron con premura y una calma tensa se extendió por todos los puestos de combate. Ahora tendrían que esperar a que el convoy alienígena atravesara la atmósfera y aterrizaran el crucero espacial donde estaba previsto.

Fueron unos minutos complicados y angustiosos para todos. Incluso el capitán notaba cómo su tensión arterial se disparaba. Nunca se había enfrentado a un enemigo tan temible, y las dudas que había conseguido disipar durante los últimos meses comenzaron a regresar a su mente de repente. ¿Qué harían si los Khol descubrían el engaño y detectaban la estación espacial en la cara oculta del planeta? La estación se había mantenido siempre fuera del alcance de la anomalía para evitar ser descubierta a simple vista, y

Ada había detenido todos los sistemas que pudieran llamar la atención de los alienígenas. Pero ¿y si a pesar de todo la descubrían? Nadie llegaría en su rescate y la humanidad estaría perdida, condenada a miles de años de esclavitud mientras su genética se alteraba por la acción de las moléculas que inundaban la atmósfera. El mismo destino al que se había enfrentado la Galileo hacía una eternidad.

Pero, aunque eso no ocurriera, había muchos otros factores que podían dar al traste con su plan. Los Khol podían elegir otro emplazamiento para situar su base o, dado que ya habían encontrado los satélites, registrar el planeta en busca de quienes los pusieron en órbita. Odiaría tener que darle la razón, pero tal vez el plan de la doctora Rhodes fuera más lógico. Una guerra de guerrillas era una táctica efectiva si las fuerzas eran inferiores, como era el caso. Si al menos hubieran tenido suficiente equipamiento para despertar al total de los efectivos del ejército que todavía disfrutaba de la crioestasis, ajenos a todo lo que ocurría en el planeta.

De cualquier manera, la suerte estaba echada, y nada de lo que hiciera a esas alturas iba a cambiar nada. Tendrían que ir con todo. Si ese resultaba ser su epitafio, sería uno glorioso, en el que lo darían todo para acabar con sus enemigos. Solo había un camino. Pero ahora tocaba esperar, y el capitán Harris odiaba esa incertidumbre.

—¡Póngame con el sargento Luccin! —ordenó a su subalterno, que le hizo un gesto cuando tuvo las comunicaciones preparadas—. Al habla el capitán Harris. ¿Tenemos visual con las naves enemigas?

—Todavía no, señor —informó Luccin desde el otro lado—. Hay abundantes nubes esta mañana, me temo. No tenemos la vista despejada.

—Estén atentos e informen en cuanto detecten el más mínimo movimiento.

Tras cortar la comunicación, el capitán salió al exterior de su puesto de mando, situado al noroeste del claro. Sus hombres se habían encargado de preparar el campamento bajo una zona boscosa, que habían camuflado convenientemente detrás de una serie de telas rasgadas de color rojizo. No había demasiada luz entre

la espesura del bosque, pero se dirigió con paso decidido hasta los árboles que bordeaban el claro. Continuó hasta perder la cobertura de la vegetación y miró hacia el cielo. Como había dicho Luccin, era un día nublado y la luz era escasa. El casco de su traje le mostró sobreimpresionadas las últimas posiciones conocidas de los satélites. Con eso se hizo una idea de por dónde aparecerían las naves enemigas. Sin embargo, todo se encontraba en calma.

Inspeccionó durante unos instantes el cielo anaranjado, tratando de detectar cualquier movimiento. Se detuvo a observar el vuelo de un par de aves que se desplazaban hacia el este, pero cuando estaba a punto de retirarse de nuevo hacia el bosque, algo llamó su atención. La zona central del claro comenzó a cambiar el tono naranja pálido de las nubes por otro más intenso y oscuro. Entonces se escuchó un rumor en la distancia que pronto se convirtió en un estruendo. Algo comenzó a empujar a las nubes que ocupaban la zona central. Pronto pudo ver una imponente nave que se correspondía con las descripciones y las imágenes que acababan de ver desde los desaparecidos satélites.

El enorme crucero estelar inició la fase de aproximación sobre la zona. El capitán pudo detectar gracias a las herramientas de su traje a los seis cazas que lo acompañaban en perfecta formación. De color gris oscuro, no parecía tener aberturas ni fisuras que indicaran los lugares de acceso o dónde se encontraba el puente de mando. En ese momento, algo lo sacó de su ensimismamiento. Al girar la cabeza a su derecha vio a uno de sus hombres haciendo aspavientos para que regresara a la cobertura que les brindaba el bosque.

—Es el sargento Luccin —le tendió la radio en cuanto regresó.

—Sargento, informe.

—Capitán, tenemos contacto visual con el enemigo. Las siete naves enemigas han atravesado la atmósfera.

—Lo sé —confirmó—. Lo he visto con mis propios ojos. Vaya dándome toda la información que le sea posible.

—De momento solo están haciendo una maniobra de aproximación, puede que tarden unos minutos en tomar tierra.

—¿Y los cazas?

—Continúan en formación alrededor de la nave nodriza —dijo él.

Minutos más tarde, el crucero estelar se colocó a varios cientos de metros de altura, pero no llegó a tomar tierra. Algo parecía frenar su maniobra. De repente, los seis cazas que lo acompañaban modificaron sus trayectorias y se separaron de la nave nodriza, cada uno de ellos en una dirección.

—¿Qué está ocurriendo? —preguntó el capitán.

—Los seis cazas acaban de…

La comunicación se cortó.

—¿Sargento Luccin? —preguntó—. ¿Sigue ahí?

Pero solo obtuvo el silencio como respuesta. Una gota de sudor comenzó a recorrer la espalda del capitán. Todo su plan podía haberse ido al garete antes incluso de tener la posibilidad de entrar en combate. Si los cazas eran capaces de detectarlos perderían el factor sorpresa, y con él, todas las esperanzas de que la operación tuviera éxito. Los tres suboficiales presentes guardaron silencio. La situación era crítica.

—Responda, sargento Luccin —instó el capitán.

Miró la radio con estupor y la agitó en el aire.

—¿Funciona este maldito trasto antediluviano?

Miró a sus subalternos, que se encogieron de hombros. Justo cuando el técnico de comunicaciones estaba a punto de abrir la boca, la radio volvió a chasquear.

—Perdone, capitán —escuchó al sargento desde la radio—. Ha ocurrido algo de lo más extraño. Justo cuando le estaba respondiendo, uno de los cazas se ha colocado delante de nuestra posición. Ha sido muy raro, como si hubiera detectado nuestra presencia. Ha estado unos instantes sobrevolándonos desde diferentes ángulos, como si estuviera buscando el origen de las comunicaciones. Después de apagar la radio, ha husmeado un poco más y se ha dado por vencido. Solo cuando se ha alejado lo suficiente me he atrevido a responder. Por suerte, no ha regresado, parece que ya no le interesamos tanto.

—Detectan nuestras comunicaciones —murmuró el capitán.

—Deberíamos pasar a silencio de radio y esperar a que se asienten para actuar —sugirió el sargento.

El capitán se giró hacia el responsable de las comunicaciones.

—Ordene a todos los equipos que silencien la radio. Esperarán en total silencio las nuevas órdenes. Que se preparen para el ataque.

—Sí, señor —asintió.

—Sargento Luccin —volvió a hablar por la radio—. No es necesario que nos informe de lo que ve en todo momento. Vuelva a comunicarse solo si hay algún evento que considere importante. En caso contrario, no volveremos a hablar hasta que el enemigo haya aterrizado todas sus naves.

—A la orden —cortó la comunicación.

Harris soltó la radio y se concentró en la imagen estática del campo de batalla que mostraba la terminal del puesto de mando. Tendrían que esperar totalmente a ciegas a que el enemigo mordiera el anzuelo. Y sería de vital importancia que nadie emitiera nada que los alienígenas pudieran detectar.

—Apaguen todo sistema no esencial que emita cualquier tipo de onda de radio —ordenó—. Y tráiganme al operador de los drones.

Dos de los militares se cuadraron ante él y salieron del puesto de mando para obedecer las órdenes. Poco después entró un soldado muy joven y de aspecto descuidado en la tienda. Apenas llegaría a los veinte años y se le notaba nervioso, como si estuviera a punto de echarse a llorar.

—¿Quería verme, capitán? —dijo con timidez.

—Descanse, soldado —le instó—. Necesito saber qué opciones tenemos para desplegar un dron que no emita ningún tipo de señal de radio, sea del tipo que sea.

El joven lo miró con cara de no entender bien la pregunta, pero enseguida comenzó a pensar en lo que le pedía su superior.

—Yo… Yo… —tartamudeó—. No creo que eso sea posible, señor. Los drones necesitan obtener el posicionamiento desde los satélites.

—Por si no se ha enterado, ¡no tenemos satélites! —espetó el capitán de malas maneras.

—Yo… Lo sé, señor —tragó saliva—. Pero me temo que, sin los satélites, necesitaremos operar el dron a distancia y, para eso, debe tener los receptores y emisores encendidos.

—¡Le estoy pidiendo que programe un dron para no tener que operarlo manualmente, pedazo de alcornoque! —gritó, fuera de sus

casillas.

El soldado agachó la cabeza, asustado.

—Yo… No sé cómo hacer tal cosa, señor —acertó a responder—. Es la inteligencia artificial la que se encargaba de hacer ese tipo de trabajos. Sin Ada, me temo que no podré cumplir sus órdenes.

Harris guardó todo el aire en sus pulmones, miró al resto de los presentes y ahogó un grito.

—¿Cómo se llama, soldado?

—Sloan, señor.

—¿Es usted todo lo que disponemos para el manejo de drones?

—Yo… Solo soy operador de combate, señor —se excusó—. No tengo experiencia en programación de drones civiles.

—¡Entonces, encuentren alguien que sepa hacerlo! —propinó un fuerte golpe a la mesa.

El soldado, que recibió el rapapolvo casi temblando, se quedó inmóvil en el sitio, sin saber muy bien qué hacer.

—¡Lárguese de aquí! —le señaló la puerta.

El soldado desapareció de inmediato y Harris se quedó inmóvil en el sitio. Estaba rodeado de incompetentes y de personal con poca o ninguna experiencia.

—Creo que puedo encontrar a alguien —dijo uno de los presentes.

El capitán lo miró con desdén y le hizo un gesto con la mano para que buscara a esa persona. Luego se quedó pensativo, sin saber muy bien cómo obtener la información que necesitaba para tomar decisiones. Quizá en ese momento todavía no fuera vital, ya que el sargento Luccin era bastante competente y sabría cuándo comunicar que los Khol habían mordido el anzuelo. Pero iban a necesitar conocer la disposición de las fuerzas enemigas para trazar una estrategia adecuada.

Al cabo de un rato de estrujarse los sesos, apareció una soldado que se cuadró con diligencia y algo más de determinación que su compañero.

—¿Sabe usted programar drones civiles? —preguntó directamente

—No, señor —reconoció—. Pero el sistema operativo es mucho más sencillo que el de los militares, puedo intentarlo.

Harris la miró de arriba abajo con ojo crítico. Era joven y no parecía muy corpulenta dentro de su exotraje, pero se la veía segura de sí misma. No puso excusas, aunque no tuviera la solución al problema, y eso le gustó, así que suavizó su expresión.

—Necesito que programe algunos drones para que operen sin ningún tipo de emisión de ondas de radio. Quiero que graben imágenes del campo de batalla y regresen pasados unos minutos para que podamos estudiarlas desde aquí —explicó—. ¿Cree que podrá hacerlo?

—Sí, señor —asintió—. No creo que tenga ningún problema.

—De acuerdo. Vaya, entonces.

El capitán se dispuso a salir de la tienda, pero antes dio unas órdenes a los allí presentes.

—Avísenme si el sargento Luccin se pone en contacto.

Regresó a la linde del bosque y se aproximó con cuidado al claro. Desvió la mirada hacia el cielo y comprobó de primera mano la magnitud de la nave alienígena. Estaba todavía a una gran distancia, suspendida en el aire, pero gracias a las capacidades ópticas de su traje pudo comprobar que medía más de ochocientos metros de largo. Era ovalada y de color oscuro, aunque había algunas zonas con ligeros cambios en la tonalidad. No tenía aberturas, pero sí contaba con dos pequeñas aletas no muy pronunciadas que la asemejaban a un submarino moderno.

Intentó detectar a los seis cazas que, según Luccin, estaban revisando la zona de aterrizaje. Sin embargo, y a pesar de las ópticas del traje, su situación le impidió encontrarlos a todos. Tan solo pudo ver a lo lejos cómo dos de ellos se desplazaban hacia el sur. Volvió su mirada a la nave nodriza, que continuaba impertérrita, anclada en el mismo punto del claro.

—¿A qué estáis esperando? —murmuró—. Aterrizad, malditos bastardos.

Tras un largo rato de espera, sus súplicas fueron escuchadas. El crucero de los Khol comenzó a moverse de nuevo. Mientras observaba desde su posición pudo comprobar cómo la enorme nave

se aproximaba a la superficie del claro. Poco tiempo después se detuvo, aunque Harris ya no pudo ver gran cosa desde su escondrijo. No tardó en encontrarse con un militar que vino a avisarle.

—Señor, tenemos noticias del sargento Luccin —le tendió la radio.

—¿Cuál es la situación, sargento? —preguntó después de arrancársela al soldado de la mano.

—La nave ha tomado tierra en medio del claro —respondió.

—Lo he visto con mis propios ojos —bufó él—. ¿Qué hay de los cazas?

—Todavía revolotean alrededor del crucero —explicó.

—¿Cree que es segura la comunicación por radio a esta distancia?

—Supongo que en breve lo comprobaremos —dijo el sargento.

—No arriesgue más —decidió el capitán—. Le necesitaremos para dar cobertura al ataque. He ordenado programar unos drones para que hagan fotografías aéreas de la zona. Analizaremos la situación desde aquí, aunque sea con información desactualizada. Si estamos en lo cierto, deberían comenzar a instalar un campamento en la zona para facilitar sus operaciones. Permanezcan en silencio hasta nueva orden, salvo que detecte actividad inusual.

—Como desee, señor —aceptó—. Cambio y corto.

Un par de horas después ya disponían de dos drones que sacarían fotos desde una gran altura. Utilizándolos, en un proceso bastante tedioso y manual, el capitán Harris pudo disponer de diferentes imágenes que detallaban todo el proceso que los Khol habían iniciado para desplegar su base.

Al principio tan solo vio cómo una compuerta aparecía de la nada en el casco de la nave. De ella descendió un nutrido pelotón de soldados que revisaron los alrededores y formaron un cordón alrededor de la nave. Varias fotografías después ya había dos centenares de Khol en los alrededores. Algunos portaban herramientas y otros tan solo vigilaban en la distancia cómo los demás comenzaban la construcción de estructuras.

Los informes parecían ciertos. Los soldados iban armados tan solo con lanzas y escudos, lo que no parecía tener demasiado sentido en una especie que dominaba los viajes espaciales. La

construcción de las diferentes estructuras en los alrededores de la nave les llevó el resto del día. Pidió a la soldado que manejaba los drones que modificara la programación de sus rutinas para que comenzaran a extraer imágenes desde puntos de vista más amplios para valorar la situación de la base.

La actividad bajó de intensidad durante la noche, pero otras criaturas bípedas de diferente tamaño continuaron con los trabajos. No pudo extraer muchas más conclusiones, ya que las lentes infrarrojas no tenían tanta calidad. Los cazas no aterrizaron en ningún momento, sino que patrullaron las zonas cercanas a la nave, controlando todos los movimientos fuera y dentro de la base. Ya de madrugada, el capitán Harris decidió descansar un poco y dejó a uno de los sargentos a cargo de la gestión de las imágenes. Le dio la orden de despertarlo en caso de que ocurriera algo inusual.

Todavía no había amanecido cuando regresó al puesto de mando. Revisó la evolución de las últimas fotografías conseguidas, en las que ya se intuían varios edificios circulares construidos con materiales de origen desconocido. Los dos más grandes parecían ser una especie de barracones para las tropas, o simplemente unos almacenes donde apilar la carga que más tarde se llevarían a la nave. Había otro más pequeño que podría tratarse del puesto de mando del líder de la expedición, y también habían construido varios auxiliares de diferentes tamaños y formas, aunque todos tenían un color verdoso muy característico. Cerca de cada uno de los edificios había una estructura alta provista de tres aspas alargadas y curvas que habían colocado en posición vertical. Las aspas aprovechaban el viento para hacer girar la estructura. Podrían ser simples molinos de viento para proveer de energía a cada edificio.

Sin embargo, llegó a una imagen, extraída cuando el sol comenzaba a brillar, que le dejó boquiabierto, hasta el punto de que tuvo que comprobarla varias veces. Volvió a las anteriores y amplió ciertas zonas para asegurarse de que lo que estaba viendo era real. No podía ser. Tenía que utilizar la radio para salir de dudas.

—Sargento Luccin, ¿me recibe? —preguntó.

—Aquí el sargento Luccin —respondió tras varios chasquidos de radio y un par de intentos más.

—¿Está viendo lo mismo que yo?

—Las estructuras están casi acabadas —respondió él sin comprender a qué se refería—. Pero los cazas continúan sobrevolando la zona.

—¡Fíjese en algunos de los obreros!

—Sí, parece que tienen alguna especie de… —interrumpió la frase a la mitad—. ¡No puede ser!

—¡Son humanos! —exclamó el capitán Harris.

7

La primera batalla

6 de abril del año 3

Bosques al sur de la base Magallanes, Kepler-442b

Que hubiera humanos entre los Khol había dejado impactado al capitán Harris, que se hundió en la silla del puesto de mando. Su cabeza iba a mil por hora, pero no podía explicar por qué sus enemigos tenían esclavos de su misma especie. Se preguntó si debería modificar el plan establecido, pero de inmediato sacudió la cabeza, Luccin no había podido reconocer a ninguno de ellos. Además, algunos tenían un aspecto extraño. Tenía que haber algún tipo de explicación, pero no podía interrumpir la misión.

—Póngame con la directora Rhodes —ordenó al técnico de comunicaciones.

Este lo miró sin comprender la orden, pero obedeció sin rechistar. Acto seguido, hizo un ademán para indicarle que ya estaba todo dispuesto.

—¿Directora Rhodes?

—Dígame capitán —respondió ella.

—Creemos que en unas horas podremos comenzar el ataque —informó—. A pesar de la pérdida de los satélites, los Khol se han asentado en el lugar exacto que habíamos previsto. Ahora mismo están construyendo una base alrededor de la zona de aterrizaje.

—Entiendo —dijo ella con voz seca—. Sin embargo, intuyo por su tono de voz que hay algún problema.

—Verá —hizo una breve pausa para elegir bien sus palabras—, todo parece ir según lo planeado, hay cientos de Khol entre soldados y trabajadores, su armamento no parece nada del otro mundo. La actividad parece normal, dentro de lo que esperábamos.

—Vaya al grano, capitán.

—¿Sabe si los Khol han podido capturar a algunos de los nuestros?

—¿De los nuestros? —preguntó, extrañada—. ¿Se refiere a alguien de la tripulación de la Asimov?

—Sí.

—Pero si acaban de aterrizar —la voz de Emily sonaba contrariada—. Eso no sería posible, ¿verdad?

—No lo creo, pero en las imágenes que estoy mirando ahora mismo se ve claramente a varios humanos trabajando para ellos.

—¿Trabajando?

—Así es. Por sus ropajes diría que son esclavos, al menos parece que los tratan como tal —dijo el capitán—. Algunos de los soldados Khol tienen látigos con los que los golpean de vez en cuando.

—¡Qué horror! —exclamó, espantada.

—No sabemos de dónde vienen, pero llevan unos simples harapos que recuerdan a las vestimentas de sus captores.

—¿Ha cotejado las imágenes contra la base de datos de la tripulación?

—Uno de mis técnicos ha utilizado nuestros equipos para tratar de identificarlos, pero todos ellos han dado negativo —explicó—. Pero se les ve en tan mal estado que he pensado que a usted se le ocurriría algo.

—¿Son todos de la misma edad?

—Es difícil saberlo —respondió con el gesto torcido—. Lo único que hemos verificado es que no hay mujeres entre ellos. Y que parece que algunos tienen ciertas deformidades, como si los hubieran sometido a torturas o experimentos atroces.

—¿Puede enviarme las imágenes? —pidió ella.

El capitán miró a uno de sus militares y asintió con la cabeza para que enviaran las imágenes a través de la señal de radio. Aunque era posible hacerlo, era un proceso mucho más lento, así que tuvieron que esperar un buen rato hasta que Emily las pudo consultar en su terminal.

—Tenemos que sacarlos de ahí —dijo Emily—, sean quienes sean.

—Para poder rescatarlos, tendremos que atacar la base enemiga —esgrimió el capitán—. Esto no cambia nada los planes que hemos

trazado.

—Pero si destruye la nave nodriza, tal vez acabe también con toda esa gente —se quejó Emily—. No sabemos cuántas personas más podría haber en el interior.

—Tampoco sabemos quiénes son. Por el momento, tenemos que asumir que, si están con ellos, son enemigos.

—Pero usted mismo ha dicho que son esclavos.

—Sí, pero ni siquiera los algoritmos de reconocimiento facial han dado resultados positivos. Sean quienes sean, no pertenecen al proyecto.

—Déjenos hacer una incursión —pidió Emily—. El capitán Beaufort dispone de varios soldados especialistas en este tipo de trabajos. Déjenos intentarlo.

—Negativo —sacudió la cabeza—. Si fallan o se dan cuenta de que uno de sus esclavos ha escapado, perderemos el factor sorpresa que tanto nos está costando conseguir. Seguiremos con el plan establecido. Atacaremos en cuanto sus cazas tomen tierra.

Emily no tuvo opción de réplica. Conocía de sobra la forma de pensar de Harris, así que tan solo lanzó un suspiro.

—Espero que sepa lo que hace, capitán.

—Desde luego que lo sé —respondió él con firmeza—. Les avisaremos cuando comience el ataque.

Varias horas más tarde, cuando el sol ya irradiaba luz con toda su potencia, la radio sonó de nuevo.

—Señor —habló el sargento Luccin—, le aconsejo que vea lo que acaba de salir de la nave.

—Tengo que esperar a que el dron nos traiga nuevas imágenes —dijo él—. ¿De qué se trata?

—Creo que ha aparecido el líder de la manada —dijo Luccin.

—¿Uno de los de color azul?

—Sí, señor.

En cuanto recibió las imágenes, amplió la zona cercana a la rampa de salida de la nave. Un imponente espécimen de color azul y escamas brillantes había descendido y se disponía a revisar la base. A su alrededor se arremolinaba una multitud de soldados Khol que lo reverenciaban a su paso. Llevaba una especia de tiara en la cabeza y

varias anillas alrededor de los brazos. Su *shenti* estaba decorada con multitud de placas metálicas de un vivo color dorado y portaba una enorme lanza decorada con glifos y runas. Su porte era altivo pero, a pesar de sus evidentes diferencias, no parecía mucho más amenazador que el resto de sus congéneres. Su cornamenta y las protuberancias óseas de su cara distaban de llegar al tamaño de los que había visto en algunos dibujos realizados por los keplerianos. Supuso que se trataba un ejemplar joven. Harris lo celebró para sus adentros. Medirse contra un noble Khol sin demasiada experiencia era sin duda un golpe de suerte.

En las siguientes imágenes, el líder pasó revista a todo lo que sus súbditos y esclavos habían construido durante las horas anteriores. Parecía satisfecho. El capitán comprobó que los cazas todavía sobrevolaban la zona, atentos a cualquier amenaza que pusiera en peligro la integridad de su líder. Habría sido un buen momento para iniciar el ataque, pero los cazas detectarían el origen de los cañones de riel con los que tenían pensado inutilizar la nave alienígena. Tuvo que esperar a que el líder regresara al interior de su nave para que el sargento Luccin volviera a contactar con él.

—Señor, los cazas enemigos han aterrizado —informó.

—Bien, mantengan la posición —respondió, satisfecho—. Si todo continúa igual, atacaremos mañana al alba.

Las horas pasaron sin que detectaran demasiada actividad en la base durante la noche, apenas algunos esclavos y soldados moviendo material y provisiones de aquí para allá. Harris decidió dejar un par de hombres en cada puesto y ordenó descansar al grueso de su ejército. El día siguiente sería decisivo para el devenir del proyecto Orfeo y de la humanidad.

Harris no pudo descansar demasiado a pesar de haberse tomado un tranquilizante. Los malditos exotrajes no estaban diseñados para pasar grandes periodos de tiempo en su interior. Acabó por levantarse de su esterilla cuarenta y cinco minutos antes de que sonara la alarma. Lanzó un par de maldiciones e intentó estirar sus doloridos músculos. Después, tomó un poco de papilla de avena y

dio un par de sorbos de agua para pasar el líquido denso. A pesar del cansancio acumulado, se sintió mejor. Necesitaba tener la mente despejada para lo que se les venía encima.

En cuanto estuvo dispuesto, salió de su tienda individual y se dirigió al puesto de mando. Allí, los dos soldados que había dejado a cargo de la radio y los drones parecían estar relajados y con los pies sobre la mesa de la tienda. Al verle entrar por la puerta, ambos bajaron los pies de inmediato y se cuadraron delante de su superior.

—Descansen. —Obvió lo que acababa de ver.

—Madruga usted mucho, señor —observó uno de ellos.

—Ya he descansado lo suficiente —argumentó él—. ¿Ha habido alguna novedad durante su guardia?

—No, señor —respondió el otro—. Los Khol y sus esclavos han seguido llevando material y provisiones a todos los edificios de la base.

—Bien —les dijo—. Vayan a descansar un rato, nos espera un día complicado.

Los soldados se cuadraron y salieron de la tienda, dejando solo al capitán. Durante unos minutos estudió las imágenes obtenidas durante la noche para validar lo que le acababan de contar sus hombres. La base enemiga parecía casi concluida. Harris llegó a contar hasta doce edificios circulares de diferentes diámetros y alturas. Decidió que estaba todo dispuesto y que debía dar las órdenes. Ya no había marcha atrás. A las seis en punto conectó la radio para emitir en todos los canales.

—Les habla el capitán Harris —comenzó—. Hoy es el día señalado para llevar a cabo la operación Prometeo. No se trata de un simulacro, hoy se decidirá el destino de la humanidad. Hemos sido entrenados para este momento, para esta misión. Somos la última línea de defensa para nuestros compañeros y también para toda la población kepleriana. Cada uno de ustedes juega un papel vital en esta batalla, confío plenamente en su capacidad para cumplirlo.

»Los Khol creen que pueden venir aquí y convertirnos en sus esclavos, pero les demostraremos que se equivocan, que los humanos prevaleceremos. Ahora descansan en sus camas sin saber lo que se les viene encima, desataremos un maldito infierno para

acabar con ellos. Por la Tierra, por la raza humana y nuestros aliados keplerianos. ¡Todos a sus puestos!

Un impulso frenético se apoderó de los puestos de avanzada y los soldados comenzaron a prepararse para la batalla. Llevaban meses organizando la operación, por lo que no fue necesaria ninguna indicación adicional. Poco después, todos estaban en posición.

—Cañón de riel azul asegurado y en posición —sonó por la radio.

—Cañón de riel rojo asegurado y en posición —se escuchó poco después.

—Equipo azul en posición —dijo otra voz.

—Equipo rojo preparado.

Todo estaba a punto. La luz comenzaba a asomar por entre las escasas nubes del horizonte y tan solo faltaba una última orden para iniciar la guerra. Puede que muchos soldados fallecieran en las próximas horas, pero sería un precio módico a pagar por la libertad. No había marcha atrás.

—Abran fuego —ordenó Harris.

Los carros de combate, guiados por un módulo de Ada, apuntaron a diferentes zonas del crucero estelar y abrieron fuego con dos estruendos que acabaron de despertar a todo aquel que estuviera en varios kilómetros a la redonda. Dos estelas anaranjadas aparecieron en las trayectorias de ambos proyectiles e hicieron blanco en la imponente nave enemiga. Sin embargo, no consiguieron traspasarla de un extremo a otro. El terreno que había debajo de los carros de combate quedó deshecho por el potente retroceso de los cañones. Los operarios, ayudados por la inteligencia artificial, buscaron otro lugar donde anclar los vehículos y volver disparar de nuevo.

Aprovechando el total desconcierto de los alienígenas, los dos pelotones de infantería que se encontraban situados en las zonas norte y sur iniciaron el avance hacia el centro de la base. Los Khol no tardaron en reaccionar al ataque, y un sonido repetitivo y molesto comenzó a oírse en el claro. Era la llamada a las armas. De repente, un enjambre de soldados Khol armados con lanzas y escudos surgió del interior de la nave.

Eran muchos.

El capitán Harris, ajeno a todo lo que ocurría en el exterior, corrió hacia la linde del bosque para contemplar por sí mismo lo que ocurría en el campo de batalla. Lo primero que vio fue la imponente mole del crucero espacial. Si los dos impactos la habían afectado, no se distinguía desde el exterior. Revisó el resto del claro en busca de los dos grupos de aguerridos soldados que se dirigían hacia la batalla. El ángulo no le permitía ver gran cosa, pero en algunas zonas pudo comprobar la polvareda que levantaban las pisadas en las zonas más áridas del terreno.

—Luccin, informe de la situación —pidió por radio.

—Los dos equipos se dirigen hacia la base enemiga, señor.

—¿Algún movimiento del enemigo?

—Unos trescientos soldados han salido del interior de la nave para defender el terreno.

—¿Qué hay de la nave?

—Me temo que ahí sigue —informó—. No da la impresión de haber sufrido daños relevantes.

—No veo a los cazas, ¿permanecen en tierra?

—Sí, señor. Por el momento, no hay movimiento en el aire.

—Haga todo lo necesario para que no despeguen.

—No tengo visual con tres de ellos, pero le aseguro que ninguna de esas criaturas se acercará a menos de veinte metros.

—Infórmeme de cualquier cambio en la situación.

—¿Quiere que abramos fuego y ayudemos a los dos equipos?

—No, manténganse al margen de momento —ordenó—. Pongan especial atención en los cazas. Cuanto más tarde revelen su posición, mejor.

—Entendido, cambio y corto.

Harris regresó al interior del puesto de mando a esperar acontecimientos. En pocos instantes, sus soldados llegarían a las primeras estructuras enemigas. En ese mismo momento sabrían si tenían alguna posibilidad de victoria.

Los dos grupos llegaron al primero de los puntos de cobertura que durante las últimas semanas se habían encargado de excavar en el claro. Allí podrían resguardarse en caso de que los Khol anticiparan el ataque. Los tenientes Ramos y Johnson comandaban

los equipos. Revisaron las zonas de aproximación a la base para asegurarse de que nadie los esperaba. Gracias a la comunicación con el sargento Luccin supieron que los Khol se habían separado en tres grupos: uno defendía el crucero; otro, el que parecía el edificio principal de la base, y el tercero patrullaba por la zona en busca de los atacantes.

Los carros de combate estuvieron pronto situados de nuevo en terreno firme y volvieron a comenzar su proceso de anclaje. Sin embargo, debían esperar a que los cañones acabaran su proceso de enfriamiento mediante nitrógeno líquido. Cuando estaban preparados para disparar, el sargento Luccin detectó movimiento en las inmediaciones de los cazas. Ordenó a sus soldados que abatieran a las criaturas que se dirigían hacia ellos. Gracias a la pericia de los tiradores, los seis pilotos cayeron uno tras otro.

—Hemos abatido a los pilotos, señor —informó a través de la radio.

—Buen trabajo, sargento.

De repente, algo extraño llamó la atención del sargento.

—¡No puede ser! —exclamó.

—¿Qué ocurre?

—¡Los pilotos se están levantando!

—¿Todos?

—Eso me temo, señor.

—Pero ¿sus hombres no han confirmado las bajas?

—Todos con impactos en la cabeza.

Aquello era un gran inconveniente. Habían supuesto que, al tratarse de bípedos, la anatomía de los Khol sería similar a la de los humanos. Estaba claro que se habían precipitado.

—Disparen a las extremidades, al torso, métanles una bala por el culo si quieren, pero eviten que esos malditos cabrones lleguen a los cazas.

—Sí, señor.

Tras varios disparos de todo su equipo de francotiradores y una doble comprobación, Luccin dio por cumplidas las órdenes del capitán.

—Todos los pilotos han sido abatidos. La zona pectoral parece ser su talón de Aquiles.

—Bien —celebró Harris dando una sonora palmada—. Sigan atentos al avance de ambos equipos.

Los dos equipos ya se dirigían al segundo y último de los puntos de cobertura antes de llegar a la base enemiga. Ambos se reagruparon para observar las zonas de entrada a la base. Decenas de soldados Khol se amontonaban en el sendero norte que conducía hacia el centro de la base. Les cortaban el paso. Todos portaban el mismo tipo de escudo, una enorme placa de color oscuro con forma de gota de agua a la que le han cortado la punta de la parte superior trazando un arco cóncavo. Se colocaron en diferentes líneas de defensa, apoyando los escudos en el suelo y taponando la vía más directa de entrada en la base. Una muralla de color oscuro les separaba de su objetivo.

—¡Fuego a discreción! —gritó el teniente Johnson.

La teniente Ramos, que avanzaba con el equipo rojo desde el sur, se encontró con la misma bienvenida. Tomaron posiciones a lo largo de la trinchera y se dispusieron a abrir fuego.

—¡Fuego! —gritó ella.

Los dos pelotones dispararon sus rifles de asalto, que impactaron una y otra vez sobre los escudos de los Khol. No hubo bajas tras la primera acometida. Aquellos escudos eran impenetrables.

—¡Alto el fuego! —gritó el teniente Johnson—. Estamos malgastando la munición. Esos escudos son del mismo material que los cascos de sus naves. ¡Ivanov! —bramó—. Trate de encontrar algún resquicio por el que pueda eliminar a alguno de ellos.

Ivanov era el mejor tirador del que disponía el teniente Johnson. Salió de la trinchera en dirección al bloqueo y se tendió en el suelo con su rifle. Se tomó su tiempo para estudiar las rendijas que dejaban abiertas los Khol. Encontró un hueco por el que meter la bala e impactar en el pecho de alguno de los soldados enemigos. Apuntó y disparó sin pensarlo.

—Enemigo abatido, señor.

—¡Buen trabajo! —felicitó—. Pero continúe.

Se abrió una brecha momentánea en la férrea barrera que les impedía continuar, pero de inmediato fue tapada por los defensores. El teniente hizo regresar a Ivanov a la trinchera. Necesitaban intentar algo diferente.

La teniente Ramos decidió dividir a su equipo en dos y envió a diez de sus soldados por el flanco derecho para tratar de esquivar la línea defensiva de los Khol. Avanzaron reptando para pasar desapercibidos hasta situarse a doscientos metros al noreste de la trinchera. Desde allí tenían mejor ángulo de disparo.

Abrieron fuego y vieron cómo al menos cuatro alienígenas caían al suelo. Sin embargo, la alegría fue fugaz, ya que la reacción de los Khol no se hizo esperar. Una parte de ellos se colocó en la línea de fuego, taponando el flanco. De repente, cuatro lanzas surcaron el cielo en un arco perfecto. Ninguna llegó a impactar, pero la forma en la que se clavaron en el suelo causó pánico entre los soldados, que decidieron regresar a la trinchera.

—Creo que vamos a necesitar el apoyo del sargento Luccin, capitán —pidió la teniente por radio.

—Negativo —dijo él—. La prioridad del nido es evitar que los cazas enemigos despeguen. Busquen otra alternativa.

El capitán Harris dio un golpe en la mesa. Aquel contratiempo ponía en riesgo toda la operación. No esperaba que los Khol fueran capaces de reaccionar con tanta rapidez y disciplina.

Dos nuevos disparos de los cañones surcaron el cielo de la base e impactaron en la nave nodriza de los Khol. Igual que los anteriores, la estela anaranjada ofrecía una pista inequívoca del lugar del que provenía el ataque. En esa ocasión habían decidido modificar la zona del impacto. Un humo de color oscuro comenzó a emanar de uno de los agujeros que acababan de provocar en el casco de la nave. Sin embargo, nada cambió en apariencia, y los carros de combate se dirigieron a otra zona para efectuar un nuevo disparo.

El sargento Luccin había seguido toda la operación desde su puesto elevado, a cientos de metros de distancia. Su prioridad era evitar que los pilotos enemigos llegaran hasta sus naves y, por el momento, había sido capaz de evitarlo. De repente, un sonido grave

y rítmico invadió la zona procedente del crucero espacial. Un enorme portón se abrió en la parte superior del mismo.

—Señor, creo que aquí pasa algo —informó por radio.

—¿Qué es ese ruido, sargento?

—Me temo que son nuevos cazas, señor.

Justo antes de acabar la frase, dos cazas salieron de la trampilla del crucero y comenzaron a surcar el aire alrededor de la base. El capitán Harris empezaba a desesperarse, nada estaba saliendo como tenía previsto y se veía obligado a improvisar un nuevo plan.

—Luccin, olvídense de los cazas —ordenó—. Acaben con los bloqueos de entrada a la base. Lancen los drones. Ataque total.

—A la orden —dijo con seguridad—. Ya sabemos dónde apuntar.

El equipo del sargento, colocado estratégicamente en estructuras de madera sobre las copas de los árboles más altos en la zona oeste del claro, fijó su punto de mira sobre los dos grupos de soldados Khol. Pero antes, ordenó el despliegue de los tres drones de combate que habían recuperado del hangar alienígena y que pertenecieron a la Galileo. Los hombres del sargento abrieron fuego sobre los dos bloqueos. Uno tras otro, los soldados enemigos comenzaron a caer. Se abrieron numerosos huecos en ambas barreras que no pudieron ser cubiertos. ¡Esa era la oportunidad que estaban esperando!

—¡Ahora! —reaccionaron a la vez el teniente Johnson y la teniente Ramos.

Los dos equipos salieron de las trincheras, y mientras unos daban fuego de cobertura, los demás avanzaron hacia lo que quedaba de los bloqueos. Gracias a la potencia de los trajes, se plantaron en unos instantes frente a los alienígenas, que se vieron sorprendidos por el repentino ímpetu de los atacantes. Impactaron contra lo que quedaba de los bloqueos y consiguieron superar las líneas defensivas. En ese momento comenzó una lucha encarnizada entre las dos facciones.

La teniente Ramos cargó de las primeras. Se abalanzó sobre uno de los escudos enemigos y, aplicando toda la potencia que le daba su exotraje, consiguió que el soldado Khol cayera al suelo. La caída la desequilibró y ella también acabó rodando por el suelo, aunque

pudo levantarse enseguida. Sin detenerse ni un segundo, sacó su pistola del lateral de su traje y disparó dos veces al soldado enemigo que trataba de levantarse. Otra de las criaturas se fijó en ella y, emitiendo un aterrador cloqueo, la agarró por la espalda y la elevó por los aires. El impacto contra el suelo la dejó casi sin aliento, y para cuando supo lo que ocurría tenía a un soldado Khol de dos metros de altura, armado con una lanza y dispuesto a atravesar su torso de una estocada. De repente, fue el pecho de la criatura lo que saltó por los aires. El soldado la miró sin comprender lo que acababa de ocurrir y después miró el agujero que la bala disparada desde varios cientos de metros de distancia le había provocado en el pecho. Se desplomó de inmediato.

El teniente Johnson se movió con rapidez, sin dejar de disparar con su rifle. Sumó tres bajas mientras avanzaba con el resto de sus hombres. Pero justo antes de acabar de atravesar la línea de escudos enemiga, aparecieron tres soldados Khol armados con enormes lanzas. Tras coger algo de impulso, las lanzaron con una potencia asombrosa hacia los atacantes. Una de ellas pasó a escasos centímetros de su brazo, pero impactó en el torso del soldado que llevaba detrás, atravesando el metal del exotraje como si fuera mantequilla y matándolo en el acto. El impacto fue tan brutal que lo lanzó hacia atrás a pesar de la inercia de la carrera. Las otras dos lanzas atravesaron también la cabeza y el pecho de otros dos soldados, que se sumaron a las bajas del ejército atacante.

Luccin y su equipo continuaron diezmando al ejército Khol desde la distancia, pero ahora que la refriega era cuerpo a cuerpo, no querían arriesgarse a fallar un tiro, así que se concentraron en rematar a los enemigos abatidos por sus compañeros. Con un ojo en los cazas, de vez en cuando revisaba la nave nodriza para detectar cualquier cambio en su estado. Fue en ese momento cuando vio actividad en la rampa de acceso a la nave. Cinco figuras ataviadas con imponentes armaduras descendieron del interior. La piel de uno de ellos era de color azul.

—Señor, el líder de los Khol acaba de descender de la nave —informó.

—¡Acaben con él!

Luccin preparó su fusil y apuntó a la coraza, consciente de que era la única manera de hacerlo. El tiro era difícil, pero nada que no hubiera hecho ya. Estaba a punto de apretar el gatillo cuando, de repente, un fuerte sonido lo distrajo. El tiro pasó rozando el cuello de la criatura, que corrió a ocultarse tras un parapeto, escoltado por los cuatro miembros de élite de su guardia personal. Cuando el sargento Luccin levantó la vista del punto de mira, se encontró de bruces con uno de los cazas. Los habían descubierto. Lo último que vio fue el casco de la nave arremetiendo contra la copa del árbol en el que se encontraban.

—¿Ha acabado con él? —preguntó el capitán Harris.

Nadie respondió a la pregunta.

—¿Sargento Luccin? —volvió a intentarlo—. Responda, sargento.

Pero solo obtuvo silencio. Harris miró su pistola, que descansaba encima de la mesa del puesto de mando, entre las imágenes proyectadas por la terminal. La cogió y comprobó el cargador. Después, colocándolo de nuevo en el interior del arma, salió de la tienda en dirección a la base enemiga. Sin nadie que le proporcionara información, no tenía sentido que permaneciera allí. Tendría que ayudar a sus soldados a acabar con la amenaza.

El carro de combate del equipo azul encontró antes una zona firme para asentarse. Tenían que continuar con el plan y evitar que el crucero volviera a despegar. En esta ocasión no esperaron a que la temperatura del cañón de riel fuera la óptima, no tenían tiempo. Un nuevo proyectil salió disparado hacia su objetivo e impactó de lleno en el crucero sin provocar nada más que un nuevo agujero y un estruendo que resonó en todo el claro. Sin embargo, el disparo llamó la atención del otro de los cazas, que pudo situar de dónde provenía gracias a la estela anaranjada. El caza cambió abruptamente su dirección y se precipitó sobre el carro de combate a gran velocidad. El impacto fue tremendo. Una nube de polvo, metal y fuego estalló por los aires. Acababan de perder una de sus mejores armas.

Ramos y su equipo trataban de reducir la resistencia del ejército enemigo por el flanco sur. La lucha estaba siendo encarnizada y ambas facciones habían sufrido numerosas bajas. Descerrajó dos

tiros en la cabeza a uno de los alienígenas mientras esquivaba la embestida de otro de ellos con un rápido giro sobre su propio eje. Ayudó a un soldado a levantarse del suelo para volver a confrontar al Khol que acababa de abatir. Miró su expresión de dolor y odio. A pesar de haber destrozado uno de sus ojos con los disparos, aquella criatura se había puesto en pie de nuevo y lo amenazaba con agresividad. Apuntó de nuevo con su pistola y vació lo que quedaba en el cargador por el resto de su cuerpo. Cada baja enemiga costaba un mundo.

Al equipo azul no le iba mucho mejor. El teniente Johnson acababa de perder su arma al verse sorprendido por un soldado enemigo, que lo derribó de un fuerte golpe que casi lo dejó sin aliento. Sin embargo, había conseguido recuperarse y luchaba cuerpo a cuerpo con la criatura, que lanzaba peligrosos zarpazos mientras gritaba en su endemoniada lengua. Hizo lo que pudo para esquivarlo, pero era mucho más ágil de lo que su enorme cuerpo parecía indicar. Tuvo que dar lo mejor de sí para poder devolver alguno de los golpes que le lanzaba su rival. Le resultó complicado, ya que la forma de pelea de los Khol era muy diferente de la humana. Utilizaban su cola para equilibrar el cuerpo, lo que les permitía inclinar el torso en ángulos fuera del alcance de sus brazos. Tras varios intentos infructuosos, consiguió impactar un directo en el mentón de la criatura, que dio dos pasos atrás. Sin embargo, a pesar del fuerte impacto, no pareció amilanarse, sino que emitió un sonido parecido a una risotada que acompañó por un rugido que le puso los pelos de punta.

El capitán Harris aceleró el paso y puso a prueba la capacidad del traje. Esquivó arbustos, piedras y zanjas hasta plantarse en uno de los laterales de la base enemiga. Tenía vía libre para entrar en la refriega. Pero antes de meterse en una batalla encarnizada tenía que asegurarse de que sus órdenes se cumplían.

—Ortiz, ¿me recibe? —llamó por la radio.

—Sí, señor —respondió con timidez.

—Necesito que su equipo se una a la batalla de inmediato, tenemos que apoyar a los dos equipos cuanto antes.

Ortiz tardó unos instantes en responder.

—Sí, señor —dijo por fin.

El carro de combate del equipo rojo se situó en una zona más adelantada y comenzó su proceso de anclaje. Los operarios apuntaron al crucero y estaban dispuestos para disparar cuando algo provocó que cambiaran de opinión. El otro caza que continuaba revoloteando por la zona los acababa de detectar. Rápidamente trataron de modificar su objetivo y movieron la torreta del cañón para apuntar al caza, que no les dio ninguna oportunidad. Otra explosión sacudió el campo de batalla. Los atacantes acababan de perder la última pieza de artillería capaz de equilibrar la balanza ante la manifiesta superioridad de la fuerza aérea de los Khol.

Un sonido intenso y grave surgió del centro del claro. Era un ronroneo rítmico que todo el mundo supo identificar. La nave nodriza estaba levantando la rampa de acceso y se disponía a despegar. Ortiz, que corría junto con sus soldados hacia el interior del claro, comprendió lo que eso significaba. Un súbito temor a la muerte se apoderó de su cuerpo y se quedó paralizado en tierra de nadie mientras el resto de su pelotón avanzaba sin dudar hacia la refriega.

El capitán Harris entró en la base enemiga con la pistola en la mano. El sonido de la nave nodriza le hizo darse cuenta de la situación. Todo se había vuelto en su contra, nada ni nadie podría evitar ya la derrota. Fue consciente del fracaso que suponía, pero lejos de darse por vencido, decidió seguir luchando. Se llevaría por delante al líder de los alienígenas, aunque eso supusiera entregar su vida. La humanidad tendría que acostumbrarse a vivir entre las sombras. Los pensamientos espolearon su espíritu y se encaminó hacia las cinco figuras que acababan de descender del interior de la nave.

Los encontró en dirección norte, hacia el lugar donde el equipo del teniente Johnson libraba una encarnizada batalla con las huestes invasoras. Activó la reducción de ruido del traje y aprovechó que ninguno de los cinco Khol lo miraba para aproximarse en silencio por la retaguardia. Dada la situación, no le suponía ningún problema moral atacar a sus enemigos por la espalda.

Cuando consideró que ya no podía errar el tiro, disparó su arma en repetidas ocasiones. El líder Khol recibió seis impactos en la parte

trasera de la coraza que cubría su torso. Después, todo ocurrió en un abrir y cerrar de ojos. En vista de que la armadura repelió todos los disparos, apuntó a la cabeza, en la que el líder llevaba un cubrenucas del mismo material que la armadura y que dejaba a la vista las protuberancias óseas. Antes de que pudiera siquiera apuntar, dos de sus guardias se interpusieron entre ambos a una velocidad que lo sorprendió. Harris realizó otros dos disparos que atravesaron la cabeza de uno de ellos, mientras los otros dos se lanzaban a por él.

El impacto del que llegó primero fue tremendo. A pesar de llevar el exotraje, la fuerza con la que la mole alienígena impactó contra él sacudió todo su esqueleto, provocándole un intenso dolor. Cayó de bruces mientras el otro guardia se encargaba de desarmarlo.

—¡Soltadme! —gritó con dificultad.

Trató de liberarse de la presa con la que ambas criaturas lo mantenían inmóvil pero, por desgracia, los servomotores del exotraje no eran rival para la descomunal fuerza que eran capaces de ejercer sobre él. Ambos lo miraban con expresión amenazante mientras emitían cloqueos y sonidos desagradables. De repente, apareció bocabajo en su campo de visión una figura mucho más imponente. Sus ojos dorados lo miraron desde las alturas y su piel azulada brillaba mientras su garganta se movía al emitir aquellos cloqueos sin siquiera abrir su enorme mandíbula. Aunque no supiera cómo explicarlo, sabía que la mirada estaba cargada de odio.

Hizo un ademán a sus guardias para que se apartaran. Harris consiguió levantarse a duras penas del suelo. Tan solo la adrenalina consiguió evitar que sintiera de golpe todo el dolor que el impacto le había causado. La diferencia de altura era notable. La criatura debía medir casi dos metros y medio. En cuanto recuperó la vertical se vio rodeado por tres lanzas que lo apuntaban directo al torso. Buscó con la mirada al cuarto guardia que se acababa de incorporar tras recuperar su arma. Su cabeza estaba atravesada por los dos balazos que le había descerrajado, pero su ojo sano lo miraba con inquina.

El líder comenzó a emitir los característicos sonidos que acababa de escuchar. Parecía que trataba de hablar con él.

—No entiendo una mierda de lo que dices —respondió él, desafiante.

La criatura pareció comprender el problema de comunicación y manipuló un brazalete que llevaba en su brazo izquierdo. Después volvió a intentarlo.

—Algo me dice que ahora me entenderás. —Sus cloqueos fueron traducidos por una voz cruel e inhumana que emitía su brazalete—. Ahora, contesta. ¿Quiénes sois y por qué habéis atacado nuestra base?

Harris le habría escupido si no hubiera tenido el casco del exotraje colocado.

—Sois vosotros los que atacáis y esclavizáis a los pobladores de este planeta.

El líder Khol emitió un cloqueo rítmico y ostentoso que no obtuvo ninguna traducción.

—Desconocía que los humanos tuvierais sentido del humor —dijo después—. Ganamos nuestro derecho sobre este planeta hace muchos años, maldita escoria. Todo lo que hay en él nos pertenece. Y ni tus antepasados ni tú sois rivales para nuestro imperio.

El capitán Harris apretó los puños dentro de su exotraje, sintiendo la rabia latir en sus sienes. Mantuvo la mirada fija en los ojos oscuros del líder Khol, resistiendo el impulso de abalanzarse sobre él, ya que sabía de sobra que sería inútil.

—Quizá no fuimos rivales en el pasado —respondió él—. Pero este planeta se liberará de vuestra tiranía tarde o temprano.

El líder Khol emitió otro cloqueo, esa vez con una cadencia más lenta, como si disfrutara de cada palabra traducida por el brazalete.

—Sois insignificantes —dijo, con una crueldad casi casual en su tono—. Vuestra resistencia es una molestia temporal, un zumbido que pronto será silenciado. No os dais cuenta de a qué os estáis enfrentando. No sois más que simples insectos intentando desafiar a un gigante.

El capitán Harris intentó sorprender a su interlocutor con un movimiento rápido. Consiguió desviar las puntas de las lanzas de dos certeros manotazos y se abalanzó sobre el líder alienígena. Sin embargo, no consiguió llegar hasta él. Con una agilidad y una

tranquilidad pasmosas, el gigante Khol lo agarró del cuello con una de sus potentes garras y, apoyándose en su enorme cola, lo alzó hasta ponerlo a la altura de su cara.

—Podría aplastarte el cráneo como a una fruta madura —lo amenazó.

—Hazlo, maldito cabrón —lo retó.

—Reconozco que tienes agallas —rio entre dientes—. Eres diferente al resto de los humanos y de sus descendientes. Creo que serás un buen trofeo.

De repente, lo lanzó por los aires y ordenó a sus guardias que lo prendieran.

La situación de la teniente Ramos no era muy halagüeña, pero todavía albergaba algunas esperanzas. Muchos soldados habían caído ante las fuerzas defensivas enemigas. Sin embargo, el ímpetu de los humanos estaba decantando la balanza en favor del bando atacante. Las bajas enemigas se contaban ya por decenas. Una vez comprendieron que era su torso la parte más frágil, concentraron los ataques sobre esa zona. Ni los petos de cuero curtido ni las duras escamas eran suficiente protección ante la superioridad armamentística humana. Pero costaba encontrar un ángulo de tiro ahora que habían entrado en el cuerpo a cuerpo. Ramos esquivó el embate de un lancero Khol con un movimiento ágil que provocó que su rival dejara la zona lateral de su abdomen al descubierto. Aprovechó para disparar y dejarlo fuera de combate. Miró de reojo la pequeña pantalla de su pistola, que había empezado a parpadear. Se estaba quedando sin munición y no le quedaban más cargadores.

Johnson había reconquistado el terreno perdido. Después de conseguir deshacerse de un poderoso rival, había recuperado su arma y avanzaba junto a otro soldado hacia el interior de la base, donde se replegaba su enemigo. También se habían dado cuenta de cuál era el punto débil de sus contrarios, pero les había costado demasiadas bajas. Sin embargo, todo parecía estar cambiando de dirección, y poco a poco veían la batalla con mejores expectativas. Abatió a una de las criaturas que trataba de apuntillar a otro de sus

soldados en el suelo. Después, protegió la posición contra un grupo de Khol que trataba de abrirse paso hacia su retaguardia. Todavía había esperanzas.

Ortiz contempló con horror cómo la nave nodriza alienígena se elevaba por los aires. Sabía de sobra lo que aquello significaba. Había escuchado hablar sobre la capacidad devastadora de sus armas gravitatorias. Tras coger altura, se desplazó hacia el sur con un movimiento ágil sorprendente para una nave de ese tamaño. Allí se libraba una gran batalla entre uno de los pelotones Khol y el equipo rojo de la teniente Ramos. El rumor de los motores comenzó a crecer y, de repente, un estruendo que le puso la piel de gallina resonó en todo el claro. La tierra se desquebrajó, las rocas comenzaron a flotar y con ellas lo hicieron también los participantes en la batalla. Aquel prodigio no hizo diferencias entre bandos, sino que alzó varios cientos de metros a humanos y a soldados Khol por igual.

De pronto, el rumor cambió de tono y bajó los decibelios. Todo lo que acababa de levantar, cayó de nuevo a gran velocidad. Ortiz cerró los ojos antes de ver cómo todas aquellas personas se estrellaban contra el suelo y parte del terreno les caía de nuevo encima. Nadie, ni siquiera provisto de un exotraje, sería capaz de sobrevivir a una caída como esa. Si sus enemigos no tenían piedad ni de sus propios iguales, la batalla estaba perdida. La humanidad se enfrentaría a la más absoluta desesperación, consciente de que no tendrían ninguna posibilidad contra sus despiadados oponentes.

8

El plan B

6 de abril del año 3

Campamento A, Kepler-442b

Emily comprobó constantemente la radio durante casi una hora sin que de ella saliera otra cosa que no fuera ruido blanco, lo que indicaba que nadie emitía en esa frecuencia. Todos a su alrededor guardaban silencio. La situación había pasado de esperanzadora a muy preocupante. Ni siquiera sabían si había habido algún superviviente. La última transmisión había llegado desde el equipo azul del teniente Johnson, y lo último que habían escuchado era el estupor ante el poderío del crucero estelar alienígena.

Cientos de soldados habían fallecido en la batalla o, lo que es peor, habían sido capturados por el enemigo. Soldados valientes que se enfrentarían a un infierno al pasar a formar parte de la extensa lista de esclavos que trabajaban para los Khol.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó Evelyn, asustada.

—Tendremos que aguantar, no queda otra —respondió Paula con resignación.

—No sé si estaremos preparados para lo que se nos viene encima —dudó la enfermera.

—Tenemos que ser fuertes —intervino Gorka—. Sabíamos que esto podía llegar a pasar.

—Pero siempre tuve la esperanza de que el capitán Harris y el resto salieran victoriosos —lamentó.

—Seguiremos el plan establecido. —Emily se levantó de la silla—. Llevamos meses planificando este momento. Ya hemos perdido dos batallas contra ellos, ahora tenemos que resistir y seguir el camino que los keplerianos trazaron hace tres mil años. Si ellos pudieron vencer a las fuerzas invasoras, nosotros también.

—Pero ellos eran soldados —se quejó Chad.

—¿Y qué? —respondió Emily—. Lo que vamos a hacer no se enseña en las academias militares. Vamos a golpearlos donde más les duele. No podrán moverse de la base sin que nosotros estemos al tanto. Seremos una sombra, fantasmas que provocarán sus peores pesadillas. Atacaremos sus transportes, neutralizaremos sus guarniciones y les haremos pagar con sangre por cada uno de los soldados que hoy ha muerto por defender nuestra libertad.

El silencio que siguió a las palabras de Emily fue denso. En sus miradas se reflejaba una mezcla entre el miedo y la determinación que todos albergaban en su interior. Eran conscientes de que venían tiempos complicados, de que la tarea que se les había encomendado era titánica. Incluso tenían asumido que algunos de ellos tal vez no verían el final de la lucha.

Robert tomó la palabra.

—Tenemos que ser fuertes. Los Khol han ganado esta batalla, pero también han sufrido muchas bajas. Además, todavía contamos con el factor sorpresa.

—Los Khol comenzarán el expolio con mucha cautela —añadió Ÿonwush, la jefa de la guardia de Khapabir—. Pero todavía desconocen nuestra presencia aquí. Si nos organizamos adecuadamente, seremos capaces de diezmar aún más su ejército.

—Pero ¿y si no es suficiente? —preguntó Kostas—. ¿Y si nos aplastan antes de que podamos hacerles suficiente daño?

Emily lo miró con calma.

—Entonces, habremos hecho todo lo posible por defender a toda la gente inocente que sufre la esclavitud de los Khol. Pero hasta que eso ocurra, no les daremos el gusto de ver cómo nos rendimos. Nos esperan tiempos difíciles, puede que los peores de nuestras vidas. Creo que todos somos conscientes de eso. —Hizo una breve pausa —, pero nadie os recrimina que dudéis, o que tengáis miedo. No hay nada más humano que el miedo. Pero recordad que no luchamos solo por nosotros. Lo hacemos por todos los que han caído, por los que durante los últimos diez mil años han dado la vida por defender a su pueblo, a sus familias. Y también por los que vendrán después, por nuestros hijos y nietos.

Otro silencio atronador se apoderó de la cabaña. Todos se quedaron callados, conscientes de que, para bien o para mal, ellos eran lo único que separaba a la humanidad y a los pueblos keplerianos de una nueva era de esclavitud.

—¿Cuál es el plan? —preguntó el joven Martin Larsson.

—De momento, id a descansar. Sé que será complicado, pero tratad de disfrutar esta noche —les aconsejó—. Ahora, la prioridad es vigilar la zona de aterrizaje de los Khol y monitorizar sus movimientos. Después estudiaremos la mejor manera de minar sus planes.

El grueso del grupo abandonó la cabaña en la que habían establecido el puesto de mando. Dentro tan solo quedaron Robert, Ÿonwush y Emily.

—¿Crees que podrán soportar toda esta situación? —preguntó Ÿonwush.

—Sí —afirmó Emily sin dudar—. Solo están asustados, pero cuando llegue el momento, sé que harán lo que se espera de ellos.

—De acuerdo —asintió la kepleriana—, será mejor que nos centremos en los siguientes pasos a dar.

—Vamos a necesitar keplerianos que no llamen la atención y que puedan acercarse a la zona sin levantar sospechas —apuntó Robert —. Imagino que lo que queda del ejército Khol comenzará en breve a patrullar los alrededores en busca de supervivientes.

—Tengo a varios keplerianos muy capaces en el equipo —respondió.

—Yo también me he encargado de eso —reveló Emily.

La capitana la miró con sus ojos oscuros. Esa información la había pillado por sorpresa.

—¿Vamos a tener nuevas incorporaciones? —preguntó. Su voz sonaba molesta.

—Sí, espero que se incorporen a nuestro pequeño grupo hoy mismo.

—¿Por qué no se me ha informado de esto? —se quejó.

—Lo estoy haciendo ahora —respondió Emily—. Pero si le sirve para quedarse más tranquila, son keplerianos de mi total confianza.

—Aun así, con todo el respeto —continuó la capitana—, si vamos a convivir y a colaborar durante un tiempo indeterminado, me gustaría que se me informara de todas las incorporaciones y movimientos. Se trata de una cuestión de seguridad. Ahora mismo somos un grupo de forajidos, debemos ser cautos con quienes conocen las localizaciones de nuestros campamentos.

Emily miró a Robert, que también parecía algo molesto por su secretismo. Se sintió acorralada por los dos militares.

—De acuerdo —cedió—, lo tendré en cuenta en el futuro.

—Prepararé a mis equipos para que sondeen el área de la base Khol —siguió Ÿonwush, ya más tranquila—. Les diré que se centren en las zonas de partida de los equipos del capitán Harris, aunque no quiero engañarles, no espero encontrar supervivientes. Los Khol son despiadados y grandes luchadores, pero también son muy efectivos a la hora de acabar con los disidentes.

—No esperamos encontrar supervivientes —reconoció Emily sin ningún tipo de emoción en su voz.

—Aun así, no perdamos la esperanza —pidió Robert—. La batalla se ha desarrollado en diferentes frentes separados por cientos de metros entre sí. Tal vez alguien haya conseguido escapar con vida de esa maldita arma gravitatoria.

—De acuerdo —aceptó la capitana—. Con su permiso, iré a dar las órdenes para que los equipos partan sin más dilación.

La capitana Ÿonwush abandonó el puesto de control y dejó a Robert y a Emily a solas. Robert guardó silencio, pero Emily notaba su mirada clavada en ella.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Que podrías tener algo más de positivismo —respondió Robert.

—No quiero que nadie tenga falsas expectativas —repuso ella—. La situación es complicada.

—Por supuesto que lo es. Pero con esa actitud tan negativa y seria contagias el pesimismo. Lo que necesitamos ahora es despertar algo de esperanza. Ya los has oído, están asustados.

—Lo que necesitan es conocer la realidad —rebatió Emily—. Y la realidad es que estamos bien jodidos. El capitán Harris no quiso verla. Dime ¿de qué le ha servido?

—En lo que a mí respecta, el capitán Harris es un héroe por haber intentado defendernos de la tiranía. —Robert alzó el tono—. Ha dado su vida para que los demás tengamos una oportunidad contra un enemigo diezmado y desconcertado. Espero que no se te olvide.

—Yo no quería… —No supo que decir.

—No sé qué demonios te pasa —le recriminó—, pero espero que recobres pronto tu anterior talante.

Robert salió airado de la cabaña y Emily se quedó sola de nuevo. Se había sentido cómoda en la soledad durante esos últimos meses, sabiendo que todos estaban cerca. Pero, por primera vez en su vida, comenzaba a sentir la soledad de los líderes y la responsabilidad de los que están destinados a tomar grandes decisiones. Ella no había elegido ese camino, pero no iba a rehuir la responsabilidad. Tenía que ser fuerte, no podía derrumbarse a las primeras de cambio. Se avecinaban tiempos convulsos.

Sin embargo, no tuvo demasiado tiempo para reflexionar, ya que el soldado Connor apareció en la entrada de la cabaña.

—Directora Rhodes, acaba de llegar un carro con dos keplerianos que quieren hablar con usted —informó.

Emily se levantó del taburete y salió al exterior, donde se encontró con el carro y un nutrido grupo de soldados, tanto humanos como keplerianos, escoltando sin armas a los recién llegados. Los dos keplerianos de los que hablaba iban ataviados con un hábito de color gris que a Emily le resultaba muy familiar.

—Podéis estar tranquilos, son de mi confianza —dijo.

Liikmi se echó la capucha hacia atrás y le dedicó un tímido saludo. A su lado viajaba Avmup, el Gaal-El que vivió durante años dentro de la disciplina Khaavahki, hasta que ayudó a Emily y a sus compañeros a escapar de la Torre del Vigía, donde los encerraron a la espera de su ejecución. También saludó a Emily, que se acercó a ellos.

—Me alegro de veros —les dijo—. Aunque preferiría que la situación fuera diferente.

—Desde luego, directora Rhodes —asintió Liikmi con su habitual reverencia cuando descendió del carro.

—Avmup —Emily se giró hacia el otro cultista—, gracias por venir, alguien como tú nos será de gran ayuda.

—Ardo en deseos de comenzar a trabajar, mi señora —imitó a su colega.

Emily había dado por imposible evitar todas aquellas genuflexiones por parte de los Gaal-El. Funcionaba durante un tiempo, pero al cabo de unos días, volvían a hacerlas. Se había acabado por acostumbrar.

Les condujo hasta el puesto de mando y los invitó a sentarse alrededor de la mesa.

—¿Qué nuevas traéis del pueblo Gaal-El? —quiso saber.

—El sumo sacerdote os manda saludos —dijo Liikmi—. Y nos desea la mayor de las suertes en nuestro cometido.

—La necesitaremos, sobre todo después de lo que ha ocurrido esta mañana.

—Hemos escuchado los ecos de la batalla, pero no sabemos cómo ha concluido —reconoció Avmup.

—Nuestro ejército ha dado todo lo que tenía para vencer a los Khol —explicó Emily—. Sin embargo, no ha sido suficiente.

—Lo lamento —dijo Avmup con gran pesar—. Es una gran pérdida.

—Lo es —admitió Emily—. Pero tenemos que pasar página y centrarnos en lo que tenemos delante. ¿Qué información nos traéis?

—Ya han comenzado los movimientos en las minas del colmillo de plata y las del escudo de hierro, al norte y noreste de esta localización —indicó Liikmi, señalando los lugares en los mapas que descansaban sobre la mesa—. Según nuestros informadores, los jefes de mina comenzaron a apilar todo el material para los Khol hace un par de semanas, justo a tiempo para tenerlo preparado.

—¿Cómo sabían que los Khol se presentarían justo ahora? —Emily torció el gesto.

—No lo sé —reconoció, encogiéndose de hombros.

—¿De cuánto material estamos hablando?

—Entre dos mil y dos mil quinientas toneladas de hierro, cien toneladas de plata, veinte de platino y doscientas cincuenta de oro —enumeró Liikmi.

—Vaya, es mucho más de lo que me esperaba —exclamó Emily—. ¿Cómo pretenden transportar todo eso?

—En carros de madera, por supuesto —respondió él.

—Necesitarán muchos carros para transportar todo ese material.

—Así es, pero eso juega a nuestro favor —indicó Avmup—. Cuanto más tarden en llevar el material hasta su base, más posibilidades tendremos de diezmar sus convoyes.

—Y su ejército —añadió Emily.

—También se están preparando grandes partidas de alimentos —continuó Liikmi—. En ese caso estamos hablando de unas quinientas toneladas de grano y otras tantas de verduras y carne y pescado curados.

—Tengo una pregunta al respecto —dijo Emily—. Entiendo que durante estos últimos años las minas se han esforzado en conseguir todo el mineral requerido por los Khol. Pero los alimentos no duran tanto tiempo. ¿Cómo se gestiona eso?

—Por desgracia, los años de exacción van acompañados de hambrunas y un encarecimiento brutal de los precios de la comida. Las familias suelen cultivar sus propios alimentos de forma clandestina desde que aparecen los heraldos —explicó el ayudante de Waafdiv—. Sin embargo, nunca hay suficiente para todos y muchos sufren para conseguir algo de comer. Y, por si fuera poco, lo que pueden conseguir suele estar en mal estado.

—Se crea una especie de círculo vicioso —explicó Avmup—. Con el expolio, muchas familias se ven obligadas a robar para poder alimentarse. Durante la exacción, la delincuencia aumenta exponencialmente. Después, a los ladrones se les suele condenar a trabajar en las minas. Es ahí cuando empieza el ciclo de preparación para la siguiente exacción.

—¡Qué horror! —exclamó Emily.

—Las generaciones que nacen en épocas cercanas a las exacciones suelen ser mucho más reducidas debido a la alta mortalidad. Aunque los gobiernos de las ciudades siempre tratan de favorecer a los más vulnerables, es imposible controlarlo. Además, como te puedes imaginar, existen corruptelas y tratos de favor hacia determinadas castas.

—Supongo que la sexta logia estará detrás de todo —apuntó ella.

—Sin duda —asintió Liikmi.

—¿Cuál es el plan a partir de ahora? —preguntó Avmup.

—De momento, instalaros en alguna de las cabañas —dijo Emily —. Buscad a Paula y a Gorka y que os presenten al resto. Mañana partiréis hacia la base enemiga, pero hasta entonces, procurad descansar todo lo que podáis.

Emily se quedó de nuevo sola en la cabaña del puesto de mando. Se encontraba perdida entre cientos de pensamientos que se agolpaban en su cabeza cuando, de repente, algo llamó su atención. Vio cómo algo se movía en la puerta por el rabillo de su ojo. Giró la cabeza, pero allí no había nada, aunque estaba segura de que algo había cruzado por delante. Fuera lo que fuese, ahora se encontraba a la altura de una de las ventanas de la cabaña. Se acercó y se asomó al exterior tratando de hacer el menor ruido posible. Pegada a la pared y tratando de ocultarse estaba Shiishyi, la chiquilla kepleriana a la que habían sorprendido el día anterior husmeando por los alrededores.

—Creo que voy a tener que hablar seriamente con los vigías —susurró.

La niña dio un respingo y la observó sorprendida desde el suelo. Después miró a su alrededor, como si buscara un lugar en el que ocultarse de nuevo.

—No hace falta que salgas corriendo, no permitiré que nadie te haga nada —aseguró—. ¿Quieres comida?

La pequeña asintió con la cabeza.

—Entra aquí mientras voy a buscar algo —le dijo.

Emily buscó algo de comida en el edificio donde almacenaban las provisiones. Por desgracia, no disponían de impresoras alimenticias para darle un pedazo de bizcocho, como solía hacer con Shildii. Sonrió al recordar la glotonería de su joven amigo. Lo echaba de menos. Hacía semanas que no sabía nada del joven kepleriano. Él y su familia habían estado viviendo en Khapabir, pero su ritmo de vida le impedía tener momentos de relax. Cortó un pedazo de carne seca, un poco de queso y un generoso trozo de pan gris y regresó al puesto de mando.

La encontró tumbada en el suelo, mirando el techo y moviendo los brazos y las piernas arriba y abajo. Emily sonrió al comprobar que su imaginación era la misma que la de una niña humana de su edad. La pequeña se levantó deprisa en cuanto escuchó que alguien entraba en la cabaña, pero se tranquilizó al ver que era ella.

—Toma —le entregó la comida.

La niña cogió la comida con expresión desconfiada, pero en cuanto tuvo las piezas en la mano, corrió a una esquina de la cabaña, cerca de la salida. Emily, divertida con la reacción de la joven, que no dejaba de mirarla, trató de tranquilizarla.

—Como ya te he dicho, nadie va a hacerte daño mientras yo esté aquí.

Cogió dos taburetes, se sentó en uno y puso el otro cerca del suyo. Después golpeó el asiento para que se sentara con ella. La niña paró de comer y comenzó a acercarse. Se detuvo a mitad de camino, como si dudara de las intenciones de aquella extraña criatura que le hablaba a través de un brazalete, pero acabó por sentarse.

Sonrió al ver la forma en la que aquella joven disfrutaba del pan. Por algún extraño motivo, le gustaba verlos comer. Supuso que le vendría de familia, ya que su abuela Karen solía hacerlo cuando le preparaba el desayuno o la merienda tras regresar del colegio. Recordó cómo solía regañarle por no masticar lo suficiente o por hacerlo con la boca abierta. De forma inconsciente, comenzó a juguetear con la pulsera que le regaló su tío poco antes de partir de la Tierra. Allí estaba su chip de identidad. Hacía tiempo que no volvía a su memoria, pero la echaba mucho de menos. Estaba segura de que, incluso en aquella situación tan complicada, ella sería capaz de sacarle una sonrisa con su forma de ser.

Contempló con cierta ternura a Shiishyi mientras acababa de comer. La niña la miró mientras se relamía.

—¿Estaba rico?

—Sí —respondió lacónica.

—¿Qué tal tienes la herida de la cara? —se fijó en su mejilla—. ¿Te duele?

—No.

—Espero que tu abuela no se preocupara mucho ayer.

La niña agachó la cabeza y se retorció incómoda en el taburete.

—¿Qué ocurre?

—Ayer mentí —dijo la niña—. Mi abuela murió el año pasado.

—¿Y qué hay de tus padres?

—Nunca los conocí.

—¿Y el resto de tu familia?

Negó con la cabeza. Emily comprendió que la niña vivía sola. Alejada de las ciudades y sin nadie que cuidara de ella, supuso que se dedicaría a deambular por los alrededores en busca de algo que llevarse a la boca.

—Vaya, lo siento —dijo Emily—. Si lo deseas, puedes quedarte aquí. Aunque supongo que tendrás muchas preguntas. El otro día te asustaste mucho al ver un humano por primera vez.

La niña se encogió de hombros.

—No es la primera vez que me encuentro con uno de vosotros —dijo.

—¿No? ¿Dónde has visto más humanos? —preguntó extrañada.

—Está el ermitaño.

—¿El ermitaño? —preguntó Emily con curiosidad.

—Sí, apareció hace unos meses —explicó la niña—. Vive solo, a varios kilómetros al norte de aquí. Es un poco cascarrabias, pero en el fondo sé que tiene buen corazón. A veces me da comida.

Emily comenzó a ponerse nerviosa.

—¿Cómo es ese ermitaño?

—No sabe hablar muy bien y no tiene una cosa como esa que utilizáis para hablar —señaló el brazalete—. Pero suelo visitarlo de vez en cuando, es divertido. Tiene la cabeza y la cara llena de pelo, como los animales —se rio.

—¿No sabes cómo se llama?

La niña negó con la cabeza. Sin embargo, en el fondo de su ser Emily sabía perfectamente cómo se llamaba ese hombre del que hablaba la joven kepleriana. Hasta hacía unos meses se le conocía como el capitán Garth.

9

Resistencia

7 de abril del año 3

Campamento A, Kepler-442b

El día amaneció con una espesa niebla penetrando en el corazón del campamento. Los restos de la hoguera de la noche anterior todavía humeaban, esparciendo un tenue olor a cenizas que se mezclaba con la humedad del aire. El silencio de la mañana solo se veía interrumpido por alguna tímida ráfaga de viento que mecía las copas de los árboles en un rítmico vaivén. Todo parecía en calma.

La noche anterior fue extraña para todos. La derrota del ejército del proyecto había acabado de hundir la moral de los habitantes del campamento. Nadie habló durante la cena, y los rostros de todos eran serios y reflejaban su preocupación. En cuanto el arborumel comenzó a correr por las gargantas, todo se convirtió en una especie de homenaje por los caídos. Compartieron bebida y comida con algunos keplerianos hasta bien entrada la noche mientras cantaban canciones y contaban viejas historias de la Tierra para templar los nervios. Solo tres miembros del equipo decidieron retirarse pronto, Robert, Emily y la capitana Ÿonwush.

Emily no llegó a conciliar el sueño en ningún momento de la noche. Su cerebro había estado funcionando a pleno rendimiento y apenas había descansado unos instantes cuando los últimos se retiraron a los barracones y la quietud invadió el campamento. Aun así, permaneció en un duermevela del que decidió despertarse pronto. Se espabiló con el agua fresca de una jofaina. Echaba mucho de menos una ducha de agua caliente, pero aquel era el camino que les había tocado emprender. Después se colocó el jubón y los pantalones de tela gris y salió al exterior. La mañana era fría, por lo que se puso una capa por encima.

—¿No podía dormir? —preguntó la capitana Ÿonwush.

—No —respondió.

—Le entiendo muy bien. Por desgracia, todos nosotros lo hacemos.

Emily la miró a los ojos. Sus palabras parecían sinceras.

—Voy a cumplir ciento sesenta y dos años —continuó—. Era ya una kepleriana adulta la última vez que vinieron los Khol. Por aquel entonces ya era sargento de la guardia de Khapabir. Por mi condición, pude ver toda la miseria y el dolor que esos monstruos dejan a su paso. Hambre y muerte, familias destrozadas por doquier y cuerpos mutilados en las calles. La inmensa mayoría solo pedían algo para comer.

—Lo siento, es horrible.

—Es mucho más que eso —dijo ella—. Todavía me despierto de madrugada empapada en sudor, escuchando los gritos de los niños al ver que esos bastardos habían atravesado a sus padres con sus lanzas. Todo por pedir un poco de pan con el que alimentar a su familia.

La capitana se detuvo. Sus palabras parecían doler de verdad.

—Pero lo peor de todo es no poder hacer nada por evitarlo —se lamentó—. Cada vez que algún soldado o un buen samaritano trataba de interceder por esos pobres, acababa igual o peor que ellos.

—¿Nunca hubo ningún conato de rebelión? —preguntó Emily, tratando de componer una imagen en su mente—. Quiero decir, aparte de la Gran Revuelta.

—Sí, los hubo —explicó ella—. Pero todos fueron aplastados sin miramientos. Y, por lo que siempre contaban los más ancianos, había sido así desde que había memoria. Soldados, o simplemente ciudadanos jóvenes, intentaban tomarse la justicia por su mano. En alguna ocasión se consiguieron pequeñas victorias, pero solo fueron ilusiones. Poco después eran castigados con crueldad por las guarniciones Khol y, señalados por algunos, también lo fueron sus familias, como advertencia. Muchos seres queridos se perdieron entre las injusticias.

—¿Alguien cercano? —preguntó al notar cómo el tono de voz de la capitana cambiaba.

—Compañeros, vecinos —respondió, melancólica—. Y a mis abuelos.

—Lo siento mucho.

—Está bien —dijo con entereza—. Ni siquiera llegué a conocerlos. Mi padre era todavía muy pequeño cuando ocurrió. Mi abuelo era techador. Un día vio cómo un Khol se divertía a costa de una pobre familia y trató de ayudarlos. Pero, como ya te he dicho, los que se enfrentan a ellos no suelen acabar bien parados. De hecho, dos días más tarde, unos malditos *kholvahki* se presentaron en su casa y se llevaron también a mi abuela. Por suerte, otro vecino le advirtió de que esa mañana irían a por su familia y pudo esconder a mi padre y a mis dos tías en una oquedad del techo.

—¡Qué horror!

—Lo peor de todo es que mi padre llegó a saber años más tarde quién los había delatado. Me confesó que, tiempo después, había intentado tomarse la justicia por su mano. Se coló en la casa de los delatores de su familia, pero cuando estaba a punto de cometer una locura, escuchó los llantos de un bebé. —Hizo una breve pausa—. Yo acababa de nacer, y aquel llanto le recordó que la vida tenía que continuar y que, a pesar de todo lo que había sufrido, no era nadie para causar el mismo sufrimiento a otros.

—Keplerianos acusando a keplerianos —murmuró Emily—. Es horrible. Tu padre ha tenido que pasar por muchas dificultades.

—Era un gran kepleriano —dijo muy seria—. Me enseñó la diferencia entre lo que está bien y lo que está mal. Por eso, cuando nuestro querido Khaaÿ me habló de lo que usted estaba organizando supe que tenía que estar aquí. Alguien tiene que plantarles cara. El pueblo kepleriano lleva demasiado tiempo aletargado. Merecemos justicia después de tantos años de sufrimiento y esclavitud.

A Emily le resultó imposible no empatizar con la historia de la capitana Ÿonwush. Al fin y al cabo, también su padre había sufrido las consecuencias de cruzarse en el camino de los Khol. Sintió la tentación de contarle a la kepleriana el origen de su especie y cómo el sacrificio de la expedición Galileo había permitido que su mundo pudiera existir. Pero desechó de inmediato la idea. No convenía

complicar más una situación de por sí ya complicada. Además, ¿cómo le explicas a alguien algo tan trascendental como increíble?

Emily compartió el desayuno con ella y pudo tener unos momentos de relativa calma antes de comenzar el primero de sus días formando parte de la resistencia.

Poco a poco fueron apareciendo los habitantes del campamento. Justo al amanecer, tanto Liikmi como Avmup entraron en el comedor. Liikmi tenía su aspecto habitual, despejado como si la noche anterior no hubiera ocurrido nada, pero Avmup parecía haber bebido algo más de arborumel de lo aconsejable. Ambos saludaron a Emily y tomaron unos pedazos de queso y pan para desayunar con un poco de leche fresca.

—En una hora os espero en el puesto de mando —les dijo Emily —. Preparad vuestro petate y coged provisiones para un par de días. Os daremos las instrucciones de vuestro primer cometido.

Los dejaron a su aire, desayunando tranquilos. Después saludaron a todos los que fueron saliendo de los barracones y emplearon el tiempo en preparar la reunión. Emily no vio a Robert por ninguna parte. Supuso que se habría levantado antes que ella y estaría por los alrededores. Ÿonwush y Emily revisaron el mapa de la base Khol que habían actualizado con las indicaciones que habían podido extraer de las conversaciones por radio. Habían situado los edificios en las zonas adecuadas y tenían las localizaciones de partida de los equipos humanos que habían participado en la batalla.

Poco después, Robert apareció por la puerta.

—Buenos días —saludó.

—Te has levantado muy pronto, no estabas en la cama cuando me he despertado —observó Emily.

—No podía dormir, así que he salido a hacer algo de deporte por los alrededores.

—Ten cuidado, no debemos llamar la atención.

—Sí, tranquila —asintió él—. He aprovechado para llegar hasta la antigua mina, tenía pendiente revisar esa zona.

—Aun así, podrías haberte encontrado con algún animal peligroso.

Robert se limitó a sonreír. Se tomó el consejo como un síntoma de su preocupación. Todavía seguía viendo a aquella joven risueña y despistada con la que se tropezó en el atrio de la estación Asimov y que lo enamoró a primera vista. Pero notaba que había cambiado. Ahora era la directora, y la responsabilidad de mantener a salvo lo que quedaba del proyecto Orfeo pesaba mucho. Todavía a veces sentía el impulso de abrazarla para intentar calmar toda la tensión que se había instalado en su mente y que la hacía despertarse de madrugada entre pesadillas. Robert se sacudió todo eso de su cabeza.

—¿Qué estáis revisando? —se limitó a preguntar

—Las zonas a investigar —explicó Emily.

—Creo que deberíamos empezar por los campamentos humanos —propuso Ÿonwush—. Tal vez encontremos supervivientes.

—Será complicado, sobre todo teniendo en cuenta que los humanos no podemos respirar este aire sin un complejo proceso de adaptación —explicó Emily—. De abrirse una brecha en las armaduras, lo más seguro es que murieran en pocas horas.

—Pero en los campamentos hay suministros —dijo Robert—. Tal vez nos encontremos con alguien que huyó de la batalla.

—Podría ser —aceptó ella—. Pero tendremos que ir con pies de plomo, es posible que los Khol estén buscando lo mismo.

—¿Necesitaremos algo de esos suministros? —preguntó la capitana.

Robert se mesó la barba.

—No voy a negar que nos vendrían bien algunas cosas —reconoció—. Pero tal vez suponga un riesgo traerlas hasta aquí.

—Podemos intentar hacerlo si vemos que no hay peligro en ello —sugirió la capitana.

—Bien, pero no quiero que nadie arriesgue su vida por algo que puede que no utilicemos —respondió Emily.

Alguien tocó en la puerta de la cabaña.

—¡Adelante! —gritó Emily.

Allí estaban Liikmi, Avmup y los otros cuatro keplerianos del equipo de la capitana Ÿonwush, que entraron y se situaron de pie

alrededor de la mesa para poder ver lo que había desplegado sobre ella.

—Me gustaría agradeceros vuestra disposición y sacrificio —empezó Emily—. Nos adentramos en un terreno pantanoso y sobra decir que todos corremos grave peligro al formar parte de todo esto.

Emily los miró a los seis y vio determinación en sus miradas.

—Como ya sabéis, nuestro objetivo es sabotear las líneas de suministro del enemigo —señaló todas las líneas pintadas sobre el mapa por las cuales se esperaba que pasaran los convoyes Khol—. Pero para poder comenzar con nuestro cometido necesitamos conocer de primera mano cuál es la situación en su base.

Emily miró a Robert para que continuara.

—Los Khol también tienen que estar en una situación complicada —añadió él—. Aunque hayan conseguido ganar la batalla, han perdido muchos efectivos, y su líder debe de tener muchas dudas sobre si las operaciones sobre el planeta serán seguras. Según creemos, se trata de alguien muy joven.

—Lo es —aseguró la capitana—. Se trata de Kraalok, al que llaman El joven por motivos obvios. Su padre le cedió el testigo hace varios siglos.

—¿Siglos? —Emily se sorprendió—. ¿Cuánto vive un Khol?

—No lo sé, pero mucho más que nosotros —dedujo la militar.

—El caso es que se ha visto sorprendido por un enemigo que no se esperaba —prosiguió Robert—. Sus soldados deberían estar patrullando los alrededores en busca de supervivientes y asegurándose de que no les espera ninguna sorpresa más. En cierta manera, hemos perdido el factor sorpresa y puede que estén esperando alguna acción por nuestra parte.

—Pero no sospecharán de seis keplerianos que solo deambulan por las zonas limítrofes a la base en busca de chatarra y material que vender en el mercado —apuntó Ÿonwush.

—Por eso vamos a enviaros a cada uno de los puntos donde establecieron los campamentos humanos antes de la batalla —concluyó Robert.

—¿Cuál es la misión? —preguntó uno de los soldados de Ÿonwush.

—Valorar la situación del ejército Khol y conseguir imágenes aéreas de la zona —indicó Robert.

—¿Aéreas? —El soldado torció el gesto.

—Sí, necesitamos conocer la situación de toda la base y para ello es necesario elevarse lo máximo posible —aclaró Robert—. Pero tranquilos, utilizaréis tecnología humana. Os la mostraré.

Robert sacó un cubo de unos ocho centímetros de lado y manipuló su brazalete. Después de apretar dos de los botones de la parte superior se desplegaron cuatro pequeños motores que lo mantuvieron en el aire, para sorpresa de los keplerianos. En la parte inferior del artefacto había una cámara de alta definición que enviaba las imágenes al proyector holográfico de su brazalete. Aquello acabó por maravillar a los soldados, que nunca antes habían visto nada parecido.

—Cada equipo llevará uno de estos consigo —continuó Robert—. Están programados para subir hasta los quinientos metros de altura, grabar durante cinco minutos y descender de nuevo al mismo lugar. El dron, como se llaman estos pequeños aparatos, guardará en su interior las imágenes y las podremos ver una vez hayáis regresado.

—¿Tenemos que recuperar algo del material que encontremos? —preguntó Liikmi.

—Si no hay actividad en la zona, puede que algo nos resulte de utilidad —dijo Robert—. Pero no arriesguéis vuestra vida por ello, la única prioridad es estudiar la situación.

—Lo mismo si encontráis algún superviviente —intervino Emily—. Confiamos en vuestro buen juicio.

—¿Alguna pregunta? —concluyó Robert.

—No, señor —aseguró Avmup—. Está todo claro.

—Creo que no debí beber tanto anoche —se quejó Avmup, moviéndose incómodo en la parte delantera del carro.

Liikmi soltó una de las cuerdas con las que guiaba a los animales y le tendió de nuevo el pellejo de agua. El exespía dio un trago largo hasta que sació su sed y le ofreció de vuelta a su compañero, que declinó la oferta con un gesto de su cabeza. Avmup volvió a taparlo

y lo guardó junto a él. Después, lanzó un sonoro eructo seguido de un prolongado suspiro y se acomodó en la banqueta delantera. Llevaban ya unas cuantas horas de viaje y la travesía se le estaba haciendo eterna.

—Estás muy callado —le dijo a su compañero—. ¿Crees que tendremos problemas?

—Es probable —respondió sin dar muchas más explicaciones.

—Tampoco creo que estén patrullando toda la zona —dijo Avmup —. La planicie es enorme, y ya has oído al militar humano. Han tenido muchas bajas y estarán más preocupados porque no les vuelvan a sorprender que en buscar el origen del ataque. Dudo mucho que Kraalok abandone la zona segura, expondría a sus soldados a posibles emboscadas.

—No creo que un *kholchach* tenga en mucha estima la vida de sus *kholvahki*.

—No soy un experto en sus costumbres, pero puede que tengas razón.

Avmup extrajo el pequeño cubo de su morral y lo observó con curiosidad.

—¿Cómo crees que hacen que este cacharro pueda volar? —preguntó.

—No tengo ni idea, pero será mejor que no juegues con él —le advirtió.

—Pues a mí me resulta muy…

Avmup no pudo acabar la frase. Sin querer, apretó los botones del dron y este comenzó a volar hacia las copas de los árboles. Después de unos instantes de ascenso, desapareció de su vista.

—¡¿Pero qué es lo que has hecho?! —le abroncó Liikmi, deteniendo a los dos *fhores* que tiraban del carro vacío.

—Yo… lo siento, debo de haberlo activado sin darme cuenta —se excusó su colega.

—Y ahora, ¿cómo lo recuperamos?

—En teoría, el chisme bajará solo hasta el mismo lugar desde el que se había lanzado.

—Pero se ha escapado unos metros más atrás, ¿y si se cae al suelo y se rompe?

—Espera, retrocederé un poco.

Avmup descendió del carro y recorrió unos cuantos metros hacia atrás. Miró hacia arriba y después miró de nuevo a su compañero.

—Yo creo que ha sido más o menos por aquí —le dijo sin gritar demasiado.

Liikmi suspiró y bajó también del vehículo.

—Será mejor que nos preparemos los dos, así duplicaremos las posibilidades de recuperarlo —propuso.

Se quedaron mirando hacia las copas de los árboles, a la espera de que el dron volviera a aparecer. Con el paso del tiempo, se empezaron a poner nerviosos y a mirar a todos los lados.

—Tenía que haber llevado yo el aparato ese —se quejó Liikmi—. Estamos en medio de la nada, pero muy cerca de la base Khol. ¿Qué hacemos si alguien nos ve?

Avmup le hizo un gesto para que se callara. Creía haber escuchado algo. Ambos trataron de agudizar su oído, pero lo que oyeron no parecía coincidir con el ruido que haría un dron como el que acababan de perder.

—Parece un gemido —susurró Avmup.

—Viene de ahí adelante —señaló Liikmi.

De repente, algo golpeó las hojas de los árboles encima de sus cabezas. El dron volvió a aparecer y los dos keplerianos dieron un respingo. Miraron hacia arriba y vieron cómo el dron descendía hasta situarse justo entre ambos. Flotó a la altura de sus cabezas hasta que Avmup colocó la palma de su mano justo debajo de él y este detuvo sus pequeños propulsores y recogió sus cuatro alas.

Sin embargo, los gemidos que acababan de escuchar continuaban. Algo se movía unos metros más adelante.

—¿Qué hacemos? —susurró Liikmi.

—Puede que sea un superviviente —dijo—. Tenemos que ir a ver.

Guardó el dron en su zurrón y se adelantó unos pasos, atento a cualquier cosa que llamara su atención. Recordó que, para no levantar sospechas ante una patrulla de soldados Khol, ninguno de los dos iba armado, así que se movió con mucha cautela. Liikmi lo siguió a pocos pasos. Llegaron a un tronco de árbol y aprovecharon el parapeto natural que les ofrecía para otear en todas las

direcciones. El origen del ruido estaba cada vez más cerca, pero no veían nada que pudiera generar el sonido rítmico y agónico que escuchaban.

Avmup señaló el árbol de enfrente. El sonido parecía llegar desde allí pero, aunque la maleza era abundante, no vieron nada extraño. Caminaron unos cuantos metros, ocultándose lo mejor que podían y asomándose de vez en cuando. De repente, Avmup vio algo moverse entre la vegetación. Al otro lado del tronco había algo o alguien. El sonido cada vez se hacía más nítido. Alguien tenía problemas para respirar.

Giraron alrededor del tronco y lo vieron apoyado contra un árbol. Su pecho se hinchaba con dificultad mientras emitía un silbido preocupante. Él los miró con los ojos inyectados en sangre y la cara demacrada. A su lado, en el suelo, había un exotraje. Avmup y Liikmi se miraron y de inmediato comprendieron que no podían dejarlo allí, a su suerte. Ambos sabían del proceso que necesitaban los humanos para poder respirar el aire del planeta. El humano reaccionó con lentitud, pero levantó una pistola e intentó apuntarles sin mucho éxito.

—Tranquilo, no vamos a hacerte daño —dijo Avmup.

El traje, que estaba en el suelo, tradujo la frase, y en ese mismo instante el humano bajó su arma.

—¿Quiénes sois? —preguntó.

Avmup y Liikmi se miraron el uno al otro.

—Somos la resistencia.

Acto seguido, se desmayó.

10

Evaluación

7 de abril del año 3

Cerca de la base de los Khol, Kepler-442b

Liikmi detuvo el carro en seco. La veintena de soldados Khol que taponaban el angosto sendero tenían cara de pocos amigos, sobre todo los que llevaban las lanzas preparadas para atacar. Ninguno de los dos recordaba la última exacción, pero tenían entendido que los Khol eran grandes luchadores, así que lo mejor era no comprobarlo. Levantaron las manos y permanecieron quietos en el asiento del carro. Uno de los Khol se acercó hasta ellos. Por el camino acarició a uno de los *fhores*, que reaccionó con un relincho de desaprobación, como si supiera que no eran amigos. El Khol pareció sonreír ante la reacción del animal, pero su sonrisa desapareció en cuanto los miró a ellos dos.

—Bajad del carro, sucia escoria —les dijo por medio de su brazalete traductor.

Ambos obedecieron y se quedaron esperando al imponente alienígena que los escrutaba con el gesto torcido. Algunos de los soldados, aunque a cierta distancia, les apuntaron con sus lanzas. No había escapatoria. Tenían que pensar en algo para salir del embrollo, el tiempo apremiaba.

—Solo queremos pasar por…

—¡Silencio, maldita rata!

El Khol soltó el brazo y le propinó a Avmup un doloroso golpe en la mandíbula que casi le hace perder el equilibrio.

—¡Hablaréis cuando se os pregunte! —bufó el soldado.

Revisó el carro por fuera y se volvió de nuevo hacia ellos.

—Estamos buscando supervivientes humanos de la batalla.

—¿Batalla? —Avmup trató de aparentar normalidad a pesar del punzante dolor de su mandíbula.

—¡No te hagas el listo conmigo! —bramó el soldado a pocos centímetros de su cara.

Avmup se arrugó y agachó la cabeza, esperando un nuevo golpe.

—No sabemos de ninguna batalla, solo pasábamos por aquí —intervino Liikmi en voz baja.

El soldado se giró hacia él y lo escrutó con detenimiento. Liikmi ni siquiera llegó a levantar la mirada del suelo.

—Nuestro señor ha sido emboscado por unos sucios humanos que han intentado acabar con nuestras naves —explicó—. Como era de esperar, el ataque ha fracasado y los insurgentes han sido aniquilados. Sin embargo, algunos de esos cobardes han huido como la escoria que son.

—Disculpe, pero no sabemos qué es un humano —añadió Liikmi.

—¡No pongáis a prueba mi paciencia! —gritó—. ¿Qué lleváis en el carro?

—Solo leña —respondió.

El Khol hizo un gesto con la mano y dos de sus soldados se encaramaron al vehículo para comprobarlo.

—Dicen la verdad —pronunció uno de ellos.

El líder se volvió hacia ellos y esbozó una sonrisa maliciosa que acompañó con una carcajada fría y llena de odio.

—Vaciad la carga —ordenó.

—Pero no hemos hecho nada malo —se quejó Avmup.

Uno de los soldados apartó su lanza y, apoyándose sobre su cola, le propinó una patada en la espalda que hizo que tropezara y se diera de bruces contra el suelo.

—¡Obedece cuando se te ordena algo, gusano! —le espetó.

Los otros tres lanceros soltaron una sonora carcajada al ver al kepleriano rodar por el suelo.

—Mirad, ha dado tres vueltas completas —rio uno de ellos.

—Apuesto a que yo puedo hacerlo mejor —dijo otro, que repitió la misma acción sobre Liikmi.

El que parecía ser el cabecilla no solo no los detuvo, sino que se unió a las risas generalizadas.

—Está claro que son una raza inferior —se limitó a mascullar entre dientes.

Liikmi y Avmup comenzaron a descargar el carro. Habían recogido un montón de leña y ramas secas de un bosque aledaño, pero sabían que, si lo descargaban por completo, estarían acabados. Sus miradas se cruzaron varias veces a medida que el carro se iba quedando sin carga. Las gotas de sudor por el esfuerzo físico se sumaban a las provocadas por la tensión y la urgencia por encontrar una salida a la situación. De pronto, cuando estaban a punto de descubrir la zona en la que descansaba el humano que habían encontrado, algo ocurrió. Los soldados comenzaron a murmurar y a mirar en otra dirección.

—¡Es uno de ellos! —gritó uno.

—¡Rápido! —ordenó el superior—. ¡Que no escape!

Todos los Khol salieron corriendo y los dejaron allí solos, con el carro medio vacío y los nervios a flor de piel.

—Ha estado cerca —suspiró Avmup cuando ya estuvieron lejos.

—De no haber sido por ese pobre diablo, ahora estaríamos siendo ensartados por una decena de lanzas Khol —añadió Liikmi.

—Y eso en el mejor de los casos —repuso Avmup, frotándose su espalda dolorida—. Podrían habernos apresado y pasar a formar parte de su grupo de esclavos.

Liikmi miró la carga que acababan de descargar y después el carro.

—¿Volvemos a cargarla?

—No tenemos tiempo —dijo Avmup—. Lo que le hemos dado a ese hombre habrá bajado sus pulsaciones, pero todavía está en al borde de la muerte. Será mejor que sigamos.

—¿Y si nos descubren de nuevo?

—Entonces estaremos perdidos, me temo —sonrió.

Tuvieron que turnarse para dirigir a los *fhores* y descansar al menos un rato cada uno pero, a pesar de todo, lograron volver al campamento. Era casi de día, y Emily estaba ya despierta. La llegada del carro la sorprendió, no esperaba a ninguno de los equipos hasta la mañana siguiente. Atraída por el ruido de las ruedas y las pezuñas de los *fhores,* salió a recibirlos con curiosidad.

—¿Va todo bien? —les preguntó.

—No hay tiempo para explicaciones —dijo Liikmi—. Traemos un herido.

—¡¿Qué?!

—¡Necesitará atención de vuestros sanadores! —apremió Avmup.

Emily corrió hacia los barracones. Por las reacciones de ambos, la situación parecía crítica. Despertó a la doctora Hudgens y a Evelyn para que la acompañaran a toda prisa. Cuando llegaron al carro comprobaron que los keplerianos habían sacado un montón de leña de él y en ese momento estaban bajando a alguien de la parte de atrás. Cuando llegaron a ayudar les llegó un leve hedor. El soldado llevaba un mono negro puesto y, con toda probabilidad, después de varios días de campaña, se había hecho sus necesidades encima en más de una ocasión.

—¡Es Ortiz! —gritó Emily cuando lo reconoció.

—Rápido, tenemos que inducirle el coma —apremió Evelyn.

—Sus constantes son muy débiles —constató la doctora Hudgens —. Está en la últimas.

—Lo hemos sedado con la leche de la flor del sueño —indicó Liikmi—. Es todo lo que hemos podido encontrar.

Lo llevaron a uno de los barracones y Evelyn trajo del sótano todo lo necesario para inducirle el coma y facilitar así el proceso de modificación celular. El alboroto provocó que todos los que dormían allí se despertaran de inmediato. Emily les pidió que salieran para evitar distracciones y todos obedecieron sin rechistar, aunque pudo ver la preocupación en sus caras.

Entre Evelyn y la doctora Hudgens prepararon todo lo necesario y lo intubaron para administrarle el suero y los fármacos que lo mantendrían en el coma inducido durante unos días. Tras media hora de absoluta tensión, las dos sanitarias salieron del barracón ante las miradas del resto de sus compañeros.

—¿Cómo está? —preguntó Paula.

—Muy débil —respondió Hudgens—. Pero hemos conseguido estabilizarlo. Ahora, todo depende de él.

Emily pensó en que les vendría muy bien saber lo que había ocurrido de primera mano de alguien que había conseguido escapar

de ese infierno. Sin embargo, lo importante era que Ortiz saliera adelante, así que tocaba esperar. El proceso podría llevar días o semanas, si es que conseguía superar el cambio. Decidió preguntar a los dos keplerianos.

—Contadme con pelos y señales todo lo que ha ocurrido —les pidió Emily.

Liikmi y Avmup le contaron a Emily y a la capitana Ÿonwush todo lo ocurrido durante su misión. No omitieron ni un solo detalle, ni siquiera la torpeza de Avmup a la hora de manejar el dron. Ambas escucharon con atención, sin interrumpirles en ningún momento. Al concluir con el encuentro que tuvieron con el destacamento Khol que les cortó el camino, Emily tomó la palabra.

—¿Había más supervivientes?

—Solo sabemos de ese que llamó la atención de los Khol, pero ni siquiera llegamos a verlo —explicó Avmup.

—¿Y cadáveres? —preguntó la capitana.

Ambos negaron con la cabeza.

—Habéis comentado que lo encontrasteis junto a un árbol, pero no estaba herido. ¿Qué hacía allí?

—En el poco tiempo que pudimos hablar con él antes de que se desmayara no nos dijo nada —explicó Liikmi—. Luego volvió un par de veces en sí y nos dijo que su exotraje se había quedado sin oxígeno, y que sabía que cuanto menos esfuerzo hiciera, más tiempo podría aguantar.

Ortiz era un soldado médico, así que sabía a la perfección lo que tenía que hacer para retrasar la hipoxia. Seguramente, la decisión de quedarse quieto le había salvado la vida. Pero algo no encajaba en la historia.

—Un momento —dijo Emily—, Ortiz no llevaba un brazalete como este. ¿Cómo pudisteis entender lo que decía?

—Lo encontramos junto a su armadura —aclaró Avmup.

—¿Qué habéis hecho con ella?

—Está en el carro —dijo Liikmi—. Decidimos traerla para saber lo que necesitaba si nos volvía a hablar.

A Emily se le abrieron los ojos de una manera que el bueno de Liikmi pensó que acababan de cometer una estupidez.

—Espero que no hayamos hecho nada malo —dijo.

—Al contrario —Emily agitó la cabeza—. Necesito ver ese traje ahora mismo.

Después de bajarlo del carro, Emily pudo conectarse a él y, junto con Robert y Ÿonwush, revisaron la grabación y los datos de los sensores de los últimos días. Eso les llevó el resto del día, pero pudieron sacar información valiosa sobre lo que había ocurrido en la batalla. Tal vez no les ayudaría demasiado en su cometido, pero al menos ya sabían cómo el ejército de los Khol había vencido a los soldados del proyecto.

—En cuanto se hicieron con la superioridad aérea, fueron imparables —constató Robert.

—No podemos luchar contra sus aparatos voladores —se quejó Ÿonwush.

—En ese caso, tendremos que destruirlos —aventuró Emily.

Se esperaba al resto de los equipos esa misma noche, pero uno de ellos llegó de madrugada y el otro a la mañana siguiente, con las primeras luces del día. La capitana Ÿonwush fue la primera en recibirles.

—¿Han tenido algún problema? —les preguntó su superior.

—No, señora —respondió uno de los soldados.

—¿Han visto actividad enemiga en los alrededores de la base? —preguntó Robert.

—No, señor —negaron—. Al menos, nada más, aparte de lo que hemos sacado con estas cosas.

Uno de ellos sacó su dron y se lo entregó a Robert. El otro equipo hizo lo mismo.

—¿Encontraron algo digno de mención? —les preguntó la capitana.

—No vimos ningún superviviente, si es a lo que se refiere. Había mucho material desperdigado en el campamento del sur —añadió uno de ellos—, pero decidimos no arriesgarnos.

La capitana miró a los dos soldados del otro equipo.

—Nosotros tampoco encontramos supervivientes, aunque vimos un par de cadáveres humanos —explicó—. Pero sí que hemos podido traer algo de lo que los militares humanos dejaron allí.

—Bien —los felicitó la capitana—. ¿Qué quieren que hagamos con todo eso? —miró a Emily.

—Entréguenselo a nuestros ingenieros —respondió esta—. Ellos sabrán qué hacer.

El soldado asintió.

—Pueden retirarse —les dijo Ÿonwush—. Vayan a descansar, pero no se acomoden demasiado. Volverán a partir en breve.

Los cuatro keplerianos abandonaron el puesto de mando y dejaron solos a los tres responsables del campamento. Robert consiguió reproducir las imágenes grabadas por los drones en su terminal.

Ambos habían captado prácticamente lo mismo, aunque las imágenes estaban tomadas desde ángulos y en horas del día diferentes. Lo principal a tener en cuenta era que los Khol ya estaban sobre aviso. En la zona de la base revoloteaban cuatro cazas Khol que se movían por todo el perímetro en busca de amenazas y de soldados agonizantes. El crucero estelar, junto con los dos cazas restantes, se encontraba en tierra, en el lugar esperado.

Por todo el campo de batalla había cientos de obreros y esclavos desperdigados. Los trabajos de reacondicionamiento de la base parecían centrarse en las zonas en las que la temible arma gravitatoria del crucero había causado estragos.

—¿Qué creéis que hacen? —preguntó Emily.

—Buscar supervivientes de ambos bandos —aseguró Robert—. Y recuperar el armamento.

—Para un Khol, su espada y su lanza son lo más importante —explicó la capitana—. Más incluso que sus iguales. Intuyo que solo quieren encontrar algún humano superviviente para torturarlo y sacarle toda la información posible sobre el ataque.

—Estoy de acuerdo —asintió Robert—. Su comandante tiene que estar nervioso. Necesita evaluar si la amenaza ha concluido o si, por el contrario, tiene que esperar nuevos ataques.

—Por eso era tan importante mantener las ubicaciones de nuestros campamentos en secreto —apuntó Emily.

—De cualquier forma, por la cantidad de soldados que se ve en el exterior, diría que no hemos conseguido mermar demasiado el tamaño de su ejército —señaló Robert.

—¿Sabemos cuánta tripulación puede albergar el crucero Khol? —preguntó Emily.

—Que yo sepa, nadie ha conseguido entrar en sus bases y regresar sano y salvo para contar lo que ha visto en su interior —respondió la kepleriana—. Tendremos que estar atentos a sus movimientos. Por el momento parecen cautos, no parece que vayan a comenzar el expolio en breve.

—Puedo ordenar a Solberg que programe los drones para evitar enviar a nuestros equipos a por nuevas imágenes.

—No hagas nada de momento —dijo Emily—. Al menos, no mientras los cazas continúen patrullando la zona. Necesitamos hacerles creer que no hay más tecnología en el planeta. Llevándolos hasta el borde, podemos evaluar la situación antes siquiera de soltarlos.

—Entonces, ¿qué sugieres que hagamos?

—Prepararnos para comenzar las operaciones —dijo—. E insistir con las vigilancias hasta que veamos que los Khol se confían.

—¿Y si alguien de los suyos ha revelado nuestros planes y dan con el campamento? —preguntó Ÿonwush.

—Si eso ocurriera, lucharíamos hasta acabar con el último de los Khol —prometió Emily.

11

El primer golpe

3 de mayo del año 3

Cerca del campamento A, Kepler-442b

Emily observaba desde el borde de la cama cómo Ortiz comenzaba a agitarse. La doctora Hudgens había comprobado que los análisis del teniente eran lo bastante prometedores como para retirarle los fármacos que lo mantenían en el coma inducido. En cuanto había notado una reacción en él, la había llamado. Era un alivio para todos poder recuperar a Ortiz, y ella estaba muy interesada en conocer su punto de vista sobre la situación. Cualquier cosa que pudiera darles alguna ventaja sería bienvenida.

Mientras, los Khol habían comenzado a moverse. Una vez afianzados en su base y comprobados los alrededores, estaban listos para comenzar las operaciones de expolio. Emily estaba segura de que ese tal Kraalok que los lideraba sería un enemigo despiadado a pesar de su corta edad. Solo con recordar las imágenes que habían extraído del exotraje de Ortiz se le ponían los pelos de punta. Al comandante de los Khol no le había temblado el pulso lo más mínimo a la hora de sacrificar a decenas de sus soldados cuando el arma gravitatoria de su crucero atacó a los soldados humanos. Los espías que habían enviado a los alrededores de la base habían comenzado a ver algunos movimientos que indicaban que el comienzo de la exacción estaba cerca. Ya habían comenzado a prepararse para la recepción de todo tipo de material y suministros.

Los mandos del ejército invasor habían dado orden de retirar los cadáveres del campo de batalla. Sin embargo, no lo habían hecho por motivos religiosos ni por humanidad. Uno de los equipos aseguraba que habían recuperado los exotrajes de todos los fallecidos, pero habían dejado a los caídos esparcidos en cualquier lugar. Eso incluía a sus propios soldados.

Después de varios minutos inquieto, pero todavía dormido, Ortiz comenzó a abrir uno de sus ojos. Tardó en conseguir mantenerlo abierto, ya que lo tenía muy rojo e hinchado. Emily estaba segura de que le dolía una barbaridad. Recordaba a la perfección cómo se sintió el día que ella despertó de su letargo, en el monasterio de los Gaal-El. Ese momento quedaba ya muy lejos, le parecía que había pasado una vida completa desde entonces.

El teniente se removió en su esterilla. A buen seguro, la austeridad del lugar no habría ayudado en la recuperación. Arrugó el gesto cuando intentó moverse. Trató de gemir, pero le falló la voz y solo pudo emitir un famélico sonido.

—Tranquilo, poco a poco —le aconsejó Evelyn—. Al principio notarás un dolor intenso en todo tu cuerpo, pero irá remitiendo a medida que pasen las horas.

—¿Nos oyes bien? —preguntó la doctora Hudgens desde el otro lado de la cama.

El teniente se giró hacia la voz, lo que dio a entender que sus sentidos funcionaban. Después logró asentir con un leve movimiento de cabeza.

—Imagino que tendrás mucha sed —dijo Evelyn, que tenía un pellejo con agua fresca en sus manos.

Ortiz dio un largo sorbo, pero en seguida se arrepintió. La garganta le ardía como si le hubieran metido una tea ardiendo en el gaznate. Tras calmarla un poco, dio otros dos sorbos más y se quedó satisfecho.

—Yo… —dijo poco después con voz ronca y débil.

—No es necesario que hables todavía —le dijo la doctora.

Emily sintió el impulso de contradecirla y apremiar al militar para que comenzara a hablar, pero se contuvo. No quería parecer ansiosa ni falta de empatía. Pero fue el propio Ortiz el que decidió continuar, para su alivio.

—No fui capaz… —balbuceó.

—No pasa nada —lo tranquilizó Evelyn.

—Pero, yo… —Una lágrima logró escapar de su ojo derecho—. Fui un cobarde.

—Eso ahora da igual —le interrumpió la doctora.

—Murieron todos —se quejó, sin hacer caso de los consejos—. Yo no debería estar aquí.

—No digas eso —le abroncó Evelyn—. Fuisteis enviados a una muerte casi segura. Cualquier vida salvada es un tesoro.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Emily, que había aguardado con paciencia en un segundo plano.

Ortiz reprimió un sollozo y asintió.

—¿Os importa dejarnos un momento? —les pidió a las sanitarias.

—Claro —accedió la doctora Hudgens—. Si nota cualquier cosa, estaremos afuera.

Emily se acercó al militar y se puso en cuclillas junto a él.

—Da igual lo que ocurriera en ese maldito lugar —le dijo—. Eso ya forma parte del pasado. No tiene sentido mortificarse por algo que no podemos cambiar. Sin embargo, todavía podemos hacer que esos malditos cabrones paguen por todo lo que han hecho durante miles de años.

—El capitán Harris me dio una orden —sollozó, angustiado—, y no fui capaz de cumplirla, mis piernas se quedaron clavadas en el suelo. Me invadió un miedo irracional y no supe reaccionar. Me quedé parado mientras todos mis hombres se abalanzaban hacia una muerte segura.

—Lamento todo lo que has pasado —lo tranquilizó—, pero no sirve de nada lamentarse. La emboscada del capitán era una idea demasiado arriesgada, y estoy convencida de que, si hubieras obedecido las órdenes, ahora mismo no podría estar manteniendo esta conversación contigo. Debemos pasar página y centrarnos en lo que tenemos por delante. Estás a salvo en nuestro campamento y tienes la oportunidad de ayudar a la humanidad. Tenemos que acabar con ellos y cualquier ayuda, por pequeña que sea, puede marcar la diferencia.

—Pero ¿cómo van a mirarme el resto? —se quejó él—. Soy un cobarde. He abandonado a mis hombres a su suerte.

—No podemos cambiar el pasado —insistió ella con seriedad—, pero el futuro está en nuestras manos.

Ortiz la miró a los ojos. Todavía le costaba un gran esfuerzo mantenerlos abiertos.

—Hagamos una cosa —propuso Emily—. Guardaremos todo esto en secreto, ¿vale? Si alguien te pregunta cómo has logrado sobrevivir, responde que no lo recuerdas bien, que todo fue muy confuso, pero que te alegras de poder ayudar.

Él asintió, aunque no parecía demasiado convencido.

—Hemos revisado las imágenes y los audios de tu exotraje —continuó—, pero ahora voy a necesitar que me cuentes todo lo que pasó durante la batalla. Y también que me digas cualquier cosa que vieras o que pensaras sobre nuestro enemigo y que podamos utilizar en su contra —le pidió.

El teniente se tomó unos instantes para recapacitar.

—Acabábamos de perder nuestros carros de combate —comenzó —. Recuerdo que el capitán Harris abandonó el cuartel general para adentrarse en la batalla cuando vio que el comandante de los Khol había descendido de su nave. Le había oído decir varias veces durante los días anteriores que estaba convencido de que, si acabábamos con él, el resto de los soldados caerían después, como un rebaño de ovejas sin su pastor —explicó—. Así que, viendo cómo avanzaba la batalla, no es de extrañar que fuera él mismo el que intentara terminar con él. Recuerdo que instantes antes me dio la orden de avanzar para apoyar a los otros dos equipos, que estaban teniendo dificultades para tomar las posiciones ventajosas.

Ortiz tragó saliva con dificultad y Emily le ofreció un poco más de agua, que él aceptó de buen grado.

—En ese momento fue cuando… —Dudó—. Bueno, mi momento de debilidad.

—No pasa nada, continúa —instó Emily.

—Recuerdo ver a mis hombres alejarse de mi posición y abalanzarse sobre el enemigo en la zona media. Había otro pelotón enemigo esperándonos. Pude ver desde la distancia cómo comenzaba la pelea entre ambas facciones. Fue entonces cuando el crucero despegó y acabó con cualquier esperanza de ganar la batalla.

»No tuvimos ninguna posibilidad de escapar de su arma gravitatoria. —Se tomó un breve descanso—. Lo que más me impactó fue que no hicieran ninguna diferenciación entre sus

efectivos y los nuestros. El campo gravitatorio levantó a soldados humanos y Khol por igual. Recuerdo ver cómo, incluso en estado de ingravidez, muchos de nuestros soldados continuaron peleando contra el enemigo, con la valentía que yo no fui capaz de tener. Pero todo fue en vano y acabaron corriendo la misma suerte que el resto.

Emily decidió que ya era suficiente tortura para él.

—¿Recuerdas algo que te llamara la atención sobre ellos? —preguntó—. Algo que pudieras ver u oír durante los días previos al ataque, mientras construían la base.

—No lo sé —agitó su cabeza—. Supongo que lo que más nos llamó la atención a todos fue que había un montón de humanos con ellos.

—Ojalá tuviéramos una explicación para eso —respondió Emily con resignación.

—Pero había también keplerianos entre sus esclavos —añadió.

—Lo sé —dijo Emily—. Mantuve un par de conversaciones por radio con el capitán antes de que comenzara el ataque.

—Ahora que lo pienso —Ortiz torció el gesto—. Recuerdo que nos resultó curioso que los esclavos humanos predominaran durante el día, mientras que los keplerianos lo hicieron durante la noche.

—Puede tener sentido. —Emily se encogió de hombros—. Al fin y al cabo, los keplerianos se han adaptado a la ausencia de luz a lo largo de todos estos miles de años.

—Sin embargo, también había muchos más soldados Khol durante el día. Al menos, si lo comparamos con las noches.

Emily meditó lo que acaba de decir Ortiz.

—Eso podría ser importante —reconoció por fin—. Pero también puede ser debido a sus ciclos vitales. O tal vez no estén adaptados a la oscuridad como los keplerianos.

—Sin embargo, no vimos ni una sola luz en la base durante las noches, así que eso solo puede significar que están adaptados de alguna manera.

—Sí, seguramente así sea —afirmó ella—. Puede que sea algo a tener en cuenta. ¿Alguna cosa más que se te ocurra?

—Supongo que nada que no sepas ya —negó con la cabeza—. No parece que utilicen armas a distancia.

—Eso ya lo intuíamos gracias a los escritos que hemos encontrado en las bibliotecas keplerianas.

—En ese caso, no se me ocurre nada más de utilidad —lamentó.

—Bien, dejaré que descanses —dijo Emily—. Sé de sobra que las primeras horas son muy complicadas. Aunque me temo que antes tendrás que atender a todos los que aguardan fuera. Ferrara ha estado muy pendiente de ti durante estos últimos días, no creo que quiera que te duermas sin antes haberte saludado.

—Claro —esbozó una ligera sonrisa.

Emily le devolvió la sonrisa y se dispuso a levantarse, pero Ortiz la agarró del brazo.

—Gracias, Emily —dijo él.

—¿Por qué?

—Por no juzgarme —respondió.

Avmup se afanaba en amontonar las piedras que se habían caído del carro. Su paso era lento y se tambaleaba constantemente, como si cada piedra pesara el doble en su estado. Tropezó un par de veces y estuvo a punto de caerse, aunque consiguió dominar sus traspiés. El *fhore* aguardaba con paciencia mientras masticaba alguna brizna de hierba que asomaba por el borde del sendero.

El carro se le había atravesado en medio del camino y taponaba el paso, que de por sí era ya bastante angosto. Una de las ruedas flotaba en el aire en posición horizontal mientras la otra estaba partida por la mitad. Por mucho que el kepleriano consiguiera quitar la carga del carro, no podría apartarlo del camino. Estaba claro que necesitaba ayuda. Sin embargo, eso no parecía importarle demasiado, hasta tal punto que de sus labios comenzó a escucharse una famosa canción de taberna.

¡Arborumel! ¡Arborumel!
Brinda conmigo, hermano fiel.
Que la savia de los árboles
corra en nuestras venas, ¡oh, qué bien!
¡Arborumel! ¡Arborumel!

Hoy el bosque guarda un secreto fiel,
bebamos juntos hasta el último suspiro,
¡brindo por ti y por todo lo que admiro!

Avmup trató de alzar una enorme roca, pero no pudo con ella y acabó rodando por el suelo. Sus ojos querían cerrarse por completo pero, cuando estaba a punto de hacerlo, un preocupante sonido comenzó a llegar a sus oídos. Alguien se acercaba, y, a juzgar por la cantidad de pasos que se escuchaban, eran muchos. Una decena de carros tirados por *fhores* se dirigían hacia su posición, cargados hasta los topes de mineral de hierro. Por cada uno de ellos había un soldado Khol escoltándolo, además de un esclavo kepleriano que tiraba de los animales. Un poderoso cloqueo llegó hasta sus oídos y el resto de sonidos desaparecieron casi por completo.

Un Khol se aproximó hasta él y lo observó desde arriba con desdén. Avmup le sonrió desde el suelo.

—Hace una bonita mañana —dijo, visiblemente borracho.

—¡Quita tu sucio carro de en medio, escoria inmunda! —bramó el soldado.

—Verá, nada me gustaría más que cumplir sus órdenes, pero me temo que estoy un poquito borracho para hacerlo —respondió con la lengua pastosa y arrastrando las sílabas.

El soldado le propinó un tremendo puntapié.

—Te arrepentirás de esto —murmuró Avmup, retorciéndose desde el suelo.

—¿Qué está ocurriendo aquí? —preguntó un soldado de mayor graduación, a tenor de su apariencia.

—Este gusano no está en condiciones de liberar el camino —le dijo a su superior.

—No podemos perder más tiempo. Ordena a los esclavos que aparten la carga.

—¿Y qué hacemos con él?

—Matadlo.

—No deberíais hablar así de un pobre borracho —les advirtió Avmup mientras se levantaba del suelo. Su voz ya no sonaba igual.

El superior se giró hacia él para castigar su insolencia. Sin embargo, vio algo que le hizo torcer el gesto.

—¡Tú! —exclamó—. ¡Tú estabas el otro día en los alrededores de la base!

—Así es —esbozó una sonrisa—. Y ahora pagarás por lo que has hecho.

Todo ocurrió en un abrir y cerrar de ojos. De ambos lados del camino surgieron decenas de figuras camufladas con pequeñas ramas de color rojizo y armadas con las katanas que los herreros de Khapabir se habían encargado de forjar para la resistencia.

Sin darles tiempo para reaccionar, se abalanzaron sobre los soldados que escoltaban el convoy y apuntaron con sus filos a sus cuellos. Una figura ataviada con una capa de color negro surgió de la parte delantera y se encaramó al lateral del carro de Avmup. La sonrisa burlona del kepleriano contrastaba con la pantomima que acababa de representar delante de los Khol mientras su líder giraba la cabeza a un lado y a otro sin entender todavía lo que estaba ocurriendo.

—¿Qué demonios significa esto? —exclamó.

—Todo ese mineral no les pertenece —exclamó la figura misteriosa—. Se han acabado los expolios y las fechorías de los Khol. Los keplerianos volverán a ser dueños de sus vidas y de su destino. Ese material será devuelto a su legítimo dueño, que no es otro que el pueblo kepleriano. Depongan las armas y les prometo que serán tratados con respeto y juzgados de forma justa.

Emily se echó la capucha hacia atrás y observó desde su posición elevada la reacción del oficial Khol a sus palabras. Sin embargo, el militar no pareció amilanarse ante la situación a pesar de estar en clara minoría y haber sido sorprendidos por los atacantes. De hecho, emitió un cloqueo para el que no hizo falta traducción. Su risa, fría y cruel, resonó en el bosque.

—¿De verdad pensáis que podéis cambiar la situación? —vociferó —. Vuestro ejército al completo ha sucumbido ante el poder de Kraalok. No sois más que molestos insectos que tratan de importunar a un dios. Acabaremos con todo lo que queda de vuestro

pueblo sin miramientos. Y, de paso, nos llevaremos a todos esos piojosos keplerianos que tanto parecéis defender.

De repente, uno de los escoltas Khol apartó de un manotazo la katana que blandía uno de los soldados de Ÿonwush. Luego giró el cuerpo en dirección contraria y con su cola lo barrió por las piernas. El kepleriano cayó de bruces y soltó la espada. El movimiento provocó una reacción en cadena que hizo que todos los escoltas intentaran zafarse de sus captores. La carcajada del líder del convoy fue en aumento.

Taro, que se había quedado en segunda línea, atento a cualquier movimiento sospechoso, se acercó a toda prisa hasta uno de los soldados que había sido reducido. Con un movimiento de su muñeca lanzó un tajo de abajo a arriba que cortó la garra del *kholvahki* a la altura de la muñeca. Su mano cayó al suelo con la espada que tenía agarrada y con la que se disponía a dar el golpe de gracia. Lejos de amilanarse o de mostrar algún tipo de temor, el soldado Khol se lanzó contra el japonés. Fue un movimiento sorprendentemente ágil para una criatura de ese tamaño. Estuvo a punto de pillarlo por sorpresa pero, por suerte, Taro fue capaz de reaccionar a tiempo. Dando un giro sobre su cuerpo, consiguió desestabilizar a su rival, que trastabilló y, a pesar de sus intentos por mantener el equilibrio, acabó dando con sus huesos en el suelo. Después, y sin mediar palabra, se acercó al alienígena y le hundió la katana en el tórax.

Recupero la hoja y limpió el viscoso líquido azulado que había quedado en el filo con la zona interna del codo. Después de levantar al soldado caído se apresuró a ayudar al resto de sus compañeros. Echó un rápido vistazo a su alrededor, la situación era caótica a lo largo de toda la hilera del convoy. Mirara donde mirara había una pelea a muerte. Para ese primer asalto habían decidido que solo participaría personal con experiencia militar. A pesar de la disciplina y las buenas maneras que muchos de los civiles habían demostrado en las clases que Taro impartía a diario, tenían que comprobar cómo de duros de pelar eran los Khol.

Corrió a ayudar a Nondii, uno de sus primeros alumnos, que estaba teniendo dificultades con uno de los Khol. Se aproximó por un lateral mientras evaluaba los movimientos del rival. Estaba

utilizando su lanza para mantener a Nondii a una distancia suficiente que evitara el ataque del kepleriano. Parecía estar jugando con él. El soldado se dio cuenta de la presencia de Taro y murmuró algo entre dientes mientras lo desafiaba.

—Veamos si entre los dos podéis ser rivales dignos —se burló.

Taro inclinó el torso y se colocó en posición de *chūdan*, con la katana agarrada con ambas manos apuntada hacia el torso de su oponente. Nondii lo imitó y el Khol lanzó un grito para intentar intimidar a sus oponentes. Acto seguido lanzó su primer ataque, una rápida estocada con la lanza dirigida hacia el pecho de Taro. Este, con calma y precisión, giró su katana para desviar el golpe hacia un lado, haciendo que la lanza pasara rozando su hombro. Nondii, aprovechando la distracción, avanzó con un corte lateral, pero el Khol lo anticipó y retrocedió con agilidad, evitando por poco el ataque.

El soldado Khol sonrió con arrogancia. Sus movimientos estaban trabajados y se trataba claramente de un guerrero experimentado. Taro mantuvo la calma, observó cada movimiento y buscó una abertura en su defensa. A su lado, Nondii respiraba con dificultad. Su inexperiencia era más que evidente. Pero el Khol no dio tregua. Con otro rugido volvió a atacar, esta vez alternando rápidos barridos y estocadas con su lanza. Obligó a Taro y a Nondii a retroceder mientras bloqueaban y esquivaban los ataques. La lanza del Khol se movía con firmeza y buscaba cualquier brecha en la defensa de sus dos contrincantes. Taro, sin embargo, seguía imperturbable, y sus pies se deslizaban con suavidad sobre las hojas secas del suelo mientras mantenía siempre la postura perfecta.

Finalmente, el momento que había estado esperando llegó. El Khol, confiado por su superioridad física y marcial, lanzó una estocada demasiado ambiciosa. Taro vio la oportunidad y, en un movimiento rápido y preciso, giró sobre sus talones, esquivando el ataque y cerrando la distancia con su oponente. Con un grito feroz, lanzó un golpe descendente con su katana dirigido directamente al brazo que sostenía la lanza. El gigante la soltó y solo pudo aguardar el golpe de gracia que Taro asestó con precisión y determinación. La cabeza del guerrero invasor cayó al suelo gracias al filo de la katana.

Su cuerpo, sin embargo, continuó en pie, y con su único brazo operativo logró sacar la espada de su funda y la elevó por los aires. Pero Nondii no le dio opción y hundió su katana entre las placas de la armadura del pecho, provocando que, por fin, cayera al suelo.

Robert había hecho lo mismo que Taro y había aguardado en una segunda fila. A pesar de haber aprendido a manejar una espada, no se sentía muy cómodo con ella. Aun así, no rehuyó el combate. Se acercó por el otro flanco del convoy y ayudó al soldado Connor a acabar con uno de los invasores. El soldado se había visto sorprendido por la reacción del Khol, que lo había derribado de un fuerte empellón. Después, el alienígena había sacado la espada de su vaina y había intentado acabar con él. El soldado humano había rodado en ambas direcciones para evitar dos estocadas letales. Lo consiguió con la primera, pero la segunda le provocó una profunda herida en el hombro derecho.

El Khol logró colocar una de sus patas sobre las piernas del joven soldado para evitar que se le escurriera de nuevo, pero cuando levantó la hoja, un potente sonido interrumpió la acción. Robert acababa de disparar su pistola sónica a máxima potencia. El tiro destrozó la garra del atacante, que rugió con fiereza ante la figura amenazante que acababa de frustrar sus planes. Sin mediar palabra, volvió a disparar, esa vez apuntando a la cabeza. El tiro destrozó su cara por completo, pero el soldado Khol trató de pisar a Connor, que seguía intentando escabullirse.

El tercer tiro lo dirigió al pecho. A pesar de estar cubierto por dos placas, esta vez la criatura cayó justo encima de Connor, provocando los gritos de dolor y angustia del soldado. Robert se aseguró primero de que el alienígena había muerto antes de comenzar a empujar su cadáver para liberar a su compañero. Entonces, de repente, vio por el rabillo del ojo cómo una mole se abalanzaba hacia él.

El atacante lanzó un primer espadazo en horizontal que Robert consiguió esquivar por los pelos. Sin embargo, en la maniobra de evasión la pistola se le escurrió entre los dedos. El segundo envite llegó desde arriba. Sin espacio para maniobrar, se dejó caer hacia atrás, aterrizando bruscamente mientras la hoja pasaba rozando su entrepierna en su camino hacia el suelo. Con el aliento entrecortado

y sin opciones, Robert contempló cómo el Khol se disponía a acabar con él. Justo en ese instante, un potente disparo resonó en la distancia y se clavó debajo de la axila del Khol, en el punto más vulnerable de la armadura. El guerrero titubeó, su espada tembló en el aire y después cayó de rodillas, paralizado por el impacto.

—Buen tiro, Ferrara —murmuró Robert entre dientes, todavía con el corazón en un puño.

Poco a poco, y con gran esfuerzo, los soldados Khol fueron cayendo uno tras otro. Entonces, Emily se dirigió de nuevo al líder de los invasores.

—Será mejor que depongan su actitud —le instó.

Él se giró y le dedicó una mirada cargada de odio. Sin mediar palabra, se lanzó contra ella. De dos poderosas zancadas se plantó delante del carro sobre el que se encontraba Emily y pegó un potente salto para encaramarse a él. Emily, que había sido bien entrenada por Taro, acertó a sacar su katana de la vaina. Aun con todo, el ímpetu del líder enemigo fue demasiado para ella y ambos cayeron hacia atrás.

Robert lanzó un grito y corrió hacia allí. Taro, que había conseguido reducir a otros dos soldados más, también salió en la misma dirección. El impacto había sido tremendo, y una mole como aquel *kholvahki* podía hacer trizas a cualquiera sin siquiera utilizar sus armas.

La encontraron en el suelo, con el cuerpo del Khol atravesado por la hoja de su katana. Cuando se acercaron, tenía los ojos muy abiertos y la cara desencajada. Le faltaba el aire y no podía hablar. Taro y Robert le quitaron aquel peso muerto de encima y comprobaron que estaba de una pieza. Por suerte, había interiorizado muy bien los movimientos para desenvainar la espada y había sido lo suficientemente ágil como para interponer la hoja entre su atacante y ella, y al caer los dos hacia atrás, la gravedad se había encargado del resto. Sin embargo, Emily no parecía reaccionar.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Robert, preocupado.

Emily trató de llenar sus pulmones de oxígeno, pero seguía sin poder respirar y les hizo señas con la cara desencajada. Robert entendió lo que estaba ocurriendo y de inmediato la colocó en

posición de recuperación, recostada sobre su brazo. Eso pareció liberar las vías respiratorias y Emily pudo llenar sus pulmones por fin. Tosió un par de veces y pronto pudo soltar un par de maldiciones. El pecho le dolía como si la hubiera atropellado un camión.

—¿Crees que puedes andar? —le preguntó Taro.

Ella asintió con la cabeza, aunque notaba todo el cuerpo dolorido, en especial la zona del esternón. Al parecer, al caerle el peso muerto del Khol se le había clavado el mango de la katana. Entre los dos la pusieron de pie. Taro recuperó la hoja y la observó con atención, era un trabajo de calidad, había soportado los doscientos cincuenta kilos que pesaría el líder de los alienígenas. Se la tendió de nuevo a Emily, que la blandió con las pocas fuerzas que le quedaban.

A duras penas pudo moverse hasta el otro lado del carro. Allí la situación no era para celebraciones. Habían conseguido acabar con ellos, pero dos de los soldados de Ÿonwush habían perdido la vida en el ataque y había varios heridos leves. Fue poco a poco felicitándolos a todos. Sabían que se trataba de una misión complicada y habían salido victoriosos, aunque sus caras no reflejaban el éxito.

—¿Hay algún Khol vivo? —preguntó con dificultad.

Todos negaron con la cabeza.

—¿Y qué ha ocurrido con los esclavos?

—Han huido hacia el bosque —informó Pakhuz—. ¿Quieres que vayamos tras ellos?

—No, supongo que solo estarán asustados —dijo ella—. Eran keplerianos, sabrán dónde ir.

—Pero algunos volverán con sus captores —objetó el kepleriano.

—Perfecto, así sabrán de primera mano lo que ha pasado aquí —aceptó Emily—. Eso les pondrá todavía más nerviosos.

—Llevemos todo esto al campamento —ordenó Robert—. Ferrara, Miller, ayuden a transportar a los heridos. Avmup, Pakhuz y Taro, ayudadme a levantar a los caídos, les daremos una despedida apropiada por su sacrificio.

—¿Qué hacemos con los cadáveres de los Khol? —preguntó Pakhuz.

—El carro de Avmup está inservible. Llevadlos hasta él y quemadlos.

—¡Esperad! —dijo Emily, todavía con serias dificultades para hablar—. Nos llevaremos el cuerpo de su líder. Me gustaría que Chad y los sanitarios del campamento lo examinaran. Si no podemos interrogar a los vivos, analizaremos a los muertos.

12

Siguiente paso

4 de mayo del año 3

Campamento A, Kepler-442b

El día anterior había sido largo y complicado. Al cansancio por la refriega y la pena por las pérdidas de Nuvma y Zilbi, los dos soldados perdidos en acto de servicio, había que sumar los heridos y la sensación de fragilidad que todo el plan estaba teniendo. Esa vez habían sido dos soldados keplerianos, pero mañana podrían caer el resto. A Emily, la despedida de los caídos le resultó de lo más extraña. Ella apenas sabía quiénes eran, pero no vio demasiado pesar en las caras de sus compañeros cuando incineraron los cuerpos en una zona apartada del campamento. La capitana dijo unas palabras, pero más allá de eso, todos siguieron con sus quehaceres en el más absoluto de los silencios. Nadie tenía ganas de nada, nadie sonreía, pero daba la impresión de que era por el pesimismo que se había instalado en el campamento más que por haber perdido a dos compañeros.

Todos sabían de sobra que esa solo había sido la primera de muchas batallas hasta conseguir la libertad. Habían salido triunfadores, pero habían tenido bajas a pesar de la superioridad numérica y de haber utilizado solo personal militar en la refriega. Ella misma no había pegado ojo en toda la noche pensando en las consecuencias que la escaramuza podía traer a todo el grupo. Por eso, y por los intensos dolores que el encontronazo con los Khol le habían causado. Al menos, Evelyn le había trasladado que el resto de los heridos se encontraban bien.

La doctora Hudgens la había examinado y le había aconsejado reposo total, ya que sospechaba que había sufrido un hundimiento en el esternón, además de varias fisuras en las costillas cercanas al golpe. Se habían asustado mucho al ver el tamaño del moratón que

se le había extendido por la zona delantera del torso. Sin embargo, no estaba dispuesta a quedarse postrada en la cama. No mientras hubiera tanto trabajo por hacer.

Los sanitarios estaban listos para diseccionar el cuerpo del Khol que le había causado las heridas. Esperaban obtener información muy valiosa de cara a enfrentarse con los invasores en futuros asaltos. La autopsia revelaría todos sus puntos débiles desde un prisma anatómico. Emily imaginaba que los próximos convoyes vendrían mejor vigilados, con muchos más soldados escoltando las provisiones y los materiales robados de los depósitos keplerianos. Tenían que prepararse para los enfrentamientos venideros.

Además, debían devolver todo lo recuperado a sus legítimos dueños y abandonar el campamento. Aunque lo habían intentado, ocultar el rastro de diez carros cargados con casi dos toneladas de mineral de hierro cada uno era imposible. Tarde o temprano acabarían por dar con ese lugar, así que tendrían que moverse a otro de los campamentos que habían preparado durante los últimos meses. Todos habían asumido que tendrían una vida de nómadas mientras la ocupación se prolongara.

Emily decidió incorporarse. La capitana Ÿonwush le había colocado un peto de cuero para evitar que se hiciera más daño sin querer, pero resultaba muy incómodo para estar tumbada. No pudo evitar lanzar un par de gemidos de dolor pero, girando sobre su hombro, consiguió levantarse de la esterilla. Salió al exterior de los barracones y caminó por los alrededores del campamento con paso lento y cuidadoso. El aire frío de la mañana le golpeó en la cara y la ayudó a despejar su mente.

La situación era complicada, y eso se reflejaba en las caras de todos. La actividad era casi frenética; todos sabían lo que tenían que hacer. Unos ayudaban a mover materiales, otros conseguían vegetales de algún campesino cercano o se encargaban de cuidar a los animales. Había muchas cosas que hacer. Sin embargo, todos se detenían a saludarla y le preguntaban por su estado de salud. Eso le dio algo de fuerza para seguir adelante. Keplerianos y humanos, todos juntos, formando una extraña pero bien avenida familia.

Se dirigió al puesto de mando, donde Robert y la capitana Ÿonwush analizaban lo ocurrido el día anterior. Ambos se quedaron sorprendidos de verla.

—¿Qué estás haciendo levantada? —preguntó Robert, con gesto preocupado.

—Estaba cansada de estar tumbada mirando el techo que, por cierto, creo que tiene una gotera —respondió ella.

—No deberías estar aquí —insistió—. Esa lesión es muy grave y tendrías que permanecer lo más quieta posible.

—Lo sé, pero tenemos que organizar el traslado y devolver el mineral. —Señaló al exterior, donde estaban los carros que habían recuperado.

—Eso podemos hacerlo nosotros —argumentó Ÿonwush—. Si tuviéramos algo que comentar con usted, ya nos acercaríamos a consultarle su parecer.

—Creo que ya es hora de que nos tuteemos todos, capitana —dijo Emily—. Y, por otra parte, no voy a hacer ningún esfuerzo físico, así que no pasará nada. Pero no aguanto más tiempo en la cama con esta cosa puesta —señaló el peto.

Ambos se miraron y parecieron claudicar. Sabían de sobra que era muy obstinada y que iba a ser complicado convencerla de cualquier cosa.

—¿Tenemos todo preparado para partir? —preguntó.

—Saldremos mañana —dijo Ÿonwush—. He dado órdenes de preparar todo el material.

—¿Corremos peligro quedándonos aquí hasta mañana?

—Esperemos que no —apuntó Robert—. Los Khol no esperarían el cargamento hasta esta misma mañana, eso nos da algo de margen.

—Pero ¿y los keplerianos esclavos? —preguntó Emily—. Yo misma vi cómo muchos de ellos salían corriendo en todas direcciones.

—Creemos que habrán aprovechado para huir de la esclavitud —respondió Ÿonwush—. Al menos, es lo que haríamos nosotros.

—¿Y si alguno decide regresar a la base y alertar a los Khol?

—Lo hemos tenido en cuenta —dijo Robert—. El golpe lo dimos a unos cuarenta kilómetros de la base, les costará mucho orientarse y

llegar hasta allí.

—Además, hay un río que los separa de sus antiguos amos —explicó Ÿonwush—. Sabemos que los Khol han construido un puente. Los esclavos necesitan encontrarlo si no quieren arriesgarse a ser arrastrados por la corriente.

—Y están los Yokai —añadió Robert—. No sabemos si esos keplerianos los conocen, pero puede que no lleguen si se les echa la noche encima.

Emily pareció convencerse de que habían pensado en todas las posibilidades, así que no preguntó más sobre el tema.

—¿Cómo vamos a separar los equipos?

—Eso era justo lo que estábamos discutiendo —dijo Robert—. Yo creo que es más lógico que seamos los humanos los que devolvamos los minerales y que los keplerianos se dirijan con todo nuestro material al campamento B. No se trata de colgarnos una medalla, sino de evitar que nadie relacione el asalto con ningún grupo kepleriano. Eso podría evitar posibles represalias por parte de los Khol.

—Bien pensado —aprobó ella—. Hagámoslo así.

—El problema es que no sabemos dónde se encuentran exactamente las minas —añadió Robert.

—Necesitaréis que alguno de los míos os acompañe —ofreció la capitana.

—Hablaré con Avmup y Liikmi. Y creo que debería ir yo misma —dijo Emily—. A estas alturas todo el mundo sabe que formo parte de los Gaal-El, no creo que eso suponga ninguna diferencia. Pero cuanto menos se sepa que hay keplerianos detrás de todo esto, mejor. Al menos, por el momento.

—¿Vas a ir tú? —preguntó Robert, preocupado—. En tu estado deberías permanecer lo más tranquila posible, y el viaje a las minas será mucho más largo que el traslado.

—Voy a tener que moverme de todas formas al siguiente campamento, así que no creo que suponga ninguna diferencia. —Se encogió de hombros, pero se arrepintió cuando un intenso dolor le recorrió el tórax.

—¿Lo ves? —le recriminó Robert—. Casi no puedes ni hablar con normalidad.

—Aguantaré —protestó con voz firme.

—Bien, en ese caso, si Liikmi o Avmup saben cómo llegar a las minas, creo que lo tenemos todo decidido —concluyó la capitana.

—¿Mantenemos el plan para el siguiente asalto? —preguntó Emily.

—Sí —contestó la kepleriana—. Aunque me temo que tendremos que modificar algunas cosas. Ha quedado claro que enfrentarse a soldados Khol no es lo mismo que hacerlo con un igual. De no ser por la ayuda de Taro y vuestro armamento, no creo que lo hubiéramos conseguido.

—Necesitamos preparar mejor el ataque —convino Emily—. Tal vez haya que trabajar más en el apoyo a distancia.

—Pero no disponemos de muchas armas, ni munición. —Robert torció el gesto.

—Podríamos regresar a los campamentos que el capitán Harris instaló alrededor de la base enemiga —sugirió Emily, a la que el peto le seguía provocando muchas molestias—. Ahora que hemos golpeado a su línea de suministros, dudo mucho que tengan el foco puesto en esas zonas.

—Eso nos daría algo más de margen —reconoció Robert—. Pero somos muy pocos los que tenemos experiencia real con armas de fuego.

—Nosotros podríamos llevar arcos para evitar el cuerpo a cuerpo en la medida de lo posible —sugirió la capitana.

—Pero alguien tendrá que dar la cara para confrontarlos —siguió Robert—. ¿O queréis que ataquemos sin dar opción a una rendición?

—No lo descarto —reconoció Emily—. Al fin y al cabo, es lo que se merecen.

—No podemos provocar otro baño de sangre como el de ayer —se quejó Robert.

—Les dimos la oportunidad y la rechazaron. Nada me hace pensar que será diferente en los siguientes ataques —argumentó Emily—. Se trata de ellos o nosotros.

Robert la miró. Sus ojos reflejaban una mezcla de cansancio y frustración. Sabía que Emily tenía razón, pero la idea de otra matanza lo atormentaba. Ya había perdido a demasiados compañeros, y las heridas del día anterior todavía estaban frescas.

—No es tan simple —dijo Robert, frotándose la frente como si intentara librarse de la presión—. No podemos reducirnos a ser como ellos. Si dejamos de lado todo lo que nos hace diferentes, ¿en qué nos convertimos?

Emily guardó silencio un momento. Sabía que Robert tenía razón y, hasta cierto punto, le sorprendió que esas palabras hubieran salido de su boca. Sin embargo, las guerras eran crueles, no se regían por el cumplimiento de las normas morales.

—No se trata de ser como ellos —respondió tras meditarlo—. Se trata de sobrevivir. No busco más muertes inútiles, pero si diezmando el ejército Khol evitamos que mueran más humanos y keplerianos, creo que sería algo por lo que luchar. Además, ya viste que no se dieron por vencidos cuando se vieron acorralados. Me temo que lucharán hasta la muerte si es necesario.

—No seré yo la que critique la muerte de esos bastardos, pero tal vez exista una opción intermedia —intervino la capitana—. Podemos ofrecerles una rendición, pero solo una vez que tengamos la balanza inclinada a nuestro favor.

Robert asintió, aunque la decisión seguía pesando sobre sus hombros. Sabía que no podían perder más soldados, pero tampoco quería renunciar a lo que les quedaba de humanidad en el proceso.

—Está bien —aceptó por fin, aunque no del todo convencido—. Iremos con todo.

Emily salió del puesto de mando con paso lento y pesado. Cada movimiento le costaba un esfuerzo inmenso. Sentía el peso de la responsabilidad sobre sus hombros, pero eso no mermó su determinación. Una brisa le alborotó el pelo y tuvo que apartárselo de la cara. Se avecinaba tormenta, lo notaba en el ambiente. Aceleró el paso y se dirigió a una de las cabañas más pequeñas del campamento. Allí era donde Evelyn y la doctora Hudgens habían

atendido a los heridos. Y también donde estaban realizando la autopsia del cadáver del Khol. Necesitaban saber más sobre sus enemigos.

Entró en la cabaña. Hudgens, Evelyn, Chad y Ortiz estaban alrededor de una mesa, cada uno con una linterna en la frente para iluminar lo que estaban haciendo. Sobre una tabla estaba el cuerpo sin vida del líder de los Khol.

—¿Qué haces de pie? —le preguntó Melissa Hudgens.

—No puedo seguir más tiempo tumbada fingiendo que no pasa nada a mi alrededor —se defendió.

—No deberías… —comenzó Evelyn.

—Sí, ya lo sé —interrumpió sin demasiada paciencia—. Pero no pienso quedarme de brazos cruzados. Necesito saber cómo son nuestros enemigos. ¿Qué habéis averiguado?

Evelyn y la doctora Hudgens intercambiaron una mirada desaprobadora, pero fue Chad quien rompió el silencio.

—Son diferentes a cualquier cosa que hayamos visto —empezó, señalando el torso abierto del Khol que yacía sobre la mesa—. Para empezar, hemos tenido algún que otro problema para tumbarlo en la mesa. Su cola nos impedía ponerlo recto.

Emily comprobó que había una enorme cola a un lado de la mesa y que habían tenido que seccionarla para poder mantener el cuerpo en una posición horizontal que les permitiera estudiar su anatomía con tranquilidad.

—No tienen corazón —continuó la doctora Hudgens, inclinándose sobre el cadáver—. Todo su cuerpo recibe oxígeno por difusión, directamente desde la piel. El aire que los rodea atraviesa esta especie de escamas y entra en contacto con su epidermis. De alguna manera, los órganos están diseñados y distribuidos por todo el cuerpo para absorber lo que necesitan sin un sistema de bombeo.

Si sus enemigos no tenían un corazón, eso hacía que buscar un golpe letal fuera complicado. Necesitaban un nuevo enfoque.

—¿Y el cerebro? —preguntó Emily, señalando el cadáver.

—El principal está aquí, en la caja torácica —dijo Ortiz, tocando suavemente el área con una herramienta quirúrgica—. Está protegido por una estructura ósea similar a una jaula. Es más

pequeño de lo que esperábamos, pero parece que está muy bien protegido.

—Eso explicaría por qué ellos apuntan al pecho en todos sus ataques —dijo Evelyn, que le mostró a Emily una serie de marcas y cortes en las escamas de su pectoral—. Si puedes atravesar esta barrera, los incapacitas. Pero es difícil llegar hasta ahí. Sus huesos son increíblemente densos.

—Un momento. —Emily cerró los ojos, intentando asimilarlo todo —. ¿Habéis dicho el cerebro principal?

—Sí —respondió Ortiz, al que todavía se le notaba renqueante de su proceso de adaptación—. Disponen de otro más reducido en el cráneo. Pero por sus terminaciones nerviosas creemos que ese solo se utiliza para procesar los impulsos que llegan desde los sentidos. Parece que controla la vista, el oído y puede que también el gusto. Ambos están interconectados por una compleja autopista de nervios.

Emily asintió lentamente. Aquello parecía una distribución biológica idónea para luchar. Los convertía en máquinas perfectas, casi invulnerables a heridas superficiales.

—No se reproducen de la forma que creíamos —añadió Chad—. Son hermafroditas, pero pueden asumir el rol de macho o de hembra dependiendo de las necesidades de su grupo. Es fascinante.

Emily se acercó al cuerpo del Khol y lo observó de cerca. La piel del líder era gruesa y de un color verde apagado. La zona interna estaba surcada por multitud de capilares muy finos que se extendían en todas direcciones. Recordó las dificultades que sus compañeros habían tenido para derribarlos en combate.

—Si atacamos directamente al cerebro, podemos detenerlos —concluyó, apretando los puños—. Pero es complicado atravesar sus armaduras naturales.

La doctora Hudgens asintió.

—Me temo que no hemos encontrado ningún punto débil. Están diseñados para el combate cuerpo a cuerpo.

Emily tomó una gran bocanada de aire y la soltó en un largo suspiro. La tormenta que había sentido en el exterior ahora parecía resonar dentro de sus pulmones. Al menos, gracias a toda esa

información ya sabían a qué atenerse, aunque la tarea seguía resultando monumental.

—En ese caso, tendremos que cambiar la estrategia —concluyó —. Gracias a todos, habéis hecho un gran trabajo. Quemad los restos antes de que nos marchemos de aquí.

Cuando salió de la pequeña cabaña se topó de bruces con la pequeña Shiishyi, la niña kepleriana que solía visitar el campamento y a la que todos se habían acostumbrado. Había resultado ser muy inteligente a pesar de su total falta de educación, y se acercaba siempre a Emily en busca de algo de comer.

—¿Qué os ha pasado? —preguntó.

—¿Por qué crees que nos ha pasado algo?

—Hay mucha más actividad de lo normal —se encogió de hombros como si la respuesta fuera evidente—. Parece que estáis empaquetando todo, y a ti parece que te hayan pegado una paliza.

Emily la miró con ternura. Iba a ser difícil separarse de ella.

—Eres muy observadora —le dijo—. Nos vamos esta tarde.

Sus ojos se abrieron de par en par para iluminarse por completo.

—¿Puedo ir con vosotros? —preguntó—. Nunca me he alejado de aquí y me gustaría ver otros lugares.

—El sitio al que vamos no es seguro —Emily negó con su cabeza.

—Eso me da igual, no tengo miedo.

—Estoy segura de eso —le acarició la cabeza con ternura—. Pero este es tu lugar; a donde nos dirigimos no es sitio para una niña.

—Pero no tengo a nadie aquí —su voz se tornó en una súplica—. En cuanto os vayáis, me quedaré sola.

—Lo siento mucho, pero es lo mejor para ti —le respondió sin miramientos.

La pequeña pareció enfadarse, pero enseguida volvió su habitual y jovial personalidad. Emily la obsequió con algo de la comida que no iban a llevarse y, después, se despidió de ella para siempre.

13

Las minas

5 de mayo del año 3

Lugar desconocido, Kepler-442b

A Chad le costaba mucho mantener el tipo en una situación así. Sería, junto con el resto del equipo sanitario, uno de los pocos humanos que no estaría involucrado en la devolución del botín. En su lugar, conduciría junto con Ortiz uno de los carros que se desplazarían hacia el siguiente campamento. Los dos se turnaron para dormir algún rato mientras el otro se encargaba de dirigir a los *fhores* que tiraban uno de los carros con provisiones y materiales. Recordó a Rocinante y Pegaso, los dos animales que había dejado libres cuando abandonaron la base Magallanes. No pudo evitar pensar en qué habría sido de ellos, si estarían bien. Tuvo que consolarse pensando que estarían más seguros si se mantenían alejados de él.

El viaje iba a ser largo y, para evitar ser descubiertos por los rastreadores Khol, decidieron seguir el mismo recorrido que había tomado el convoy tras ser requisado en el golpe. Llegaron a un sendero poco frecuentado y un tanto angosto, pero que les permitiría avanzar sin dejar un rastro evidente. Habían partido todos juntos del campamento pero, una vez en el sendero, cada carro y cada grupo adoptaron su propio ritmo. El terreno irregular y la tensión por ser descubiertos los obligaba a moverse con cuidado.

La noche los envolvía como un manto que los ocultaba de miradas indiscretas, y el sonido de los carros deslizándose por el suelo irregular era lo único que rompía el silencio. Nadie hablaba, nadie reía. Tan solo querían pasar desapercibidos y acabar con el traslado lo antes posible. Chad respiró hondo, intentando templar sus ánimos y su cuerpo, destemplado por la helada que comenzaba a caer. Sabía que cada kilómetro que avanzaban los alejaba un poco

más del peligro, pero también que, en cualquier momento, la situación podía cambiar.

Se acurrucó sobre la manta y apoyó su cabeza en la repisa del carro. Apagó la visión nocturna de su implante ocular y cerró los ojos, dispuesto a descansar un rato hasta que le tocara relevar a Ortiz. De repente, escuchó un estornudo.

—¡Salud! —dijo sin siquiera abrir los ojos.

—¿Eh? —preguntó Ortiz extrañado—. No he estornudado.

—¿Cómo que no? —Se incorporó, extrañado.

—Yo no he estornudado —repitió su compañero con gesto serio.

Ambos se miraron y, tras intuir lo que podía estar pasando, miraron hacia la parte trasera del carro. Ortiz ordenó parar a los *fhores* y se detuvieron. Chad activó la visión nocturna de su implante ocular de nuevo y subieron al carro por la parte posterior. La carga que llevaban era todo lo necesario para sobrevivir: mantas, ropa de abrigo y comida, además de herramientas y enseres de todo tipo.

Chad y Ortiz la registraron con cautela, tratando de no hacer ruido. Había tantos bultos dentro que tuvieron que pisar algunos de los enseres para desplazarse hasta la parte delantera. Ambos sabían que algo no cuadraba. Ortiz, con la pistola sónica en la mano, levantó una de las lonas que cubrían las provisiones. Debajo había fruta y algo de grano.

El silencio se rompió con otro estornudo, esta vez mucho más claro y cercano.

—¿Quién está ahí? —preguntó Ortiz, agudizando su tono de voz sin llegar a gritar.

Chad se adelantó y apartó más mantas y cajas con movimientos rápidos, hasta que descubrieron una figura encogida, temblando, en un rincón entre las provisiones. Era Shiishyi, la chiquilla kepleriana. Tenía la cara sucia y los ojos abiertos de par en par. Estaba envuelta en una vieja manta, apenas visible entre los sacos de comida y los utensilios.

—¿Pero qué demonios…? —exclamó Chad, sorprendido.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó Ortiz, que guardó de inmediato el arma—. Podría haberte disparado.

—Lo siento —se disculpó la niña sin demasiada convicción—. No pretendía asustaros.

—¿Asustarnos? —preguntó Chad—. Casi me lo hago encima. No deberías estar aquí. Creo recordar que Emily te dijo que no podías venir con nosotros.

—Pero no tengo a dónde ir —se quejó—. Al menos, con vosotros estoy entretenida.

—Es peligroso —repitió Ortiz—. No puedes quedarte.

—Por favor —suplicó la niña con los ojos húmedos—. No quiero quedarme sola otra vez.

Chad y Ortiz guardaron silencio. Era imposible no apiadarse de ella.

—Esto no es un juego —añadió Ortiz con seriedad—. Si los Khol nos encuentran, será el final para todos.

—La vas a asustar —protestó Chad—. Escucha —siguió, arrodillándose a su lado—, si vas a quedarte con nosotros, tendrás que seguir unas normas y hacer lo que te digamos. Nada de correr riesgos, nada de moverte sola, y tendrás que aprender a comportarte cuando la cosa se ponga seria, ¿entendido?

La niña asintió con un movimiento de cabeza.

—No me meteré en líos —prometió.

—Venga —dijo Chad, ofreciéndole la mano—, salgamos de aquí. Ven con nosotros delante.

El resto del trayecto fue bastante tranquilo. De vez en cuando, la niña saciaba su curiosidad sobre el género humano y Chad le explicaba todo lo que quería saber. Ortiz y él siguieron turnándose para guiar el carro, pero ninguno de ellos se durmió durante el resto de la noche. La pequeña les amenizó el viaje con su verborrea y su alegría desbordante y, unas horas después, llegaron al nuevo campamento.

Emily vio el carro a unos cuantos metros delante ella. La noche estaba ya avanzada y trató de llegar hasta él con todo su empeño pero, de repente, el carro echó a rodar. Se iban sin ella. Corrió todo lo rápido que pudo y comenzó a gritar y a hacer señas, pero pronto

comprendió que nunca lo alcanzaría. Se encontró sola en medio de ninguna parte. La oscuridad era total pero, a pesar de todo, podía ver sin necesidad de tecnología alguna.

Unos copos de nieve comenzaron a caer por entre las copas de los árboles. Tiritó de frío. Tenía que moverse o se congelaría. Avanzó en la dirección en la que se había marchado el vehículo, al que ya había perdido de vista. El camino serpenteaba y era muy irregular al principio, pero poco a poco se iba haciendo más y más recto. Tras unos minutos, en los que comenzó a sentir frío de verdad, se plantó delante de una cordillera de piedra. Seguía tiritando, pero allí encontró un recoveco donde resguardarse de la ventisca que se había levantado.

Se acurrucó en el pequeño hueco y consiguió entrar en calor abrazando sus piernas. A lo lejos podía oír cómo el goteo constante del agua resonaba en la oscuridad, como uno de esos sonidos que se instalaban en la cabeza y no dejaban descansar. De pronto, un suave sonido de pasos rompió el silencio. Al girarse hacia el ruido vio a una pequeña criatura peluda, de ojos grandes y brillantes, que se acercaba despacio en busca de compañía. Le recordó vagamente a Lemy, su antigua mascota. Emily se sintió atraída por su ternura y fragilidad, así que estiró la mano para acariciarla.

Sin embargo, en el instante en que sus dedos tocaron el suave pelaje, la criatura comenzó a cambiar. Su cuerpo peludo se deshizo, dando paso a un torso retorcido y cubierto de escamas. Sus ojos adorables se tornaron fríos y venenosos. Un enorme escorpión emergió de aquella forma inocente, con la punta de su aguijón bien afilada y amenazante. El apéndice de la alimaña se alzó sobre ella, la sombra oscura cubrió su cuerpo inmóvil y descargó toda su ira sobre Emily.

Emily dio un respingo y se despertó de golpe. El suave traqueteo del carro en el que viajaba no pudo disimular la sacudida de su cuerpo, que llamó la atención de su compañero de viaje.

—¿Estás bien? —preguntó Robert, que también se había sobresaltado con la reacción inesperada de Emily.

—Sí —respondió, somnolienta.

—¿Sigues teniendo pesadillas?

—Todas las malditas noches —reconoció.

—Perdona, esta vez igual ha sido culpa mía —se excusó—. Se te había caído la manta y no me he dado cuenta hasta hace un rato. Te he vuelto a tapar.

—Gracias, pero tranquilo. Mis pesadillas no tienen nada que ver contigo.

—¿Sigues soñando con el agujero negro?

—No —repuso, lacónica.

Robert no quiso presionarla, así que lo dejó estar.

—¿Cuánto tiempo he dormido? —preguntó.

—Apenas un par de horas.

—¿Quieres que te dé el relevo?

—No, estoy bien.

Liikmi y Avmup, los únicos keplerianos del convoy, abrían la marcha. Eran los que conocían el camino hasta las minas del noreste de Khaavahki. Más allá de algún pequeño atasco de una de las ruedas de un carro, el resto del viaje transcurrió sin sobresaltos. Tan solo pararon un par de veces para reagruparse, estirar las piernas y comer algo. Unas horas después, atravesaron el angosto desfiladero que daba paso a un antiguo valle con las minas de hierro más importantes de la zona. Según los informadores de Ÿonwush, de allí había salido todo el mineral recuperado.

Al salir del desfiladero, el paisaje se abrió ante ellos, revelando el vasto y esquilmado valle en el que apenas había vegetación. La primera impresión fue sobrecogedora. Se trataba de un colosal complejo minero excavado en la roca, con multitud de enormes bocas de galerías que se abrían en las laderas de las montañas. Toda la zona estaba repleta de guardias keplerianos que patrullaban sin descanso. Alrededor de las entradas, en lugares estratégicos, se alzaban varias torres de vigilancia. Desde su posición podían controlar la nube de polvo que flotaba constantemente sobre la mina fruto del trabajo incesante que se llevaba a cabo día y noche. Los quejidos de los prisioneros y el sonido de miles de herramientas de metal golpeando la piedra resonaban por todo el valle, creando un ambiente asfixiante que rebosaba desesperación.

Cientos de prisioneros keplerianos se arrastraban por las zonas cercanas a las galerías. Sus rostros estaban sucios y sus cuerpos eran esqueléticos. Se movían como autómatas, empujados hasta el límite por las duras condiciones que había en ese lugar. Los primeros guardias observaron con estupor el convoy que acababa de entrar en el valle. Sus expresiones indicaban que no entendían el motivo por el que los carros regresaban llenos de mineral en lugar de vacíos, como era habitual. Y para muchos era, además, la primera vez que veían un humano de cerca.

De pronto, alguien se acercó al primero de los carros con bastante premura. Parecía contrariado, con miedo en los ojos. Habló con Liikmi, pero Emily no pudo escuchar bien, aunque por los gestos de ambos supo que el kepleriano quería acercarse a hablar con ellos. Poco después, el kepleriano, de aspecto rollizo y con una marcada cojera en su pierna izquierda, llegó hasta el carro de Robert y Emily con un paso más lento y pesado y con la respiración agitada. Emily observó su desaliñado aspecto. Su cara reflejaba tensión y su cuerpo temblaba sin control.

—Esto es del todo calamitoso —se quejó—. ¿Qué es todo esto? ¿Por qué habéis traído de vuelta todo este mineral?

Se llevó las manos a la cabeza, visiblemente alterado, mientras lanzaba miradas nerviosas a los guardias que observaban desde la distancia.

—No entendéis lo que esto significa, y no sé cómo habéis conseguido robarlo —prosiguió en un tono bajo, pero agitado—. Pero si los Khol descubren que habéis devuelto el mineral, tomarán represalias. —Hizo una pausa y tragó saliva con dificultad—. Tenéis que llevaros todo esto de aquí.

—Nadie va a llevarse esto de aquí —dijo Emily con gesto firme, tratando de calmar al kepleriano—. Con este gesto les mandamos un mensaje. Este mineral no les pertenece, y no dejaremos que os sigan explotando.

El kepleriano sacudió la cabeza con desesperación, como si no pudiera creer lo que estaba oyendo.

—¡No lo entendéis! —respondió—. Los Khol no entienden los mensajes, no entienden los símbolos. Solo ven desafío, violencia y

venganza. Mi jefe no permanecerá impasible ante este atropello. Y cuando los Khol lo descubran, serán despiadados. ¿Pensáis que porque sois humanos os tratarán con alguna indulgencia? Ellos no hacen distinciones.

—Ya hemos tratado con ellos, ¿cómo crees que hemos conseguido recuperar todo esto? —respondió Emily con indiferencia —. Y hemos perdido a muchos de los nuestros, sabemos de lo que hablamos.

—Entonces, será mejor que lo devolváis todo —advirtió él. Su voz era casi una súplica.

—No, nos enfrentaremos a ellos de nuevo —replicó ella—. Y saldremos victoriosos.

El kepleriano guardó silencio mientras su mente buscaba con desesperación una solución al embrollo en el que se había metido sin querer. Emily aprovechó el momento para observar a su alrededor. Varios guardias se aproximaban a su posición, alertados por los aspavientos del kepleriano, que se presentó como Waalcho. Resultó ser la mano derecha del responsable de las minas, que también funcionaban como cárceles.

Lejos de amedrentarse, Emily descendió del carro y comenzó a caminar hacia una de las galerías en las que trabajaban los presos. Su paso, aunque aún algo lento debido a las heridas sufridas, era decidido. Waalcho se apresuró en ponerse a su lado, mientras Ferrara, Miller y Robert la seguían de cerca, manteniendo una prudente distancia con ambos.

—¿A dónde va? —le preguntó nervioso—. Tal vez sea mejor que conversemos en nuestro cuartel antes de que vuelva mi señor.

—Me gustaría ver las minas —informó.

—Me temo que eso es del todo irregular, señorita… —detuvo su frase, invitando a su interlocutora a presentarse.

—Me llamo Emily Rhodes.

Los ojos de Waalcho se abrieron de par en par.

—¿Es usted la líder única de los pueblos libres? —tartamudeó.

Ella no respondió, pero su mirada lo dejó todo muy claro. El kepleriano hizo una profunda reverencia.

—Espero que sepa perdonarme —dijo él—. No sabía que era usted. Quiero decir, sabía que nuestra líder era uno de las suyos, pero no esperaba verla aquí, ni ataviada con ropas tan inapropiadas para alguien de su importancia.

—¿Qué tienen de malo mis ropas? —se giró hacia él con indignación.

—No… nada, mi señora —se retractó—. Le ruego acepte mis disculpas. Cuando estoy nervioso hablo demasiado, y cuando hablo demasiado meto la pata.

—No hay problema —asintió—. ¿Puedo ahora ver las minas?

—Me temo que eso no será posible —dijo él, con la cara llena de sudor—. Mi señor no permite a nadie visitar este lugar. Es por seguridad, la presencia de extraños podría provocar altercados entre los presos.

Emily ignoró las palabras de su anfitrión y continuó caminando. Dos guardias armados con lanzas y provistos de un látigo en su cinturón le cerraron el paso.

—No puede pasar —dijo uno de ellos.

Ella se detuvo, pero no retrocedió. Su mirada se posó con firmeza en los guardias que le bloqueaban el camino y la tensión se hizo todavía más palpable. A pesar del dolor que todavía sentía, había una autoridad en su porte que nadie podía ignorar.

—¿No puedo pasar? —preguntó con tono sereno pero afilado.

Waalcho, que seguía a su lado, trató de convencerla de nuevo para evitar más problemas.

—Por favor, mi señora —intervino con voz timorata—. Le suplico que recapacite. Nada de esto es prudente. Me temo que mi señor no tolerará ningún tipo de intrusión. No queremos más problemas.

Emily se acercó todavía más a los guardias y los retó con la mirada.

—¿Problemas, dices? Soy la líder legítima de los pueblos keplerianos —desafió—. ¿Quién creéis que gobierna sobre vuestro jefe?

Los guardias intercambiaron miradas nerviosas. No estaban acostumbrados a que alguien cuestionara su autoridad de esa manera, y menos aún una extranjera. Pero había algo en la forma en

la que Emily hablaba, en la seguridad que irradiaba, que les hizo dudar. Finalmente, uno de ellos bajó la vista, dio un paso atrás y le permitió el paso. El otro guardia lo imitó, apartándose a regañadientes.

Emily continuó hacia las minas sin mirar atrás mientras Waalcho continuaba brincando a su lado, aliviado de evitar un conflicto e intentando mantener la compostura. Robert y los demás observaban con atención desde la distancia, listos para actuar si la situación se torcía.

A medida que Emily avanzaba por el camino polvoriento que conducía a las minas, el aire se volvía más pesado y opresivo. Al entrar en las galerías, un hedor a sudor rancio, metal oxidado y organismos en descomposición impregnaba el aire. Las paredes de la mina estaban ennegrecidas por el polvo de hierro y, a ambos lados, las sombras de los prisioneros keplerianos se arrastraban como espectros sin vida. Estaban encorvados, famélicos, apenas capaces de sostener las herramientas oxidadas que utilizaban para horadar las entrañas de la tierra. Sus cuerpos esqueléticos, cubiertos de cicatrices y suciedad, reflejaban años de abuso y explotación por parte de las autoridades.

Los gritos de algún capataz descontento resonaban por las galerías. Según avanzaban, la situación se volvía todavía más decadente y desesperada. Encontraron prisioneros desplomados, probablemente ya muertos, mientras otros, exhaustos y sin fuerza, eran arrastrados o golpeados por no mantener el ritmo de trabajo. El suelo bajo sus pies estaba manchado de sangre y sudor, mientras los arroyos de agua sucia que corrían entre las rocas se mezclaban con restos de minerales y desechos humanos. Ese lugar era un infierno en vida para los keplerianos, nadie merecía vivir así.

—¿Qué clase de atrocidades sufre esta gente? —Emily dirigió a su acompañante una mirada cargada de reproche.

—Yo… —murmuró con la voz entrecortada—. Son delincuentes, muchos de ellos son peligrosos…

—¡Esto es una brutalidad! —interrumpió ella, asqueada—. ¡Nadie debería vivir de esta manera!

Waalcho tragó saliva, temblando bajo la mirada furiosa de Emily.

—Quiero ver a su superior —pidió—. ¿Dónde se encuentra?

—Él… está supervisando la nueva ampliación de las minas, al norte del valle —explicó—. Pero no le gustan las visitas inesperadas.

—Entonces será mejor que le mande avisar —ordenó Emily.

El ayudante se inclinó ante ella y le hizo un ademán para abandonar la galería.

—Quizá prefiera esperar en nuestro cuartel —dijo—. Estará mucho más cómoda allí.

Emily y los demás salieron de la galería con el corazón en un puño. Desconocía los delitos que habían cometido esos reos, pero aquellas condiciones distaban mucho de ser aceptables. Mientras caminaban hacia el cuartel, no pudo evitar pensar en las miradas de los prisioneros, vacías y sin esperanza. A su alrededor, los miembros de la guardia continuaban con sus tareas, ajenos e insensibles al sufrimiento que imperaba allí. Emily apagó la traducción simultánea de su brazalete para dirigirse a Robert.

—No podemos permitir que esto siga así —le dijo—. Me da igual lo que hayan hecho, nadie merece vivir en estas condiciones.

—Lo sé —respondió él con tono sombrío—. Pero no sé si es el momento de abrir un nuevo frente. Creo que será mejor abordar este problema una vez hayamos acabado con los Khol.

—Creo que esto explica por qué las sociedades keplerianas parecen casi perfectas —murmuró Ferrara, atenta a la conversación —. Esconden las miserias lejos de sus hogares.

Al llegar al cuartel, Emily apenas era capaz de contener su impaciencia. Su pierna izquierda cobró vida propia, y el tiempo que tardaba en aparecer el superior no ayudaba a mejorar la situación. El enfrentamiento era inevitable, y estaba decidida a exigir explicaciones sobre lo que acababa de ver. La espera se les hizo eterna pero, a pesar de sus heridas, Emily sentía una energía renovada en su interior, alimentada por la indignación.

—No podemos esperar más —dijo, apretando los puños—. No voy a quedarme de brazos cruzados mientras esta barbarie continúa.

Waalcho se levantó de su silla, temeroso de lo que pudiera ocurrir. Pero antes de que salieran de la estancia, el sonido de unos

pasos firmes y pesados resonaron en el pasillo. Un kepleriano de aspecto altivo y ropajes elegantes apareció en el cuartel.

—¿Qué es lo que buscan aquí? —preguntó con tono gélido, sin siquiera presentarse.

—¿Es usted el responsable? —preguntó Emily.

—Sí, mi nombre es Yaaw, soy el dueño de todo esto —dijo, señalando a su alrededor—. Y me gustaría saber por qué hay diez carros ahí afuera con el mineral que los Khol se llevaron de aquí hace dos días.

A Emily su nombre le resultó familiar, aunque estaba segura de que nunca había visto antes a ese kepleriano. Su firmeza la descolocó un poco, pero supo recuperar la compostura.

—Le estamos devolviendo lo que es legítimamente del pueblo kepleriano —respondió Emily.

El kepleriano se cruzó de brazos y le lanzó una mirada condescendiente.

—Mire, doctora Rhodes —dijo, demostrando que sabía con quién estaba hablando—, entiendo su entusiasmo, pero no tiene ni la menor idea de contra qué fuerzas está midiéndose. Todo ese material que hay ahí fuera les pertenece a los Khol, no a nosotros. Los keplerianos somos tan solo sus proveedores.

—Pero…

—No he acabado todavía —interrumpió de malas maneras—. Lo que su grupo de mercenarios y usted acaban de hacer va a provocar una escalada de violencia por parte de los Khol. Ha costado miles de años llegar a una situación en la cual podemos vivir en relativa paz y armonía. Acaban de poner en peligro las vidas de todos aquellos a los que dicen proteger —su voz cada vez sonaba más dura—. Cuando descubran lo que han hecho, no solo querrán recuperar su mineral. Vendrán a por todos nosotros.

El discurso del alcaide le provocó a Emily una mezcla entre ira y preocupación.

—¿Paz y armonía? —replicó alzando la voz—. ¿Están esa paz y esa armonía presentes en el interior de la galería que acabamos de visitar? La miseria, el abuso y el sufrimiento de toda esta gente no

puede ser moneda de cambio. ¿Cómo puede permitir esas condiciones?

—Los prisioneros están aquí por una razón —explicó con suma tranquilidad—. Son criminales. Algunos de ellos muy peligrosos, he de añadir. No es nuestro deber hacer que su estancia sea placentera. ¿Quién cree que estaría dispuesto a trabajar en las minas para conseguir el cupo de mineral que nos exigen los altos mandos Khol?

—La minería es un trabajo honrado —respondió ella.

—¡Ja! —chistó—. La minería murió cuando los Wiijof jikhaashyush se convirtieron en criaturas nocturnas. Desde entonces, nuestra sociedad ha evolucionado. Ya nadie tiene que sufrir por necesidad las terribles condiciones de las minas. Sacamos a los delincuentes de nuestras calles y caminos y evitamos que nuestros ciudadanos tengan que llevar una vida de penurias. Es una buena solución a dos grandes problemas.

—Pero eso no es justo, todos esos keplerianos viven en un infierno para que el resto puedan disfrutar de una vida más fácil.

—No espero que lo entienda —dijo con dureza—. Como le he dicho, son delincuentes, y este sistema nos ha permitido sobrevivir durante miles de años. Y ahora, si me disculpan, tengo mucho trabajo que hacer esta mañana. Y llévense todo ese mineral de aquí.

El alcaide los invitó a salir del pequeño cuartel de piedra. Emily no daba crédito a lo que estaba ocurriendo. Aquel kepleriano era un monstruo sin escrúpulos. Miró a Robert y no hizo falta que intercambiaran una sola palabra para saber lo que pensaba el otro. Robert negó levemente con la cabeza y Emily comprendió que estaban en clara inferioridad y que no podían hacer nada para evitarlo.

—De acuerdo, señor Yaaw, nos iremos de aquí —dio su brazo a torcer—. Pero no cometa el error de pensar que esto ha acabado. Usted y yo volveremos a vernos las caras.

—Ardo en deseos de que eso ocurra —respondió, desafiante, sin perder un ápice de su arrogancia—. Pero cuando lo haga, espero que traiga consigo menos discursos idealistas y más soluciones. Este es un mundo de acciones, no de palabras, doctora Rhodes.

Emily lo miró con seriedad. Aquel kepleriano era más de lo que parecía ser.

14

La Sombra Carmesí

5 de mayo del año 3

Cerca de las minas de hierro, Kepler-442b

Emily soltó un suspiro de frustración. Habían abandonado hacía ya un par de horas las minas y habían decidido llevar todo el mineral a Khapabir, a las fundiciones que estaban paradas en esos momentos por falta de materia prima. Así evitarían llamar la atención de los Khol. La frustración estaba causada por la conversación que había mantenido con Yaaw, el responsable de las minas.

—Ya sé dónde he oído antes el nombre del alcaide —le dijo a Robert, que descansaba a su lado en la parte delantera del carro mientras Emily conducía a los *fhores*.

—Ah, ¿sí?

—Sí —confirmó—. Es el marido de la amiga de Naawii, la kepleriana que nos pidió ayuda para encontrar a su padre.

—¿El que encontraron ahorcado y que resultó ser la clave para encontrar a Yisht?

—Sí, ese —asintió—. Acabo de recordar al inspector McNeil hablándome sobre él. Me contó que era alguien con mucho dinero y que parecía tener bastante poder.

—¿Y no te advirtió de que era un completo gilipollas? —preguntó Robert con sorna.

—No, aunque creo que salta a la vista —reconoció ella.

—¿Qué vamos a hacer con toda esa gente?

—Aprovecharé que nos dirigimos a Khapabir para enviar un mensaje a Khaavmi —dijo Emily—. Quiero que lo investigue. Necesito saber qué clase de delitos comete la gente que acaba en ese infierno.

—Y después, ¿qué piensas hacer? ¿Liberarlos? —preguntó.

—No lo sé —reconoció—. Tiene que haber gente peligrosa en las minas, no lo discuto. Pero allí había muchísimos presos, me niego a creer que todos ellos hayan cometido atrocidades. Hay algo extraño en todo esto, y quiero llegar hasta el fondo del asunto.

Robert asintió, preocupado. El silencio se instaló entre ellos mientras el carro avanzaba por el terreno irregular que los llevaba a la ciudad. Ambos sabían que la situación en las minas era inaceptable, pero también entendían que cualquier movimiento en falso podría desatar una guerra interna que tendrían que sumar a la que ya libraban contra los Khol. No tenían capacidad para abrir un frente como ese.

—¿Estás segura de que llevar todo esto a Khapabir es buena idea? —Robert cambió de tema.

—A estas alturas no estoy segura de nada —reconoció ella—. Lo que parecía una pequeña victoria sobre los Khol se ha convertido en algo amargo. A las bajas y los heridos tenemos que sumarle la indiferencia y el rechazo de aquellos a los que intentamos ayudar —añadió con gran pesar—. Pero si el kepleriano que ha entregado el material no quiere recuperarlo, se lo daremos a aquellos que sí lo necesitan.

—Robar a los ricos para dárselo a los pobres, como Robin Hood —sonrió.

El trayecto transcurrió con normalidad, apenas se cruzaron con un par de ganaderos que llevaban a sus animales a pastar a otro lugar. Sus caras reflejaron una total incredulidad al ver un convoy de carros con esa cantidad de mineral. El día era muy luminoso, los rayos de luz se colaban entre las hojas de los árboles formando haces de luz que provocaban un efecto idílico. Resultaría hermoso si la situación no fuera tan desesperada.

Se detuvieron cerca de una pequeña explanada sin árboles donde aprovecharon para reagruparse, comer y descansar mientras el sol acariciaba su piel. Emily, todavía renqueante de sus heridas, apoyó la espalda sobre un gran tronco caído que había a unos metros del camino.

—¿Por qué serán las cosas siempre tan complicadas? —El tono de Ferrara era más nostálgico que otra cosa—. Desde que hemos

aterrizado no hemos tenido más que problemas.

—Supongo que es nuestro sino —respondió James Coogan con resignación mientras daba buena cuenta de un trozo de pan.

—Pues yo no me arrepiento en absoluto de haber tomado la decisión de formar parte de esto —aseguró Alberto.

—Yo estaba mejor en la Tierra. —James Coogan se encogió de hombros—. Pero ¿de qué nos sirve martirizarnos ahora?

—Supongo que tendremos que vivir cada día como si fuera el último —añadió Kostas, que masticaba incansable una tira de carne curada.

Emily, que había estado observando la escena a cierta distancia, no pudo evitar sentir una mezcla de gratitud y comprensión. A pesar de todas las dificultades, de todo lo que habían sufrido, se había formado un equipo fuerte, unido por un propósito común.

—Tal vez Kostas tenga razón —dijo Emily, rompiendo el silencio—. No podemos saber lo que ocurrirá mañana, pero sí podemos decidir cómo enfrentarnos a ello.

—Pero el mañana podría dejarnos algún respiro, parece que vivimos siempre en la cuerda floja —se quejó Ferrara—. Da la impresión de que cualquier paso en falso puede acabar echando por tierra todo lo que hemos conseguido con tanto esfuerzo.

—Ahora no solo luchamos por nuestra supervivencia —añadió Robert, que descansaba de pie, apoyado en el tronco—. Tenemos que ser fuertes, porque combatimos por todos los keplerianos que llevan miles de años sufriendo bajo la bota de los Khol.

—Eso es lo que más me preocupa —murmuró Emily—. Nuestras acciones tendrán repercusión en todos los habitantes del planeta. Si tomamos la decisión equivocada, puede que pongamos en peligro a aquellos a los que intentamos proteger.

Un pesado silencio cayó sobre el grupo. Todos fueron conscientes de las consecuencias que los acompañarían a lo largo del camino que acababan de tomar.

—Y ahora ¿qué? —preguntó James cuando acabó su almuerzo.

—Ahora seguiremos adelante —respondió Emily—. Llevamos el mineral a Khapabir, enviamos un mensaje a Khaavmi y descubrimos qué podemos hacer para cambiar las cosas.

Ya era de madrugada cuando entraron en Khapabir por el camino del este. La escasa luz que emitían los pocos faroles que había en la zona arrojaba unas tenues sombras que les ayudaron a pasar desapercibidos. Los dos edificios de las fundiciones que habían ayudado a mejorar los esperaban como dos grandes moles de piedra y hierro.

Emily y Ferrara se aproximaron a uno de los edificios colindantes. Era una cabaña sencilla, un tanto destartalada, en la que vivía uno de los responsables de hacer funcionar las factorías con las que se creaba el acero. Ferrara llamó a la puerta procurando que el ruido no despertara a todo el vecindario.

Estaba a punto de golpear de nuevo la madera cuando escucharon un sonido que procedía del interior. Descorrieron el pestillo metálico y una cara somnolienta apareció en el otro lado.

—Buenas noches, Tolkaa —saludó Emily, cuya cara también reflejaba el cansancio de los últimos días—. Lamento molestarte a estas horas intempestivas, pero tenemos algo que enseñarte.

El kepleriano, de edad avanzada, se puso algo más de ropa y los acompañó hasta la entrada principal de la factoría. Cuando llegaron allí, Tolkaa se llevó las manos a la cabeza al ver la cantidad de mineral de hierro que había repartido en los carros, situados en fila justo en la entrada, esperando a que alguien abriera el portón, que estaba cerrado a cal y canto.

—¿Qué es todo esto? —preguntó sin entender.

—Traemos material para la fundición —explicó Emily—. Quiero que empecéis a tratarlo y fabriquéis todas las barras de acero que podáis.

—¿De dónde ha salido? —la miró con preocupación.

—Cuanto menos sepas, mejor —le respondió Emily, consciente de que demasiada información podría ponerle en peligro.

El kepleriano inclinó la cabeza y abrió el enorme portón de entrada a la factoría. Uno detrás de otro, los carros fueron entrando en el edificio. Cuando acabaron todo el proceso, Emily le instó a deshacerse de los carros y de los *fhores*. Acordaron que serían entregados a ganaderos y agricultores de la zona o a cualquiera al que pudieran serle de ayuda.

Luego, los viajeros se instalaron en las antiguas viviendas que Khaaÿ les había proporcionado en la ciudad. Emily se despidió del resto y se acercó al edificio de piedra blanca y madera oscura en el que se había alojado durante meses. Tan solo habían transcurrido unos cuantos días desde que abandonara ese lugar, pero parecía que habían pasado una eternidad.

Aunque las farolas alumbraban lo suficiente y no había ni un alma en la calle, no pudo evitar sentirse observada. Miró a su alrededor antes de sacar la llave para asegurarse de que no había nadie acechándola. De repente, algo se movió a su derecha. Un golpe sordo. Su corazón comenzó a palpitar deprisa, como si quisiera salirse de su pecho. Algo acababa de caerse al suelo a unos veinte metros, detrás de una de las cabañas vecinas. Trató de agudizar su vista, pero no vio ni escuchó nada. En ese momento, un pequeño animal salió corriendo de allí en dirección contraria.

Emily sacó la llave del morral con la mano temblorosa, todavía con la sensación persistente de que algo o alguien la vigilaba. Le costó hasta tres intentos introducirla en la cerradura. Abrió la puerta lentamente, con los músculos tensos, y echó un último vistazo por encima del hombro antes de entrar. Cerró la puerta tras de sí y se apoyó contra ella un momento, intentando calmar la inquietud irracional que se había apoderado de ella.

El interior de la vivienda olía a madera vieja y a humedad. Colgó el morral de uno de los clavos que había en el pilar al lado de la entrada y echó un vistazo a la estancia principal. Todo estaba tal cual lo había dejado. Se dirigió a una de las esquinas de la casa y encendió una pequeña lámpara de aceite. De repente, notó una ráfaga de aire en la nuca que hizo que su vello se erizara. Alguien la agarró por la espalda, provocándole un punzante dolor en el pecho, y le colocó un objeto cortante en el cuello.

—¿Quién eres y qué estás haciendo aquí? —dijo una voz—. Habla y no intentes ninguna estupidez si no quieres que te rebane el cuello.

De inmediato reconoció la voz y se dio cuenta de que no se había quitado la capa oscura que siempre llevaba cuando tenía frío.

—¡Yisht! —exclamó, desesperada—. ¡Soy yo!

La joven rebajó la presión de su llave, confundida, mientras Emily se daba la vuelta y se echaba hacia atrás la capucha.

—Lo siento —se disculpó—. No sabía quién eras y me he asustado.

—Tranquila, has hecho bien —dijo Emily, renqueante y con el gesto desencajado—. Se me había olvidado que ahora vivías aquí.

—¿Te he hecho daño?

—Sí —reconoció mientras trataba de recuperar el aliento—. Pero no es culpa tuya. Hace un par de días tuvimos un pequeño encontronazo con los Khol y salí mal parada de un intercambio de golpes con una de esas malditas bestias.

—¿Va todo bien? —Su tono sonó preocupado—. No te esperaba por aquí en una buena temporada.

—Sí, dentro de lo que cabe —respondió ella—. Hemos tenido que cambiar de planes sobre la marcha. Ya te pondré al día. Pero ahora necesito urgentemente dormir en una cama.

—Sí, por supuesto. Podemos compartir la habitación.

A la mañana siguiente, tras un sueño corto pero reparador, Emily se despertó antes del amanecer, todavía inquieta por todo lo vivido la noche anterior. Yisht se había levantado también y preparaba el desayuno para las dos. Sacó algo de pan y una especie de crema dulce típica de Khapabir. Después de disfrutar de una comida tranquila y de responder a todas las preguntas de Yisht, salieron al exterior cubiertas con sendas capas, tratando de pasar desapercibidas.

Juntas caminaron por las calles aún medio vacías de la ciudad mientras sus habitantes comenzaban un nuevo día. El viento fresco les golpeaba la cara, pero ni siquiera el frío fue capaz de despejar la mente de Emily, que ya trabajaba a pleno rendimiento.

—¿A dónde vamos? —preguntó Yisht.

—A encontrarnos con un contacto de Khaavmi —desveló—. Necesitamos algunas respuestas, y él será quien se lo transmita.

—¿Es de confianza?

—Si lo es para Khaavmi, también lo es para mí.

Poco antes de llegar a la calle de los artesanos, Emily le recordó a Yisht las instrucciones que tenía que seguir. Ella se quedó esperando a unos metros, sin quitarse la capa y vigilando desde la distancia. Yisht entró en un pequeño taller donde un maestro del cuero preparaba sus utensilios para comenzar la jornada. El artesano fue consciente de la presencia de Yisht y se giró para atenderla.

—¿En qué puedo ayudarla?

—Creo que tengo un agujero en mi morral —dijo la joven.

El artesano la miró con suspicacia.

—Y dígame, ¿qué tipo de cuero necesita?

—Algo de color oscuro, como la piel de un *wuk* a medianoche.

El artesano miró hacia ambos lados con cuidado y la instó a entrar en el interior de su cabaña. Yisht se giró hacia Emily y le hizo una señal. Se apresuró a recorrer la distancia que la separaba del taller. El artesano la miró inquisitivamente, pero no dijo nada y las permitió entrar a ambas. La parte interior de la cabaña era oscura y estaba llena de herramientas de trabajo, rollos de cuero y piezas a medio hacer. El ambiente era denso, cargado con el olor del cuero curtido y la humedad acumulada durante años. Las paredes, hechas de gruesas tablas de madera, parecían capaces de amortiguar cualquier sonido que proviniera del exterior. Las invitó a sentarse a la mesa.

—No es conveniente que las vean aquí dentro —dijo en voz baja, yendo al grano—. ¿Cuál es el mensaje que debo entregar?

—Necesito que le diga al teniente Khaavmi que investigue al dueño de las minas de hierro que hay al noreste de aquí, un tal Yaaw, vive en Wiikhaadiiz ofiz.

El artesano las miró con gesto preocupado, como si acabaran de nombrar un fantasma.

—¿Hay algún problema? —preguntó Emily.

—He escuchado historias sobre esas minas, ninguna de ellas es agradable —murmuró el hombre—. Dudo que lo que ocurra allí sea legal. Pero son asuntos peligrosos.

—¿Qué clase de historias ha escuchado?

—Ciudadanos que son acusados sin pruebas y condenados a cadena perpetua, certificados de defunción de dudosa validez,

familias enteras que desaparecen de la noche a la mañana —enumeró—. Demasiados casos aislados para augurar nada bueno.

—Por ese motivo necesitamos conocer lo que está ocurriendo —afirmó Emily—. ¿Cuándo podría entregarle el mensaje al teniente?

—Tenía pensado ir a Wiikhaadiiz ofiz la semana que viene —el artesano se rascó el mentón—. La materia prima que hay allí no tiene parangón. Pero supongo que podré adelantar mi viaje y partir esta misma tarde.

—Eso sería fabuloso —aplaudió Emily, que le hizo un gesto a Yisht.

La kepleriana sacó un par de monedas de plata de su bolsillo y las dejó encima de la mesa.

—Por las molestias —dijo Emily mientras se levantaba—. Avise a mi amiga por los cauces habituales cuando reciba la respuesta del teniente.

—Sí, mi señora —asintió con una inclinación.

Salieron del taller del artesano y regresaron a la cabaña de Emily. Allí, Yisht rebuscó en un enorme y antiguo baúl de madera con los cantos de metal. Tras unos instantes de incertidumbre, sacó una prenda cuidadosamente doblada y cubierta por una tela de color gris y se la ofreció.

—¿Qué es esto? —preguntó Emily, sin entender.

—Es un regalo —dijo Yisht con la emoción de comprobar su reacción—. Pensaba dártelo más adelante, pero reconozco que no puedo resistirme a hacer regalos.

—Yisht —la miró complacida y halagada, pero también incómoda, ya que ella no tenía nada preparado para ella—. No tenías por qué haberte molestado.

Revisó el paquete y lo desenvolvió con sumo cuidado. Cuando quitó la tela que lo envolvía encontró una capa de terciopelo de color carmesí. Era liviana, pero también muy gruesa y con aspecto de ser abrigada.

—No sé qué decir —balbuceó Emily, emocionada—. Me encanta.

Incapaz de controlar sus emociones, se le escaparon las lágrimas. Tal vez fuera el único momento de calidez que había experimentado en los últimos días y se sintió conmovida y agradecida. Emily se

acercó a ella y la abrazó para devolverle el cariño que acababa de recibir.

—Gracias —susurró.

—Es lo menos que puedo hacer después de todo lo que tú has hecho por mí —respondió Yisht, también emocionada—. Quería que tuvieras algo que te recordara que no estás sola en esto —explicó la kepleriana—. Es resistente y cálida, como tú.

Emily rio, limpiándose las lágrimas, y estrechó la capa con fuerza, sintiendo su suavidad bajo los dedos.

—¿A qué estás esperando? —le preguntó—. Póntela.

Emily se quitó la raída capa de color oscuro que llevaba puesta y se colocó la nueva. De inmediato sintió su calidez y se percató de lo cómoda que resultaba. Le hubiera gustado quedarse allí una temporada, las dos solas, sin preocupaciones ni obligaciones, pero por desgracia no era posible. Todos corrían un grave peligro y debían continuar con las operaciones si querían liberar a keplerianos como Yisht de la esclavitud a la que estaban sometidos. Se despidieron con otro abrazo y tomó el camino de regreso a donde sus compañeros la esperaban para dirigirse al nuevo campamento.

De camino escuchó un pequeño alboroto en las calles aledañas, pero no alcanzó a ver lo que ocurría. Le extrañó, ya que esa zona solía ser muy tranquila. No había tabernas ni mercado, ni siquiera colegios. Continuó pensativa unos metros hasta que, de repente, alguien la agarró de un brazo y tiró de ella. Emily casi se cae del impulso, y sus maltrechas costillas la hicieron ahogar un grito.

—Shhh —Robert le hizo un gesto para que no dijera nada.

Después señaló el estrecho callejón que conectaba con unas escaleras que ascendían por el enorme tronco de árbol que les daba cobijo. Emily lo siguió dolorida y en silencio hasta que llegaron a la plataforma circular que había a diez metros del suelo, por encima de la mayoría de las cabañas que había alrededor. Se dio cuenta de que, aunque había pasado meses en la ciudad, nunca había subido hasta las plataformas que conectaban entre sí la mayoría de los árboles que había a su alrededor.

Robert la condujo a través de una de las pasarelas que los acercó hasta el lugar de donde provenía el alboroto. La altura les ofrecía

una vista privilegiada de lo que ocurría abajo y pronto pudo ver la causa del tumulto. Un pequeño destacamento de soldados Khol estaban divirtiéndose a costa de un grupo de ciudadanos keplerianos en una plaza cercana.

Se detuvieron en la plataforma y Robert le hizo una señal para que se agachara junto a él, detrás de una barandilla. Desde allí, Emily pudo ver la situación con más claridad. Ocho soldados Khol, ataviados con imponentes armaduras de placas, rodeaban y empujaban a un grupo de keplerianos indefensos, algunos de ellos ancianos y niños, mientras sus cloqueos de burla resonaban en la plaza.

—Tenemos que intervenir antes de que las cosas se pongan feas de verdad —dijo Robert en un susurro.

Emily asintió. Era necesario que comenzaran a enviar este tipo de mensajes, tanto a la población kepleriana como a los propios Khol. Los abusos de poder tenían que acabar.

—¿Qué tienes en mente?

—He posicionado a nuestra gente en los alrededores —dijo él, señalando diferentes puntos alrededor de la plaza.

Emily se asustó al ver a James Coogan y a Alberto entre los que acechaban entre las sombras.

—Pero son civiles, ¿estás seguro de esto? —preguntó.

—Sí. Nos hemos dividido de dos en dos, a excepción de Taro, que atacará solo —explicó—. Entre dos humanos creo que seremos capaces de acabar con uno de ellos.

—Pero ¿y qué queréis que haga yo?

—Yo me colocaré abajo, junto a Miller —señaló su posición—. Tú solo tendrás que distraerlos desde aquí arriba.

—¿Distraerlos? —preguntó—. ¿Cómo?

—Seguro que se te ocurre algo —sonrió—. Pero espera a que te haga la señal.

De repente, Robert la miró extrañado.

—¿Y esa capa?

—Es nueva, me la ha regalado Yisht.

—Es elegante, y te da un aire misterioso —le dijo—. Ponte la capucha al hablar.

Robert puso la mano en su hombro derecho y, tras regalarle una sonrisa que consiguió tranquilizarla, desapareció por las escaleras de la plataforma. En medio de la plaza, dos de los Khol más grandes propinaban puntapiés a un anciano kepleriano que apenas podía mantenerse en pie. Emily siguió con la mirada los movimientos de Robert, que llegó hasta la posición donde aguardaba Miller. Una vez allí, miró hacia ella y levantó el pulgar. De inmediato se puso de pie, se colocó la capucha y se dirigió a los que había abajo.

—¡Eh, vosotros! —gritó Emily desde las alturas, con una voz firme y autoritaria que resonó por la plaza—. ¡Dejadlos en paz!

Los soldados Khol levantaron la cabeza, sorprendidos al escuchar una voz que no esperaban. Uno de ellos, el más grande, frunció el ceño y avanzó unos pasos hacia donde se encontraba, intentando localizarla en la penumbra de la pasarela.

—¿Quién eres tú para darme órdenes? —gruñó, con arrogancia.

El viento agitaba ligeramente la capa, añadiendo un aire enigmático y teatral a su figura.

—Alguien a quien deberías escuchar si no quieres problemas —advirtió—. Dejad en paz a esa gente y marchaos de aquí para no volver jamás.

Los soldados comenzaron a reírse, pero al menos había logrado su objetivo y su atención ya estaba centrada en ella. Emily supuso que esa sería la señal que los demás esperaban, ya que vio cómo el resto del equipo se preparaba para el ataque.

—¡¿Y qué vas a hacer, mujer?! —exclamó el líder Khol, riendo con desprecio.

Justo en ese instante, el sonido de un disparo sordo resonó en la plaza. Alguno de los niños keplerianos no pudo reprimir un grito de terror. Uno de los Khol cayó al suelo, fulminado por un disparo preciso de Ferrara, oculta entre las sombras. Los soldados se giraron bruscamente, desconcertados, mientras otro disparo los obligó a retroceder.

Todos los que aguardaban al acecho aparecieron de repente de sus escondrijos. Emily notó que su corazón se aceleraba al ser testigo de cómo sus compañeros arriesgaban sus vidas para defender a aquellos keplerianos.

El primero en llegar a la reyerta fue James Coogan que, a pesar del exilio, seguía manteniendo un desarrollo físico envidiable. Se enfrentó a un Khol que tenía las protuberancias óseas de su cabeza desgastadas y rotas por las numerosas batallas en las que habría participado. Sin pensárselo dos veces, el antiguo *influencer* lanzó una estocada que el alienígena esquivó por poco. Con una agilidad felina, volvió a levantar la hoja de su espada para intentar un nuevo golpe. Sin embargo, la reacción del Khol no se hizo esperar y detuvo con su lanza la arremetida de Coogan. Aprovechando el impulso del bloqueo, el soldado giró la lanza y le asestó un duro golpe en el estómago con el otro extremo.

Taro avanzó con paso lento pero firme hacia su rival, que giró el cuerpo al ver cómo se acercaba. Se detuvo y, agarrando su katana con las dos manos, lo retó a que lo atacara. El soldado Khol sonrió con malicia y se lanzó a por él sin más dilación. Lo que no sabía su rival era que el geólogo se había dedicado durante los últimos días a trazar una estrategia válida para poder contrarrestar la superioridad física de sus enemigos. Tras analizar todo lo que vio y sintió al enfrentarse a ellos, creyó detectar un punto débil en sus ataques. Al tratarse de individuos muy físicos, con una estructura ósea preparada para la confrontación directa, supuso que descuidarían los laterales. Era el momento de comprobar su teoría.

Robert y Miller se acercaron a su contrincante, que los esperaba con la lanza en ristre y una enorme coraza en la parte frontal. Sin mediar palabra, lanzó su arma con una destreza y una fuerza sorprendentes. Robert consiguió esquivarla haciéndose a un lado, pero él no era el objetivo de su ataque. Miller hizo gala de unos reflejos felinos para evitar que impactara contra su pecho, aunque la punta golpeó en su brazo derecho, provocándole una profunda laceración de la que comenzó a manar sangre.

—¿Estás bien? —preguntó Robert.

—Sí, solo es un rasguño —respondió Miller sin amilanarse ante la demostración de fuerza del alienígena.

—Separémonos, es la única manera de que deje al descubierto el lateral de su torso —aconsejó Robert.

El Khol que les correspondía a Gorka y a Paula tal vez no fuera el más grande de todos, pero los esperaba apretando las garras y mostrando una sonrisa confiada. Su garganta se hinchó levemente y de ella surgieron unos cloqueos.

—Venid aquí, pequeños —les dijo—. Os enseñaré cómo damos la bienvenida a los entrometidos como vosotros.

Ambos se dedicaron una mirada y se lanzaron sin pensárselo dos veces contra el Khol, que se relamía creyéndose muy superior a los dos humanos.

James retrocedió un par de metros después de recibir el golpe en la boca del estómago. Necesitó unos valiosos momentos para recuperar el aliento. Su oponente aprovechó la situación para abalanzarse sobre él. El alienígena lanzó una estocada violenta hacía el pecho de Coogan que este a duras penas pudo desviar. Pero tras esquivar otros dos arreones de pura furia, acabó por trastabillar y caer de espaldas al suelo. Ese era el momento que el enorme alienígena estaba esperando para dar la estocada final a aquel molesto e insignificante humano. De repente, algo apareció a su espalda. Alberto se encaramó al cuello del soldado enemigo con el brazo izquierdo y blandió en el aire un cuchillo de grandes dimensiones con su mano derecha. Con una furia desmesurada, Alberto comenzó a clavar el cuchillo en el lateral del torso de su enemigo. Tras tres pinchazos, el Khol cayó de rodillas sobre el suelo y se desplomó, haciendo que Alberto soltara por fin su presa y pudiera exhalar todo el oxígeno acumulado en sus pulmones.

Solberg y Min se plantaron delante de otro soldado Khol de aspecto temible que los miraba con curiosidad, intuyendo que sus presas serían diferentes a las del resto. Min, quien también era cinturón negro de artes marciales, sacó su espada mientras Solberg caminaba hacia el lateral sin perder ni un momento de vista el objetivo. La criatura se vio en la tesitura de tener que elegir a quién atacar primero. Se decidió por Min, así que tiró su lanza al suelo con una extraña y desquiciada risa y sacó su espada de la vaina. Min se colocó en posición e intercambió un par de estocadas con él. Parecían estar midiéndose el uno al otro cuando un disparo resonó en la plaza. De inmediato, el soldado se desplomó en el suelo. Min

dirigió su mirada hacia una de las plataformas que se encontraba en penumbra y encogió los hombros, pidiendo explicaciones a alguien invisible.

El Khol que confrontaba a Taro miró a su alrededor y lanzó un bufido de frustración al comprobar que a él solo le había correspondido un único rival. Acto seguido, cargó contra el japonés. Taro aguantó la postura sin inmutarse ante los aspavientos de su enemigo y esperó con paciencia a que su rival llegara hasta su posición. Cuando comprobó que su inercia no le permitiría modificar su trayectoria, dio un paso a un lado y con un rápido movimiento de los brazos hundió su katana por debajo del brazo derecho de su rival. Con otro movimiento igual de preciso extrajo la hoja, manchada de color azul. El Khol detuvo su carrera al ser consciente de que Taro lo había esquivado, se dio la vuelta y se palpó el costado sin entender lo que había ocurrido. Acto seguido cayó de espaldas como un tronco de árbol recién cortado.

Robert sacó su katana y se aproximó zigzagueando hacia el Khol que, habiéndose desprendido de su lanza, extrajo también su espada y esperaba con ansia a que su rival se acercara. Sin embargo, el zigzagueo pareció desconcertarlo, ya que lanzó una estocada totalmente a destiempo que solo fue capaz de cortar el aire a su paso. Robert aprovechó el desconcierto para lanzar un tajo certero que hirió a su rival en la pierna izquierda. Espoleado por el dolor y habiendo perdido a Robert de su campo de visión, el Khol lanzó un ataque lateral con su cola. El capitán Beaufort anticipó el movimiento y se lanzó por encima de la cola, rodando por el suelo y levantándose en el lado contrario. Miller aprovechó la ocasión que le brindaban y lanzó una estocada directa al cuello del gigante. Sin llegar a cortar la cabeza por completo, el tajo pareció herir de cierta gravedad a la criatura, que se movió enfurecida. En ese momento, Robert aprovechó los aspavientos para sacar su pistola sónica y dispararle a quemarropa desde un lateral para acabar con él.

Otro disparo resonó en la plaza y otro Khol más se desplomó. Cada vez que el fusil de Ferrara bramaba, los keplerianos que habían sufrido los abusos por parte de los Khol se llevaban las manos a la cabeza y gritaban asustados, sin entender el origen del atronador

ruido. Aunque poco después celebraban con grandes aspavientos cada una de las bajas enemigas.

Gorka se lanzó a por su rival como un rayo, blandiendo su katana mientras Paula daba un rodeo para acercarse por el otro flanco. El Khol, confiando en su mejor físico, esquivó el ataque con un rápido movimiento lateral y contraatacó lanzando un potente zarpazo que rasgó su jubón y que casi lo alcanza. Paula aprovechó la oportunidad para acercarse por el lateral y acabar con él. Sin embargo, el soldado pareció ser consciente de la estratagema y lanzó una estocada directa al torso de Paula. Esta, que no había apartado la vista en ningún momento, tomó impulso y se propulsó por encima del espadazo, se apoyó después en sus manos y, haciendo una pirueta, se plantó a su lado. Gorka reaccionó con una furia desmedida y lanzó un golpe de arriba abajo que decapitó al alienígena. Justo en ese mismo instante, Paula clavó su katana en el torso del soldado, que cayó a plomo en el suelo de la plaza.

Ya solo quedaba un único soldado enemigo, rodeado de humanos armados que habían resultado ser mucho más fieros de lo esperado. La situación pareció frustrar a la criatura, cuyos cloqueos amenazadores no intimidaron en absoluto a los miembros de la resistencia. Emily, que había estado ensimismada y preocupada por el devenir de cada una de las peleas que se acababan de producir, cayó en la cuenta de que varias decenas de keplerianos se había reunido en la plaza al fragor de la batalla. Otros tantos observaban desde las penumbras de sus ventanas. Una lucha interna concluyó en su mente y alzó su voz por encima de los vítores de júbilo de los ciudadanos de Khapabir.

—¡Y ahora, vuelve con tu señor! —La voz de Emily resonó en la plaza, provocando un silencio atronador—. ¡Y dile que el pueblo kepleriano es libre! ¡Libre para decidir su futuro y vivir en paz!

Las preguntas de los presentes por la identidad de la misteriosa figura se vieron interrumpidas por los gritos de júbilo, que volvieron a resurgir cuando el soldado Khol abandonó la plaza, herido en su orgullo y con una incómoda tarea que llevar a cabo.

—¡Acabaremos con ellos! —gritó uno de los presentes.

—¡La Sombra Carmesí nos ha salvado! —exclamó alguien de entre los rescatados.

15

Volver a empezar

7 de mayo del año 3

Campamento B, Kepler-442b

Emily había caído rendida la noche anterior. Habían llegado al nuevo campamento al anochecer y después de que atendieran a Miller, que había resultado herido en la reyerta, se había retirado a los barracones para descansar mientras los demás celebraban y contaban al resto de sus compañeros lo que había ocurrido en la plaza de Khapabir. Había decidido que cualquier asunto que requiriera de su atención iba a tener que esperar hasta el día siguiente. Su cuerpo había dicho basta de puro cansancio. Ni los dolores provocados por las heridas ni el alboroto del exterior pudieron evitar que durmiera como un bebé.

Despertó casi diez horas más tarde, con el cuerpo entumecido y la cabeza embotada. Realizó los ejercicios de estiramiento que le había recomendado la doctora Hudgens para facilitar la circulación y mitigar el dolor que todavía sentía en el torso. Cada día que pasaba estaba un poco mejor, incluso el moratón había comenzado a tornarse amarillo por muchas zonas, señal de que enfilaba la última fase de curación.

Abrió la puerta de los barracones y salió al exterior. El aire fresco de la mañana la ayudó a despejarse, aunque no era tan frío como en días pasados. Miró hacia arriba y comprobó que la luz ya se colaba a través de los árboles. A juzgar por su tonalidad anaranjada, el cielo estaba despejado.

El campamento ya había despertado. Algunos de los suyos se movían entre las cabañas, preparándose el desayuno o llevando material de aquí para allá mientras otros aún dormían, agotados por la misión de la noche anterior.

El sonido de unas risas llamó su atención. En el centro del campamento, Erik y el joven Martin Karlsson charlaban animadamente mientras repartían raciones entre los más madrugadores. Recordó con una mezcla de alivio y gratitud lo bien que había salido la operación improvisada de la plaza, pero sabía que las cosas no iban a quedarse ahí. Los Khol se reagruparían, y el enfrentamiento de la noche anterior no sería olvidado fácilmente.

Cruzó la distancia que la separaba de la zona central, donde se habían colocado unas piedras para disponer de un lugar donde poder disfrutar de un buen fuego. Al pasar por delante de la cabaña que hacía las veces de centro de mando vio a Robert estudiando unos mapas con la ayuda de Ÿonwush mientras Ortiz y Ferrara observaban la escena sumidos en sus propios pensamientos. Chad y Kostas le echaban una mano a un par de soldados keplerianos para transportar algunos alimentos al almacén y vio, a lo lejos, a Nondii y a Pakhuz enseñarle a Liikmi a utilizar un arco. En otra esquina del campamento, Alberto partía con maestría unos troncos que servirían para alimentar las hogueras nocturnas. Todos hacían lo que se esperaba de ellos, y una sensación irrefrenable de orgullo invadió su ser hasta el punto de que sus ojos se humedecieron.

De repente, un extraño sonido llegó a sus oídos. No era extraño por no haberlo escuchado nunca, sino porque no esperaba hacerlo en aquel lugar. Aguzó los sentidos y situó el origen del sonido detrás de una de las cabañas que había en el centro del campamento. Aceleró el paso para salir al encuentro de aquel ruido. Cuando llegó a la esquina de la cabaña vio con claridad la fuente de las risas claras y agudas que estaba oyendo. Shiishyi, la niña kepleriana, volvía del arroyo junto con Taro y Avmup, que traían varios pellejos llenos de agua fresca. Parecían estar pasando un rato divertido y los tres reían con ganas alguna ocurrencia de la niña.

Emily sintió una mezcla entre alivio y enfado al ver el rostro de la pequeña. Le había prohibido expresamente unirse al grupo, ya que no era un lugar adecuado para alguien de su edad. Debería estar yendo al colegio, a recibir una educación, como el resto de los críos. Pero se sintió aliviada al ver que estaba bien y que no se había

quedado sola a pesar de que habían abandonado el otro campamento.

—Creí haberte dicho que no podías venir —dijo con voz firme, pero contenida. La pequeña se detuvo al escuchar su voz y su sonrisa se desvaneció. La miró a los ojos, evaluando la seriedad de sus palabras y pareció temerse lo peor—. ¿No voy a poder librarme de ti? —siguió Emily, suavizando el gesto y colocando sus brazos en jarra.

—Supongo que no —dijo la pequeña, algo más tranquila.

—Está bien —accedió por fin—. Puedes quedarte.

La pequeña dio un salto de alegría y corrió hacia ella para abrazarla. Emily, algo sorprendida por la reacción espontánea de la niña, acabó devolviendo el abrazo, pero no pudo evitar ponerse seria de nuevo.

—Sin embargo —comenzó—, tendremos que poner unas condiciones.

La niña miró hacia arriba.

—¿Qué condiciones?

—Tendrás que recibir clases de algunos de nosotros todos los días. —Su expresión corporal dejaba claro que eso no era negociable —. Y lo que hacemos aquí no es ningún juego. Deberás obedecer sin rechistar a todo lo que te digamos, especialmente cuando haya problemas.

—De acuerdo.

—Y colaborarás también en algunas tareas —añadió.

La niña hizo un gesto que podría interpretarse como el comienzo de una queja, pero entendió que la situación no admitía ningún tipo de réplica, así que se limitó a asentir.

—Está bien —aceptó.

—¿Has desayunado?

La niña negó con la cabeza.

—Venga, pues vamos a comer algo —le dijo mientras le ofrecía la mano—. Yo tengo hambre, ¿y tú?

La niña asintió y ambas se dirigieron al almacén. Entraron en la cabaña que hacía las veces de comedor y un suave aroma a pan recién horneado las alcanzó. Había bastante actividad en el interior.

Fakaz, uno de los keplerianos civiles del campamento, acababa de sacar varias hogazas del horno de leña que había junto a la despensa. Otros dos keplerianos, de los que Emily no recordaba el nombre, cortaban en una mesa dos enormes piezas de caza que servirían más tarde para hacer guisos o secar la carne. Emily los saludó y se acercó hasta el pan recién hecho.

—¡Qué bien huele! —felicitó a Fakaz.

—Gracias —sonrió y miró a la niña—. ¿Quieres una galleta?

—¡Sí! —exclamó entusiasmada.

—Creo que ya están en su punto —dijo mientras recogía un par de ellas con la pala del pan—. No son como las que hacen los Gaal-El, pero creo que te gustarán.

Fakaz las dejó encima de una rejilla de metal que tenía al lado para que se enfriaran. Esperó unos instantes a que se templaran y se las entregó a Emily y a Shiishyi, que tuvieron que agarrarlas con cuidado para no quemarse la mano. Mientras esperaban a poder comérselas, Emily calentó un poco de agua en una de las ollas que había para colgar en el hogar y preparó *gozhda*, la infusión habitual en los desayunos keplerianos. Después cogió pan del día anterior y un poco de carne curada y se sentaron a desayunar en una de las mesas.

Cuando acabaron y estaban recogiendo los restos, Taro entró apresurado en el comedor.

—Tenemos que escondernos, rápido.

Emily sabía de sobra lo que significaba eso. Una de las primeras cosas que habían hecho antes siquiera de empezar a construir los campamentos había sido definir un protocolo para enfrentarse a una brecha de seguridad o una visita inesperada. Podía tratarse de los Khol o incluso de soldados Khaavahki pero, bajo ningún concepto, debían encontrar rastro de humanos allí, ya que eso pondría en peligro al campamento entero. Por ese motivo era necesaria la presencia de keplerianos en la resistencia. Ellos serían los encargados de hacerles creer que solo era un campamento nómada normal y corriente.

Sin mediar una palabra más, cogió a la niña en volandas y la sacó a toda prisa del comedor. Después salió corriendo hacia el edificio en

el que se tendrían que esconder.

—¿Qué ocurre? —preguntó la niña, asustada por la repentina reacción de todos.

—Vienen los Khol y tenemos que escondernos, no pueden vernos aquí.

Kostas y Chad esperaban en el interior de la cabaña. Habían entrado a la carrera y habían quitado la alfombra de piel que tapaba el acceso al sótano. Después levantaron la puerta de madera para que el resto pudieran entrar. Emily dejó a Shiishyi en el suelo y contó a los que iban atravesando el agujero. La niña los miró y de repente su cara se iluminó. Se separó unos metros de Emily.

—Pero solo os buscan a vosotros —dijo la niña—. Será más fácil engañarles si ven a alguien de mi edad.

—¿Qué estás diciendo? —susurró Emily—. No digas tonterías, ven aquí.

—No —la pequeña se plantó con los brazos en jarra—. Vosotros tenéis que ocultaros, pero yo ayudaré a que no os encuentren.

—Te he dicho que vengas aquí —insistió Emily—. Es muy peligroso.

—No va a pasar nada, sé que les engañaremos —insistió ella—. Nadie en su sano juicio tendría una niña de mi edad en un campamento militar.

Emily la miró extrañada. Aunque acababa de desobedecer lo que habían acordado esa misma mañana, lo que decía tenía todo el sentido del mundo. Sin embargo, no quería ponerla en peligro. Ella no había elegido este camino, no tenía derecho a exponerla de esa manera. Todos habían entrado ya. Solo faltaban Robert y ella.

—Déjala —dijo Robert—. Creo que sabrá apañárselas.

Emily estuvo a punto de rebatirlo, pero no había tiempo para discusiones. Tendría que valerse por sí misma. Después de que ambos entraran en el interior, Avmup cerró la puerta desde fuera y tapó la entrada de nuevo. Ahora solo quedaba aguardar a que todo acabara bien.

La espera fue tensa, y el silencio, insoportable. Todos contenían la respiración, recluidos en un espacio muy reducido y confiando en que nadie encontrara la entrada al sótano. Emily, sentada cerca de la

puerta, no podía evitar preocuparse por Shiishyi. La niña era inteligente, sí, pero también temeraria. Mientras los demás se mantenían expectantes, ella no pudo apartar la vista de la trampilla de madera que les separaba del exterior. Sabía que cualquier ruido, cualquier error, podría ser su final.

De pronto, un sonido de pasos sobre la madera del comedor llegó hasta ellos. Restos de suciedad y de porquería cayeron del techo del sótano. Emily cerró los ojos un momento, conteniendo el pánico y tratando de mantener las pulsaciones a raya. Estaban ahí, a pocos metros de distancia. Los Khol, o quienquiera que estuviera ahí afuera, habían llegado. Un lejano cloqueo llegó hasta sus oídos.

Arriba, Shiishyi se mantenía firme, jugando el papel de una niña inocente y despreocupada. Había aprendido rápido a manejarse en situaciones de supervivencia, pero esta era diferente. Sentía cómo su corazón se aceleraba, aunque sabía que no podía permitirse ni un atisbo de duda. Los pasos se detuvieron justo frente a ella. Se había sentado en el suelo y fingía jugar con un *fhore* de madera que Alberto le había regalado. Un Khol, con su uniforme oscuro y rostro severo, la observaba con sus ojos dorados y penetrantes. Había otros más detrás de él, pero Shiishyi se concentró en mantener la calma. Era crucial no cometer ningún error.

—¿Qué haces aquí, niña? —gruñó el Khol, mirándola con desconfianza.

Shiishyi hizo lo que mejor sabía hacer: fingir inocencia. Adoptó una expresión de confusión y retrocedió un poco, como si no comprendiera del todo la situación.

—Solo estaba recogiendo agua del arroyo —dijo, con la voz temblorosa pero clara—. Tengo que ayudar al resto mientras buscan más provisiones.

El soldado se inclinó un poco y la evaluó de cerca, como si tratara de descubrir alguna mentira por el olor de su piel. Pero la niña mantuvo la compostura consciente de que, si vacilaba un segundo, todo terminaría mal.

—¿Dónde está tu familia? —preguntó otro de los Khol que había entrado al comedor.

—Están cazando —contestó ella—. Partieron ayer mismo hacia el noreste, creo que volverán mañana.

Los dos soldados fruncieron el ceño. Parecían dudar, pero no había nada incriminatorio a la vista. La niña se había encargado de revisar toda la estancia antes de que llegaran.

—Este lugar está muy bien organizado para ser un campamento nómada —comentó el otro soldado, que seguía mirando alrededor con suspicacia.

—Acabamos de instalarnos —dijo la niña, dirigiendo la atención hacia ella—. Además, mi madre es muy buena organizando cosas. Siempre me obliga a recoger todo lo que utilizo.

Los siguientes segundos se alargaron una eternidad. Emily comenzó a sentir cómo el calor se adueñaba de ella y comenzaba a sudar por la tensión del momento. Habían escuchado todo lo que ocurría a pocos centímetros de sus cabezas. Los soldados intercambiaron miradas, pero no parecían tener razones suficientes para sospechar de la niña. Finalmente, uno de ellos hizo un gesto con la cabeza y salieron de la cabaña.

En el exterior, el resto de los keplerianos adultos se habían colocado en fila. Mantenían las cabezas gachas e intentaban aparentar sumisión. No era buena idea llamar la atención. La capitana Ÿonwush se había dedicado a esconder todo lo que pudiera parecer sospechoso y se hacía pasar por una más de los nómadas. Uno de los soldados se paseaba por delante de ellos. Empujó a varios de los keplerianos para evaluar su nivel de peligrosidad. Pakhuz cayó al suelo cuando el soldado le propinó un puntapié, pero mantuvo la compostura, aunque se quejó por el dolor.

—No ha sido para tanto —rio uno de los Khol.

—Son tan frágiles —se burló otro.

—Este campamento es muy grande para vosotros —dijo el que parecía ostentar el mando—. ¿Dónde están el resto de los vuestros?

—Han salido del poblado —dijo Avmup—. Algunos han ido de caza, y otros han llevado a nuestros animales a una zona con pasto fresco y agua.

El líder de los alienígenas se volvió para ponerse frente a quien había hablado. Se colocó a escasos centímetros de la cabeza de

Avmup, que seguía agachada.

—¿A dónde han ido a cazar? —preguntó el líder, conocedor de lo que la niña había revelado a dos de sus soldados.

Una sombra de duda cruzó por la mente de Avmup, que evaluó la situación en una fracción de segundo. Pensó en cual sería la ruta más lógica que tomarían los cazadores y recordó los animales salvajes que se habían cruzado durante el traslado desde el primer campamento. Se habían desplazado hacia el suroeste, así que decidió jugársela con esa carta.

—Han ido hacia el noreste —respondió, tratando de apartar cualquier atisbo de duda de su respuesta.

La contestación pareció apartar las sospechas de la mente del oficial, cuya garganta se agitó para emitir un cloqueo que no obtuvo traducción alguna. Avmup supuso que se trataba de un sonido que expresaría frustración. Apartó su mirada del Gaal-El y continuó revisando al resto de miembros del supuesto campamento nómada. Reparó en la capitana, pero en seguida la dejó de lado. Instantes más tarde se dirigió al resto de sus soldados.

—Hemos inspeccionado otros campamentos nómadas como este antes —dijo el oficial—. No todos han tenido la misma suerte que vosotros.

De repente, el Khol se giró hacia su pelotón y con un gesto brusco ordenó que se retiraran. Los soldados comenzaron a caminar en dirección opuesta, alejándose poco a poco del campamento. Shiishyi, que observaba desde la distancia, no se movió hasta que el último de ellos desapareció entre los árboles. Solo entonces soltó el aire que había contenido durante todo ese tenso intercambio y se dirigió hasta la esquina de la cabaña. Retiró la alfombra e intentó abrir la pesada trampilla de madera. Le estaba costando alzarla, pero alguien la ayudó desde dentro.

—¿Estás bien? —Emily y Chad rodearon y zarandearon a la niña.

—Lo hice bien, ¿a que sí? —ella les lanzó una sonrisa pícara.

Emily la miró. Había sido muy valiente y audaz, pero había puesto su vida en peligro.

—Sí —asintió Emily, colocando la mano en su hombro—. Pero eso no significa que vayamos a dejar que lo hagas de nuevo. Ha sido

demasiado arriesgado.

—Lo sé —murmuró ella—. Pero no quería que os descubrieran.

Emily y los demás salieron de la cabaña tras comprobar que ya había pasado el peligro. Ÿonwush les hizo una seña y se reunieron en el puesto de mando.

—¿Qué ha sido esto? —preguntó Emily.

Ÿonwush suspiró antes de contestar a la pregunta.

—Una advertencia de que tenemos que ir con mucho cuidado —dijo ella—. Creo que hemos conseguido que se pongan nerviosos.

—¿Crees que sospechan algo de este lugar?

—No estoy segura —sacudió la cabeza—. Vuestro golpe de ayer ha expuesto sus debilidades, y la Sexta Logia tiene ojos y oídos en todas partes, incluido Khapabir.

—¿Deberíamos movernos a otro campamento?

—No —aseguró Robert—. Si la misma patrulla nos intercepta en pleno trayecto hará muchas más preguntas y no podríamos escondernos con tanta facilidad. Hemos ganado algo de tiempo con esta visita.

—¿Estáis seguros de que no volverán?

—No podemos estar seguros —dijo la capitana con seriedad—. Pero tampoco lo estaremos en los demás campamentos. Coincido con el capitán Beaufort en que hemos ganado algo de tiempo. Ahora mismo, este es el lugar más seguro en el que podemos estar.

16

Extrañas compañías

1 de junio del año 3

Campamento B, Kepler-442b

Después de haber sobrevivido a dos enfrentamientos con los Khol, Taro había diseñado algunos movimientos que les podrían ayudar a superar a sus rivales. El enemigo era temible en el combate cuerpo a cuerpo pero, a pesar de su gran agilidad y fuerza superior, siempre luchaban de frente. Chad, que había analizado los patrones de movimiento y estudiado su estructura craneal opinaba que, antes de evolucionar hasta su forma actual, los Khol se habrían disputado el poder de una manera primitiva y directa, cara a cara, como lo hacían algunas especies de cérvidos y caprinos.

Esa mañana, todo el campamento, a excepción de los vigías, se encontraba en la plaza central, cerca de la hoguera, el lugar donde Taro acostumbraba a dar sus clases.

—Esa rigidez en su estrategia de ataque —les explicó en voz alta— la podemos aprovechar en nuestro favor. Tenemos que ser conscientes de que siempre van a intentar atacarnos de frente, así que deberemos hacernos a un lado.

»Además, algunas de sus corazas parecen estar fabricadas con el mismo material con el que están revestidas sus naves, el mismo que encontramos cuando llegaron los heraldos. Ni nuestras hojas ni nuestras armas de fuego son capaces de atravesar ese material.

—Puedo dar fe de ello —intervino Ferrara—. No sé de qué están hechas, pero son impenetrables.

—Sin embargo, su blindaje es débil por los laterales —apuntó Robert.

—Esa será nuestra forma de acabar con ellos —asintió Taro—. A partir de este momento, nuestros entrenamientos se centrarán en

las maniobras mediante las cuales esquivaremos sus ataques y contraatacaremos por los flancos, donde son más vulnerables.

Taro realizó el saludo inclinando su torso para comenzar las demostraciones. Pakhuz se encargaría de hacer las veces de soldado Khol. El kepleriano lanzó un primer ataque. Inclinó la cabeza, tal y como lo hacían ellos, y, con calma, dio varios pasos hacia Taro.

—Lo primero que debemos hacer es aguantar la posición —empezó el *sensei* mientras Pakhuz se detenía—. Aunque parezca extraño, esta es la fase más crítica. Por suerte para mí, Pakhuz no es una mole de dos metros de altura desbocada y deseando aplastarme —bromeó—. Pero en el campo de batalla nos temblarán las piernas y se nublará nuestro juicio. Debéis aprender a mantener la calma ante ese tipo de situaciones.

»En el momento en el que el enemigo esté a punto de entrar en nuestra zona de influencia —extendió su espada de madera para demostrar que todavía no alcanzaba a golpearlo—, y solo entonces, nos haremos a un lado.

Taro representó la posición de piernas más adecuada para ello y cuál era la manera más segura de dar ese paso lateral. Después, Pakhuz avanzó un par de metros más y Taro les mostró cómo hundir la hoja en la parte lateral del torso. Todos observaron con atención cada movimiento de Taro. La explicación era clara, y el proceso, sencillo, pero el verdadero desafío sería tener la templanza suficiente para aplicarlos en un combate real, con las pulsaciones y la adrenalina desbocadas.

Pakhuz volvió al punto de partida y ambos demostraron los movimientos a velocidad real. Taro hacía que todo pareciera fácil, pero algunos rostros se mostraban tensos. Aunque conocieran su punto débil, enfrentarse a ellos de esa manera sería una hazaña que haría encogerse al más aguerrido de los soldados.

—Azruk —llamó a uno de los keplerianos más jóvenes—. Ven aquí y muéstranos lo que has aprendido.

El joven asintió y tragó saliva. Se colocó delante de Pakhuz y, agarrando su espada de madera, adoptó la postura que Taro había utilizado en la demostración. Los demás lo miraban con expectación, nerviosos al saber que a ellos les tocaría hacerlo pronto.

Pakhuz avanzó de nuevo como lo haría un Khol de verdad en el campo de batalla. Azruk, con los nervios a flor de piel, intentó hacerse a un lado en el momento preciso, pero se demoró demasiado. Aunque evitó la embestida, no fue capaz de golpear el flanco de su compañero.

—¡Alto! —exclamó Taro con la mano arriba.

Azruk se detuvo con la respiración agitada.

—No está mal —reconoció el japonés—, pero debes recordar algo muy importante: no se trata solo de hacerlo rápido, sino de conseguir una buena sincronización de todos los movimientos. Si te precipitas o dudas, perderás la oportunidad.

El joven asintió y Taro lo animó a intentarlo de nuevo. Esta vez, el joven mantuvo la calma y sus movimientos fueron más fluidos. Se deslizó hacia el costado en el momento oportuno y golpeó con precisión el flanco de su compañero. Taro aplaudió el esfuerzo de ambos y los felicitó.

—Eso es —dijo, complacido—. Ahora quiero que todos practiquéis por parejas. Necesitáis enfrentaros mil veces a un problema para poder dominar vuestro cuerpo. Nuestra supervivencia dependerá de ello.

Todos obedecieron e imitaron los movimientos que acababan de aprender. Invirtieron dos horas en las que las parejas se turnaron entre atacante y defensor. Taro acabó satisfecho con la sesión, aunque sabía que deberían insistir en ello todos los días. Aun así, demostraron ser disciplinados y prestaron atención a todas las correcciones que les indicaban los *senpais*.

Horas más tarde, después de concluir las tareas asignadas y de almorzar, Emily, Robert y Ÿonwush trataban de definir los siguientes pasos sobre la mesa del puesto de mando.

—Según nuestros informadores, los convoyes Khol acostumbran a atravesar esta zona por un sendero que transcurre por aquí, a unos trece kilómetros al norte de donde nos encontramos —señaló en el mapa.

—¿Son de fiar esos informadores? —preguntó Emily, un tanto escéptica.

—De total confianza. —Su voz no dejaba sombra de duda—. Se trata de ganaderos y agricultores locales cuyas familias han sufrido las exacciones en sus propias carnes.

Emily pareció aceptar las explicaciones de la capitana.

—¿Qué deberíamos hacer para este golpe? —prosiguió.

—A través de esta ruta, los Khol consiguen alimentos —explicó la kepleriana—. Entiendo que, debido a los últimos acontecimientos, la guarnición que enviarán para transportar el cargamento será mucho más numerosa.

—Podríamos cortarles el paso en este punto, junto al arroyo —propuso Robert.

La capitana analizó la propuesta.

—Parece factible —dijo por fin—. Pero me preocupa la cantidad de soldados que acompañarán al convoy. Necesitaremos anular a todos los que nos sea posible antes de enfrentarnos a ellos. Si contra una decena perdimos dos efectivos, no quiero ni imaginar lo que pasaría contra un pelotón más grande.

Robert meditó las palabras de Ÿonwush. A él también le preocupaban los refuerzos que casi con toda seguridad destinarían a los transportes. Se mesó la barba mientras intentaba pensar en una idea que les permitiera, al menos, equilibrar la balanza.

—Aquí, junto al arroyo, el terreno es estrecho. Los árboles parecen estar más apelotonados de lo normal —dijo por fin—. Si conseguimos dividir el convoy en dos, podríamos incomunicarlos. Mientras acabamos con uno de ellos, podemos intentar diezmar al otro con armas a distancia.

—Pero necesitaremos a todos los efectivos para poder afrontar un ataque doble —argumentó la capitana.

—Tarde o temprano íbamos a tener que poner más carne en el asador —intervino Emily.

—Tal vez estemos arriesgando demasiado. —Robert agitó la cabeza, consciente de que muchos eran civiles.

—Si queremos ganar esta guerra, tendremos que arriesgarnos —afirmó Emily con dureza—. Y necesitaremos más efectivos.

—No tenemos más —protestó la capitana—. Tendremos que cuidarnos mucho de arriesgar las vidas de los demás.

—Colocaremos trampas a lo largo de todo el borde del camino —propuso Robert—. Las camuflaremos entre la vegetación y con ellas diezmaremos sus efectivos.

—Podría… —Emily tuvo que interrumpir su frase, ya que un alboroto llegó desde el exterior de la cabaña—. ¿Qué demonios pasa ahí afuera?

Los tres salieron a toda velocidad, temiendo que los Khol hubieran vuelto y que tuvieran que volver a ocultarse. En el exterior, un nutrido grupo de personas se habían situado alrededor de algo o de alguien. Emily vio a varios de los soldados de Ÿonwush, pero Gorka, Alberto y James Coogan también estaban por allí, así que podían descartar a los Khol.

Se acercaron deprisa y rompieron el círculo de personas hasta llegar al centro. Encontraron a cinco keplerianos arrodillados, con la cabeza cubierta por una bolsa de tela y las manos atadas a la espalda.

—¿Qué es todo esto? —preguntó Ÿonwush con estupor.

—Los hemos encontrado merodeando por los alrededores —informó uno de los vigías—. Dicen querer hablar con la Sombra Carmesí, pero no nos fiamos de sus intenciones, así que les hemos tapado la cabeza para que no pudieran ubicar el campamento.

—Buen trabajo —felicitó la capitana—. Quitadles las capuchas y las mordazas.

Los soldados obedecieron y todos pudieron ver a tres keplerianos y dos keplerianas que arrugaron la expresión al intentar acostumbrarse a la luz del exterior. Parecían muy jóvenes, aunque a Emily todavía le costaba calcular la edad de los keplerianos. Supuso que rondarían la treintena. Después de quitarles las mordazas, una de las mujeres, la que parecía menor, tomó la palabra.

—¿Sois la resistencia? —preguntó con tono desafiante.

Aquella pregunta, que podría parecer inocente, hizo saltar todas las alarmas en la mente de los presentes. Si un grupo de cinco desconocidos habían sido capaces de encontrarlos, los Khol y la Sexta Logia también podrían hacerlo.

—¿Quiénes sois y qué queréis? —intervino Ÿonwush, manteniendo la compostura.

—Venimos a ayudar —respondió ella—. Sabemos que estáis luchando contra los Khol; queremos unirnos y ayudar a la Sombra Carmesí a echar a esos bastardos de nuestras tierras.

—¿Cómo habéis encontrado este sitio? —preguntó Emily, mientras el resto observaban en silencio, midiendo la situación.

—Nos dieron unas vagas indicaciones en una de las aldeas por las que pasamos —explicó otro de los arrestados—. Los rumores sobre la resistencia se están extendiendo. Sabemos lo peligroso que es enfrentarse a los Khol, pero estamos dispuestos a pelear.

Ÿonwush intercambió una mirada con Emily y Robert, que evaluaron la situación en silencio. Sabían que acabarían necesitando nuevos efectivos, pero confiar en los primeros forasteros que se presentaban en el campamento suponía un gran riesgo para todos.

La kepleriana que había hablado con ese tono tan desafiante parecía estar cómoda con el ambiente tenso que se respiraba. Su mirada se movía de uno a otro, observando sus reacciones, como si se tratara de un juego. A pesar de su situación, una sonrisa traviesa cruzaba su rostro. Emily se dio la vuelta para dirigirse a los recién llegados.

—Muy bien, ¿por qué deberíamos confiar en vosotros? —les preguntó.

La kepleriana dejó escapar una carcajada casi burlona.

—No conozco a ninguno de estos, pero yo no tengo nada que perder —dijo—. Esas sucias ratas ya se llevaron todo lo que tenía. Aunque, respondiendo a tu pregunta, si yo fuera vosotros, no confiaría en mí. De hecho, ni siquiera yo confío en mí misma.

La kepleriana se encogió de hombros y de repente sus manos aparecieron desatadas ante la atónita mirada de sus captores, que no dudaron en sacar sus katanas para apuntarlas a su cuello.

—Como os decía, soy bastante impredecible —siguió, levantando las manos en señal de rendición, pero con una sonrisa pícara en la boca.

—Esto es una pésima idea. —Robert se giró hacia Emily que, sin embargo, parecía cautivada por el aura misteriosa de la kepleriana.

—Estás loca —dijo Ÿonwush—, nada nos impediría matarte ahora mismo.

Lejos de amilanarse con la amenaza, la miró a los ojos, desafiante. Luego, tras unos instantes muy tensos, la joven volvió a sonreír. Era una de esas sonrisas incómodas que provocaba que los demás quisieran mantener la distancia. No parecía ofendida, pero se tomó esas palabras como un desafío que debía superar.

—Adelante —la retó, acercando el cuello a una de las espadas que la rodeaban—. Da la orden, no me resistiré.

La desconfianza estaba más que sembrada. Los recién llegados no ofrecían nada que les diera garantías, y esa kepleriana en particular parecía un arma de doble filo que nadie estaba dispuesto a empuñar. La capitana negó con la cabeza y después llevaron a los recién llegados a una de las cabañas mientras decidían qué hacer.

—No puedes estar pensando de verdad en dejar que se queden aquí —dijo Robert—. No sabemos nada de ellos, y esa kepleriana es una maldita bomba de relojería.

—Tarde o temprano necesitaremos más efectivos —respondió Emily—. Esto no acabará hasta que consigamos destruir el crucero de los Khol. Vosotros mismos lo habéis dicho en más de una ocasión: No podemos dedicarnos eternamente a asaltar los caminos para diezmar sus fuerzas. Algún día tendremos que pasar al ataque. Necesitamos cualquier tipo de ayuda.

Robert y la capitana intercambiaron una mirada, pero guardaron silencio. Sabían que Emily tenía razón, llegaría un momento en que tendrían que dar el golpe final. No sería suficiente con los que estaban allí.

—¿Y si trabajan para el enemigo? —preguntó Ÿonwush—. Los Khol o la Sexta Logia podrían estar al tanto de todos nuestros movimientos.

—Ese es un riesgo que tendremos que correr si queremos ganar esta guerra —respondió ella con decisión.

—Entonces, ¿los aceptamos sin más? —preguntó la capitana.

—Me gustaría hablar con cada uno por separado, a solas.

El primero de los forasteros fue conducido al puesto de mando por dos guardias que lo sentaron en una silla y se situaron justo detrás. Todavía llevaba las manos atadas a la espalda.

—¿Cómo te llamas? —comenzó.

—Nakhyol —respondió el kepleriano, visiblemente nervioso.

Emily estudió sus gestos y su mirada. Parecía sorprendido de encontrarse en esa situación.

—¿Por qué quieres unirte a la resistencia? —preguntó.

—Quiero vengar a mi familia —dijo él con lágrimas en los ojos—. Los Khol atacaron nuestra aldea hace unos días. No me queda nada, no quiero quedarme de brazos cruzados mientras esas malditas bestias continúan campando a sus anchas. Necesito hacer algo.

Emily asintió y continuó haciéndole preguntas sobre su pasado, su experiencia en combate y cómo habían logrado llegar hasta ellos. Lo escuchó con atención, evaluando la veracidad de sus respuestas y buscando cualquier gesto que le indicara sus verdaderas intenciones. Cuando se dio por satisfecha, ordenó a los guardias que trajeran al siguiente.

Antes de que regresaran de nuevo, escucharon un pequeño alboroto en el exterior. Una voz femenina se resistía.

—¡Soltadme, babosos! —se quejaba la voz.

Los dos guardias entraron en la cabaña y sentaron a la kepleriana díscola en la silla con una brusquedad inusitada. En esa ocasión le habían colocado unos grilletes en las manos que traía en la parte delantera.

—¡Basta! —ordenó Emily.

—¡Esta salvaje ha intentado morderme! —se defendió uno de los guardias.

—Les he pedido amablemente que me dejaran andar a mi ritmo —dijo la kepleriana con indiferencia—. No saben tratar a una dama como yo.

Emily la observó con curiosidad e hizo un gesto a los guardias para que las dejaran solas.

—¿Cómo te llamas?

—Soy Narya —respondió ella, mirando a su alrededor de forma compulsiva, como si tratara de evaluar la situación.

—¿Por qué estás aquí?

—Ya os lo he dicho antes, porque quiero acabar con esos malditos Khol, uno por uno y provocando el mayor dolor posible —respondió sin dudar—. No me importa cómo, ni junto a quién. Ya nos han arrebatado demasiado.

Emily frunció el ceño. Había algo en ella que la inquietaba. Parecía muy resolutiva, pero también demasiado impulsiva. Era como un caballo salvaje que no quiere ser domado, impredecible y muy peligrosa.

—¿Cómo supiste dónde encontrarnos? —preguntó en busca de alguna pista.

—Los rumores corren rápidos entre los nuestros —respondió ella —. Hablamos con algunos campesinos que mencionaron que la resistencia estaba actuando por esta zona. Era cuestión de seguir las pistas.

La respuesta no pareció convencer demasiado a Emily. Habían tratado de ser cuidadosos con quienes conocían la existencia del grupo, así que decidió probar otra estrategia.

—Antes has mencionado que no conocías al resto de tus compañeros. ¿Qué puedes decirme de ellos?

—Nada, a algunos ni siquiera los había visto hasta llegar a la zona —se encogió de hombros.

—¿Cómo los has conocido?

—De casualidad, escuché a dos de ellos haciendo preguntas en una taberna de Khapabir —explicó ella—. Parecían cuidarse mucho de no hablar en público, pero me las arreglé para saber qué era lo que buscaban. No te imaginas lo mucho que se les suelta la lengua a algunos keplerianos cuando disfrutan de unas jarras de arborumel —sonrió.

—Tienes un odio evidente hacia los Khol, pero eso no es necesariamente una virtud. Necesito saber si puedo confiar en ti o si tu impulsividad nos va a poner en peligro a todos. ¿Qué me asegura que llegado el momento sabrás obedecer órdenes?

—No soy impulsiva —replicó, colocando sus manos encima de la mesa—. Soy directa. Y no me importan tus reglas si mi objetivo es el mismo que el tuyo. Si no te gusta mi manera de ser, es tu problema.

No vamos a hacer que los Khol se vayan mediante la diplomacia y un código moral superior.

Emily reparó en uno de los múltiples tatuajes que la prisionera tenía en sus brazos. Algunos eran muy coloridos, pero hubo uno que le llamó especialmente la atención. Se trataba de una especie de escorpión, de unos veinte centímetros de longitud, que amenazaba con sus pinzas y su enorme aguijón. Por algún motivo, recordó uno de sus sueños recurrentes, en el que un animal similar la atacaba mientras se refugiaba en una oquedad de la montaña. Su mirada de pánico debió ser tan evidente que Narya se dio cuenta de lo que ocurría.

—¿Te dan miedo los *jowfuf*? —preguntó, colocando su brazo en otra postura para que pudiera verlo bien.

—No, no es eso —respondió confundida—. ¿Existe ese animal?

—Claro que existe —dijo ella, torciendo el gesto—. Y más te vale no encontrarte con uno de ellos, son muy peligrosos y territoriales. Si los acorralas, ten por seguro que intentarán acabar contigo. Me gustan —añadió con una sonrisa maliciosa—, me recuerdan a mí.

Durante el resto de las entrevistas, Emily hizo preguntas similares, buscando inconsistencias o señales que indicaran intenciones ocultas. Descubrió que dos de los keplerianos varones eran hermanos y que habían perdido a su familia cuando eran apenas unos niños. La otra kepleriana ni siquiera sabía combatir, pero quería ayudar en lo que fuera necesario. Al terminar, salió del puesto de mando para reunirse con Ÿonwush y Robert.

—Bueno, ¿qué opinas? —preguntó Ÿonwush.

Emily suspiró, aun procesando toda la información.

—No lo sé —admitió—. No parecen trabajar para el enemigo, pero esa tal Narya es impredecible. No estoy segura de si será una ventaja o una amenaza.

—¿Y los otros? —preguntó Robert.

—Todos parecen tener razones para luchar. No veo señales de que nos estén mintiendo.

—¿Qué hacemos, entonces? —preguntó Ÿonwush.

Emily se quedó en silencio un momento, mirando a lo lejos, antes de responder.

—Creo que debemos aceptar su ayuda, pero con precaución. Los mantendremos vigilados, especialmente a ella.

17

Divide y vencerás

5 de junio del año 3

Cerca del campamento B, Kepler-442b

Después de acomodar y mantener vigiladas a las nuevas incorporaciones de la resistencia, todo el mundo regresó a la actividad habitual. Una vez se hubo organizado el siguiente golpe, Robert y Ÿonwush dividieron las fuerzas en dos grupos. Uno, liderado por la kepleriana, se encargaría de atacar la parte delantera del convoy, y otro, con Robert y los demás, mantendría a raya a los de la retaguardia.

Se habían desplazado hasta las inmediaciones del arroyo que había al norte del campamento. Por allí pasaría la caravana con alimentos y provisiones que los Khol habían requisado de las explotaciones agrícolas y ganaderas de la zona. Los espías que Ÿonwush tenía infiltrados habían informado de la presencia de un nutrido grupo de soldados enemigos. Las sospechas y temores de la capitana eran, por tanto, ciertos. Kraalok El Joven estaba nervioso y había aumentado las dotaciones para proteger el traslado de material hasta su base.

Robert repasaba el plan con su equipo.

—A mi orden, accionaremos los tres mecanismos que cortarán el camino —explicó—. Eso los desconcertará y los aislará en dos grupos. Por un flanco tendrán el arroyo, por el otro estaremos nosotros. No habrá manera de que escapen.

»Después, accionaremos las bombas de humo para que Ferrara y Miller puedan acabar con ellos gracias a los sensores de infrarrojos. El resto permaneceremos a la espera. Si alguno de los Khol es capaz de abandonar la zona del ataque, intervendremos.

—¿Y si el otro equipo necesita nuestra ayuda? —preguntó Paula.

—Ellos serán capaces de hacer su trabajo —aseguró Robert—. Pero si eso llegara a ocurrir, valoraremos la situación en el momento.

Robert terminó de dar las últimas instrucciones mientras su equipo asentía en silencio, consciente de que cualquier error podía costarles la vida. Habían incluido a los civiles en su equipo, ya que el humo evitaría que entraran en combate. Se aseguraron de que todos estuvieran en su lugar y se dispersaron, escondiéndose entre la vegetación densa cerca del arroyo. El sonido del agua les proporcionaba una cobertura natural, aunque la tensión en el aire era más que palpable.

Desde su posición, Robert observó cómo el equipo de Ÿonwush se movía a su izquierda, colocándose en sus puestos para lanzar el ataque al convoy. La capitana dirigía a su grupo con órdenes claras y concisas, pero era Narya quien llamaba la atención de Robert. La kepleriana no dejaba de moverse con una energía inquieta, casi como si estuviera buscando algo que romper o destruir. Aunque era parte del plan, Robert no podía evitar sentir una creciente desconfianza hacia ella. Su impulsividad podría hacer que el plan fracasara.

Emily permanecía en un segundo plano. Se encontraba mucho mejor de las heridas recibidas en el último asalto, pero todavía le costaba respirar con fluidez. Ella y Ferrara se colocaron en una zona retrasada, pero con amplia visibilidad, preparadas para que el fusil de precisión de la sargento despejara el camino a sus compañeros. Por el momento, dada la poca experiencia del grupo, no habían considerado llevar arqueros.

De pronto, el sonido lejano de los vehículos pesados de los Khol comenzó a oírse por encima del rumor del agua, acercándose lentamente por el sendero. Robert hizo una señal a su equipo y todos se prepararon para el primer movimiento.

Los minutos pasaron con una lentitud agonizante hasta que, por fin, las primeras unidades del convoy aparecieron entre los árboles. Varios soldados Khol caminaban junto a los vehículos con sus armas listas, vigilando los alrededores. Parecían tensos, como si intuyeran que algo estaba a punto de ocurrir. En esa ocasión no había ningún esclavo llevando las riendas de los animales de tiro, sino que eran

otros soldados los que se encargaban de todo. Eso puso en alerta a Robert, que miró hacia su izquierda para comparar las fuerzas de ambos bandos. La proporción no era justa, eran demasiados soldados para el equipo de Ÿonwush.

El convoy cruzó justo por delante del equipo de Robert, que aguantó estoico las ganas de atacar. Solo cuando el primero de los carruajes llegó hasta el punto de control dio la orden de activar las trampas.

—¡Ahora! —gritó.

Gorka accionó el primer pulsador, que daría comienzo al enfrentamiento. Por instinto, todos agacharon la cabeza y esperaron una deflagración que no llegó a producirse. Gorka abrió los ojos y miró el pulsador, extrañado. Volvió a apretarlo, pero tampoco ocurrió nada. Todos se miraron sorprendidos.

—¡Maldición! —gritó el ingeniero—. ¡No funciona!

La situación era crítica, el carro estaba llegando a la altura de la primera de las trampas. Si no conseguían accionarla a tiempo, los Khol podrían escapar de la emboscada. De repente, un grito de guerra surgió de su izquierda. Narya salió corriendo de su escondite como alma que lleva el diablo. Recorrió la distancia que la separaba del mecanismo y lo golpeó con una rama de árbol. La trampa era sencilla, una estructura de metal sostenía el peso de uno de los enormes troncos de un árbol milenario que había sido cortado casi por completo. La carga explosiva que habían colocado en el soporte se suponía que debería de haber provocado que el árbol cayera, bloqueando el camino.

En cuanto golpeó el metal y se liberó el mecanismo, un crujido de madera sobrevoló el lugar. El tronco comenzó a caer en dirección al sendero. Sin embargo, los *fhores* que tiraban de la primera unidad ya habían superado el lugar de impacto. El estruendo les puso los pelos de punta cuando el tronco cayó justo sobre la parte delantera del carro. Los *fhores* cayeron hacia atrás al tensarse las riendas, que acabaron por romperse, liberándolos. El carro saltó por los aires y el soldado que lo escoltaba y el conductor del mismo acabaron aplastados por el peso de la mole de madera.

Imitando a la audaz kepleriana, uno de los soldados de Ÿonwush y Paula hicieron lo mismo con los otros dos troncos que se encontraban en la misma situación. El primero de ellos separó el convoy en dos, destrozando otro carro y lanzando por los aires a su conductor. El último les cerró el camino para evitar que escaparan. Acto seguido, Gorka accionó el segundo de los disparadores. Cuatro bombas de humo se accionaron al unísono, provocando que una densa niebla blanquecina inundara la zona perimetral del grupo de Khol que cerraban la marcha. Ese era el pistoletazo de salida para el combate.

Robert y su equipo conectaron el sistema de infrarrojos de sus implantes oculares pero, para su sorpresa, no vieron gran cosa. De hecho, apenas podían distinguir a los *fhores* entre la espesa niebla. Detectaron la presencia de los Khol, pero la radiación térmica de sus cuerpos se confundía con el entorno.

—¡Maldita sea! ¡No emanan calor! —exclamó Miller.

—¡Repleguémonos! —ordenó Robert.

Ajenos a los problemas de sus compañeros, en el otro equipo ya habían comenzado las hostilidades. Taro, que se había desplegado en vanguardia junto con los militares de la capitana Ÿonwush, se colocó justo enfrente de uno de los soldados que escoltaban el convoy y lo retó con un gesto de su mano. El Khol, furioso y sorprendido por la emboscada, no dudó un instante y se lanzó hacia él con su lanza en ristre. Taro golpeó con precisión la punta de la lanza y en un movimiento ágil se hizo a un lado, tal y como había enseñado a sus alumnos. El soldado no tuvo capacidad de reacción y continuó en línea recta. Después lanzó una potente estocada con su katana, pero el Khol había bajado el brazo cuando vio que su ataque era inútil. Taro hundió la hoja, pero tan solo rebanó parte del brazo de su enemigo que, no obstante, dejó caer su lanza.

Ferrara maldecía y soltaba improperios con toda su alma mientras movía su fusil de un lado a otro sin encontrar un objetivo claro. Si esa niebla continuaba expandiéndose no podría ayudar a sus amigos.

—¡No detecto ningún objetivo! —le dijo a Emily, que no entendía nada en el caos que reinaba en ambos equipos.

Connor y Nowak, retrocedieron unos cuantos pasos también, armados con sus espadas y atentos a lo que podría aparecer desde la niebla. De repente, una figura borrosa emergió del mar blanquecino. Era un Khol, implacable y rápido. Sin tiempo de reacción posible, la mole los arroyó a ambos y los tiró al suelo de un golpe. Otras formas igual de grandes surgieron de la espesa bruma que se había adueñado del lugar. Connor consiguió rodar y volver a levantarse, pero otra de las figuras que emergió del camino volvió a atropellarle, esa vez por la espalda. El impacto fue tan fuerte que perdió el conocimiento de inmediato.

El primero de los Khol se concentró en Nowak, que se estaba levantando en ese instante. Alzó los brazos para clavar la lanza sobre la zona central de su espalda. Sin embargo, gracias a la rápida reacción de Nowak solo acertó en la zona más externa de la clavícula. El impacto volvió a hacerle caer al suelo mientras lanzaba un grito de dolor que puso los pelos de punta a los demás.

Ferrara lo vio todo desde su escondrijo. Esperó a que el soldado Khol volviera a recuperar su lanza, lo que provocó un mayor dolor en el herido, que se retorcía en el suelo. Calculó la parábola que trazaría la bala desde esa distancia, tuvo en cuenta la humedad del ambiente y la escasa brisa que había esa mañana. Después, espero a que se colocara de nuevo en posición, y en cuanto levantó los brazos para dar el golpe final, apretó el gatillo. La bala atravesó la distancia e hizo impacto en el lateral del torso del alienígena, que cayó sin vida a un lado del herido.

—Uno menos —dijo orgullosa, apartando el ojo del punto de mira para presumir delante de Emily. Pero ya no había nadie a su lado.

Viendo la situación a la que se enfrentaban sus compañeros, había salido del escondrijo, obviando los dolores y con su katana en la mano.

Gorka se enfrentaba a otro de los soldados, en su caso armado con una espada corta. Ambos se movieron en círculos, estudiando a su rival y buscando una oportunidad de ataque. Aunque el Khol era más corpulento, Gorka era mucho más ágil y fue capaz de mantenerlo a distancia. Conservaba un buen juego de pies de cuando practicaba boxeo en la Tierra. El Khol lanzó por sorpresa un

par de estocadas circulares que Gorka pudo esquivar sin necesidad de utilizar su arma. Ninguno de los dos parecía decidirse a acercarse demasiado.

El rival de Taro, desarmado y con una herida considerable en su brazo derecho, blandió la espada con la mano izquierda mientras estudiaba a aquel pequeño ser que acababa de causarle tamaña herida. Sus ojos, llenos de rabia, no perdían de vista al geólogo, pequeño en comparación con su adversario. Taro mantenía una postura defensiva, con su katana lista para cualquier movimiento. Ambos se estudiaron por unos segundos. El pesado silencio solo era interrumpido por los ecos de los combates de alrededor. El Khol avanzó con un grito de furia, levantando su espada para realizar el ataque. Taro, en lugar de retroceder, fue hacia él con decisión, buscando cerrar la distancia que los separaba. Sabía que, si lograba acercarse lo suficiente, el Khol no podría aprovechar la fuerza de su golpe. Con un giro ágil de su cuerpo, esquivó la estocada descendente y lanzó un corte lateral directo a la pierna del Khol, provocando que cayera de rodillas con un gruñido de dolor. De inmediato, y sin darle opción a recuperarse del golpe, Taro hundió la hoja en el costado de su enemigo, que cayó a plomo sobre la vegetación del bosque.

Intentando mantener la calma en medio del caos que se había formado, Robert trató de llegar hasta los soldados Connor y Nowak. Sin embargo, un enorme Khol que acababa de salir de entre la niebla le cortó el camino. Tendría que acabar con él si quería sacar a sus compañeros del apuro en el que se encontraban. El alienígena lanzó un grito desgarrador y se dirigió hacia él con su espada en la mano. Robert aguantó el tipo con el corazón en la garganta y dio un paso hacia un lado como les había enseñado Taro. Sin embargo, no calculó bien la distancia y el Khol le golpeó de refilón con su hombro. Robert salió despedido, dio un par de giros en el aire como una peonza y perdió el equilibrio, aunque fue capaz de levantarse de un salto y volver a encarar a su enemigo, que de inmediato lanzó un nuevo picotazo con su espada. Robert desvió la estocada con un golpe de katana y tomó algo de distancia para tratar de recuperar el equilibrio. Sin embargo, el Khol continuó avanzando hacia él,

lanzando estocadas a diestro y siniestro, haciendo que poco a poco fuera perdiendo terreno. Sin darse cuenta, Robert llegó hasta el lugar donde Connor permanecía inconsciente. Defendiéndose como podía del ímpetu de su rival, sus talones golpearon en el cuerpo del soldado y cayó de espaldas, quedando a merced del enemigo.

El Khol lanzó un cloqueo de victoria y se precipitó hacia Robert para dar el golpe definitivo. Sin embargo, no prestó atención a una sombra que se dirigía hacia él a toda velocidad. El Khol levantó su brazo derecho para asestar el golpe definitivo. En ese momento, una hoja se cruzó en su camino descendente hacia el cráneo de Robert. La capucha de la capa de Emily se deslizó hacia atrás cuando esta aplicó toda su fuerza en la estocada salvadora. Robert se arrastró hacia atrás como pudo y consiguió levantarse aprovechando el desconcierto de su rival, que lanzó un furioso cloqueo en dirección a la hembra humana que acababa de echar por tierra sus planes. Robert lanzó un contraataque desde el suelo que el Khol pudo desviar con un rápido movimiento de su mano. Emily continuó acosándolo desde el otro lado, provocando que la espada Khol cruzara de izquierda a derecha. Ahora era él el que retrocedía ante las acometidas de ambos.

Gorka intercambió varios golpes con su rival sin que ninguno se decidiera a atacar. Estaba claro que la victoria en la plaza de Khapabir había puesto sobre aviso a sus enemigos, que parecían mucho más cautos que en otras ocasiones. Mientras ambos seguían midiendo sus fuerzas, una figura apareció de la nada y se aproximó por la espalda del soldado alienígena. Gorka solo pudo ver una hoja brillante clavarse en el costado de su rival. Sin embargo, aquella punzada no penetró todo lo que Paula hubiera querido, y su *wakizhasi* quedó clavado tan solo hasta la mitad de la hoja. El Khol emitió un cloqueo de rabia al verse sorprendido y lanzó un manotazo hacia atrás que impactó de lleno en la cara de Paula. Gorka supo que no volvería a tener una oportunidad como esa. Con furia, se precipitó hacia él y lanzó un gancho de izquierda directo a la cabeza del alienígena que, de nuevo sorprendido, giró el cuerpo hasta dejar su costado derecho totalmente desprotegido. Sin pensárselo dos

veces, clavó su katana con gran violencia, atravesando el torso de su enemigo de lado a lado.

A unos metros de distancia, los keplerianos de la capitana Ÿonwush hacían lo que podían contra sus rivales. Taro había acabado con otro más y se disponía a enfrentarse al siguiente. Avanzó unos metros y se colocó en posición defensiva, esperando un movimiento de su enemigo. Sin embargo, alguien saltó a hombros del Khol y comenzó a lanzar cuchilladas a su cuello mientras soltaba un poderoso grito de guerra. El soldado, de un tamaño mucho mayor que ella, trató de agarrar a Narya con sus garras, pero la kepleriana se las ingenió para evitar que el Khol la alcanzara. Con una velocidad que sorprendió al propio Taro, clavó su cuchillo una y otra vez a lo largo de toda la cara, destrozando los ojos de su rival y provocándole multitud de heridas. Pero el ímpetu de la kepleriana no detuvo al alienígena, que se agitó hasta que su garra libre pudo agarrarla del jubón y la lanzó por los aires a varios metros de distancia. Taro dio dos pasos al frente y lanzó una estocada que acabó por cercenar su cuello. Justo antes de que la kepleriana se lanzara de nuevo sobre él, aprovechó para hundir la katana en su pecho y acabar con él definitivamente.

Ferrara ayudó todo lo que pudo desde la distancia, pero tuvo grandes dificultades para cubrir ambos frentes y localizar enemigos entre la neblina. Pero, batalla tras batalla y duelo tras duelo, consiguieron acabar con todos los Khol, salvo uno. Armado con su lanza, giraba sobre sí mismo tratando de evitar que ningún miembro de la resistencia se acercara a él. Taro y Emily se aproximaron al grupo que lo rodeaba.

—¿Qué hacemos con él? —preguntó Taro—. Se está resistiendo mucho. Nos será complicado atravesar su guardia.

—Tarde o temprano tendrá que parar —dijo Emily.

—Vaya por delante que no me importaría que Ferrara acabara con él ahora mismo, pero podemos apresarlo para averiguar cómo funciona la base enemiga —sugirió Ÿonwush.

—No creo que se deje capturar tan fácilmente —respondió Emily, que no estaba muy convencida de que pudieran lograrlo sin que alguien más saliera herido.

—Yo me encargo —dijo ella, con confianza.

La capitana se acercó a uno de los petates que los soldados habían llevado consigo. De allí extrajo algo que llevó hasta el círculo que rodeaba al Khol. Con un rápido movimiento de sus manos extendió una red y, agarrándola por uno de los cuatro pesos que tenía en las esquinas, la lanzó por encima del soldado enemigo. La red se extendió sobre su cabeza y cayó sobre él. El Khol intentó zafarse, pero enseguida comenzó a tener problemas de movilidad. Seis keplerianos se lanzaron de inmediato contra él y, aunque consiguieron desarmarlo, todavía fue capaz de derribar a un par de ellos con sendos golpes de su cola antes de que lograran reducirlo por completo.

Por fin pudieron respirar tranquilos, aunque ninguno de los atacantes estaba contento con lo ocurrido. Hubo varios heridos y por desgracia tuvieron dos bajas: una de las soldados de Ÿonwush y uno de los dos hermanos que se acababan de unir a la resistencia habían fallecido en sendas refriegas. Robert y Miller ayudaron a Connor a recuperar la consciencia mientras Ortiz y algunos más acompañaban a los heridos de vuelta al campamento. Nowak tenía una perforación en su hombro que no había llegado a los pulmones de milagro. Además, había perdido mucha sangre. Su situación era crítica y tenía que recibir atención médica de inmediato.

Los demás ayudaron a recuperar los cadáveres y a despejar el camino para poder llevar los alimentos que llenaban los carros hacia Khapabir, donde los entregarían a los más necesitados.

18

La leyenda aumenta

5 de junio del año 3

Cerca del campamento B, Kepler-442b

Tras concluir la batalla, todo eran caras largas y serias. Ortiz y varios soldados y civiles se habían llevado a los heridos y a los caídos en uno de los carros en los que habían llevado el material necesario para la operación. Homenajearon a la soldado kepleriana y al recién incorporado en una rápida ceremonia. La situación era muy delicada, pero no podían desfallecer. Debían entregar todos esos alimentos en la ciudad y volver a esconderse cuanto antes.

Ÿonwush y los suyos se las habían ingeniado para mantener a raya al Khol que habían apresado. Sus garras estaban inmovilizadas por medio de unos grilletes, al igual que sus patas, y habían conseguido atarle la cola a una de sus extremidades inferiores con otros grilletes. Había intentado resistirse, pero su cara reflejaba el cansancio de todo lo que había ocurrido. Encabezaba la marcha por delante de los carros, rodeado de soldados keplerianos y con un ritmo lento y pesado.

—¿Crees que es buena idea llevarlo así? —Robert señaló la parte delantera del convoy una vez comenzaron a moverse.

—Roban y asesinan a los keplerianos —respondió Emily sin un ápice de culpabilidad en su mirada—. Ellos mismos utilizan esclavos humanos y keplerianos en sus incursiones. No me da ninguna pena.

—¿No nos estaremos convirtiendo en monstruos exhibiéndolo como un simple trofeo de guerra?

—¿Crees que ellos no lo harían? —preguntó, alterada—. Además, se trata de ofrecer un símbolo. Los keplerianos necesitan saber que los Khol son vulnerables, que podemos vencerlos —añadió sin miramientos—. Él es la prueba de que podemos acabar con ellos.

Robert guardó silencio. Tal vez estratégicamente aquello tenía sentido, pero algo en su interior le gritaba que estaba mal, que ese no era el trato que debían darle, por muy sanguinarios y despiadados que fueran sus enemigos. La humanidad firmó en el pasado decenas de tratados en los cuales se condenaban este tipo de actos.

—Creo que no te he dado las gracias por haberme salvado antes —dijo, en cambio.

—No tienes que agradecer nada. —Se encogió de hombros mientras azuzaba a los *fhores* para no quedarse atrás—. Sé que tú lo harías por mí, o por cualquiera de los demás. No soportaría perderos a ninguno de vosotros.

—Aun así, gracias —repitió.

Emily lo miró con dulzura, recordando lo que había sentido por él. Sin embargo, sus ojos verdes emanaban tristeza. Lo notó incómodo, como si no estuviera contento con lo que estaban haciendo. Esa sensación la contrarió, y en un intento por suavizar la tensión, añadió:

—Entiendo tus preocupaciones. Yo misma lucho contra ellas en lo más profundo de mi ser. Pero cada decisión que tomamos podría ser la última. Esto no es por crueldad —añadió tras una breve pausa—, se trata de nuestra supervivencia. No estamos exhibiéndolo como un trofeo, sino mostrando a los demás que no estamos indefensos, que podemos pelear y ganar. Si no conseguimos convencer al pueblo kepleriano de que nuestros enemigos son vulnerables, estaremos perdidos. Y con nosotros morirá la única oportunidad de que los descendientes de la Galileo sean libres después de miles de años de asesinatos y atrocidades.

Robert asintió, aunque la incomodidad seguía presente, agazapada en lo más profundo de su mente. No podía negar que había cierta lógica en lo que Emily decía, pero sus principios le recordaban las sombras que nacían de justificar cualquier acción en nombre de la guerra.

—Lo entiendo —dijo finalmente, con una ligera exhalación—, es solo que… no quiero terminar siendo igual que ellos. Sé que todos hemos cambiado durante estos meses y nadie en su sano juicio

pensó que tendríamos que afrontar todo esto. Pero te miro y no te reconozco. Temo haber perdido para siempre a la Emily de la que me enamoré.

Emily lo miró a los ojos y por un momento dejó entrever la carga emocional que ella misma llevaba consigo. Era evidente que las decisiones que tomaba, aunque firmes, no le resultaban fáciles. Sin embargo, el brillo de su mirada se fue de la misma manera en la que había aparecido.

—Me temo que esa Emily murió hace meses —dijo.

Unas horas más tarde hicieron una parada a medio camino de Khapabir. Comieron algo de lo que llevaban en los carros y Emily pudo revisar de primera mano cómo se encontraban los demás. Habló con Ferrara y Solberg, muy unidas desde que comenzaran la aventura. Después, con Paula, Gorka, Taro y Min, que descansaban junto al tronco de un árbol. También Alberto, Kostas y James Coogan estaban por allí. Ninguno sonreía, a pesar de que la operación había salido bien. Todos eran conscientes de lo frágil que resultaba aquella vida. Una mañana te levantabas como si nada y a mediodía estabas herido de gravedad o muerto. Sus caras reflejaban esa inquietud, aunque unos lo sobrellevaban mejor que otros. Alberto, sin ir más lejos, era el que mejor cara tenía, parecía familiarizado con ese ritmo de vida.

Gorka se levantó y se acercó a Emily.

—¿Qué ocurre? —le preguntó—. Pareces preocupado.

Gorka miró a un lado y a otro, como si no quisiera que escucharan lo que estaba a punto de decir.

—Creo que alguien ha intentado sabotear la operación —reveló.

—¿Por qué dices eso?

—Después de todo lo que ha ocurrido con el primer detonador…

—No pasa nada, todo ha salido bien. —Emily trató de evitar que se culpara—. Imagino que será cosa del artilugio, es muy improbable que los tres receptores fallen al mismo tiempo.

—Eso mismo he pensado yo, pero no me he separado del detonador desde que organizamos la operación —negó—. Lo he vuelto a probar con un receptor nuevo antes de dejar la zona de la emboscada, y he visto que funciona. Así que he revisado lo que

quedaba de los tres receptores que han fallado. Alguien había arrancado los pines de las antenas.

Emily miró a los demás grupos. Alguno de ellos acababa de poner en peligro la operación. Observó a los soldados de Ÿonwush, apesadumbrados por la pérdida de su compañera. Después echó un vistazo a los nuevos, vigilados de forma constante. El hermano del fallecido no había querido separarse del cuerpo, por lo que había regresado con Ortiz al campamento. No podía ser él, ¿quién en su sano juicio se arriesga a que su propio hermano muera en una operación como esa? Solo quedaba una opción.

—Es esa kepleriana tan impulsiva —dijo Gorka, que había seguido la mirada de Emily.

Ella lanzó un sonoro suspiro. Por desgracia, todo parecía apuntar hacia ella. Pero había algo que no encajaba en el rompecabezas.

—¿Por qué iba a poner su vida en riesgo? —se preguntó en voz alta—. Ella misma se ha encargado de provocar la caída del primer árbol.

—Tal vez quisiera ganarse tu confianza para poder acercarse más a ti —respondió Gorka, encogiéndose de hombros.

—Hablaré con ella cuando regresemos al campamento —dijo tras meditarlo—. De momento, haré que la vigilen de cerca.

Después de descansar durante un rato, volvieron a coger las riendas de los carros y se encaminaron a la ciudad. El trayecto se hizo muy largo, ya que llevaban al prisionero abriendo la marcha. Su paso se había vuelto tortuoso, la postura en la que caminaba y la inmovilización de su cola parecían afectar bastante al movimiento del alienígena. A esa velocidad no llegarían de día y tendrían que acampar en el camino.

Decidieron detenerse unas horas al oscurecer. Los keplerianos encontraron una zona despejada de vegetación cerca del linde del bosque, así que optaron por acampar allí mismo. Esa noche dormirían al raso. Emily buscó ramas para hacer una hoguera mientras el resto preparaba el improvisado campamento. Ataron al prisionero a uno de los árboles mediante unas resistentes cadenas de hierro. Su estado físico había decaído mucho desde que se

ocultara la luz, e incluso trastabilló un par de veces antes de que decidieran parar.

Pero a Emily no le preocupaba el prisionero. Estaba más pendiente de lo que Gorka le había revelado. Observó a la kepleriana, que estaba sentada sola, alejada del resto, pero siempre con un par de soldados a su alrededor. Su impulsividad, su furia y energía incontrolable, la convertían en una posible amenaza para la resistencia. Pero ¿sería capaz de traicionar a los suyos de forma tan evidente? Aun así, Emily no podía ignorar las pruebas que Gorka había encontrado. La capitana la sacó de sus cavilaciones.

—¿Qué te preocupa? —preguntó con tono sereno—. No haces más que mirar a tu alrededor, como si alguien estuviera a punto de emboscarnos.

—Gorka cree que alguien ha intentado sabotear la operación —respondió, bajando la voz para que nadie pudiera escucharla—. Y todo parece apuntar a nuestra nueva amiga.

—No me sorprende —dijo sin mirar a Narya—. Nunca he confiado en los recién llegados. Pero si lo que dices es cierto, tenemos que actuar rápido.

—No, no —negó Emily—. Llevamos tiempo queriendo encontrar algo de información sobre quién mueve los hilos en la Sexta Logia. Si está relacionada con ellos, tal vez podamos sacar provecho de todo esto.

—La vigilaremos de cerca —prometió la capitana—. Pero yo quería hablar de otra cosa contigo. ¿Qué vamos a hacer con el prisionero?

—¿A qué te refieres?

—Desde que se ha ocultado el sol su vitalidad ha caído en picado, como si no le quedaran energías —explicó—. ¿Deberíamos darle algo de comer?

—¿Y qué es lo que comen? —preguntó Emily, confusa.

—Imagino que cualquier cosa que comamos nosotros, por eso se llevan todo este cargamento —señaló la kepleriana.

—Intentémoslo, pero me gustaría hablar antes con él.

Emily se acercó al prisionero con paso decidido, aunque en su interior no estaba del todo segura de lo que iba a hacer. El Khol,

encadenado al árbol, no reaccionó a su presencia. Sus ojos, grandes y dorados, apenas mostraban rastro de vida. Estaba agotado, pero también parecía resignado, como si hubiera aceptado su destino.

—¿Puedes entenderme? —le preguntó Emily en voz baja, inclinándose ligeramente hacia él, pero sin ponerse nunca al alcance de sus garras.

El Khol levantó la cabeza con lentitud y sus ojos se posaron sobre los de Emily. No respondió, pero algo en su mirada hizo que sintiera un escalofrío. No era miedo, sino una especie de calma amarga, una aceptación forzada que le resultaba inquietante. Como si supiera que tarde o temprano su situación cambiaría.

—Supongo que estarás hambriento. No tenemos por qué llevarnos mal. Compartiremos la comida que habéis robado a los keplerianos a cambio de información —propuso ella, con la esperanza de que su estómago fuera más débil que su mente—. Quiero los planes de tu comandante, las rutas por las que pasarán los siguientes convoyes y la manera de entrar en vuestro crucero espacial.

Emily esperó una respuesta, pero lo único que obtuvo fue una risa ahogada, casi un susurro que se perdió entre el ruido del bosque y el murmullo de las conversaciones de los demás. Pero fue suficiente para que a Emily le quedara claro que no hablaría, al menos no por el momento.

—Muy bien —dijo, dando una leve palmada—. En ese caso, veremos cuánto puedes aguantar.

Se levantó y regresó junto con Ÿonwush.

—Déjame adivinar. No ha abierto la boca —se adelantó la kepleriana.

—No, ni creo que lo haga —agitó la cabeza con pesimismo—. Diría que están hechos de otra pasta. Pongámoslo a prueba —siguió —. Quiero que le dejéis comida a la vista, pero sin que llegue a estar a su alcance. Que sepa lo que vuestro pueblo ha sufrido durante estos miles de años.

La capitana sonrió con complicidad. Parecía mucho más dispuesta que Robert a cruzar ciertas líneas. Emily, sin darle importancia a lo

que acababa de ordenar, cenó algo y se acostó en una esterilla cerca de la hoguera, junto con el resto de sus compañeros.

El día siguiente amaneció con grandes gotas de agua resbalando desde las hojas de los árboles. Una fina lluvia se había adueñado del exterior del bosque, pero el agua se filtraba por entre las copas y acababa mojando lo que encontraba a su paso. Emily abrió un ojo cuando una de esas gotas le dio en la frente. Pronto supo lo que ocurría, y su oído también fue consciente de que el grueso del campamento ya se estaba levantado de su descanso nocturno.

—Buenos días —escuchó a Paula—. Será mejor que nos movamos o pillaremos una pulmonía.

—Sí —confirmó, somnolienta—. Y todavía nos queda un buen trayecto hasta Khapabir.

Se incorporó mientras su boca lanzaba un sonoro bostezo. Aunque la esterilla era bastante incómoda, las hojas que yacían en el frío y húmedo suelo le habían proporcionado un inesperado colchón sobre el que descansar. Por primera vez en varios días había podido dormir tranquila, sin dolores de espalda ni pesadillas inquietantes.

El desayuno fue rápido y silencioso. Mientras masticaba con desgana, la mente de Emily regresó al mismo lugar que la noche anterior. Giró la cabeza para buscar al prisionero. Seguía atado al tronco. La comida que la capitana Ÿonwush había dejado delante de él permanecía intacta, lo que significaba que seguía en sus trece. Sin embargo, parecía mucho más despierto y enérgico que la noche anterior. De alguna manera, su metabolismo le estaba permitiendo afrontar los primeros rayos de luz con energías renovadas.

Partieron del improvisado campamento hacia la ciudad. A ese ritmo tardarían unas cuantas horas todavía, pero esperaban llegar antes de que volviera a caer el sol. La idea de pasar otra noche a la intemperie no resultaba muy seductora. La lluvia los acompañó durante gran parte de la mañana. A mediodía, sin embargo, dejó de llover y el cielo anaranjado asomó por entre las hojas.

Cuando por fin llegaron a las afueras de Khapabir, el tiempo pareció detenerse. Las calles, repletas de keplerianos, comenzaron a

despejarse para dejarles pasar. Los ciudadanos de Khapabir, cautos y desconfiados, observaban el extraño convoy en la distancia o desde las sombras de sus hogares. Apenas se atrevían a acercarse, y muchos se limitaban a mirar semi escondidos desde las ventanas o tras las puertas entreabiertas de sus casas. El imponente prisionero Khol, encadenado y cabizbajo, era una figura inusual que despertaba miedo y desconcierto. Al principio no parecieron comprender lo que estaba ocurriendo, y el silencio dominaba las calles mientras avanzaban entre ellas.

Sin embargo, a medida que las carretas se acercaban al corazón de la ciudad, algo en la atmósfera cambió. Poco a poco, los keplerianos comenzaron a asimilar lo que veían sus ojos. La resistencia había regresado victoriosa, y con ellos traían tanto alimentos como un prisionero enemigo. Las primeras exclamaciones se oyeron tímidamente, pero pronto se convirtieron en vítores y aplausos. Los más atrevidos salieron de sus casas y corrieron a los bordes del camino, jaleando con entusiasmo a los guerreros. El ánimo colectivo se encendió, y al ver al Khol apresado e indefenso, la multitud se transformó. Entre gritos de furia, muchos comenzaron a lanzarle desperdicios y a escupirle, descargando en él todo el rencor acumulado durante miles de años. La victoria les pertenecía, aunque solo fuera por un momento, y en sus ojos se reflejaba el anhelo de justicia. Y de venganza.

Para cuando llegaron al corazón de la ciudad, el rumor de que la Sombra Carmesí había vuelto a atacar se había extendido como la pólvora. Las carretas rodearon el gran árbol milenario que marcaba el epicentro de la urbe. Alrededor de su tronco no había construcciones de ningún tipo y era considerado por todos el centro neurálgico de la ciudad, la zona diáfana donde se celebraban los acontecimientos importantes.

Detuvieron la marcha y Emily se bajó del carro ataviada con la capa de color carmesí que había dado nombre al personaje que todos aclamaban. Ÿonwush se acercó a ella y le tendió un pergamino y una daga desgastada.

—¿Qué es esto? —preguntó Emily, confundida.

—Me he tomado la libertad de escribir unas palabras para darnos el impulso necesario entre los keplerianos —respondió ella señalando el gran tronco central, donde había decenas de pergaminos clavados —. Tenemos que aprovechar tu figura.

Emily revisó lo que decía la nota. Todavía no dominaba el kepleriano, pero ya había comenzado a hablarlo sin necesidad de traducción. En realidad, no resultaba muy complicado, habida cuenta de que se trataba de una evolución natural del suyo propio.

Keplerianos de Khapabir,

La sombra del yugo enemigo ha oscurecido nuestro cielo durante demasiado tiempo. Hoy, traemos no solo alimentos para vuestro sustento, sino también un mensaje de esperanza. El Khol que veis encadenado es una prueba viviente de que incluso los más feroces de nuestros opresores pueden ser derrotados. La Resistencia no se rendirá, y bajo el manto de la Sombra Carmesí, seguiremos luchando hasta liberar cada rincón de nuestro hogar.

Uníos a nosotros, fortalezcamos nuestra voluntad, y juntos arrancaremos las cadenas que nos oprimen.

La Sombra Carmesí

Emily miró a la capitana después de leer la nota. Aquello era una llamada a la rebelión. Las dudas asaltaron su mente pero, tras reconsiderarlo, se dio cuenta de que la única manera de vencer a los Khol era permaneciendo unidos. Faddub lo consiguió hacía ya tres mil años, y Emily sabía de sobra que necesitó unirlos a todos para conseguir semejante hazaña. Timorata al principio, más decidida después, se encaminó hasta el tronco del árbol milenario. Un silencio sepulcral interrumpió las conversaciones y los vítores y todos fijaron su mirada sobre ella. Encontró un pequeño hueco en la corteza y, desplegando el pergamino, lo clavó con todas sus fuerzas utilizando la vieja daga.

En cuanto se dio la vuelta, un enjambre de keplerianos se arremolinó alrededor del pergamino. Pronto volvieron los vítores y

los improperios dirigidos hacia el prisionero. Robert se temió lo peor cuando, sin tiempo para reaccionar, los ciudadanos rodearon a Emily, impidiéndole regresar hasta el carro en el que había llegado. En un abrir y cerrar de ojos se encontraron rodeados por cientos de keplerianos frenéticos, curiosos por saber lo que decía la nota, pero también ávidos de venganza.

Muchos comenzaron a saquear los carruajes. Necesitaban aprovisionarse de alimentos y provisiones para poder afrontar los tiempos difíciles que se aproximaban sobre ellos como una tormenta de verano. Emily trataba de llegar hasta el carro, pero la multitud le impedía ver el camino. De repente, alguien la agarró del brazo. Al principio, Emily solo pudo ver una garra, y luego siguió el brazo hacia la cara a través de las mangas oscuras de su capa. Cuando vio los profundos ojos que la miraban, su sorpresa fue mayúscula.

Robert localizó a Emily en la distancia y vio cómo una figura oculta bajo una capa negra se alejaba con ella. De inmediato se bajó del carro y salió tras ellos. Sin embargo, la multitud le impedía seguir su ritmo, y pronto se dio cuenta de que los había perdido.

Mientras, en el extremo opuesto de la plaza, un kepleriano no participaba de la algarabía. Mientras familias enteras trataban de recoger algo de comida de los carruajes, él permaneció quieto, observando todo lo que ocurría, como si aquello no tuviera nada que ver con él. Sus harapos, la suciedad de su cara y la forma en la que lo contemplaba todo dejaba claro que estaba fuera de lugar.

19

El extraño

5 de junio del año 3

Khapabir, Kepler-442b

Robert comenzó a ponerse nervioso. Su principal objetivo en cualquier tipo de operación era salvaguardar la integridad de la directora del proyecto. Y Emily acababa de desparecer entre la multitud acompañada por un extraño personaje que a saber qué habría hecho con ella.

La muchedumbre seguía enloquecida, entre vítores y gritos de venganza. El caos se había adueñado de las calles de Khapabir. Los keplerianos saqueaban los carruajes, aferrándose a las provisiones hasta el punto de crearse momentos de tensión. Entre ese ambiente tan cargado, Robert sintió el peso de la responsabilidad sobre sus hombros. Su corazón latía con fuerza y, aunque se abría paso entre la multitud, cada segundo que pasaba era una eternidad en la que podría estar ocurriendo alguna calamidad.

Se detuvo un momento y miró a su alrededor en busca de alguna pista, pero la marea de keplerianos frenéticos lo envolvía, haciéndole imposible ubicarse y pensar con claridad. Decidió reunir a un pequeño grupo de búsqueda que registrara las calles aledañas. Organizarlos fue complicado, ya que tuvo que ir en dirección contraria al gentío que portaba sacos y bolsas llenas de alimentos. A pesar de todo, logró formar un equipo de cinco personas listo para buscar a Emily. Mientras avanzaban a paso rápido entre la corriente de keplerianos, los vítores a su espalda parecían desvanecerse, como si el bullicio de la plaza les diera una oportunidad de concentrarse en su objetivo.

Justo cuando abandonaron el tumulto principal, Ferrara señaló hacia un nutrido grupo de keplerianos de distintas edades que avanzaba con más lentitud que el resto. En medio de ese grupo

reconocieron la capucha rojiza de Emily. Rodeada por un conjunto de keplerianos agradecidos, apareció de pronto, como si no hubiese ocurrido nada fuera de lo normal. La multitud que la acompañaba le agradecía todo lo que había hecho por ellos, y algunos incluso la tocaban con veneración. Robert la miró incrédulo, pero aliviado al mismo tiempo. Aunque su mente seguía preguntándose quién la había apartado de su vista y cómo había logrado regresar tan rápido sin que nadie notara su desaparición.

Robert y los demás se acercaron a aquel grupo tan variopinto, pero cuando ella los vio a ellos, una anciana le cortó el paso. Apoyada en un viejo bastón de madera, la señaló con su dedo huesudo y curvado por el paso de los años. No parecía muy contenta con su presencia en la ciudad.

—¡Insensata! —exclamó, provocando que todo el grupo se detuviera y formara un corro alrededor de la anciana—. ¿Acaso crees que con esto has conseguido algo? Lo único que vas a hacer es provocar la ira de los Khol. Y cuando regresen, ¡no tendrán piedad de ninguno de nosotros!

Todos enmudecieron ante la crítica de la kepleriana. Algunos de los que escoltaban a Emily comenzaron a intercambiar miradas nerviosas, llenas de preocupación. Robert se colocó en un lugar cercano para poder anticiparse a cualquier movimiento que amenazara su integridad. Pero la anciana tan solo quería hablar.

—¿Cuánto crees que durará esta victoria? —continuó con un tono cargado de reproche, dando un paso más hacia Emily—. Los Khol volverán. Y cuando lo hagan, nos masacrarán sin misericordia. No te engañes, niña. Tú y los tuyos estáis desatando una tormenta que no podréis detener.

Algunos de los keplerianos agacharon la cabeza y se alejaron de ahí. Las palabras de la anciana resonaban en sus oídos, provocando que en ellos resurgiera el miedo visceral que se había asentado entre ellos durante incontables generaciones. Emily sintió el peso de sus palabras, pero retomó su marcha con firmeza, consciente de que no habían tomado una elección fácil, pero sí necesaria. La mujer continuó lanzando soflamas en contra de las acciones que, según ella, les traerían la peor de las miserias.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Robert—. ¿De dónde vienes?

—Me he extraviado —dijo, sin darle más importancia.

—¿Quién era el de la capa negra? —insistió Robert, al tanto de la mentira.

—No era nadie —zanjó ella con una mirada fulminante.

Robert guardó silencio mientras avanzaban de vuelta a la plaza, donde el alboroto parecía empezar a apaciguarse. No en vano, los carros se encontraban vacíos cuando se asomaron a la zona diáfana. Ninguno de los dos sacó el tema durante el viaje de vuelta al campamento. Robert, a su lado, no dejó de observarla de reojo, sin atreverse a preguntar más, pero sabiendo que algo había ocurrido en Khapabir. Emily intentó aparentar ser más dura de lo que realmente se sentía. Sus enemigos estaban moviendo ficha. Algo estaba a punto de ocurrir.

Se encontraba en una amplia pradera cuyos verdes pastos eran iluminados por una cálida luz anaranjada. La suave brisa mecía la tela de su capa con suavidad. A lo lejos, un río serpenteaba entre enormes rocas que moldeaba con su incansable corriente. La ausencia de ruidos cargaba el ambiente con una tensión sobrenatural. Caminaba descalza, sintiendo la tierra húmeda bajo sus pies pero, con cada paso, la sensación de que alguien la acechaba se volvía más acuciante.

De repente, una figura apareció en el horizonte. Era alta y delgada, e iba envuelta en una capa oscura que se agitaba de manera irreal. No podía distinguir su rostro, pero sabía que la estaba observando, como si esperara un descuido para acabar con ella. Cada vez que giraba la cabeza, la silueta estaba más cerca, aunque no recordaba haberla visto moverse.

Las plantas de los pies comenzaron a dolerle. Al mirar el suelo, comprobó que la hierba se había transformado en un manto de espinas afiladas que se hundían lentamente en su piel. Quiso retroceder, pero el paisaje se transformó de repente. Ahora se encontraba frente a una pequeña cabaña de piedra sin ventanas, pero con una única puerta entreabierta que la invitaba a entrar.

Sabía que aquello no era buena idea, pero algo la empujaba hacia el interior. En el centro de la estancia había una cama de madera con un mullido colchón de paja seca. Sobre ella descansaba una persona que parecía ser ella misma. Tenía los ojos cerrados y su respiración se notaba agitada en su pecho. Se acercó a la cama y fue consciente de lo vulnerable que parecía, sola e indefensa, dormida.

La puerta se cerró detrás de ella con un crujido sordo. La figura de la capa oscura se encontraba ahora dentro de la habitación, de pie junto a la cama. En sus manos sostenía una daga reluciente que reflejaba una luz anaranjada de la que Emily no supo concretar la procedencia. La figura levantó la daga y comenzó a gritar en alto.

—¡Despierta! —gritó al lanzar la primera puñalada—. ¡Despierta! —repitió con la segunda.

—¡Despierta! —gritó Emily, incorporándose en su esterilla.

La oscuridad era casi total en el interior de la cabaña. Notó que su corazón cabalgaba desbocado sobre su pecho. No había rastro de la figura misteriosa, pero supo que había más personas de las que deberían estar allí. De repente, otra silueta, oculta en la penumbra de la habitación, se lanzó sobre ella. Emily no tuvo tiempo de reaccionar, tan solo pudo ver cómo Narya, la kepleriana recién incorporada al grupo, se lanzaba sobre ella con una daga en su mano.

Sin saber qué hacer, Emily se encogió sobre sí misma y protegió su cuerpo con los brazos. Mantuvo la posición a la espera de que el frío acero se clavara en alguno de sus órganos vitales. Al ver que eso no ocurría, abrió los ojos y observó lo que estaba ocurriendo. La kepleriana se había lanzado con furia sobre su cama, pero no para acabar con ella. Emily giró la cabeza y vio a Nakhyol, otro de los nuevos. Tenía la daga de Narya clavada en el corazón. Sus grandes ojos miraban cómo la sangre manaba de la herida mortal que Narya le había causado. Soltó una daga de la mano antes de caer hacia atrás, provocando un ruido sordo al desplomarse en el suelo de la cabaña.

Narya, después de recuperar la daga del pecho del supuesto conspirador, se giró con rapidez hacia Emily y la miró con los ojos muy abiertos a solo unos pocos centímetros de su cara.

—No me caía muy bien —le dijo—. Era muy poco impulsivo.

Y tras soltar una carcajada histérica, salió de la habitación como alma que lleva el diablo justo en el momento en el que el resto de sus compañeros se arremolinaban alrededor de ella. Ferrara y Miller salieron de la cabaña y corrieron detrás de ella.

—¿Qué ha pasado? —gritó Chad, alarmado por los gritos y el ruido.

—¿Estás bien? —preguntó Paula—. ¿Te han hecho algo?

—No, no —agitó la cabeza—. Estoy bien. Solo es el susto. Estaré bien enseguida.

Robert examinó el cuerpo del kepleriano, que yacía en el suelo en una postura poco natural. Narya había acertado de lleno en el corazón del atacante. Y tendría que hablar con Ÿonwush, la seguridad en torno a los recién llegados había fallado estrepitosamente. Se suponía que ambos estaban controlados.

—Tenemos que aumentar la seguridad de inmediato —ordenó Robert—. No podemos permitir que algo así vuelva a ocurrir.

—No —dijo Emily—, está bien. Hablaré con Narya.

—¿Hablar con Narya? —repitió Robert, sorprendido y preocupado —. Emily, casi te mata, ¿y ahora quieres hablar con ella?

Emily se incorporó del todo y se sacudió la manta que tenía encima. Su mente seguía procesando lo que acababa de ocurrir pero, a pesar del peligro, sabía que Narya no era la amenaza que todos creían.

—Lo que hizo Narya no fue casual —dijo Emily con la voz más calmada—. No intentaba matarme. Si quisiera, habría dejado que lo hiciera Nakhyol en lugar de salvarme de él.

Emily se puso algo de ropa y se calzó las botas para salir al exterior. Todavía era de noche, por lo que necesitó la ayuda de su implante ocular para poder ver lo que ocurría en el exterior. Narya estaba de rodillas con los brazos detrás de la cabeza. Ferrara y Miller, junto con otros dos soldados keplerianos, la rodeaban amenazantes, atentos a cualquier movimiento inesperado.

—Tranquilos —les pidió Emily—. No va a hacer nada, ¿verdad, Narya?

La kepleriana se encogió de hombros, indiferente a todo lo que estaba pasando. Sangraba de la nariz, a buen seguro alguno de los presentes le había propinado un golpe al detenerla.

—Dejadnos a solas —pidió Emily.

—¿Estás segura? —preguntó Ferrara—. Han intentado matarte.

—Así es, y ella me ha salvado —respondió con autoridad—. Quiero saber por qué.

Las dejaron a solas, aunque Emily intuyó que Ferrara se mantendría en algún lugar cercano, agazapada y vigilante, como de costumbre. Se sentó en el suelo, justo delante de ella, y le tendió un pañuelo para que se limpiara la sangre que, al menos, había dejado de brotar.

—¿Por qué me has salvado?

—No te deseo ningún mal —volvió a encogerse de hombros—. Y creo que ya iba siendo hora de que alguien nos enseñara el camino para acabar con esos malditos Khol. Si hubiera dejado a Nakhyol hacer su trabajo, todo eso se habría acabado. No podía permitirlo.

—¿Cómo habéis burlado a los guardias?

—Anoche vi cómo esa sabandija deslizaba un líquido en las copas de los dos soldados que iban a hacer la guardia delante de nuestra cabaña —explicó—. Así que simulé que estaba dormida y salí antes que él para esconderme en la vuestra.

—¿Cómo sabías que iba a intentar matarme?

—No lo sabía —negó con la cabeza—. Pero desde el primer momento me pareció alguien muy sospechoso. Callado, reservado, nunca miraba a los ojos. No me suelo fiar de la gente tan pausada, suelen tener algo que ocultar.

—¿Nunca os habló de sus intenciones?

—No decía mucho —respondió—. Pero él fue el que me puso en la pista sobre cómo encontraros.

—¿Él? ¿Cómo?

—Ocurrió hace unos cuantos días. No suelo frecuentar las tabernas, pero aquella noche necesitaba un trago —empezó—. A veces voy cuando me apetece tener algún encuentro privado, pero esa noche no me apetecía compañía. Así que me senté sola, cerca de una esquina, donde ni siquiera el fuego de la chimenea era capaz

de calentarme los pies. Desde que entró me fijé en él; analizó todo y a todos los presentes con sumo cuidado, como si estuviera evaluando la seguridad del lugar. En cuanto se dio por satisfecho, cambió a una actitud pasiva, y eso me resultó muy extraño. Se sentó en una mesa solitaria, pero pronto apareció la persona con la que debía encontrarse.

—¿Qué aspecto tenía?

—Llevaba puesta una capa muy parecida a la tuya, pero de color más oscuro, casi negro —reveló—. Estuvieron hablando durante quince minutos, pero apenas tocaron sus jarras de arborumel.

—¿Sabes de qué hablaron?

—No, estaban demasiado lejos y una taberna no es el lugar idóneo para escuchar una conversación ajena —agitó su cabeza—. Sé que discutieron acaloradamente y Nakhyol parecía nervioso, a juzgar por todo lo que gesticulaba. En cuanto acabaron, el misterioso personaje se marchó de la misma manera en que había llegado. Él apuró su jarra, pagó la cuenta y se fue también con ese paso lento y anodino que tenía. Decidí seguirlo. Vi cómo entraba en una posada, así supe que no era de la ciudad.

—¿Cómo contactaste con él?

—A la mañana siguiente se reunió con el resto —siguió—. Me acerqué a ellos con disimulo y los oí hablar de unirse a la resistencia de la que todo el mundo hablaba. Pensé que sonaba muy extraño y que tal vez todo estaba en mi imaginación, pero si podía matar algunos Khol mientras averiguaba lo que ocurría… Así que me uní a ellos.

—¿Por qué no me contaste nada de esto cuando llegasteis? —preguntó Emily.

—¿Qué habrías pensado si una desconocida acusa a otro desconocido de conspirar para matarte?

—Tal vez que intenta desviar la atención a costa de un inocente.

—¡Exacto! —lanzó una sonora carcajada—. Tenía que desenmascararlo yo misma. Sabía que tarde o temprano intentaría hacer algún movimiento sospechoso. Lo intentó en la reyerta, vi cómo manipulaba uno de los dispositivos que montó tu compañero. Sin embargo, se ocultó durante el combate. Aquello no le salió bien

porque conseguimos vencer, así que tuvo que buscar otra solución. Era solo cuestión de tiempo que lo intentara.

Emily reflexionó sobre todas aquellas revelaciones. Si había un kepleriano detrás de todo eso, significaba que la Sexta Logia, o tal vez los Khaavahki, estaban detrás de ello. Sin querer, acabó volviendo a mirar el tatuaje que la kepleriana tenía en su brazo. En esa ocasión, su sueño no se había cumplido.

Horas más tarde, mientras Emily ayudaba a Alberto y a la pequeña Shiishyi a recoger ramas y leña para el fuego, algo ocurrió en el campamento. Emily fue consciente de ello en uno de los viajes que hicieron de regreso para dejar la leña en su lugar. Había un pequeño corrillo alrededor de alguien.

—Será mejor que vengas a ver esto —le dijo Taro—. Los vigías han encontrado a otro kepleriano merodeando por los alrededores.

—¿Otro que quiere unirse a la resistencia? —preguntó ella.

—No, este es distinto —confesó él—. Será mejor que lo veas con tus propios ojos.

Emily dejó la leña y se abrió paso entre la gente. Cuando llegó a primera línea comprobó que en el interior del círculo había un kepleriano sentado sobre la superficie del tocón de un árbol. Vestía ropa andrajosa y emanaba un hedor que Emily solo había percibido en los animales. Su cara estaba llena de suciedad y miraba de un lado a otro con ojos temerosos. Cuando Emily irrumpió, la mirada de aquel indigente se posó sobre ella con ánimos renovados y sus ojos comenzaron a brillar. De repente, se levantó de su improvisado asiento y se arrodilló delante de ella, colocando la cabeza casi en el suelo.

—Necesito su ayuda, mi señora —imploró. Su voz parecía apurada y sincera.

Trató de acercarse hasta sus pies reptando, pero uno de los soldados se lo impidió levantándolo en volandas casi sin esfuerzo, demostrando lo famélico que estaba. El soldado lo volvió a colocar sobre el tronco del árbol. Su mirada reflejó un pánico absoluto

cuando el soldado lo agarró del pescuezo, como si estuviera acostumbrado a que lo maltrataran.

—¡Basta! —dijo ella alzando las manos.

Se acercó al indigente y se interpuso entre ambos. Aprovechó para lanzarle una mirada de reproche al soldado, al que recriminó su actitud frente a alguien indefenso.

—Tranquilo —trató de calmarlo con una sonrisa—, nadie le hará daño.

El recién llegado pareció calmarse y pronto dejó de temblar y de cubrirse con los brazos. Emily comprobó que tenía múltiples laceraciones a lo largo de sus extremidades. Algunas ya habían cicatrizado hacía tiempo; otras, en cambio, eran más recientes.

—¿Cómo se llama? —le preguntó.

—Khii —tartamudeó, todavía nervioso.

El kepleriano miró fugazmente el brazalete de su mano, desde donde se escuchaba la traducción simultánea.

—Muy bien, Khii —intentó parecer más amable, modulando la voz —. Esto es un traductor de alta tecnología. Nos permite comunicarnos, ya que hablamos idiomas diferentes.

El kepleriano asintió.

—¿Qué necesita de nosotros?

—Yo… necesito que rescaten a mi mujer —dijo, acongojado.

—¿Su mujer? —preguntó—. ¿Quién tiene a su mujer?

—Los Khol —aseguró.

—¿Los Khol? —se sorprendió—. ¿Cuándo ha ocurrido eso?

—Hará unos tres años o así. —El kepleriano pareció dudar—. Fue de madrugada, estábamos en casa, durmiendo. De repente hubo un estruendo, varios soldados tiraron la puerta abajo y entraron en nuestra casa. Nos sacaron a rastras de la cama y nos llevaron presos sin darnos más explicaciones.

—Un momento —interrumpió Emily—. ¿Ha dicho tres años?

—Así es —asintió—. Aunque no puedo asegurarle que hayan transcurrido con exactitud tres años, se trata de una cantidad de tiempo aproximada.

—Eso no es posible —aventuró la capitana Ÿonwush—. Los Khol llevaban más de noventa y cinco años sin aparecer.

Él la miró sin entender. Trató de rebatir aquella información, pero de su boca solo salieron balbuceos sin sentido y suspiros de frustración.

—Seguro que hay una explicación para todo esto —siguió Emily —. ¿Es usted uno de los esclavos keplerianos que conducían los carros repletos de minerales que escaparon de nuestro ataque?

Él asintió.

—Cuéntenos lo que ha pasado desde aquel día.

—Yo… vi cómo todos ustedes atacaban a los Khol —paseó su mirada por cada uno de los que le rodeaban—. Al principio pensaba que tan solo se trataba de simples bandidos que habían elegido mal su presa. Pero cuando me di cuenta de que no solo no se retiraban, sino que además empezaban a acabar con ellos, me puse muy nervioso. Después, vi a varios de los suyos —señaló a Emily, refiriéndose a los humanos—. No entendí nada de lo que pasaba, pensé que algo no iba bien. Llegué a creer que no habíamos vuelto a mi hogar. Por eso salí corriendo, estaba muy asustado.

—Es comprensible —lo tranquilizó ella cuando hizo una pausa—. Creo que cualquiera de nosotros habría hecho lo mismo en su situación. Pero por favor, continúe.

—Estuve vagando por el bosque, perdido —explicó acongojado—. Tuve que ingeniármelas para procurarme alimento y cobijo. Tras varios días andando sin rumbo, llegué a un pequeño poblado en el que me mostraron el camino para llegar hasta Khapabir, mi hogar.

»Me apresuré a recorrer la distancia —continuó tras una breve pausa—, y conseguí llegar al día siguiente. Fue entonces cuando me di cuenta de que la auténtica pesadilla no había hecho más que comenzar.

—¿Qué ocurrió?

—Me dirigí a mi casa, una elegante cabaña en la zona noble de la ciudad que mi abuelo y mi padre construyeron para sus familias hace ya muchos años. Mi sorpresa fue mayúscula cuando no la encontré. Al principio creí que me había equivocado de lugar, todo estaba muy cambiado y me resultó difícil orientarme. Pero estoy seguro de que era el árbol correcto. La casa, simplemente, no estaba donde la dejé. En su lugar habían construido otra, más alta y

grande, y en su interior residía una numerosa familia de keplerianos a los que no reconocí y que me tomaron por un vagabundo.

Entonces se echó a llorar. Emily trató de consolarlo acariciándole los brazos, pero el mero roce de sus manos contra su piel lo asustó tanto que volvió a hacerse un ovillo.

—¿Dónde está su mujer? —preguntó Emily una vez se calmó.

—En el interior de la nave de los Khol —respondió entre sollozos —. Nos tienen a todos hacinados y en condiciones infrahumanas. Nos obligan a hacer todo lo que ellos no quieren hacer, y solo podemos alimentarnos con sus sobras. Tienen que ayudarme a sacarla de allí, a todos.

—Lo haremos —aseguró ella—. Pero antes, tengo que pedirle algo muy importante. Necesito que nos describa todo lo que hay en el interior de esa nave: tropas, armamento…

—No conozco muchas de las zonas de la nave —respondió, agitando su cabeza—. Podría hacerles un plano de la parte exterior de la base y de las zonas de la nave que conozca si así lo desean —añadió después—. Pero creo que puedo decirles cuántas tropas enemigas quedan con vida, al menos desde que me marché.

Emily se volvió para observar las reacciones de los que tenía a su espalda. Tanto la capitana Ÿonwush como Robert asintieron. Si era cierto lo que decía, ese kepleriano podría cambiar el curso de la guerra.

20

El reino del Sol Oscuro

6 de junio del año 3

Campamento B, Kepler-442b

Emily ordenó que escoltaran al recién llegado hasta el arroyo, que lo lavaran, le dieran ropas nuevas y algo de alimento. Mientras un par de soldados obedecían, reunió a varios de los suyos en el puesto de mando. Necesitaban ordenar las piezas del rompecabezas que se les acababa de presentar antes de poder confiar en el extraño. Todos reflejaban en sus caras la confusión y el escepticismo en torno a la historia de Khii.

—¿Estamos convencidos de que lo que ha dicho es cierto? —preguntó la capitana Ÿonwush—. No tiene ningún sentido. Dice que hace tres años que lo secuestraron. Pero hace casi cien años de la última exacción.

—Es una historia demasiado elaborada para ser falsa —Emily sacudió su cabeza, convencida de que tenía que ser cierta—. Además, he notado que sus modales son bastante más refinados de lo que su aspecto indica.

—¿Estamos seguros de que los Khol abandonaron el planeta en la última exacción? —preguntó Gorka.

—No podemos asegurarlo, y la respuesta a esa pregunta tendrá que darla él —dijo Robert, mesándose la barba—. Pero todo apunta a que regresó en el crucero de los Khol.

—Tiene que haber una explicación lógica para todo esto —dijo Emily.

—¿Y si todo está causado por un agujero negro? —sugirió Taro.

—¿Un agujero negro? —Robert levantó una ceja; aquello prometía.

—No es tan descabellado —Emily señaló a Taro con su dedo índice mientras caminaba alrededor de la mesa—. Sabemos que un

agujero negro distorsiona el tiempo. Lo que para nosotros podrían ser cien años, para ellos puede ser apenas un año o incluso menos.

—Pero ¿por qué iban los Khol a acercarse a un agujero negro? —preguntó Paula con incredulidad.

—Esa es la pregunta que debemos responder —asintió Emily—. Desconocemos cómo funciona su tecnología, solo sabemos que aparecen a través de una anomalía.

—Tal vez vivan en un planeta que gira alrededor de un agujero negro —sugirió Chad.

—¿Es eso posible? —preguntó Robert, que miró a Taro.

—Aunque parezca contraintuitivo, es perfectamente posible —dijo el geólogo—. Siempre que la órbita que mantenga esté fuera del horizonte de sucesos, del que ni la luz puede escapar.

—Entonces, ¿los habitantes no sentirían la gravedad del agujero negro? —preguntó Paula.

—No, si la órbita del planeta es estable y equilibrada —explicó él —. Esto se debe a que, en una órbita perfecta, el planeta y todo lo que hay en él estarían en una especie de caída libre constante con respecto al agujero negro, de manera similar a como los satélites orbitan la Tierra. En esa situación, la gravedad del agujero negro es contrarrestada por el movimiento del planeta, lo que anula las fuerzas que afectan a sus habitantes con respecto al agujero negro, pero no con respecto a la gravedad del propio planeta. Si consiguiéramos de alguna manera que un planeta o estación espacial tuviera la trayectoria adecuada, podríamos orbitar un agujero negro de la misma manera que lo hacemos alrededor de un planeta o una estrella.

»Además, en esos casos se da un fenómeno bastante curioso —continuó con su explicación—. Aunque no haya una estrella cercana, el planeta podría recibir energía del disco de acreción del agujero negro. Este disco está formado por materia que es atraída hacia el agujero negro pero, aunque no entra directamente, genera una enorme cantidad de radiación, incluyendo luz visible. Esa energía podría iluminar y calentar al planeta de forma similar a como lo hace una estrella y permitiría la existencia de vida. Hablo siempre desde

un punto de vista en el que las condiciones sean adecuadas y las formas de vida puedan adaptarse a ese entorno tan peculiar.

—Tal vez eso pueda explicar por qué hay humanos entre ellos —murmuró Emily—. Mientras que para los keplerianos han pasado miles de años, para los esclavos solo han pasado unos pocos.

—Así es —asintió el japonés—. Y también otras cuestiones como, por ejemplo, por qué los Khol no han evolucionado tecnológicamente a un ritmo lógico. Continúan utilizando la misma tecnología que describió la tripulación de la Galileo hace ya diez mil años terrestres.

—Entonces, ¿cuántos años han pasado para él desde que lo secuestraron? —preguntó Paula.

—No podemos saberlo sin estudiar las características del planeta al que regresan después de cada exacción —dijo Taro—. Pero quizá podríamos hacer un cálculo aproximado si le preguntamos a él cuántas veces ha vuelto al planeta. Si los esclavos son asignados siempre a las mismas tareas, podríamos inferir que no es la primera vez que venía aquí. Si las exacciones ocurren cada noventa o cien años keplerianos, podríamos calcular el tiempo que ha pasado fuera.

—Creo que necesitamos hablar con él de nuevo —sugirió Robert.

—Iré a ver cómo se encuentra —dijo Emily—. No quiero forzarlo sin que esté del todo recuperado. Además, tal vez si disponemos de más información sobre su especie, nuestro otro invitado se digne a hablar.

Emily salió del puesto de mando y caminó hacia el otro extremo del campamento. Pasó por delante de la enorme estaca a la que habían atado al prisionero Khol, que continuaba negándose a ingerir nada de lo que le ofrecían, ni siquiera agua. Lo miró con curiosidad cuando pasó por delante de él y este le devolvió la mirada. Lejos de parecer intimidado por la situación, dedicó una ligera sonrisa a la líder de sus captores. Parecía ser él quien estuviera jugando con ellos, y esa sensación le provocó un escalofrío que recorrió su columna vertebral.

Dedujo, por la vigilancia que había, que el recién llegado se encontraba en el comedor. Allí lo encontró, devorando con avidez un mendrugo de pan y un cuenco de guiso de carne que había sobrado de la noche anterior. Emily lo observó. Parecía distinto, una vez se

había aseado y puesto ropa limpia. Daba la impresión de ser mucho más joven de lo que parecía en un principio. Sin embargo, seguía teniendo una complexión demasiado delgada para la que, a buen seguro, había tenido en el pasado. Esperó con educación hasta que el kepleriano acabara de comer y se colocó delante de él cuando por fin reparó en su presencia.

—¿Qué tal se encuentra? —le preguntó.

—Bien, mucho mejor, gracias —aseguró él con otra cara, mucho más relajada.

—Sé que estará cansado y que incluso le vendría bien dormir, pero nos preguntábamos si sería posible hacerle unas preguntas sobre lo que ha vivido durante estos últimos tres años.

—Claro —asintió, levantándose de la mesa—. Lo que necesite, ya habrá tiempo para descansar.

Volvieron a cruzar el campamento y, aunque no intercambiaron palabra alguna, Emily no pudo evitar fijarse de reojo en la reacción del kepleriano cuando pasaron por delante del Khol. Notó cómo se arrugaba mientras continuaba caminando, como si se sintiera intimidado por su presencia. Lo compadecía. No quería ni imaginarse el infierno que había sufrido durante los tres últimos años. Y lo que seguía padeciendo. Pensar que su mujer continuaba cautiva dentro de la nave tenía que ser muy duro para él.

Entraron en el puesto de mando y todos guardaron silencio al comprobar el pulcro y renovado aspecto del kepleriano. Le ofrecieron un asiento y se dispusieron a escuchar lo que tenía que decirles.

—Le agradecemos enormemente que pueda atendernos a pesar de que su estado anímico sea tan delicado. Creo que ninguno de nosotros somos conscientes de lo que ha tenido que pasar entre esos monstruos —empezó Emily—. Sin embargo, me temo que los acontecimientos transcurren mucho más rápido de lo que desearíamos, así que tenemos que tratar de avanzar en esta maldita guerra en la que nos hemos metido.

—Lo entiendo —dijo él, asintiendo—. Y cuanto antes me pregunten todo lo que les haga falta saber, antes podré volver a

reunirme con mi querida Paad. Espero poder responder a todo lo que necesiten.

—Antes ha comentado que no ha sido capaz de llevar una cuenta exacta del tiempo transcurrido desde que los Khol asaltaron su casa. Nos gustaría saber por qué —indicó Emily.

—Esa respuesta es sencilla —los miró a todos—. Pasábamos la mayor parte del tiempo encerrados, sin saber si era de día o de noche. Bien en su nave, o bien en aquel extraño lugar en el que libran sus batallas.

—¿Los Khol están librando una guerra? —preguntó Robert, que intentaba conectar todas las piezas—. ¿Dónde?

—Vayan a donde vayan, la guerra y la muerte siempre van con ellos —explicó él con amargura—. Los Khol solo se dedican a destruir lo que encuentran. Son despiadados, salvajes, no conocen el miedo ni la rendición. No tienen aliados, solo esclavos y enemigos.

—¿Dónde está ese lugar donde están librando esa guerra? —preguntó Emily.

—No sabría cómo llegar hasta allí —agitó la cabeza—. Ni siquiera conozco su nombre real. Pero es un lugar oscuro, asfixiante, capaz de acabar con la determinación del kepleriano más íntegro. Nosotros lo llamamos El reino del Sol Oscuro.

Todos guardaron silencio. Las palabras del kepleriano calaron hondo sobre todos ellos, y la manera tan lúgubre con la que mencionó aquel lugar les heló la sangre.

—¿Cómo es ese sitio? —continuó Emily.

—Es extraño. —Le costaba que las palabras salieran de su garganta—. El cielo es de color rosáceo y anaranjado durante las primeras horas, no muy diferente al de aquí. Pero toma una tonalidad azul oscura durante la parte central del día. Podría ser un lugar apacible si no fuera porque, mires donde mires, solo ves oscuridad. Y ese sol que lo ilumina todo tiene su corazón oscuro como las tinieblas, pero, a la vez, escupe fuego por todos los lados. —Sus ojos reflejaron auténtico terror—. Dice la leyenda que el dios que habita allí fue forjado al calor de esas llamas, y que aquel que logre su favor, dominará las estrellas.

—¿Un dios? —Emily frunció el ceño, casi sin querer.

—Sí —la miró con seriedad—. Al principio yo también puse esa misma cara, creía que se trataba de supercherías y cuentos para asustar a los niños, pero luego comprobé que aquel lugar está embrujado. Las cosas no funcionan como aquí, no sabría cómo describirlo.

—Está bien, volvamos al sol que alumbra el planeta. Háblenos de él —le pidió Emily.

Él la miró extrañado, sin entender por qué motivo quería una descripción. Sin embargo, no dijo nada y la complació.

—Se trata de una gran esfera de color negro, como si dentro de ella residiera la oscuridad de la noche —describió—. A su alrededor hay dos anillos de fuego que recorren la superficie sin descanso y que, de alguna manera que escapa a mi entendimiento, se extienden hacia el exterior de la esfera. Los anillos son perpendiculares y se cruzan a ambos lados de ella. —Colocó sus manos en posición para intentar explicarlo.

Emily manipuló el terminal de su brazalete y mostró el holograma de un agujero negro.

—¿Se parece a esto? —preguntó.

El kepleriano dio un respingo en su banco.

—Es justo así. ¿Han estado ustedes allí?

—No —ella agitó su cabeza—. Hay más como ese por todo el espacio.

—¿Más como ese? —preguntó asustado—. ¿Y en todos hay Khol?

—No, no —trató de tranquilizarlo—. Solo tenemos constancia de que haya Khol en ese lugar que está describiendo. Pero, por favor, continúe con lo que nos estaba contando. Hablaba de aquel lugar y del dios que lo habita.

—Sí, como desee —carraspeó—. En ese lugar se está librando una guerra de cientos de años de duración —continuó el relato—. Muchos han sido los señores de la guerra derrotados en su afán de conseguir el favor del dios que allí habita. Pero la contienda está cerca de su final, ya que solo quedan dos señores Khol: Kragmar El Conquistador y Kruzkhar El Aniquilador.

—¿Qué clase de nombres son esos? —Chad soltó una carcajada nerviosa.

El kepleriano se giró para lanzarle una mirada de advertencia.

—No es para tomárselo a broma, humano —dijo él, con una seriedad en su tono que enmudeció al biólogo—. He visto cómo Kragmar desmembraba a uno como usted con sus propias manos sin motivo aparente, más allá de la locura y de su propio disfrute. Ninguno de los dos conoce el significado de la palabra piedad. Nadie ha sido capaz de detenerlos en su camino hacia su objetivo, y me temo que nadie lo hará. El día en que mi señor alcance la victoria y pueda tener los favores de su dios, todos estaremos perdidos.

—¿Kragmar es vuestro señor? —preguntó Emily, con un tono acorde a la gravedad del asunto.

—Así es —volvió su mirada hacia ella—, aunque es su hijo quien lidera desde hace años las expediciones para saquear otros mundos como el nuestro.

—Kraalok —mencionó Emily.

—Sí, es joven —dijo—, pero que eso no os lleve a confusión, es igual de despiadado que su padre.

—¿Cuántas veces ha visitado este planeta desde que los capturaron? —preguntó Taro, ansioso por conocer la dilatación temporal que provocaba el agujero negro.

—Esta es la tercera vez —respondió con seguridad.

—Eso supone que han pasado casi trescientos años keplerianos desde que los Khol asaltaran su casa.

—¿Cómo? —Exclamó. Su cara reflejaba una profunda incomprensión.

—Verá, usted cree que han pasado tres años desde que los Khol los esclavizaron a su mujer y a usted —explicó Taro—. Pero vivir en un planeta alrededor de ese sol tan oscuro tiene unos efectos secundarios que pueden resultar complicados de entender. En este caso, me temo que el tiempo pasa cien veces más lento cuando permaneces allí.

—Sigo sin comprender —murmuró él, con el ceño fruncido.

—Usted piensa que han transcurrido tres años y, en cierta manera, es cierto —continuó—. Pero el mundo que usted conocía, su ciudad, sus vecinos y amigos, su familia, han vivido trescientos años. Por ese motivo no encontró nada reconocible cuando regresó a su

casa. Cada vez que volvía al planeta era para realizar una nueva exacción, lo que significa que habían pasado cien años más.

—Pero, no puede ser —balbuceó. Comenzaba a ser consciente de lo que le decía—. Eso quiere decir que todos los que conocí están… muertos.

Khii agachó la cabeza, nervioso. Sus manos comenzaron a temblar ligeramente mientras procesaba toda aquella información. Su cabeza no era capaz de comprender el alcance de lo que acababa de descubrir. Parecía haber envejecido de nuevo en cuestión de segundos, como si la realidad recién descubierta hubiera añadido peso a su ya maltratada determinación.

—Lo siento mucho —dijo Emily.

—Pero ¿cómo es posible? —murmuró, con voz apenas audible—. Pasé todo este tiempo pensando que volvería a mi hogar, a mi anterior vida. ¿Todo este sufrimiento para descubrir que he sido a la vez prisionero del tiempo y del enemigo?

—Lo que conocía ha cambiado —indicó Emily.

—La nave de los Khol... —siguió—. Es todo lo que me queda. Quiero rescatar a mi mujer.

—Haremos todo lo que esté en nuestra mano —le aseguró Emily.

—Ahora soy yo quien tiene preguntas —dijo de repente, muy serio—. ¿Quiénes son ustedes? ¿Qué hacen aquí? Y ¿por qué hay muchos de los suyos bajo el yugo de los Khol?

Todos miraron a Emily, de la que esperaban una respuesta convincente.

—Es complicado de explicar —empezó, lanzando un sonoro suspiro—. Pero, digamos que hemos llegado desde muy lejos en busca de un lugar en el que poder comenzar de nuevo. Llegamos aquí en una nave parecida a la que utilizan lo Khol. Éramos dos naves, pero perdimos a una de ellas. Todos esos humanos esclavizados que viajan con los Khol son los descendientes de nuestros compañeros.

—¿Descendientes?

—Sí, me temo que perdimos a nuestros compañeros hace demasiado tiempo como para que ninguno de ellos continúe con vida —respondió ella, que recibió un gesto de aprobación de Taro,

validando el cálculo rápido que acababa de realizar—. Así que la única posibilidad es que ellos sean sus descendientes.

Las explicaciones de Emily, que omitió todo lo referente al nexo de unión entre ambas especies, parecieron convencer al kepleriano, que relajó su expresión. Volvió a hundirse en la silla, compadeciéndose de su situación y maldiciendo su suerte.

—Planificaremos el rescate de su mujer y de todos los que están allí —aseguró Robert.

—Pero tenemos que hacerlo rápido —su voz se convirtió en una súplica—. Si he entendido bien cómo funciona el tiempo, en el momento en el que los Khol se marchen de aquí, perderé para siempre la oportunidad de ver a mi mujer de nuevo. Al menos, en nuestro estado actual.

—Así es —asintió Emily, entendiendo su pesar—. Pero debemos ser cautos, un paso en falso podría echar por tierra todos los esfuerzos y sacrificios que hemos realizado. Tenemos pocas oportunidades para ganar esta guerra, pero sabremos aprovecharlas. Por eso necesitamos que nos cuente todo lo que nos pueda ser de utilidad sobre la base enemiga, sobre las tropas Khol y sobre la nave.

Horas más tarde, mientras Robert y Ÿonwush continuaban hablando con el kepleriano, que parecía no desfallecer nunca, Emily se disculpó. La conversación que mantenían y las preguntas que le hacían le resultaban ya demasiado técnicas y aburridas. Fuera como fuera, ella no tendría que participar en el diseño de la estrategia de ataque, aunque tendría la última palabra en cuanto a la ejecución de los planes.

En el exterior, el resto del campamento seguía con sus quehaceres. Pensó que tal vez había llegado el momento de cambiar de campamento de nuevo. Los Khol no tardarían en reaccionar a la última operación, y el baño de masas que tuvieron en Khapabir habría llegado sin duda a oídos de Kraalok. Solo era cuestión de tiempo que alguna de sus patrullas los encontraran. Tenían que alejarse de allí.

Emily se topó de bruces con Shiishyi, la huérfana que los acompañaba. «Este no es sitio para una niña», volvió a pensar. Tal

vez debería hablar con la madre de Shildii, en Khapabir, para que se hiciera cargo de ella. La niña detuvo su carrera y la observó en silencio. Ambas sonrieron, pero ninguna de las dos dijo nada, así que la niña continuó su camino.

Se sentó en uno de los tocones que había al lado de la hoguera y lanzó un largo suspiro. Estaba cansada. Llevaban varias jornadas sin descansar como es debido, yendo de un lado a otro sin saber si ese sería su último día. «¿Por qué es todo siempre tan complicado?», se preguntó. De repente, el sonido de un aleteo la sacó de sus pensamientos. Giró la cabeza hacía la pila de maderas que tenía a dos metros; un ave se había posado en el madero más alto. Parecía tranquila y la miraba con curiosidad, casi como si quisiera decirle algo.

Los movimientos de su cuello, que giraba en todas direcciones, la hicieron sonreír. Desde pequeña, las aves le habían resultado graciosas. Aunque no se parecía demasiado, le recordó al señor Pato, una mascota que su madre llevó a casa cuando Emily era muy niña. Le daba pequeños caracoles de alimento y el pato pellizcaba su mano al comérselos. Eran tiempos felices, cuando todavía estaban los tres y ella no era consciente de la importancia del trabajo de su padre.

Continuó observando al ave, que parecía estar de lo más cómoda en su presencia, hasta que reparó en su pata derecha. Tenía algo enredado en ella. Emily se levantó con sumo cuidado y se acercó un poco para comprobar que sus ojos no la engañaban. Eso era una pequeña bolsa de cuero. Alguien les había enviado un mensaje. Sin tiempo para pensar en cómo habían conseguido que un ave encontrara el campamento, dio un par de pasos más, tratando de no asustarla. El animal no pareció inmutarse por los torpes movimientos de Emily, e incluso cambió la postura de sus patas para facilitar el acceso a la diminuta cartera.

Acercó las manos sin que el ave se molestara y abrió con cuidado la pequeña hebilla que cerraba la bolsa. Encontró un pergamino perfectamente enrollado y rodeado por un lazo de tela de color morado. Lo desenrolló y, gracias a sus avances en *kophi*, fue capaz de leer lo que ponía.

A la atención de la doctora Rhodes, del pueblo Gaal-El

La Sexta Logia ha decidido ofrecerle una oportunidad única para acabar con este sinsentido. Estamos dispuestos a discutir los términos en una reunión cara a cara. El lugar será una cabaña abandonada en medio del Bosque de los Susurros, lejos de miradas indiscretas. No se permitirá la presencia de escoltas y tampoco podrá acudir con ningún acompañante; deberá cumplir estas condiciones si realmente desea alcanzar algún tipo de acuerdo.

Esperamos su presencia al amanecer, dentro de dos días.

La Sexta Logia

21

La cabaña

1 de julio del año 3

Campamento B, Kepler-442b

Robert la miraba incrédulo. No la creía capaz de hacerlo. Sin embargo, su determinación era total y poco a poco había ido aceptando la situación.

—¿Estás segura de todo esto? —le preguntó.

Emily lo miró mientras se colocaba la capa de color carmesí que Yisht le había regalado.

—Tenemos que hacerlo —dijo ella—. De lo contrario, pensarán que no tenemos arrestos para hacer lo que es debido. Nos han enviado un mensaje, tenemos que responder.

—Está bien. —Robert pareció tirar la toalla—. Todo el equipo está preparado para marcharnos.

—Bien, pero recuerda: no pueden acercarse demasiado —le advirtió—. La Sexta Logia tendrá espías en todos lados, cualquier paso en falso y perderemos la oportunidad.

—Entendido —asintió.

Salieron de los barracones. En el exterior estaba todavía oscuro, pero la temperatura era agradable para la hora que era. Ferrara, Solberg, Miller, Connor y Nowak, ya recuperado de las heridas del último golpe, esperaban con sus petates en la espalda. También se les había unido Vaanu, uno de los keplerianos de confianza de Ÿonwush y uno de los pocos que conocía el camino hasta de El Bosque de los Susurros, el lugar elegido por la Sexta Logia para la reunión. El viaje sería largo, así que habían desayunado en abundancia para coger fuerzas. Emily recogió su mochila y se acercó a ellos.

—¡En marcha! —les dijo.

Marcharon en fila de a uno por el pequeño sendero que llevaba hacia el norte. Saludaron al vigía que, camuflado entre las ramas más altas de un árbol, se encargaba de que nadie se acercara desde allí. Vaanu emitió un sonido parecido al de una lechuza y el vigía se lo devolvió poco después. Abandonaron el campamento y durante unos cuántos kilómetros tuvieron que desplazarse por zonas repletas de vegetación y sin disponer de senderos que indicasen el camino.

—Nos dirigiremos a la cordillera del noreste —explicó Vaanu—. Allí ascenderemos y cruzaremos las montañas por el paso de la Herradura. Después tendremos que recorrer unos cuantos kilómetros más hasta llegar al Bosque de los Susurros.

—¿Por qué lo llaman así? —preguntó Ferrara.

—Hay muchísimas leyendas en torno a ese lugar —explicó el kepleriano. Su voz, sin llegar a denotar miedo, sonaba llena de respeto—. Pocos se adentran allí si pueden evitarlo, y algunos de los que lo hacen, desaparecen.

—¿Desaparecen?

—Sí —afirmó Vaanu—. Algunos dicen que está lleno de espíritus del bosque, otros que hubo una gran batalla hace miles de años y que por cada soldado muerto creció un árbol que continúa cobrándose vidas en una guerra sin fin.

—Y tú, ¿qué crees? —preguntó Ferrara con curiosidad.

—Que todo eso son cuentos de viejas —se encogió de hombros —. El viento sopla con especial fuerza en la zona y los árboles son diferentes a los que encontramos aquí abajo. El silbido del aire al rozar las copas hace que parezca que los árboles cuchichean entre ellos.

—Pero eso no hace que la gente desaparezca —señaló Connor.

—No —sonrió el kepleriano—, ni mucho menos. Pero es habitual que haya una niebla espesa en la zona. Eso hace que los caminantes poco experimentados se desorienten y acaben con sus huesos en una de las múltiples cuevas que se abren en algunas zonas del suelo. Si a todo esto le sumamos que antiguamente había grupos de forajidos escondidos en la zona, tenemos los ingredientes perfectos para construir una leyenda llena de patrañas y supercherías.

Todos parecieron respirar con más tranquilidad cuando el kepleriano acabó la frase. Aunque ninguno creía en el más allá, las historias antiguas siempre solían tener algo de cierto.

—Pero no os confiéis —prosiguió—. Es un lugar muy peligroso en el que no conviene adentrarse si no conoces la zona.

—¿Qué nos puedes decir de esa cabaña abandonada? —preguntó Emily.

—En realidad se trata de un antiguo campamento de malhechores —respondió él—. Se le conoce como la cabaña abandonada porque es la última que queda en pie.

—¿Has estado allí alguna vez?

—Solo una, cuando era joven —su expresión se endureció—. Un grupo de amigos quisimos ponernos a prueba. Uno de ellos casi muere tras un desprendimiento de tierra. Regresamos vivos de milagro.

Emily escuchó el relato de Vaanu mientras caminaban a través del bosque. No temía a las leyendas ni a los rumores, pero sabía que cualquier pequeño detalle podía marcar la diferencia en esa misión. El hecho de que la Sexta Logia la hubiera citado en un lugar tan remoto solo confirmaba que la reunión no sería lo que parecía.

—Y ¿qué hay de la Sexta Logia? —preguntó Miller, rompiendo el silencio—. ¿Qué podemos esperar?

—Sabemos muy poco de ellos —respondió Emily—. De alguna manera, se encargan de tratar con los Khol durante las exacciones. No sabemos quiénes forman la sociedad ni a qué se dedican, pero son capaces de señalar a los suyos por intereses individuales. Creemos que el intento de asesinato del otro día fue organizado por ellos.

—Entonces, ¿por qué estamos acudiendo a la cita? —preguntó el soldado—. ¿No sería mejor ignorarlos?

—Porque vamos a demostrarles que no tenemos miedo —respondió Emily sin miramientos—. Tienen que saber que estamos preparados para cualquier eventualidad y que no nos temblará el pulso para conseguir nuestra libertad y la del pueblo kepleriano.

—Pero ¿qué haremos si es una trampa? —preguntó Ferrara, sin poder ocultar su inquietud.

—Probablemente lo sea —admitió Emily—. Pero no vamos desarmados.

Mientras se acercaban al paso de la Herradura, la vegetación se hizo más espesa y el aire comenzó a enfriarse. La noche aún cubría el cielo, pero el primer rayo de luz del amanecer no tardaría en aparecer. Emily sabía que, aunque la Sexta Logia la citara bajo la apariencia de una reunión pacífica, debía estar preparada para lo peor.

Vaanu, que lideraba el grupo, giró la cabeza hacia los demás.

—Llegaremos en unas horas si todo va bien —dijo, con una mirada cautelosa—. Pero debo advertiros de que el terreno será más peligroso a partir de aquí.

Continuaron avanzando y se adentraron en un terreno que se hacía cada vez más accidentado y vertical. El silencio del bosque era opresivo y solo lo interrumpía el crujido de las ramas bajo sus pies y el suave susurro del viento entre los árboles. Poco a poco se fue echando la niebla, muy sutil al principio del ascenso, mucho más espesa a medida que subían por la cordillera. Una hora más tarde, un manto gris los envolvía, impidiendo que vieran nada más allá de cinco metros. Marcharon en silencio, con las palabras sobre la desorientación y los peligros naturales que los esperaban resonando en sus cabezas.

El ascenso por el Paso de la Herradura fue más complicado de lo que esperaban. El terreno rocoso y resbaladizo dificultaba el avance, pero Vaanu los guiaba con seguridad. Evitaron los peores tramos e intentaron no perder el rumbo a pesar de la niebla que lo cubría todo.

—Hemos dejado atrás la Herradura —anunció el kepleriano cuando el terreno se suavizó—. Estamos entrando en el Bosque de los Susurros. La cabaña está a menos de una hora de aquí.

Su voz sonó apagada por el efecto de la niebla. De manera inconsciente, todos los miembros de la expedición se habían agrupado en unos pocos metros, evitando separarse los unos de los otros. Sin embargo, la visibilidad era tan reducida que desde el final del grupo no se veía la parte delantera.

—De aquí en adelante, nadie debe separarse —ordenó Robert—. Mantengan los ojos abiertos y las armas listas.

El grupo avanzó con cautela. El suelo bajo sus pies estaba blando y cubierto de hojas húmedas. El viento azotaba las capas más altas de la niebla, provocando los silbidos de los que había hablado Vaanu. Además, la niebla no era estática, sino que se movía al son de los murmullos. A medida que avanzaban, sombras fantasmagóricas que aparecían y desaparecían por doquier los hicieron sentirse incómodos y observados. A ninguno les extrañaron todas las leyendas y supersticiones que se habían creado en torno a ese lugar. Solo pensar en hacer ese trayecto sola hizo que a Emily se le pusiera la piel de gallina.

De repente, Vaanu se detuvo en seco y provocó que el resto chocara contra el petate del que les precedía.

—¿Lo veis? —señaló hacia abajo—. Hay que tener muchísimo cuidado en este lugar. Un solo paso en falso y no saldremos de aquí con vida.

El kepleriano bordeó el agujero que se abría delante de ellos. A más de uno le hubiera gustado comprobar la profundidad de aquella cueva, pero la niebla no les permitía ver casi nada, así que se limitaron a guardar una distancia de seguridad con la abertura y a continuar su camino.

Finalmente, cuando el día comenzaba a despertar y empezaban a ver sombras entre la niebla, Vaanu les informó de que habían llegado a su destino. La niebla era algo menos densa en ese lugar, pero nadie fue capaz de vislumbrar ninguna estructura más allá de algunos troncos de árbol que poblaban el bosque.

—La cabaña se encuentra a casi un kilómetro en línea recta —susurró mientras señalaba la dirección—. En esta zona, la niebla se debilitará a medida que avancemos. Creo que este es un buen lugar para que aguardemos.

—Bien, preparemos la operación —ordenó Robert—. Quiero que creen un perímetro seguro antes de que hagamos nada más.

Todos asintieron y se pusieron manos a la obra. Cuando colocaron los sensores y se resguardaron de miradas indiscretas tras

la espesa vegetación que los rodeaba, ya estaban listos para comenzar.

—¿Estás segura de esto? —volvió a preguntarle a Emily—. A partir de ahora, no habrá marcha atrás.

—Sí —dijo con seguridad—. Tenemos que hacerlo.

La capa carmesí atravesó la niebla en la dirección que Vaanu había indicado. A pesar de que esta era cada vez más ligera, todavía no había señales de que ahí delante existiera un antiguo poblado. No fue hasta cubrir tres cuartas partes del trayecto cuando comenzaron a aparecer estructuras de madera entre la bruma. Tal y como les había adelantado el kepleriano, allí había varios armazones derruidos por el paso del tiempo. A lo lejos apareció un edificio de madera que se mantenía en pie a pesar de todo. Esa era la cabaña abandonada. Era más vieja y ruinosa de lo que Emily había imaginado, con las ventanas rotas y el techo parcialmente derrumbado. El lugar emanaba una sensación de abandono, pero también de peligro.

No había nadie, ni nada que revelara la presencia de alguien en los alrededores. Solo estaban los restos del poblado y la cabaña. La niebla ya permitía ver lo suficiente como para saber que la puerta de la cabaña se encontraba cerrada. Aun así, Emily se detuvo a unos treinta metros, esperando que algo o alguien le hiciera una señal. Se apartó la capucha para que fueran quienes fuesen los que la esperaban, supieran que se trataba de ella y que venía sola, tal y como habían pedido.

De repente, la puerta de la cabaña se abrió de par en par. Dudó en continuar, pero tal y como le había dicho Robert, ya no había marcha atrás. Lanzó un profundo suspiro y recorrió los últimos metros que la separaban de la cabaña. Supuso que a medida que se acercara a la puerta podría ver algo de lo que la esperaba en su interior. Pero solo distinguió un largo pasillo que acababa en una gran estancia. Cruzó el umbral y continuó adelante. Todo estaba muy oscuro. Pasó por delante de algunas puertas desvencijadas, pero no se detuvo a mirar en su interior. Continuó hasta que llegó a la estancia. Allí pudo ver una figura ataviada con una capa de color oscuro. Mantenía la cabeza agachada de tal manera que no pudo ver su rostro.

La figura encapuchada no se movió un ápice, como si estuviera esperando a que Emily diera el primer paso.

—¿Perteneces a la Sexta Logia? —preguntó ella. Su voz clara y firme resonó en la habitación vacía.

De repente, varias figuras emergieron de las habitaciones contiguas y se abalanzaron sobre ella. Llevaban grandes lanzas y sus escamas verdes brillaban a pesar de la oscuridad en el interior. Era una trampa. Cuatro de ellos recorrieron a toda prisa la distancia hasta Emily y con rápidos movimientos de sus brazos, clavaron las lanzas sobre su pecho. Sin embargo, no hicieron blanco. Los cuatro Khol se quedaron atónitos al comprobar cómo las puntas de las lanzas atravesaban la imagen holográfica de Emily que era proyectada por uno de los artilugios de Solberg. Ante el desconcierto de los atacantes, el holograma lanzó una sonrisa maliciosa.

La explosión se escuchó en varios kilómetros a la redonda. La cabaña saltó por los aires, afectando a parte de los árboles que la rodeaban y a los restos de las cabañas del antiguo poblado.

—¡Estén atentos! —ordenó Robert—. Puede que haya enemigos en los alrededores. Avanzaremos a mi señal.

Aguzaron sus sentidos, a la espera de una horda de Khol furiosos que nunca apareció. Tras esperar unos instantes a que la situación se calmara, Robert dio la orden de avanzar.

Salieron de su escondite y se dirigieron en perfecta formación hacia el lugar de la explosión. A medida que avanzaban por entre los restos del poblado, el resplandor de las llamas y la columna de humo que se elevaba hacia el cielo se hacían más evidentes. Robert iba a la cabeza. Sus ojos escudriñaban el terreno buscando alguna señal de vida entre los restos de la deflagración. Cuando estuvieron delante de la cabaña observaron el devastador poder de la carga de nitroglicerina que habían colocado en el pequeño dron terrestre. No solo no había quedado nada en pie, sino que había un enorme boquete en el suelo. Todo era silencio en los alrededores, lo único que lo rompía era el crepitar de las llamas, que comenzaban a humear y a disipar la niebla.

Solo entonces pudo Robert relajar los músculos.

—Busquemos los cuerpos de los Khol —ordenó.

Todos se dispersaron, salvo Emily, que continuó detrás de Robert, con la katana en la mano, preparada para defenderse de cualquier atacante. El militar avanzó hasta la zona de la explosión, apuntando con su fusil en todas direcciones. La cabaña había saltado por los aires, lanzando todo el material que quedaba en pie a decenas de metros de allí. Era poco probable que hubiera supervivientes.

—¡Aquí hay un cadáver! —gritó Ferrara desde la derecha—. O lo que queda de él…

—¡Aquí hay otros dos! —avisó Nowak casi al mismo tiempo.

Robert y Emily rodearon la cabaña y unos cuantos metros más adelante, entre las ruinas humeantes, encontraron los restos desmembrados e irreconocibles de un kepleriano.

—Creo que este es el que aguardaba dentro de la estancia —dedujo Emily a partir de los humeantes jirones de tela oscura esparcidos por doquier.

—He de reconocer que no estaba muy seguro de esta operación —confesó él—. Pero visto lo que ha ocurrido, no puedo hacer otra cosa que felicitarte.

—De no ser por mis informadores, ahora mismo estaría ensartada en unas cuantas lanzas Khol —dijo con una pasmosa tranquilidad.

—¿No vas a revelar quién ha sido tu fuente?

—Cuanta menos gente lo sepa, menos peligro de que alguien nos haga confesar bajo tortura.

Robert la miró extrañado. La frialdad que demostraba en ciertas ocasiones no dejaba de sorprenderle.

—Hay varios cuerpos —informó Ferrara después de revisar su zona—. No ha quedado mucho de ellos, pero se puede decir que eran todos Khol.

—No tenemos mucho más que hacer aquí —dijo él—. Salgamos de este maldito bosque, me pone los pelos de punta. Volvamos al campamento.

Con un sencillo silbido, Robert llamó la atención del resto y comenzaron el viaje de regreso.

22

La escisión

25 de agosto del año 3298

Holoblog - Entrada 18

Steven se colocó en la silla, como hacía siempre. Después activó la holocámara con un movimiento lento y pesado, como si le costara mover los brazos. El pequeño dispositivo emitió un suave zumbido y proyectó la familiar luz roja que indicaba que ya estaba grabando. Se sentó frente a la cámara con el rostro demacrado por el tiempo, las responsabilidades y la incertidumbre.

Sus manos temblaban un poco, una mezcla de la edad y el agotamiento acumulados. Aún sostenía la misma taza vieja, aunque se distinguían un par de zonas desconchadas por algún que otro golpe fortuito. La bebida que contenía apenas humeaba; se había enfriado antes de que pudiera siquiera probarla. Steven lanzó un suspiro profundo y miró directamente a la cámara.

—Hola, Emily —empezó. Su voz sonaba como si hablara con una presencia etérea, como si se dirigiera a un ser querido delante de su lugar de descanso eterno—. Ha pasado mucho tiempo desde la primera vez que me senté aquí a grabar el primer holoblog. Han sido años complicados, aunque también ha habido momentos felices... Muchos más de los que imaginé en un principio, cuando aterrizamos en este planeta.

Suspiró profundamente y el aire salió de sus pulmones con pesadez.

—Pero el tiempo me ha pasado factura más rápido de lo que cualquiera de nosotros estaba preparado para asumir. La vida aquí no es fácil, Emily. Es dura, durísima. No es solo el frío o la falta de recursos, sino la soledad, el desgaste... Nos hemos hecho fuertes, pero frágiles a la vez.

»Tengo que ser honesto. Puede que no me quede mucho tiempo —su voz sonó calmada, como quien ya ha hecho las paces consigo mismo—. Las condiciones aquí son implacables. No sabemos cuánto más podremos resistir, y la verdad es que mi cuerpo ya no es lo que era.

Se frotó el pecho, donde a veces sentía un dolor profundo, un recordatorio constante de que su salud estaba deteriorándose.

—Emily, quiero que sepas algo muy importante. Si no llego a verte de nuevo, si no llegas a saber nada más de mí, más allá de estas grabaciones, quiero que sepas que todo lo que hice, lo hice por ti —dijo con voz temblorosa—. Cada decisión, cada sacrificio, fue con la esperanza de que un día pudieras tener una vida mejor, sin complicaciones. No siempre acerté, lo sé, pero siempre lo hice con la mejor de las intenciones.

»Si encuentras estas grabaciones, yo ya habré dejado este lugar hace mucho tiempo —continuó—. Pero no quiero que te lamentes por mí. He tenido una vida larga y plena y solo me arrepiento de haberme separado de ti. Mi única esperanza es que lo consigáis, que logréis triunfar donde nosotros fracasamos.

»No tengo miedo de lo que vendrá, porque sé que, de alguna manera, estarás bien. No importa lo que hagas o en qué punto del universo te encuentres. Siempre serás parte de mí. Y yo siempre estaré contigo, aunque solo sea en estos recuerdos digitales —sonrió tímidamente—. No hay un final feliz en todas las historias, pero si hay algo que quiero que recuerdes es que viví con esperanza. Y si yo pude hacerlo aquí, en este rincón olvidado del cosmos, sé que tú también podrás.

Se detuvo un momento, como si las palabras le pesaran. Tomó un sorbo de su taza, apenas sintiendo el sabor del líquido. Su mirada triste se clavó en la cámara, pero supo contener las lágrimas.

—Hace unas semanas, un grupo de personas ha decidido marcharse de aquí. —Hizo una breve pausa tras sacar lo que tanto daño le había causado—. No puedo culparlos. Durante años han soportado el frío y la incertidumbre. Han visto a nuestra comunidad fragmentarse poco a poco y, con cada año que pasaba, las diferencias se hacían más notorias.

Steven se frotó los ojos con una mano, cansado. Su piel, curtida y marcada por el clima, mostraba el paso del tiempo con cada arruga que adornaba su rostro.

—Se han dirigido al norte —continuó—, hacia una región que, según ellos, es más fértil, menos expuesta a los cambios estacionales extremos. Pero yo no me hago ilusiones. Los ciclos de este planeta aún nos son desconocidos, y cada rincón que exploramos parece tener sus propios peligros y condiciones. Aun así, quieren intentarlo. Han formado un grupo bastante numeroso, algunas familias y unos cuantos técnicos. Van provistos de herramientas y armas rudimentarias y con la esperanza de encontrar algo mejor, algo que les resulte más llevadero que esta vida. En el fondo, sé que la motivación principal es que no comparten mi forma de dirigir el proyecto. En cierta manera, me siento responsable de todo lo que ha ocurrido.

Miró a su taza, como si buscara respuestas en su fondo.

—No sé si fue un error permitirles irse, pero ¿quién soy yo para detenerlos? —Steven dejó escapar una risa amarga—. Ya no tengo fuerza para imponer decisiones. Tal vez nunca la tuve y solo me engañé durante estos años. Quería creer que la estabilidad era posible, que podíamos construir algo nuevo aquí, en este planeta que, nos guste o no, ahora es nuestro hogar. Pero el ser humano es obstinado por naturaleza. Siempre buscando algo mejor, siempre insatisfecho. No puedo culparlos por intentar encontrarlo.

Su mirada se perdió por un momento en el rincón de la pequeña cueva en la que se encontraba. A lo largo de las paredes de aquella bóveda pétrea había colgado algunos mapas y registros del territorio que habían explorado en la última década.

—Me pregunto qué pensarás de todo esto si algún día llegas a ver estas grabaciones. ¿Pensarás que fallamos? ¿Que nunca debimos venir? Tal vez tengas razón, no lo sé. Nos enfrentamos a lo desconocido, a un enemigo que ni siquiera llegamos a entender mínimamente. Y aquí estamos, divididos una vez más por nuestros propios egos y diferentes puntos de vista.

Steven se acomodó en la silla. La espalda le dolía más cada día. El peso de la edad era evidente, pero también el de las decisiones

que había tomado a lo largo de su vida.

—En realidad —dijo, pensándolo mejor—, tal vez esté siendo demasiado crítico con todo lo que está ocurriendo. No hay nada de malo en que alguien quiera emanciparse. La disparidad de opiniones y la libertad de acción son conceptos básicos y necesarios en cualquier sociedad avanzada. Puede que le esté dando una importancia que en realidad no tiene. Espero que mi sucesor sepa hacerlo mejor que yo —concluyó.

»Podría decirse que, salvo este pequeño incidente, el resto de la población de nuestra colonia es feliz aquí —se mesó la barba, repleta de canas—. Supongo que tengo que ver el vaso medio lleno aunque, a mi edad, me temo que ya es difícil cambiar la forma de ser —sonrió.

Esa sonrisa hizo que su expresión se llenara de luz. Una repentina sensación de paz y de ternura invadió su mente.

—El pequeño Steven... —siguió, recordando a su ahijado—. Es un niño muy despierto. Hace un par de días me preguntó por qué no nos fuimos con ellos. Le expliqué que nuestro lugar está aquí, que necesitamos mantener vivo lo que hemos logrado. Pero la realidad es que ya no me quedan fuerzas para emprender otra aventura. Esta será mi última frontera. Quisiera que algún día lo entendieras. No todos nacimos para avanzar siempre. Cuando llegamos a una edad, algunos de nosotros solo queremos mantener lo que tenemos, por frágil que sea.

»Ahora es el turno de los jóvenes, llenos de esperanzas y metas por alcanzar —carraspeó—. Tenemos ya más de cien jóvenes y niños entre nosotros. Dentro de poco serán ellos los que tendrán que coger las riendas de la colonia. De ellos dependerá la supervivencia de la especie. Los más mayores están siendo educados para liderarlos. Les enseñamos a sobrevivir en este lugar, pero también a conocer nuestra historia, nuestro pasado. De esa manera evitaremos que cometan los mismos errores que cometimos en el pasado.

»No sé si será que lo miro con otros ojos, pero creo que mi ahijado destaca sobre todos los demás. Es trabajador y muy inteligente. Cuando no está en el colegio, intento aleccionarle sobre la historia de la humanidad, que entienda cómo funcionaban las

sociedades en la Tierra, cómo, a pesar de todo, acababan derivando en conflictos fratricidas.

Hizo otra pausa para sorber un nuevo trago de la taza. Su garganta parecía resentirse cuando hablaba durante largos periodos de tiempo.

—No sé cuándo me llegará la hora —continuó con expresión calmada—. Pero espero poder cumplir con mi propósito. Mi intención, si a todo el mundo le parece bien, es que mi ahijado ocupe mi lugar cuando yo ya no esté. Pero para ello tengo que ser capaz de transmitirle los valores que hicieron posible el proyecto. Los valores de la democracia, el altruismo y la importancia del trabajo en equipo. No se trata tan solo de gestionar los recursos o de coordinar diferentes grupos, sino de que entienda el verdadero significado de liderar una comunidad. Debe saber escuchar a los demás y reconocer sus propios fallos, actuar con justicia y dar ejemplo con sus actos. Pero, sobre todo, tiene que priorizar el bienestar común por encima de sus propios intereses. Esas son las condiciones que diferencian a un líder de un jefe.

»Le he hablado tantas veces sobre nuestra historia, sobre lo que dejamos atrás, en la Tierra, sobre lo que ocurrió con el meteorito y por qué estamos aquí. Pero lo que más intento que entienda es lo frágil que es todo esto. Este asentamiento, esta comunidad… son solo pequeños hilos de la vasta tela que es la historia humana. Y si no se cuidan, si no se valoran, desaparecerá entre las fibras del tiempo, como tantas otras civilizaciones antes de la nuestra.

»Espero que pueda llegar a convertirse en el kepleriano más preparado de todos —continuó—. Llegará un día en el que no quedemos vivos ninguno de los miembros del proyecto original. Su generación tendrá que tomar las riendas, y espero saber prepararlo como es necesario. Y todo ello, con la única intención de instaurar una democracia participativa. Espero que sean mejores de lo que hemos sido nosotros.

Se detuvo un momento. De uno de sus bolsillos sacó un trozo de tela y se sonó la nariz.

—Quizá yo ya esté demasiado viejo para ver el futuro que estos jóvenes construirán —dijo con una sonrisa triste—, pero tengo la

esperanza de que sabrán hacerlo mejor que nosotros.

Mirando a la cámara, su expresión se volvió de nuevo melancólica.

—A medida que uno se hace más viejo se empieza a dar cuenta de lo que realmente importa. Creo que todos nosotros hemos asumido de buena gana que los individuos somos insignificantes, que lo que realmente importa es el colectivo, nuestra sociedad. Por desgracia, para otros muchos ya es demasiado tarde para comprenderlo. Creo recordar un viejo proverbio africano que decía: «Si quieres ir rápido, ve solo, pero si quieres llegar lejos, ve acompañado».

Hizo una pequeña pausa y miró fijamente a la cámara con gesto serio.

—Espero que sepáis rodearos de las personas adecuadas. De lo contrario, todos estaremos perdidos.

23

En busca de ayuda

2 de julio del año 3

Campamento B, Kepler-442b

Ya de vuelta después de haber esquivado la trampa tendida por la Sexta Logia y los Khol, el grupo no podía permitirse obviar el riesgo que estaban corriendo en el campamento. El hecho de que el ave mensajera hubiera localizado su ubicación era una clara advertencia. No podían quedarse mucho más tiempo allí. La relativa seguridad que antes sentían había sido reemplazada por una sensación de temor y desasosiego. Sabían que el riesgo de ser atacados por sus enemigos era mayor que nunca.

Emily ayudaba a Taro y a Paula a empaquetar algunas de las pertenencias esenciales, sabiendo que el traslado era inevitable. Durante los últimos días, decenas de keplerianos se habían acercado desde distintas regiones, motivados por los rumores sobre la creciente resistencia que había conseguido derrotar a los Khol en varias ocasiones. Venían a ofrecer su apoyo, sus habilidades, pero, sobre todo, su esperanza. La atmósfera en el campamento era una mezcla de estupor y tensión. Por un lado, el número de voluntarios aumentaba, lo que les daba una cierta sensación de estar cumpliendo los objetivos. Por otro, el campamento no estaba preparado para acoger a tantos refugiados. La capacidad logística era limitada y la presión sobre los recursos se hizo más que evidente.

Muchos de los recién llegados eran simples campesinos o artesanos, ajenos a la vida militar. Solo unos pocos habían sido soldados en el ejército de Khaavahki, pero no eran suficientes para conformar un ejército capaz de enfrentarse a los Khol en un asalto frontal. La cúpula de la resistencia lo sabía bien. Aunque agradecía la voluntad de colaborar, en su interior tenía claro que esos keplerianos

no representaban la fuerza que necesitaban para ganar la guerra. A pesar de todo, la moral en el campamento se mantenía alta, y con cada nuevo voluntario, la resistencia parecía consolidarse un poco más.

Sin embargo, tras los últimos acontecimientos, la creciente presencia de extraños suponía un nuevo riesgo. Las lealtades eran todavía inciertas, y la posibilidad de que espías se hubieran infiltrado en sus filas no podía ser descartada. Por eso, decidieron incrementar las medidas de seguridad alrededor de Emily, consciente del símbolo en el que se había convertido. Así pues, optaron por aceptar a la mayoría de los voluntarios con la esperanza de que, si bien no todos eran experimentados guerreros, pudieran ser valiosos en otras áreas. La resistencia, aunque todavía era frágil, comenzaba a tomar forma, creciendo en número y, poco a poco, en apoyos y determinación.

Taro, Avmup, Alberto y James Coogan se encargaron de recibir a los recién llegados y de explicarles las normas de convivencia del campamento. Mientras, el resto preparaba las carretas y los animales para un nuevo traslado. En esa ocasión se desplazarían hacia el oeste, a un campamento situado entre las cuatro ciudades keplerianas. Para disgusto de Emily, Robert le había asignado a dos escoltas que la acompañarían en todo momento a algo de distancia. Aunque la idea de tener dos sombras detrás de ella no la apasionaba, había resultado ser algo innegociable para él, así que no opuso resistencia.

Más tarde, cuando creyó que estaba todo organizado, se acercó al puesto de mando, donde la cúpula militar discutía sobre los siguientes pasos a dar.

—Creo que es muy precipitado todavía —decía Robert sacudiendo la cabeza—. Tenemos que organizar alguna incursión más, evitar que más suministros lleguen a la nave nodriza.

—Es un error —esgrimía Ÿonwush—. Tenemos que aprovechar el desconcierto actual para dar un golpe en el mismo interior de su base.

—No podemos arriesgarnos a un enfrentamiento frontal todavía —insistió él—. A pesar de todo lo que nos ha desvelado Khii, no

sabemos casi nada sobre ellos, ni siquiera el número real de efectivos de los que disponen. Una incursión podría tirar por los suelos todo el sacrificio y el esfuerzo de estos últimos meses. Debemos permanecer ocultos y seguir atacando las líneas de suministros.

Ÿonwush cruzó los brazos y frunció el ceño. Emily observó en silencio desde la entrada. La tensión dentro del mando era evidente. Las derrotas que habían infligido a los Khol durante los últimos días habían sido un éxito inesperado, pero los diferentes puntos de vista sobre cómo seguir adelante amenazaban con fracturar la unidad del grupo.

—Si esperamos demasiado, perderemos el único momento en el que son vulnerables —añadió la kepleriana con tono firme—. El caos que les hemos causado les ha desorganizado. Ahora es cuando menos preparados estarán para rechazar un ataque en el corazón de su base.

Emily sabía que ambos tenían parte de razón, pero también que la decisión debía tomarse con calma. Se aclaró la garganta y ambos se giraron hacia ella.

—Buenos días. ¿Ocurre algo? —preguntó Robert, en parte agradecido por la interrupción.

—No, todo está en calma, al menos por el momento —respondió ella, acercándose a la mesa para estudiar el mapa—. Pero no podemos confiarnos, los Khol son despiadados y algo me dice que saben cómo recuperarse de las derrotas. Veo que tenéis diferentes opiniones, pero me gustaría escuchar alguna más.

Emily se dirigió a los que estaban alejados de la mesa. Ferrara, que había permanecido callada mientras Emily estaba en la puerta, tomó partido a favor de su superior.

—Yo estoy con el capitán Beaufort —dijo con calma—. Necesitamos más información sobre los movimientos internos de los Khol. Es cierto que están desorientados y confundidos por nuestras operaciones pero, sin conocer los efectivos de los que disponen ni el tipo de tecnología que pueden utilizar en nuestra contra, introducirnos en su base sería poco menos que un suicidio.

La capitana kepleriana la fulminó con la mirada.

—¿Y qué propones, Ferrara? ¿Seguir lanzando pequeñas escaramuzas hasta que perdamos suficientes efectivos para no poder acabar lo que hemos empezado? —su voz sonó cargada de reproche—. Ya hemos perdido a keplerianos valientes y también hemos tenido varios heridos leves. Los Khol seguirán reforzando la seguridad de sus transportes, por lo que mañana mismo podríamos perder más efectivos. Por mucha gente que se acerque a ayudar —señaló hacia el exterior—, ninguno de los que vengan podrán sustituir las bajas que hemos sufrido. Puede que no tengamos más oportunidades que esta. Necesitamos preparar un golpe decisivo.

Emily, sintiendo la creciente tensión, decidió intervenir.

—Ambos puntos son válidos, pero necesitamos un plan que combine nuestros recursos actuales y la situación en la que están los Khol —dijo con voz tranquila—. Mi padre solía decir que la virtud está siempre en el término medio. No podemos lanzarnos a lo loco, pero tampoco podemos permitirnos perder el impulso. ¿Qué tal si preparamos una misión más profunda de reconocimiento en su base? Si logramos infiltrarnos y obtener información valiosa, podríamos preparar un golpe certero en el momento adecuado. Tal vez podamos proponerle a Khii que nos acompañe.

Hubo un largo silencio mientras todos pensaban en lo que acababa de proponer Emily.

—Será muy complicado, pero podría funcionar —dijo Robert, acariciándose la barba—. Si contamos con alguien que pueda moverse sin ser detectado y que nos ayude a conseguir datos útiles, podríamos saber con exactitud cuál es el punto débil de la base Khol.

—Tal vez tengas razón —concedió Ÿonwush, aunque su tono seguía siendo serio—. Pero tendremos que ser extremadamente sigilosos. Si nos descubren, no habrá una segunda oportunidad.

Emily asintió, aunque sabía lo que eso significaba. Era arriesgado, pero necesitarían esa información tarde o temprano. Tal vez ese fuera el momento perfecto para llevar a cabo la infiltración, cuando los Khol estaban más atentos al exterior de la base que al interior.

—Iré yo —dijo la kepleriana.

—No, es una locura —rechazó Robert—. No podemos permitirnos perderte.

—Conozco mejor que nadie sus tácticas, y puedo moverme rápido sin levantar sospechas —insistió.

—Está bien —suspiró el capitán, consciente de que tenía razón—. Pero tendremos que reconocer antes la zona para planificar la extracción. Y no dejaremos que lo hagas todo sola. Llevaremos a cabo un reconocimiento previo de los alrededores y utilizaremos nuestra tecnología para estar comunicados en todo momento.

—Pero ¿qué haremos el resto mientras esperamos? —preguntó Ortiz.

—Preparar el siguiente golpe —dijo Robert—. Tenemos que conseguir que Kraalok mantenga el foco en el exterior de la base para que descuide el interior. Intentaremos coordinar ambas cosas.

—Yo tendré que ausentarme durante una temporada —reveló Emily.

Todos la miraron sin entender.

—¿Qué? ¿Por qué? —preguntó Ferrara.

—Tarde o temprano tendremos que lanzar un ataque frontal —explicó—. Si queremos ganar esta guerra, necesitaremos un ejército. Tenemos que buscar refuerzos.

—¿Refuerzos? —preguntó Robert—. ¿Qué clase de refuerzos?

—Unos que nos permitan acabar con los Khol de una vez por todas.

—¿Pretendes hablar con Lajlab? —preguntó la capitana Ÿonwush con tono alarmado.

Emily no dijo nada, pero su silencio dejó patente que la capitana había dado en el blanco.

—¡Es una maldita rata traicionera! —exclamó la kepleriana con preocupación.

—Lo sé —dijo Emily—. Pero también sé que es una baza que debo explorar antes de barajar otras opciones.

—¿Otras opciones? —preguntó Robert, confundido.

—Mi padre habló en uno de sus holoblogs de un grupo de humanos que se separaron del resto de la población de la Galileo. Según sus palabras, habían decidido moverse hacia el norte, a otras

tierras. Si queremos vencer a los Khol, tendremos que explorar todas las posibilidades.

—¿Te refieres a las leyendas de las tribus del norte? —la capitana torció su gesto.

—Así es.

—No son más que historias, nadie los ha visto nunca —explicó—. Se trata de cuentos de viejos sobre una raza de keplerianos que habita en el norte, donde la nieve es casi perpetua. Se dice que son salvajes, que fueron expulsados de estas tierras por su ferocidad, porque eran incapaces de convivir con el resto.

—Antes de que Liikmi y Avmup se unieran a la resistencia les encargué que investigaran todos los escritos sobre esa leyenda —reveló Emily—. Tenemos muchos motivos para creer que son reales y que viven muy al norte de aquí, a varios días de travesía.

—¿Pretendes marcharte ahora que parece que las cosas comienzan a funcionar? —preguntó Robert—. Y a un destino incierto, nada menos.

—No lo haría si no creyera que es necesario para ganar esta guerra —repuso ella con firmeza.

Robert lanzó un suspiro y negó con la cabeza.

—Necesitarás protección —añadió después.

—Liikmi me acompañará —dijo ella—. Cuantos menos seamos, menos llamaremos la atención.

—Pero os encontrareis animales salvajes, y tal vez los norteños sean peligrosos —replicó él.

—Nos apañaremos —respondió con rotundidad.

La resistencia se dividió en dos grupos: uno muy reducido, formado por Liikmi y Emily, y otro mucho más grande, con el resto de los miembros, que se desplazaría hasta el siguiente campamento, al oeste.

—Tened mucho cuidado —les pidió Robert, muy preocupado, pero resignado a no combatir contra la obstinación de Emily.

Harían una primera parada en Khaavahki, lugar al que llegarían esa misma noche. Emily no guardaba buenos recuerdos de aquel

sitio. Había pasado unas angustiosas horas en el interior de la Torre del Vigía a la espera de su ejecución, aunque ni siquiera llegó a ver el exterior de la fortaleza.

La primera parte del trayecto transcurrió sin contratiempos. Ambos, montados en dos *fhores* con suficientes provisiones para hacer una larga travesía, salieron del campamento en dirección norte. Liikmi dirigía la marcha con la confianza de alguien que conocía bien el terreno, mientras Emily, en silencio, mantenía su mente ocupada, imaginando lo que les esperaría en la fortaleza militar.

A mediodía, después de hacer una breve parada para estirar las piernas y comer algo, el paisaje comenzó a cambiar lentamente. Abandonaron el abrigo del bosque para adentrarse en un terreno más abierto, abrupto y áspero, con menos vegetación. La luz del sol bañó sus caras durante el tiempo que tardaron en cruzar las colinas pedregosas que los llevarían hasta su primer destino. A media tarde llegaron a una zona de más altura desde la que pudieron contemplar el insondable mar de árboles que los rodeaba. Liikmi señaló en dirección norte, a unos pocos kilómetros. Allí, entre las copas de los árboles, asomaba una construcción de piedra.

—La Torre del Vigía —dijo con solemnidad.

—Para mi desgracia, solo conozco las mazmorras —apuntó ella—. Aunque tiene que ser muy alta si se ve desde aquí.

—Lo es —respondió el kepleriano—. Se ha utilizado desde tiempos inmemoriales para vigilar la llegada de los Khol.

—Apresurémonos —urgió Emily, mirando hacia el este—. El sol se está poniendo ya, llegaremos de noche.

La oscuridad era total cuando se plantaron en la puerta sur de la ciudad. Las sombras envolvían las murallas y dificultaban la visión, pero Emily pudo distinguir un par de soldados que hacían guardia sobre la empalizada. Otros dos, alertados por la llegada de los viajeros, se incorporaron rápidamente con las armas preparadas.

—¡Alto! —gritó uno de los guardias—. ¿Quiénes sois y cuál es vuestro propósito aquí a estas horas?

Liikmi levantó una mano en señal de paz, mostrando la calma necesaria para tratar con ellos. Emily, con la capucha de su capa aún

echada, dejó que él hablara primero.

—Somos emisarios de la líder única —dijo, señalando a su acompañante—. Hemos venido para hablar con Lajlab, vuestro comandante. Se trata de un asunto urgente.

El soldado intercambió una mirada con su compañero antes de empezar a discutir en voz baja. Parecía que la mención de la figura de Emily había causado cierta agitación. Unos segundos después, volvió a asomarse desde la parte superior de la empalizada.

—¿A quién debemos anunciar? —preguntó el otro soldado.

—Yo soy Liikmi, de los Gaal-El —dijo con suma tranquilidad—. Y ella es Emily Rhodes, líder única de los pueblos keplerianos libres.

Los soldados se quedaron sin habla.

—Esperad un momento —pidió, y luego, con un gesto rápido, atravesó la puerta de entrada y desapareció.

La espera se alargó unos minutos en los que el silencio de la noche los envolvió a ambos. Mantuvieron la calma, aunque Emily no pudo evitar que su mente se llenara de recuerdos de las angustiosas horas que había pasado en las mazmorras de la fortaleza. Ese lugar le resultaba demasiado hostil.

Finalmente, el sonido de unos pasos apresurados rompió la quietud de la espera. La puerta de madera chirrió mientras se abría de nuevo, revelando a un kepleriano de aspecto robusto vestido con la armadura de la guarnición local, seguido del soldado que acababa de desaparecer tras ella. Era evidente que tenía cierta autoridad, probablemente era el jefe de guardia.

—Nuestro comandante ha sido informado de vuestra llegada —dijo el responsable—. Y está esperando en la torre, pero solo a usted —añadió, señalando a Emily—. Él tendrá que esperar fuera.

Emily, sin vacilar ni un segundo, se echó la capucha hacía atrás y, cruzando los brazos, le lanzó una mirada de desaprobación.

—Eso no va a ocurrir —dijo con tono cortante—. Él viene conmigo. No estoy aquí para someterme a las estúpidas reglas de su comandante.

El guardia frunció el ceño, incómodo por la firmeza de sus palabras, pero no hizo ningún comentario. Emily azuzó a su *fhore* sin apartar la mirada. Liikmi hizo lo mismo, sin que ninguno de los

soldados pudiera hacer nada para evitar que avanzaran hasta llegar al portón.

—Pero esté tranquilo —continuó cuando llegó hasta él—, me encargaré de que su comandante sepa que trató de evitar que entrara.

Cruzaron el río que dividía la ciudad de este a suroeste por un ancho puente de madera. El rumor del agua inundó sus sentidos, evitando que ningún otro sonido los molestara. Emily sintió el impulso de quedarse allí, escuchando cómo el agua se abría paso hacia zonas más bajas. Pero no podía obviar los asuntos que la habían llevado hasta aquel lugar. En todo momento estuvieron escoltados por el jefe de la guardia y un pequeño grupo de soldados armados con alabardas. Tras conducir los *fhores* por grandes avenidas, llegaron a la explanada de la Torre del Vigía, en la zona norte de la ciudad.

La fortaleza se erguía como una estructura dominante, elevándose sobre el manto de árboles que cubría el cielo. Sin apenas aberturas, salvo unas estrechas aspilleras situadas en varios niveles, tenía aspecto de ser impenetrable. No era de extrañar la fama que se había labrado durante milenios.

Dejaron los animales junto a las escaleras de acceso a la torre. Emily observó que había bastantes guardias en los alrededores, pero no supo si era lo normal en la defensa de la residencia del regente de la ciudad. El interior de la torre no ofrecía concesiones a la comodidad o al lujo. Las paredes de piedra estaban desnudas y carecían de cualquier tipo de iluminación, parecían más propias de una prisión que de la residencia de un alto mandatario. No había tapices ni ornamentos que alegraran la vista, solo lo estrictamente necesario para la defensa y la vigilancia. Los techos bajos y las escaleras estrechas daban la sensación de estar dentro de una estructura puramente militar, diseñada para favorecer la protección, sin rastro de la calidez o la elegancia de otros lugares.

El jefe de la guardia les indicó que le siguieran por las estrechas escalinatas de piedra que conducían a los niveles superiores de la fortaleza. Conforme avanzaban por los fríos corredores, el contraste con el salón al que fueron conducidos fue abrumador. Las puertas

dobles, de madera tallada, se abrieron para revelar un gran salón con decoración ostentosa, donde el comandante Lajlab los esperaba. La estancia, en marcado contraste con el resto de la torre, estaba repleta de alfombras lujosas, cortinas de seda y muebles tallados con incrustaciones de metales brillantes y lustrosos. El aire olía a especias exóticas y perfumes costosos, algo que desentonaba con lo que se habían encontrado en su camino hasta allí.

Lajlab los esperaba de pie, delante de una chimenea que impregnaba la estancia con una luz anaranjada que arrojaba sombras que bailaban al son de las crepitantes llamas. El comandante se giró en cuanto fue consciente de que sus invitados habían llegado. Tras comprobar que Emily no venía sola, les dedicó una sonrisa malévola que acompañó con una mirada inquisitiva y distante. Llevaba puesto su traje de gala de color azul, que le confería un porte altivo y elegante. Sus condecoraciones y sus galones destacaban sobre la sobriedad del tejido.

—Doctora Rhodes —dijo en un tono bajo y calculado—. No la esperaba, he de suponer que tiene una buena razón para requerir mi atención de forma tan apresurada.

Emily obvió el tono condescendiente del comandante y mantuvo la calma, consciente de que el kepleriano aprovecharía cualquier señal de debilidad.

—El tiempo es un bien escaso, comandante —respondió Emily, manteniendo la compostura—. Y el motivo de nuestra visita tiene que ver con la seguridad de las ciudades libres y, por ende, con la suya también.

—¿Puedo ofrecerles algo? —preguntó sin darle importancia a la premura—. Estoy seguro de que están hambrientos después de hacer un largo camino hasta aquí.

—No será necesario —respondió ella, tratando de regresar a la conversación.

—Como deseen —sonrió con falsa abnegación—. Pasemos a la sala del consejo. Si son tan amables…

Lajlab les hizo un ademán con el brazo y entraron en una pequeña sala aledaña. Era mucho más austera que el gran salón, pero estaba iluminada por varias antorchas colocadas a lo largo de

las paredes de piedra para iluminar la estancia. Disponía de una gran mesa de madera de color caoba en cuya parte superior se habían tallado con sumo detalle las localizaciones de las cuatro ciudades libres de los keplerianos. La tenue luz que emitían las antorchas incidía sobre ella y destacaba los magníficos relieves, a los que no les faltaba ningún detalle.

El comandante les ofreció asiento. Él se sentó en la cabecera de la mesa, en una silla del mismo color que la mesa y cuyo respaldo tenía el escudo de armas de los Khaavahki tallado con la misma pericia. Tanto Emily como Liikmi tomaron asiento juntos en uno de los lados.

—¿Y bien? ¿Cuál es ese asunto tan urgente que le ha traído de vuelta a esta fortaleza? —preguntó con tono burlón—. Creo recordar que su última estancia aquí no fue tan… amistosa.

—Ahórrese los sarcasmos —respondió Emily con sequedad—. Sabe de sobra lo que está ocurriendo. Hemos desafiado a los Khol y hemos conseguido infligir numerosas bajas en el ejército enemigo.

—Algo he oído —dijo él con indiferencia—. Pero no entiendo por qué las operaciones de un grupo de rebeldes desorganizados deberían afectarme a mí.

—Los Khol se están reorganizando —respondió ella—. Si lo consiguen, acabarán castigando a todas las ciudades, incluida la suya.

—Ellos siempre acaban castigando a todas las ciudades, doctora —apuntó, sin un ápice de sorpresa en su mirada—. Son crueles y despiadados, forma parte de su naturaleza. Sigo sin entender cómo me afecta eso a mí.

—Necesito que su ejército combata a nuestro lado —continuó ella con firmeza, manteniendo el contacto visual—. Tenemos la oportunidad de vencerlos y ganar nuestra libertad de una vez por todas.

El militar ahogó una carcajada.

—¿Y por qué debería yo sacrificar a mis hombres por su causa? —dijo con desdén—. Ya he sufrido suficientes bajas en mi ejército cuando venció a mi predecesor en aquel absurdo asedio. Además, mi ejército está para proteger la ciudad, no para unirse a una

cruzada suicida liderada por un puñado de idealistas. Khaavahki ha resistido durante siglos sin su ayuda.

—Nunca hasta ahora ha habido una situación como esta —elevó el tono—. Los Khol han sufrido numerosas bajas gracias al sacrificio de los míos. Nunca han estado en una posición tan debilitada como la actual. Ya no hay marcha atrás, si dejamos escapar esta oportunidad, vendrán muchos más. Y créame cuando le digo que no tendrán miramientos a la hora de quitar de en medio a cualquiera que pueda representar una mínima amenaza. ¿En qué posición cree que deja eso al comandante del mayor ejército kepleriano?

Lajlab cambió su expresión de repente. Una sombra de duda asomó en su mirada.

—Pero no soy ninguna ingenua. Sé que no hará esto por altruismo —continuó—. Sin embargo, hay algo que debería tener en cuenta: hemos desatado algo que no puede detenerse. Cada día que pasa, más y más keplerianos se unen a nuestras filas. Si somos capaces de vencerlos sin su ayuda, nuestra fama será tal que no nos será difícil tomar el control de su querido ejército. ¿Qué hará entonces? —desafió.

Lajlab meditó la respuesta a esa pregunta. Aunque su expresión facial no varió un ápice, se removió incómodo sobre su silla. De repente, se levantó y comenzó a pasear por la sala. Sus manos se movían nerviosas, hasta que fue capaz de dominarlas y cruzarlas por la espalda.

—Está bien —admitió tras unos instantes—. Creo que podremos llegar a un acuerdo que nos satisfaga a ambos. Pero todavía no estoy convencido de que sea una batalla que valga la pena librar. No sin garantías. ¿Qué me ofrece a cambio de mis soldados?

—Usted deme un ejército y yo le garantizo que cuando expulsemos a esos malditos bastardos, usted seguirá al frente del ejército más poderoso del planeta —anunció Emily sin darle tiempo a pensar en otra salida.

El comandante inspiró con efusividad, como si el aire de sus pulmones fuera a revelarle qué camino le convenía más.

—Está bien —aceptó tras meditarlo—. Puedo ofrecerle doscientos keplerianos a cambio de la garantía de continuar en el cargo una vez

concluya todo esto.

—¿Doscientos soldados? —preguntó ella con estupor—. Es del todo insuficiente.

—Y, sin embargo, es todo lo que va a obtener de mí —repuso él con seguridad—. ¿Cuántos keplerianos en edad de armas cree que hay en la ciudad?

—Necesitamos muchos más.

—Es todo lo que puedo darle. —Paradójicamente, su voz parecía sincera—. Cientos de soldados abandonaron esta fortaleza creyendo que usted era una especie de hechicera capaz de derrotar ejércitos con un simple pestañeo. No dispongo de muchos más. Es una buena oferta, y es la única que puedo hacerle.

24

Paso a paso

5 de julio del año 3

Campamento D, Kepler-442b

Con todas las nuevas incorporaciones ya asimiladas dentro del grupo, los miembros de la resistencia se encargaron de construir nuevos barracones para acomodar a la gran cantidad de keplerianos que querían formar parte del ejército que estaba consiguiendo vencer a los Khol. Ganaderos que traían sus propios animales, carpinteros, agricultores, herreros… Incluso familias con niños se acercaban para colaborar con la resistencia.

Sin embargo, la cantidad de ciudadanos llegados desde todas las ciudades libres y también desde pueblos nómadas preocupaba sobremanera a Robert. Cada vez eran más. Y los encontraban allí por donde pasaban. Incorporaron a una decena de ellos en el camino que separaba ambos campamentos. Pero nada más asentarse en el nuevo, otra docena de exsoldados de Khaavahki aparecieron de la nada con la intención de unirse a ellos.

Era como si todas las precauciones que habían tomado para permanecer ocultos de las miradas enemigas no sirvieran para nada. Allá donde iban, las comunidades keplerianas de alrededor parecían conocer a la perfección dónde podían encontrarlos. El boca a boca parecía estar funcionando, y habían surgido historias sobre encarnizadas batallas en las cuales los estrategas de la resistencia habían destrozado las defensas Khol con inteligentes y variopintos planes. Las exageraciones y los bulos se propagaban como la pólvora, sobre todo en tabernas y mercados.

Robert estaba muy preocupado por Emily, que no había querido ni siquiera que una pequeña escolta militar la acompañara en su viaje. Aunque su ausencia le proporcionaba cierto alivio, al no tener

que preocuparse por su seguridad dentro del campamento. Con tantas nuevas incorporaciones, comenzaría a ser inmanejable.

El campamento, antes rudimentario y apenas lo suficientemente grande para acoger a los pocos integrantes iniciales, ahora comenzaba a parecer una pequeña ciudad en expansión. Los nuevos barracones se levantaban rápidamente gracias a la experiencia de los carpinteros y constructores que habían llegado, a los que Alberto dirigía con eficacia. Cada estructura, aunque modesta, era resistente y funcional, diseñada para soportar las inclemencias del tiempo y dar cobijo a decenas de keplerianos. Las calles improvisadas entre los barracones y demás estructuras se llenaron de vida. Había niños corriendo y jugando, familias cocinando juntas alrededor de fogatas y grupos de nuevos reclutas practicando con armas rudimentarias bajo la atenta supervisión de los soldados más experimentados.

Los herreros, que antes trabajaban en condiciones precarias, construían ahora una verdadera fragua, donde el eco de los martillos comenzaría a resonar pronto sin descanso. Las armas y armaduras que producirían no serían tan sofisticadas como las que se construyeron en Khapabir, pero serían eficaces en una reyerta. Incluso podrían fabricar nuevas herramientas agrícolas, dado que muchos de los recién llegados eran campesinos que querían ayudar con la producción de alimentos.

Pese a la creciente preocupación de Robert, había un espíritu de comunidad que ayudó a fortalecer la moral de todos, a tener presente que luchaban por algo. Formaban una resistencia en contra de la barbarie de los Khol, pero empezaba a parecer algo más: un refugio, un faro donde muchos keplerianos encontraban esperanza.

Sin embargo, Robert sabía que esta expansión también conllevaba riesgos. Cuantos más fueran, más difícil sería mantener el campamento oculto. La logística para alimentar y armar a tantos soldados crecía de manera exponencial, lo que también aumentaría las posibilidades de ser descubiertos. Las defensas del campamento, que antes eran más que suficientes, necesitaban ser reforzadas con urgencia. Ya había dado órdenes de construir nuevas torres de vigilancia y de cavar trincheras alrededor del perímetro, pero incluso eso no parecía suficiente. Cada vez que miraba a las familias con

niños no podía evitar pensar en lo que pasaría si los Khol descubrían su ubicación exacta.

El silencio de la noche ya no era tan tranquilo. Donde antes solo se escuchaba el crepitar de las fogatas y el murmullo de una conversación distendida, ahora los ruidos del martilleo de los herreros, el movimiento constante de carros y personas y el lejano barullo de los animales llenaban el aire. El campamento había crecido tanto que era casi imposible no ser detectados si alguien se acercaba lo suficiente.

Y aun con todo eso, el verdadero trabajo no cesaba, no podía decaer. Robert y Ÿonwush debían dividir sus fuerzas en dos equipos y dirigir dos operaciones simultáneas, una para realizar una incursión dentro de la base y extraer la información que Khii no había sido capaz de darles de cara a un futuro ataque, y otra, porque debían continuar realizando nuevos golpes a las líneas de suministros enemigas.

—¿Cómo de fiable es la información? —preguntó Robert, que escuchaba el chivatazo con cierto escepticismo.

—De primer nivel —aseguró la capitana—. Es de uno de nuestros mejores informadores.

—Pero ¿por qué iban a esconder todo el material bajo tierra? —preguntó Ferrara, cuya expresión reflejaba su desconcierto.

—No lo sabemos con seguridad —reconoció Ÿonwush.

—Tal vez estén haciendo acopio de suministros en una zona alejada de nuestro radio de acción para utilizar más tarde su nave y cargarla sin tener que transportarlos a través de los bosques —reflexionó Robert.

—¿Y si se trata de una trampa? —intervino Ferrara—. Los Khol podrían haber filtrado esta información a propósito para atraernos. Si han enviado equipos hacia allí, podrían estar esperándonos.

—Mis informadores han corroborado que se han almacenado un par de cargamentos de minerales en las instalaciones —apuntó Ÿonwush—. Con esto no quiero decir que no se trate de una trampa, solo que, de serlo, se están tomando muy en serio que parezca real.

Robert asintió. Sabía que había riesgos, pero también era consciente de que quedarse quietos no era una opción. Con el

campamento creciendo cada día más y los Khol intentando nuevas formas de conseguir sus objetivos, cada movimiento debía ser calculado.

—Ferrara comandará el equipo que dará el golpe. —Su mirada se posó en ella—. Prepare un grupo de garantías. Llévese al equipo del doctor Murakami con usted y a todos los nuevos que tengan algo de experiencia en combate.

—Sí, señor —asintió la sargento.

—Ortiz —se giró hacia él—. Usted quedará al mando del campamento. Dejaremos aquí a la mayoría de los civiles y a las familias recién llegadas. Encárguese de que todos tengan algo que hacer, todavía queda mucho trabajo pendiente. Habiliten una zona para recibir a los posibles heridos. Apóyese en la doctora Hudgens y la enfermera Brown.

—Sí, señor —respondió él.

—Capitana —miró a la kepleriana—. A usted y a mí nos corresponde la incursión en la base enemiga.

Ÿonwush asintió. Aunque era consciente de que su cometido sería el más peligroso de todos, sabía que su experiencia y complexión delgada la convertían en la más adecuada para hacerse pasar por una esclava kepleriana. Además, jamás dejaría que uno de sus soldados se arriesgara de esa manera. Se trataba de una misión con pocas probabilidades de éxito. Debía ser ella la encargada de llevarla a cabo.

—Se trata de una misión un tanto especial —siguió Robert—. Llevaremos el mínimo equipo posible, aunque necesitaremos un ingeniero de comunicaciones —suspiró—. No me hace mucha gracia, pero tal vez tengamos que llevarnos a Paula con nosotros.

—Y también a Khii —sugirió la capitana—. Él podrá guiarme desde la distancia.

—De acuerdo —aceptó Robert—. Prepararemos la expedición para dentro de dos días.

Después de concretar algunos detalles más sobre la seguridad del campamento y hacer un resumen del estado general de las operaciones, Robert dio por concluida la reunión. Salió al exterior y buscó a Paula. Tardó un buen rato en dar con ella debido al ajetreo

constante que había invadido el campamento. La encontró ayudando a ocultar las armas en uno de los sótanos recién construidos y sobre el cual comenzaría a levantarse una nueva cabaña.

—¿Puedo hablar contigo un momento? —le preguntó.

—Claro —respondió ella, dejando a un lado el material que llevaba—. ¿Qué necesitas?

—Estamos organizando una incursión sobre el campamento Khol —explicó—. La capitana Ÿonwush va a infiltrarse en la base enemiga y necesitamos un técnico de comunicaciones que nos permita ver y escuchar en todo momento lo que ocurre.

Paula lo miró con atención, consciente del peligro que supondría llevar a cabo una operación de esa naturaleza. Tendrían que adentrarse en territorio hostil y arriesgarse a que los descubrieran.

—Claro —dijo sin dudar—. Lo haré.

—No —rebatió una voz cercana—, yo iré con vosotros.

Robert se volvió hacia Gorka, que había escuchado la conversación.

—Yo sé cómo preparar el equipo necesario —aseguró—. Además, necesitareis un ingeniero para evaluar las estructuras del interior de la nave mientras os movéis. Si queremos encontrar los puntos débiles o simplemente estudiar el funcionamiento de sus motores o de su armamento, me necesitáis allí.

Robert sopesó el ofrecimiento. Gorka tenía razón, sería interesante disponer de su ayuda durante la operación, ya que él sería capaz de guiar a la capitana por el interior de la nave si conseguía infiltrarse y tener cierta libertad de movimiento.

—¿Podrás encargarte de las comunicaciones? —preguntó.

—Claro —asintió—, llevo meses ayudando a Paula.

—Yo supervisaré los preparativos —prometió ella.

—De acuerdo entonces —aceptó—. Aseguraos de que esté todo preparado, partiremos en un par de días.

Tras varias jornadas de travesía durmiendo a la intemperie y resguardándose del frío como podían, Emily y Liikmi continuaban en su viaje en busca de los keplerianos que vivían mucho más al norte

que el resto de ciudades. Las condiciones climatológicas habían cambiado a medida que se aventuraban hacia el norte. La ausencia de caminos y la espesa vegetación hacía su travesía mucho más lenta de lo que les gustaría. Las raíces expuestas de los árboles, retorcidas y afiladas, dificultaban el avance de los animales, obligándolos a esquivar los obstáculos de manera constante.

En una ocasión tuvieron que regresar un par de kilómetros para encontrar un paso que les permitiera cruzar un cañón rocoso que se les había presentado delante. La mayor parte del tiempo cabalgaban en silencio, sumidos en sus pensamientos, pero también atentos a cualquier imprevisto que surgiera. El cansancio había comenzado a hacer mella en ellos, lo que se reflejaba en sus rostros, pero los *fhores* seguían su incansable marcha, demostrando la fortaleza que les caracterizaba.

Emily, acunada por el constante vaivén del animal, comenzó a cerrar los párpados. Al principio hizo un gran esfuerzo por mantenerse despierta, pero al cabo de varios cabeceos, su cuerpo se rindió. No supo cuánto tiempo había transcurrido pero, de repente, un ruido llamó su atención. Abrió los ojos de golpe y se irguió sobre la montura. Trató de procesar el sonido que la había alterado. Eran crujidos de ramas. El frío la envolvía, recordándole que la noche ya había caído sobre ellos. Volvió a colocarse la manta con la que intentaba mantener el calor corporal y que se le había desprendido al quedarse dormida. Se volvió para hablar con su compañero. Pero Liikmi no estaba allí.

Miró a su alrededor con el corazón latiéndole con fuerza en el pecho. No había señales de él. Su *fhore* seguía allí, caminando en fila, solo unos metros por detrás de ella, pero no había rastro del kepleriano. Emily bajó de su montura, frotándose los brazos para entrar en calor, y se acercó al animal de su compañero. Miró a lo lejos, en todas las direcciones. No encontró más rastro que el que habían dejado los animales al llegar hasta ese lugar.

El viento comenzó a soplar con más fuerza, agitando las ramas de los árboles y penetrando en sus huesos. Emily sintió que un escalofrío le recorría la espalda, no solo por el frío, sino por la inquietud que se apoderaba de ella. No tenía idea de dónde estaba

Liikmi, ni siquiera sabía dónde se encontraba ella. Pero estaba sola, con dos *fhores* en medio de un bosque donde la naturaleza salvaje dominaba cada rincón. Otro crujido de ramas la puso en alerta. Se giró hacia el origen del ruido, pero no pudo ver gran cosa.

—Liikmi —murmuró en voz baja, como si su sola voz pudiera traerlo de vuelta.

Desenvainó su katana, ligera e inflexible, consciente de que la noche en ese territorio no ofrecía seguridad alguna. Algo se movió entre las sombras, o eso creyó. El sonido del viento seguía siendo lo único que evitaba el silencio, pero a Emily le parecía que el bosque la observaba. Cada crujido de las hojas, cada movimiento de las ramas despertaba en ella una creciente sensación de peligro.

De repente, le pareció distinguir una zona con algo más de claridad de lo normal. Entrecerró los ojos, tratando de enfocar en la oscuridad. A cierta distancia, entre los árboles, una ligera luz anaranjada se filtraba a través de ellos. Era muy sutil, pero fue suficiente para captar su atención. Quizá Liikmi había encontrado algo o... ¿Había alguien más allí?

Con la katana en la mano, avanzó con cautela, ocultándose detrás de los árboles para no ser vista. Cada paso era un desafío, ya que las raíces y las ramas secas hacían imposible moverse en silencio. Aun así, continuó hacia el resplandor con los músculos en tensión, preparada para lo peor.

A medida que se acercaba fue consciente de que la claridad que había visto no era natural. La luz provenía de lo que parecía ser una fogata oculta tras un grupo de rocas en un desnivel de varios metros de altura. El resplandor apenas alcanzaba a iluminar el suelo a su alrededor, creando sombras que bailaban al compás del viento y de unas llamas que todavía no podía ver.

Se acercó lentamente, con los sentidos en alerta máxima, y cuando superó el desnivel y el pequeño risco que la separaba de la hoguera, se detuvo en seco y ahogó un grito. Alrededor del fuego había decenas de figuras, pero ninguna de ellas era bípeda. Todos eran insectoides. Distinguió varias criaturas de muy diferentes formas y tamaños.

Había un enorme ser con un caparazón oscuro que cubría todo su cuerpo y cuyas diminutas decenas de patas se agitaban nerviosas. Disponía de dos grandes mandíbulas que serían capaces de cortarla por la mitad sin apenas esfuerzo. A su lado, tres criaturas más esbeltas, con patas largas y delgadas, descansaban al calor del fuego mientras sus abdómenes se hinchaban y encogían con un pulso inquietante.

Al otro lado de la hoguera había otras criaturas alargadas y con un exoesqueleto más flexible que les permitía permanecer semierguidas. Disponían de ojos compuestos que brillaban en la penumbra con el tono anaranjado que las llamas reflejaban en ellos. Otra pareja de criaturas de múltiples y esbeltas patas le daban la espalda a Emily. Alrededor de la fogata había muchas más de diversos tamaños y formas. Sin embargo, la mirada de Emily se clavó en una en especial, una que la estaba mirando fijamente. Tenía dos pares de ojos y un cuerpo con una forma que recordaba vagamente al de una mantis religiosa.

A pesar de lo extraño de la situación, no tuvo miedo. La mirada del insectoide, de alguna manera que no supo determinar, le resultó amistosa. Ya había visto algo muy parecido cuando accedieron a la base subterránea donde encontraron el módulo de terraformación de la Galileo. La criatura movió sus dos pares de brazos y agitó las antenas al emitir unos chasquidos breves pero muy desagradables. Una voz en su interior le pidió sin palabras que se acercara.

Así lo hizo, aunque para llegar hasta ella tuvo que rodear al resto de criaturas. Pasó por detrás mientras observaba cómo algunas, sobre todo las más pequeñas, se amontonaban alrededor del perímetro que formaban las más grandes. Le hicieron un hueco al lado de la que se parecía al Vigilante. Allí la esperaba un taburete de madera oscura. Emily tomó asiento y miró a su alrededor. Todas las criaturas la observaban con curiosidad. Después, se volvió hacia su anfitriona, que le devolvió la mirada y se inclinó hacia ella. Al principio solo escuchó los chasquidos que emitían sus mandíbulas y sus palpos, pero una lejana voz comenzaba a elevarse entre todos esos sonidos.

—Emily —escuchó.

Poco a poco, los chasquidos se fueron apagando hasta que solo pudo escuchar la voz.

—¡Emily! —volvió a escuchar.

De repente, no había taburete. No había hoguera. No había nada. Notó cómo su cuerpo caía al vacío. Fue en ese instante cuando se despertó con una sacudida. Estaba sobre su *fhore*, a punto de caerse al suelo. Pudo reaccionar a tiempo. Los últimos rayos de luz de la tarde iluminaban la espesura del bosque con tonos dorados. Sintió mucho frío de repente.

—¡Emily! —repitió Liikmi, que se había puesto a su altura y la agarraba para evitar que se cayera—. ¿Estás bien?

—¿Qué…? —Emily parpadeó varias veces, tratando de ubicarse.

—Estabas a punto de caerte —dijo el kepleriano con voz grave, preocupado por su compañera—. No podemos seguir así, necesitas descansar.

—Estoy bien —insistió, enderezándose y tratando de parecer más alerta de lo que realmente estaba—. Podemos seguir un poco más.

Liikmi negó con la cabeza y suspiró. Sabía que Emily era obstinada, pero también sabía cuándo alguien estaba al límite de sus fuerzas.

—No —dijo con firmeza—. Ya casi es de noche, y no vamos a encontrar un lugar mejor si seguimos avanzando a oscuras.

Emily abrió la boca para protestar, pero lo cierto era que las palabras de Liikmi tenían sentido. Su cuerpo estaba agotado, y el frío empezaba a colarse en sus huesos. Buscó la manta que solía ponerse sobre los hombros mientras otro escalofrío recorría su cuerpo. Se había deslizado mientras cabalgaba en sueños. Seguir en ese estado solo complicaría más las cosas.

—De acuerdo —cedió al fin—. Busquemos un lugar seguro para pasar la noche.

Liikmi asintió, aliviado. Encontraron un pequeño claro, lo suficientemente escondido entre los árboles y con terreno firme. Liikmi se encargó de atar a los animales y de preparar el improvisado campamento mientras Emily, aún cansada, hacía lo posible por ayudar, recogiendo algunas ramas para encender una fogata.

El crepitar del fuego pronto impregnó el aire, y ambos se sentaron en silencio alrededor de las llamas. La oscuridad ya había caído por completo y, aunque el cansancio seguía pesando sobre ella, el calor del fuego y una cena ligera la reconfortaron.

—¿Qué estabas soñando? —preguntó de repente, rompiendo el silencio mientras se ajustaba una manta sobre los hombros.

Emily lo miró, un poco sorprendida por la pregunta. Liikmi era parco en palabras y, exceptuando a Robert, nunca había hablado con nadie sobre sus pesadillas, pero la curiosidad en sus ojos la desarmó.

—Ha sido muy extraño —admitió, mirando el fuego—. He soñado con criaturas que parecían insectos, de muy diferentes formas y tamaños. Sin embargo, estaban todos alrededor de una hoguera, mirándome… No sé por qué, pero no me sentí amenazada, aunque todo parecía muy real.

Liikmi la observó con atención. No dijo nada por un momento, solo asintió, como si tratara de procesar lo que acababa de escuchar.

—¿Qué querían de ti?

Emily no supo muy bien qué responder.

—La verdad es que no lo sé —reconoció tras unos instantes—. Nunca entiendo lo que estos malditos sueños significan.

—¿Sueles soñar con criaturas extrañas?

Emily asintió con timidez.

—Desde que pisé este planeta por primera vez no he vuelto a dormir con normalidad —confesó—. Al principio pensaba que era por los nervios, o porque todavía no sabíamos lo que había pasado con la Galileo. Pero ni siquiera cesaron cuando fuimos conscientes de todo lo que estaba escrito en el templo.

—¿Crees que esos con los que sueñas son los verdaderos dueños de este lugar? —sus oscuros ojos se clavaron sobre ella.

—Es una posibilidad —respondió sin pensar, aunque aquella pregunta la extrañó, ya que nunca habían comentado la existencia de una tercera raza con ninguno de los keplerianos—. Pero ¿de dónde sacas la idea de que son los dueños de este lugar?

—¿No es evidente? —se encogió de hombros—. Los Khol vienen una vez cada generación, recuperan materiales y víveres y se

marchan de nuevo. No hay ni un solo escrito en el que se sepa que visitan o que modifiquen los obeliscos que hay en el planeta. Y tú misma le dijiste a Waafdiv que existían bases antiguas en las inmediaciones. ¿Por qué no las usan? ¿Por qué construyen un campamento cada vez que vienen al planeta?

Emily quedó impresionada con el poder deductivo del kepleriano.

—Son muy buenas preguntas —admitió ella—. Y creo que tienes razón, es posible que fueran otros los que crearan todos los obeliscos.

—En ese caso, tal vez fue una advertencia —dijo con tono serio y pensativo—. O tal vez sea la manera que tienen de comunicarse.

—¿Comunicarse?

—¿Por qué no? —preguntó—. Nosotros nos comunicamos mediante sonidos, pero otras especies lo hacen con su olor corporal o por gestos. Tal vez los primeros pobladores de este planeta lo hicieran a través de la mente.

Emily abrió los ojos de par en par. Quién sabe si esa idea resultaría ser la correcta, pero, desde luego, era una manera diferente de pensar. Tal vez tendría que practicarlo más.

—Mañana será otro día —murmuró, más para sí misma que para él. Después, se acomodó junto al fuego y cerró los ojos mientras el calor la envolvía.

25

Los norteños

6 de julio del año 3

Lugar desconocido, Kepler-442b

Un nuevo día despertaba y los primeros rayos de sol se filtraron a través de las ramas más altas de los árboles, iluminando el campamento con una suave luz anaranjada. Emily abrió los ojos poco a poco, sintiendo el frío aire matutino acariciando su rostro. El fuego que habían encendido la noche anterior se había apagado y el bosque estaba en completo silencio, salvo por los graznidos de algún pájaro que resonaban en la lejanía. Se frotó los ojos, sintiéndose aún algo aturdida por el sueño tan pesado que había tenido.

Cuando sus sentidos se despejaron, se dio cuenta de que Liikmi no estaba. El lugar donde había dormido, justo al otro lado de la fogata, se encontraba vacío. Emily se incorporó rápidamente, con el miedo apoderándose de su cuerpo. Su respiración se aceleró y un torrente de pensamientos irracionales invadió su mente. «¿Otra vez? ¿Dónde está? Esto no puede ser otro sueño», pensó.

Se levantó de un salto, buscando con la mirada cualquier rastro de su compañero, pero no había señales de él. El *fhore* de Liikmi seguía amarrado cerca del suyo, lo que le dio una ligera esperanza. Sin embargo, la sensación de vacío en el campamento era tan real como la que había sentido en su sueño.

—¿Liikmi? —murmuró con voz temblorosa.

De repente, un sonido suave y rítmico de pasos se oyó a través de la vegetación. Emily se giró bruscamente hacia el origen del mismo, con el corazón acelerado. A través de los árboles apareció Liikmi, caminando con calma y cargando con un montón de ramas secas en su regazo.

—¿Estás bien? —preguntó él, deteniéndose al notar la expresión de Emily.

El alivio inundó el cuerpo de Emily, que soltó un suspiro que ni siquiera se había dado cuenta de que contenía. Sintió que sus piernas temblaban, pero pudo relajarse al verlo de nuevo.

—Solo he ido a por leña —explicó, alzando las ramas con un leve gesto—. No quise despertarte. Parecías realmente agotada.

Ella minimizó lo sucedido con una leve sonrisa, aunque su corazón todavía latía con fuerza.

—Estoy bien. Solo me he sorprendido al no verte —dijo, tratando de sonar convincente.

El kepleriano se acercó a la hoguera y comenzó a preparar el fuego, colocando las ramas secas en un pequeño montículo.

—¿Para qué haces una hoguera? —preguntó ella con curiosidad —. ¿No deberíamos marcharnos?

—Esta mañana me he despertado muy pronto —explicó—. Y como todavía dormías, he decidido salir de caza. Algunos animales nocturnos salen a recolectar frutos o setas antes del amanecer. Y he tenido bastante suerte.

Liikmi levantó orgulloso un pequeño animal, del tamaño de una liebre, que se había encargado de despellejar mientras Emily dormía.

—He pensado que estarías harta de comer pan duro y carne seca —se encogió de hombros—. Además, ya teníamos la hoguera de ayer, así que he querido aprovechar la situación para que podamos disfrutar de un desayuno un poco diferente, para variar.

Los ojos de Emily se iluminaron ante la posibilidad de comer algo de carne caliente.

—Gracias —dijo con sinceridad.

Liikmi sonrió con humildad y se inclinó sobre la hoguera para colocar las ramas secas. Tras limpiar una de ellas y quitarle la corteza, ensartó en ella el pequeño animal. Mientras esperaban a que este acabara de asarse, Liikmi intentó entablar conversación.

—¿Crees que podemos confiar en Lajlab y sus soldados? —preguntó mientras vigilaba que el fuego no estuviera demasiado cerca de la pieza.

—No —negó sin dudar—. Sería una estúpida si me fiara de esa sabandija que solo piensa en sí mismo.

—Sin embargo, le hemos pedido ayuda —apuntó.

—La realidad es que necesitamos ayuda externa de forma desesperada —confesó con gran pesar—. Podemos seguir dando pequeños golpes por un tiempo, pero tarde o temprano, Kraalok lanzará lo que queda de su ejército contra nosotros. No tenemos capacidad para una confrontación así.

—Doscientos soldados tampoco creo que signifiquen una gran diferencia.

—No. Y, además, estoy convencida de que no serán los más preparados —lamentó ella—. Por eso tenemos que buscar otras alternativas.

El fuego crepitaba suavemente mientras Liikmi sostenía la pieza sobre las llamas, girándola con paciencia. A medida que el calor alcanzaba la carne, esta comenzaba a dorarse, desprendiendo un aroma que hizo que a Emily se le hiciera la boca agua. Una vez que el kepleriano comprobó que la carne estaba en su punto, extrajo el animal de la estaca y lo trinchó con cuidado utilizando un pequeño cuchillo curvo y afilado. Dividió el animal en porciones más manejables y le entregó la mitad a Emily, que lo recibió con avidez.

Sentados alrededor del fuego, disfrutaron con satisfacción del asado. La carne era suave y jugosa, y Liikmi había conseguido darle el toque aromático perfecto con unas pocas hojas de algo que recordaba al tomillo. Dieron buena cuenta de la presa sin apenas levantar la mirada de su comida. Tras saborear el último hueso del animal, Emily se dio por satisfecha y se recostó para reposar el desayuno.

—¿Qué crees que encontraremos en el norte? —le preguntó al kepleriano.

Liikmi tragó la carne que todavía daba vueltas en su boca.

—No lo sé —se encogió de hombros—. No hay demasiada información sobre los pobladores del norte. Lo poco que sabemos de ellos es que son bastante esquivos. Muy pocas veces se ve alguno comerciando en nuestras ciudades. Solo algunos pueblos nómadas han conseguido tener más relación con ellos.

—¿Crees que colaborarán con nosotros?

—Ojalá —dijo—. Pero desconozco si los Khol llegan tan al norte en sus incursiones. Tal vez ni siquiera sepan de su existencia. Será

complicado convencerlos de unirse a nuestra causa si ni siquiera conocen a nuestro enemigo.

—Aun así, tenemos que intentarlo —dijo ella con determinación.

Levantaron el campamento en cuanto terminaron de comer y apagaron el fuego. Recogieron sus pertenencias y montaron de nuevo sobre los *fhores*, listos para continuar su camino hacia el norte. El paisaje cambió conforme avanzaron, dando paso a una vegetación más densa y un terreno muy complicado de atravesar, lleno de rocas y raíces. Liikmi encabezaba la marcha con cautela, apartando la vegetación con la mano y vigilando el suelo para guiar a su montura en la dirección correcta.

A medida que subían por una ladera más empinada, comenzaron a ver numerosas cuevas entre las rocas. Algunas parecían apenas grietas en la piedra, mientras que otras eran lo suficientemente grandes como para albergar una comunidad de Yokais. Una sensación de inquietud la abordó de repente, como si de alguno de esos orificios fuera a aparecer un ejército de criaturas de la noche. Liikmi pareció notar la respiración agitada de Emily.

—Tranquila, si hubiera Yokais aquí habría multitud de huellas en los alrededores —trató de tranquilizarla—. De momento, diría que estamos a salvo.

De repente, un estruendo quebró el silencio. A pocos metros de ellos, emergió de entre los árboles un animal imponente, de color pardo oscuro y un pelaje largo y denso. Emily se quedó congelada al verlo. Parecía una especie de oso gigantesco, pero lo que lo hacía aún más aterrador era su cabeza, con tres enormes mandíbulas entrelazadas, cada una con dientes afilados que brillaban a la luz tenue que se filtraba por entre las ramas.

—¡Es un *lifri*! —exclamó él, aterrorizado.

El animal se levantó sobre sus cuartos traseros, mostrando su enorme envergadura, y después rugió. Emily sintió el pánico invadiéndola y llevó la mano a su katana, aunque no estaba segura de que eso sirviera de mucho contra una bestia de semejante tamaño. Notó cómo los dos *fhores* se agitaban nerviosos. Sin embargo, antes de que pudiera reaccionar, Liikmi alzó una mano hacia ella, indicándole que se detuviera. Luego descendió de su

montura con la mayor de las calmas y, con movimientos lentos y calculados, levantó los brazos. Comenzó a emitir sonidos graves y profundos y avanzó lentamente hacia el animal, tratando de intimidarlo sin acercarse demasiado.

El *lifri* se quedó quieto un momento, observando al diminuto kepleriano que se le acercaba con sus enormes ojos oscuros. Liikmi aprovechó las dudas del animal para agitar con más ahínco sus brazos y aumentar el volumen y fiereza de sus gritos. Eso le demostraría que, a pesar de su tamaño, no serían una presa fácil. Tras unos instantes de confusión, el animal bajó sus brazos y lanzó un apagado gruñido antes de darse la vuelta y desaparecer entre la vegetación.

Cuando vio que el peligro había pasado del todo, Emily soltó todo el aire que acumulaba en sus pulmones.

—¿Cómo has hecho eso? —preguntó asombrada.

—La mayoría de los animales salvajes tienen un gran instinto de conservación. —Se encogió de hombros, restando importancia a lo que acababa de hacer—. Los *lifri*, como tantos otros, suelen evitar las confrontaciones directas con presas que perciben como peligrosas. Supongo que será una especie de instinto natural. La situación habría sido distinta si hubiera salido de su propia madriguera y nos hubiera detectado como una amenaza. En ese caso tendríamos que haber huido y, si no tuviéramos los fhores, habría sido nuestro final.

Retomaron la marcha poco después del encontronazo con el animal salvaje. Las siguientes horas del día fueron tranquilas, pero, a medida que avanzaban, el terreno se hacía cada vez más inhóspito. El paisaje, que días antes ofrecía amplias arboledas con pequeños claros y praderas amplias, comenzaba a transformarse en un espeso y sombrío bosque. Los árboles eran más bajos y sus copas se entrelazaban hasta dejar pasar apenas unos pocos rayos de luz. Las raíces retorcidas se alzaban desde el suelo, forzándolos a maniobrar los *fhores* con cautela para que no malgastaran energías.

Más adelante, el bosque comenzó a abrirse, pero el cambio en el paisaje no les dio ningún alivio. El terreno se volvió cada vez más rocoso y escarpado. Colinas de roca y afilados desfiladeros se

alternaban con zonas de bosque profundo. La marcha se volvió tediosa y complicada; cada pocos metros se veían obligados a dar un rodeo para evitar algún accidente en el paisaje. Llegaron hasta un riachuelo, cuya orilla tuvieron que recorrer durante un par de kilómetros hasta encontrar una zona que se pudiera vadear con seguridad.

Continuaron a través de un valle boscoso, a lo largo del cual se alzaban varias montañas, rodeándolos y provocando en ellos una sensación bastante claustrofóbica. En una de ellas encontraron un manantial de agua fresca donde aprovecharon para llenar los pellejos y descansar del largo viaje.

Después de comer algo ligero, atravesaron el valle por completo y acabaron en un bosque algo menos opresivo que se alzaba sobre una vasta llanura. Tras unos minutos de marcha, Liikmi detuvo en seco su montura y le hizo una señal para que mirara hacia adelante. A unos cuantos metros de distancia se alzaba lo que parecía un antiguo templo al aire libre. Grandes columnas de piedra desgastadas y muy antiguas formaban una especie de círculo. En el centro del mismo, un imponente obelisco se erguía rodeado por otras estructuras en ruinas. El suelo estaba cubierto con enormes losas de piedra que habían sido descolocadas o quebradas por la acción de las raíces de los árboles y del paso del tiempo.

Emily contempló uno más de los miles de obeliscos de color oscuro que se alzaban a lo largo de todo el planeta. En este caso, una antigua civilización parecía haber construido un templo alrededor de él. Pero, a juzgar por la maleza y el deplorable estado de conservación, parecía que habían pasado muchos años desde aquello.

Se bajaron de los *fhores* y rodearon el obelisco con precaución. Los bloques que formaban las antiguas columnas, que antaño se irguieron orgullosas, habían colapsado y descansaban sobre el suelo, cubiertos de musgo y líquenes de color rojizo. Pero lo que más llamó la atención de ambos fue la piedra que había en la parte delantera del templo, al pie del obelisco. Su parcial color oscuro era un testigo mudo de lo que los constructores habían hecho allí.

—Es un altar —murmuró Emily.

—Y parece que se han hecho sacrificios —indicó Liikmi.

—Será mejor que andemos con mucho cuidado —recomendó ella —. Aunque esto parezca haber estado abandonado durante siglos, puede que haya alguien en los alrededores.

Liikmi se acercó al altar, donde había unas inscripciones que cubrían parte de la superficie. Las examinó con cuidado, pasando su mano por encima del relieve.

—Estas marcas están muy desgastadas, pero no son keplerianas. Tampoco se parecen a nada que haya visto antes.

—¿Escritura norteña?

—Tal vez —dijo él con preocupación—. Pero algo me dice que no debemos estar aquí.

Emily se giró y barrió el templo con la mirada. Estaban solos, pero la atmósfera estaba muy cargada y no pudo evitar tener un mal presentimiento.

—No me gusta este lugar —murmuró Emily, poniéndose en guardia—. Parece que nos están observando.

Liikmi apartó la mano de las inscripciones y dio un paso atrás, mirándola con seriedad. Ambos sabían que lo mejor sería no permanecer allí más tiempo del necesario.

—Deberíamos marcharnos —dijo él finalmente, asintiendo con la cabeza.

—Sí, es hora de seguir —coincidió Emily, montando de nuevo en su *fhore*, que había estado olfateando el suelo en busca de alimento.

Aunque avanzaron por el denso bosque que salía del templo, la sensación de inquietud no se disipaba. Emily intentó concentrarse en el camino, pero la escasa luz y el aire pesado que había en el ambiente hacían que su mente no dejara ese constante estado de alerta que la acompañaba. El silencio era profundo, solo interrumpido por el crujido de las hojas bajo las pezuñas de los animales y el canto de algún ave en la distancia.

Sin decir nada, Liikmi redujo ligeramente el paso de su animal y esperó a que Emily se pusiera a su altura. Cuando estuvieron alineados se inclinó ligeramente hacia ella y susurró lo que estaba ocurriendo.

—No te alarmes —dijo, tratando de sonar tranquilo—. Pero alguien nos sigue desde que hemos abandonado el templo.

Emily, sorprendida, trató de dominar su cuerpo y lanzó una mirada disimulada a su alrededor.

—¿Cuántos? —preguntó.

—Dos, tal vez más —contestó él con tono grave—. No estoy seguro, apenas se dejan ver.

Continuaron avanzando como si no pasara nada, intentando convencerse de que, si no les habían atacado desde que dejaron el templo, tal vez no quisieran hacerles daño. Aun así, Emily colocó la mano sobre la empuñadura de su katana. Aunque dudaba que eso cambiara lo más mínimo la situación, le ayudó a sentirse más segura. Trató de agudizar el oído para ver si era capaz de detectar los movimientos de los acechadores, pero el sonido de los *fhores*, e incluso el ritmo agitado de su corazón, no le permitían escuchar mucho más allá.

—Cuando te lo indique —murmuró Liikmi— detén la montura.

Un rato después hizo un gesto con una mano para que Emily se detuviera. Ambos tiraron de las riendas de sus animales, que obedecieron. Sin embargo, los *fhores* seguían resoplando, ajenos al peligro que los rodeaba. El kepleriano se llevó el dedo índice a la boca, pidiendo silencio.

Ambos se quedaron inmóviles en medio del bosque, esperando. El sonido de unos pasos pareció llegarles desde todas direcciones antes de detenerse también. Quienquiera que los estuviera siguiendo, era consciente de su pausa, lo que confirmaba que no se trataba de simples animales curiosos.

—Están cerca —susurró Emily sin poder evitar que su voz sonara nerviosa.

Liikmi frunció el ceño. Sus ojos oscuros estaban fijos en un punto más allá de los árboles. Luego, de repente, hizo un gesto rápido con su mano y desenvainó un cuchillo largo, pero mantuvo la posición. Algo se movió entre la maleza a su izquierda, y esta vez Emily lo vio. Un destello rápido de algo en movimiento, tal vez una figura. Sintió un escalofrío recorrerle la espalda.

—¿Qué hacemos? —preguntó en un susurro, sin dejar que el miedo se apoderara de ella.

Antes de que Liikmi pudiera responder, el sonido agudo de un proyectil rompió el silencio y algo pequeño y rápido pasó junto a la cabeza de Emily, perdiéndose entre la vegetación del bosque. Se agachó instintivamente y desenvainó la katana de un tirón mientras Liikmi hacia que su montura girara hacia la retaguardia.

—Es una advertencia —susurró él—. Si hubieran querido, ya estaríamos muertos.

Liikmi volvió a envainar su cuchillo y levantó ambas manos para que los atacantes pudieran comprobar que no suponía ningún peligro. Emily lo imitó.

De repente, varias figuras emergieron de entre los árboles. Aparecieron en silencio, moviéndose con la ligereza y la destreza de cazadores expertos. Eran altos y esbeltos, fisiológicamente muy parecidos a Liikmi, pero con la piel mucho más clara, casi pálida, con un tono grisáceo que brillaba tenuemente a la luz que se filtraba entre las hojas. Sus ropas eran rudimentarias pero funcionales, hechas de pieles de animales y tejidos vegetales que parecían mimetizarse con el entorno, como si fueran una extensión del propio bosque. Vestían faldas cortas y chalecos que apenas cubrían sus torsos. Adornos hechos de huesos y piedras colgaban de sus cuellos y muñecas.

Los que lideraban el grupo llevaban arcos con inscripciones talladas a mano, mientras que otros sujetaban cerbatanas hechas de alguna especie autóctona de caña. Sus ojos, grandes y oscuros, los vigilaban desde diferentes ángulos mientras se acercaban a ellos. Llevaban la cara pintada con líneas negras y rojas, formando patrones que parecían tener algún tipo de significado ritual. Uno de ellos se adelantó más que el resto. A juzgar por su apariencia parecía ser el líder. Alzó una mano, indicando a los demás que no se acercaran más.

—*ffiyt tyuing ak* —pronunció el extraño. Su voz sonaba gutural, con sonidos entrecortados, pero también tenía una musicalidad de lo más peculiar.

Liikmi intercambió una mirada de confusión con Emily. Ambos entendieron que, aunque aquel lenguaje compartía un origen común con los suyos, miles de años de aislamiento habían transformado su lengua en algo irreconocible. Y, aunque Emily llevaba en su brazalete el módulo de traducción para entenderse con Liikmi, supo que no podrían hacer gran cosa con aquel lenguaje que había tomado una dirección totalmente opuesta a la de los keplerianos del sur.

—No entendemos nada —dijo Emily, mostrando sus manos en todo momento para que no se sintieran amenazados.

—*mboy' ndey' ak vømp* —dijo el norteño. Su voz parecía tener un tono más impaciente que antes—. *fiyt tyu ak zø vna ak fyep zimp*.

El resto de los que lo acompañaban alzaron sus armas y apuntaron a Emily y a Liikmi con ellas.

—Lo lamento —dijo Emily, en un intento desesperado por evitar un ataque—. Pero no entendemos nada de lo que dice.

El norteño, cansado de esperar una respuesta que entendiera, hizo un gesto con su mano. De inmediato, dos nuevos proyectiles fueron disparados desde ambos flancos. Emily notó un picotazo en el cuello, pero para cuando se llevó la mano hasta la zona del impacto, sus ojos ya se habían cerrado.

26

Divide y vencerás

7 de julio del año 3

Campamento D, Kepler-442b

Tras pasar un día entero organizando las dos operaciones, Robert ultimaba los preparativos para facilitar la infiltración de la capitana Ÿonwush dentro del campamento enemigo. Introdujo en su mochila algo de ropa y cargó uno de sus fusiles para dar cobertura si las cosas se ponían feas. Él sería el único militar de la operación, exceptuando a la propia infiltrada.

A su lado, Gorka hacía lo mismo con la mochila de telecomunicaciones que Paula y él mismo habían preparado. El plan era tan sencillo de entender como complicado de llevar a cabo. Según había confesado Khii, el esclavo que había escapado de las garras de los Khol, los prisioneros que permanecían la base estaban tan subyugados y asustados que nadie se esperaría que alguien intentara escapar de allí.

Además, gracias al prisionero que mantenían maniatado en el campamento habían observado comportamientos diferentes durante el día y la noche. Durante el día parecía más activo a pesar de no haber ingerido ningún alimento, mientras que por la noche daba la impresión de entrar en una especie de trance. Chad comentó que no parecía llegar a dormir, ya que sus sentidos seguían funcionando de manera normal. Sin embargo, el resto de su cuerpo reducía su actividad física y metabólica.

—No es algo muy raro —había explicado el biólogo—. En nuestro planeta, los peces, por ejemplo, tienen un descanso similar, en el que se mantienen alerta durante la noche por si algún depredador decidiera sorprenderlos.

Por ese motivo habían decidido infiltrarse a última hora del día, inspeccionar la zona exterior y el interior de la nave y después

escapar durante la noche, al amparo de la oscuridad y aprovechando que los Khol no son tan activos durante esas horas. Aunque al principio pensaron que se trataba de un punto débil que podrían aprovechar a su favor, Chad se encargó de contradecirlos.

—En realidad, son malas noticias. Significa que la especie de los Khol tenía tantos enemigos en su biosfera que no podían permitirse el lujo de descansar del todo, por si un depredador los atacaba —añadió.

Sin embargo, eso no había cambiado un ápice los planes iniciales. Necesitaban información sobre el enemigo para conocer cómo de lejos se encontraban de poder ganar la guerra.

Cuando estuvieron preparados, Robert esperó pacientemente a que Paula y Gorka se despidieran. Las muestras de cariño le incomodaron un poco, todavía podía recordar el perfume de Emily cuando ambos se abrazaban o pasaban la noche juntos. Paula no iba a participar en la operación en esta ocasión, sino que se quedaría en el campamento, ya que no se encontraba demasiado bien desde hacía un par de días. A pesar de las moléculas, y para sorpresa de los keplerianos, las enfermedades no eran ajenas a los humanos. Todos, sin excepción, habían pasado en algún momento por un proceso gripal o malestar de estómago desde que abandonaron los exotrajes. La doctora Schmidt y su genetista ya les habían advertido de ello. Ese tipo de modificaciones genéticas tardarían generaciones en llegar, ya que no suponían un peligro mortal para el individuo.

Salieron al exterior del barracón, donde ya aguardaban los miembros de ambos equipos a la espera de las órdenes para partir. Ferrara se le acercó nada más llegar al centro del campamento.

—Ya está el grueso del equipo preparado, señor —le informó, cuadrándose delante.

—De acuerdo —asintió él—. ¿Tiene todo el mundo claras las directrices?

—Se trata de adentrarnos en el almacén de los Khol antes de que traigan una de sus naves para recogerlo todo —recitó la sargento.

—Bien —la felicitó—. Recuerde que se trata de una misión muy diferente a las habituales, en este caso no habrá un convoy fuertemente protegido, pero intuyo que tendrán una guarnición

custodiando el material. Si hay demasiada actividad enemiga, no arriesgue las vidas de su equipo, ¿entendido?

—Sí, señor —asintió ella—. Tengan ustedes cuidado también.

Ferrara se despidió de su superior con otro saludo militar y se giró hacia el numeroso grupo que comandaría en la misión. En su mayoría eran militares, tanto keplerianos como humanos, pero había varios civiles que se habían incluido. Alberto, James Coogan y Taro formaban parte del contingente, además de Narya, la extrovertida kepleriana que se había unido a la resistencia en las últimas semanas. En total eran veinticuatro efectivos los que se encargarían de tomar el almacén enemigo. El resto de los militares permanecería en el campamento para vigilar la zona y proteger a todos los civiles que se acababan de unir al grupo. Cada día acudían más y más keplerianos al campamento en busca de un lugar donde sentirse protegidos y poder colaborar con la liberación de su pueblo. Era una marea muy difícil de detener.

El grupo comenzó a desplazarse hacia el este en silencio, aprovechando los primeros rayos de luz que ya iluminaban el campamento. Los carruajes vacíos que se habían dispuesto en fila crujían suavemente mientras avanzaban por el terreno irregular. Ferrara lideraba la marcha junto a Solberg, mientras el resto se distribuían por todos los carruajes. Ambas intercambiaban miradas y ocasionalmente consultaban los mapas que habían trazado gracias a la información que los espías de Ÿonwush habían conseguido.

Intuían que el tiempo jugaba en su contra en esta misión. En cualquier momento, una nave enemiga podría acercarse al almacén y recoger el material para llevarlo a la nave nodriza. Era de vital importancia atacar antes de que los Khol pudieran reaccionar. El grupo siguió su camino durante varias horas, sin detenerse salvo para realizar pequeñas pausas donde bebían el agua que llevaban en los pellejos o revisaban por enésima vez los preparativos para el golpe. La tensión de todo el equipo iba en aumento a medida que se acercaban al lugar. Tal vez los Khol no sabían que los estaban siguiendo de cerca, pero no esperaban un buen recibimiento.

Tras varias horas de marcha, llegaron a una zona donde el terreno cambiaba abruptamente. Las montañas de roca caliza se

alzaban más imponentes a su alrededor, y los árboles cedieron el paso a una extensión abierta de piedra y terrenos baldíos. En el centro de aquella meseta se suponía que se encontraba el misterioso almacén que los Khol habían construido varios metros bajo tierra.

Ferrara mandó detener la comitiva antes de dejar atrás la cobertura que les brindaba el bosque. Mientras el resto del convoy mantenía la posición, Miller, Solberg y Ferrara se separaron del grupo y se dirigieron hacia una de las zonas elevadas de los alrededores, desde la que podrían tener una visión más general de toda la zona. Se movieron en silencio por el terreno escarpado. Las piedras pequeñas crujían levemente bajo sus botas, pero el viento ayudaba a disipar el sonido.

Cuando estaban a punto de llegar a la cima de la elevación, Ferrara resbaló sin querer con una piedra del tamaño de un puño. Se levantó enseguida, pero la piedra rodó cuesta abajo, causando más ruido de lo aconsejable. Solberg la miró con dureza, recriminándole su torpeza con una expresión de disgusto.

—Lo siento —murmuró ella con expresión compungida.

Llegaron hasta la zona más elevada sin problemas. Ferrara se agachó, asegurándose de que sus movimientos fueran lo más discretos posible. Había agotado ya todo el margen que tenían. Solberg sacó unos prismáticos y comenzó a inspeccionar la zona con detenimiento. El terreno frente a ellos era un laberinto de rocas afiladas y estrechos desfiladeros. A simple vista parecía desierto, pero al observar con más atención, Solberg pudo distinguir el movimiento de una pequeña patrulla formada por tres soldados Khol. Estaban cerca de una amplia abertura en el suelo que parecía ser la entrada al almacén subterráneo. Junto a ellos, otros Khol portaban cajas y contenedores con lo que podría ser material de valor.

Solberg le pasó los prismáticos a Ferrara, que observó la situación con interés. El acceso al almacén era peligroso. El terreno era muy irregular y estaba plagado de peñascos y rocas afiladas que hacían complicado llegar hasta la boca de la entrada. Además, aunque la patrulla visible no era muy numerosa, podía haber más escondidas en los alrededores.

Ferrara frunció el ceño y le pasó los prismáticos a Miller.

—Va a ser más arriesgado de lo que pensaba —susurró, mirando a Solberg—. ¿Qué opinas?

—La abertura está mal protegida —respondió Solberg, observando con detenimiento el movimiento de los Khol—. Si conseguimos llegar a ese risco de ahí en silencio y atacamos rápido, podríamos deshacernos de ellos sin darles tiempo a reaccionar. Pero el terreno es demasiado complicado. Cualquier paso en falso podría ponerlos en alerta y provocar un baño de sangre.

—Podemos aprovechar que hay pocos Khol visibles y atacar desde el flanco oeste —sugirió Miller mientras analizaba la situación —. Quizá el terreno es más complicado por ese lado, pero también hay más cobertura. Nos da una mejor oportunidad de sorprenderlos.

Ferrara meditó un momento.

—Este lugar es perfecto para tender una emboscada —dijo por fin—. Podría haber patrullas ocultas detrás de cualquiera de esos grupos de rocas. Pero tal vez esté siendo demasiado precavida.

Hizo una pausa y recogió de nuevo los prismáticos para revisar las zonas aledañas en busca de actividad.

—Atacaremos desde el oeste —dijo con firmeza—. Nuestro objetivo prioritario será neutralizar a la patrulla de forma rápida y silenciosa. Después de eso, tenemos que asegurarnos de que no haya más fuerzas ocultas en los alrededores antes de proceder a inspeccionar la abertura.

Robert, la capitana Ÿonwush, Gorka y Khii avanzaban en silencio a través del espeso bosque en dirección al campamento Khol. El sol ya había pasado su cénit y comenzaba su camino descendente hacia el horizonte. Los cuatro sabían de la importancia de la misión, pero también de los riesgos que conllevaba una infiltración en territorio enemigo. Cualquier paso en falso y acabarían esclavizados durante miles de años.

Khii, el kepleriano que había conseguido escapar de la esclavitud en una de las incursiones de la resistencia, caminaba nervioso en el centro del grupo. Él mismo se había ofrecido a acompañar a la

capitana en todo momento. Cada una de las cicatrices de su piel eran testimonio mudo de los abusos a los que había sido sometido. La sola idea de regresar al lugar donde tanto había sufrido, y donde su esposa continuaba sufriendo, le había cambiado el talante.

Cuando se acercaban al borde del claro que rodeaba el campamento Khol, Robert ordenó hacer una parada. Se agacharon entre los arbustos y los árboles, asegurándose de que no fueran detectados. Robert extrajo los binoculares de su mochila y se encaramó a uno de los árboles con ayuda de Gorka. Estudió con mucho celo la situación de la base y de los soldados Khol, que hacían sus guardias a cientos de metros de distancia sin ser conscientes de su presencia. Cuando estuvo satisfecho y comprobó que no había peligro, bajó del árbol.

—La base parece tranquila —murmuró—. Esperaremos a que caiga la noche. Será mejor que lo preparemos todo ahora.

Gorka, que llevaba una pequeña mochila con herramientas y dispositivos electrónicos, asintió y comenzó a preparar el equipo de vigilancia que llevaría la capitana Ÿonwush encima. La kepleriana extrajo de la suya una serie de prendas harapientas que habían preparado la tarde anterior. Le entregó a Khii las suyas y ambos se cambiaron de ropa. A pesar del peligro que suponía esta misión, la capitana kepleriana no mostró ni una pizca de duda. Khii, por su parte, parecía decidido a vengarse de quienes los habían esclavizado a él y a su esposa.

Gorka extrajo una pequeña pieza de la mochila y se la colocó a Ÿonwush en el cinturón de tela que sujetaba sus desgastados ropajes.

—Esto será discreto —explicó Gorka mientras ajustaba el aparato —. No deberías tener ningún problema con la señal mientras estés dentro del campamento. Si todo va bien, podremos ver y escuchar cualquier cosa importante que ocurra.

Tras asegurarse de que no se caería con ningún movimiento brusco, se dispuso a confirmar que la recepción era correcta. Manipuló la mochila de comunicaciones y después el terminal de su brazalete hasta que estuvo satisfecho con la calidad de imagen.

—Prueba a decir algo —le pidió.

—¿Algo como qué? —preguntó ella, confundida.

—Con eso me vale —aseguró con media sonrisa—. La recepción es correcta y la imagen parece buena.

Después agitó sus manos delante del cinturón de la capitana para comprobar que el retardo era mínimo entre la realidad y la imagen holográfica que salía de su brazalete. Luego extrajo dos pequeños audífonos que Paula había preparado para que se ajustaran a las diminutas orejas de los keplerianos. Les ayudó a los dos a colocárselos y cuando estuvieron a punto, se separó unos cuantos metros.

—¿Me oís? —susurró.

Los dos keplerianos respondieron afirmativamente aunque, en esa ocasión, la sorpresa al comprobar el funcionamiento de la tecnología humana no fue tan marcada como la del día anterior, cuando ambos quedaron impresionados al escuchar a Gorka a tanta distancia.

—No olviden que el objetivo es recopilar información y salir vivos de ahí —les recordó Robert mientras acababan de ajustarse el equipo—. No hay necesidad de heroísmos. Si las cosas se complican, salgan de inmediato. Nosotros les daremos fuego de cobertura desde aquí.

Los dos asintieron con seguridad. Todavía quedaban unas horas para que cayera la noche, así que se sentaron en el borde del claro. La espera acrecentó el nerviosismo y la tensión de ambos, en especial la de Khii, que empezó a mostrarse muy alterado. Pero, a pesar de la tensión, todos se mantuvieron en silencio.

De repente, Robert levantó la cabeza. Algo no iba bien. Se concentró, tratando de volver a captar lo que había oído. Sonidos lejanos, casi imperceptibles, como un crujido de ramas o el roce de algo pesado moviéndose entre los árboles. Pero en ese caso, los sonidos no provenían del claro, sino del interior del bosque.

—¿Habéis oído eso? —murmuró Ÿonwush, que también estaba en alerta.

Antes de que el resto pudieran responder, los sonidos se intensificaron. A Robert le pareció que llegaban desde dos lugares

diferentes. Algo se movía en el bosque, y eso solo podía significar que los Khol les estaban acechando.

—Nos han seguido —confirmó Gorka en un susurro—. Tenemos que salir de aquí.

—¡Corred! —ordenó Robert, consciente de que cada vez estaban más cerca.

El grupo se puso en marcha, avanzando lo más rápido que podían en la penumbra del bosque. A través de los árboles y la vegetación, Robert vislumbró varias figuras moviéndose entre la maleza. Patrullas de Khol, acompañadas por fieros animales que caminaban a cuatro patas, con cuerpos alargados y escamosos. El grupo aceleró el paso, corriendo entre los árboles y tratando de mantener el control en el terreno desigual.

Robert esquivaba raíces y ramas caídas a la máxima velocidad que le permitían sus piernas. De vez en cuando aminoraba la marcha para girar la cabeza y comprobar que el resto le seguía. En una de esas, se dio cuenta de que Khii no estaba en el grupo. Se detuvo y lo vio dolorido en el suelo. Había tropezado con una de las enormes ramas que habían caído de un árbol reseco. A pesar del peligro, no dudó en regresar para ayudar a su compañero a levantarse. Se había lastimado una pierna, pero podía continuar.

Aceleraron el paso para alcanzar a los demás, pero los Khol estaban cada vez más cerca. Las criaturas rugían a sus espaldas y se escuchaban sus pisadas cada vez más próximas. El sudor corría por sus rostros y el agotamiento comenzaba a apoderarse de sus piernas, pero no podían detenerse. Correr era su única opción.

Sin embargo, el bosque se cerraba cada vez más, y pronto llegaron a un área donde los árboles y la maleza les impedían continuar. El sonido de los Khol y sus animales de caza los rodeaban por todas partes. Los habían empujado hacia una zona sin salida. Habían caído en una trampa. La persecución terminó cuando varias figuras Khol emergieron delante de ellos, bloqueando su camino. Otros aparecieron detrás, cortándoles la retirada. Eran demasiados e iban bien armados. A Robert ni siquiera se le pasó por la cabeza coger el fusil para defenderse, era inútil.

—Estamos rodeados —dijo Ÿonwush, respirando con dificultad.

Un silencio sepulcral cayó sobre el grupo cuando los soldados avanzaron hacia ellos. Las alimañas que llevaban con ellos gruñían, mostrando sus afilados dientes mientras sus ojos rojos destellaban con hambre.

—No puede ser... —dijo Gorka, aun jadeando.

Khii, que todavía respiraba con dificultad tras la persecución, dio un paso al frente, con una mirada extraña en su rostro. Robert lo observó con incredulidad. Algo en su actitud no cuadraba. No mostraba temor ni desesperación. Al contrario, parecía casi… satisfecho.

—Khii… —susurró Robert, entendiendo lo que estaba sucediendo —. Nos has traído a una trampa.

Khii esbozó una sonrisa torcida, y su mirada traicionera reveló la verdad. No había sido un esclavo fugitivo en busca de venganza. Todo había sido una farsa.

—Lo siento, —dijo con una voz cargada de falsa pena—. Pero era la única manera. Kraalok me ofreció la libertad a cambio de capturar a los líderes de la resistencia.

—¡Maldito traidor! —escupió Ÿonwush, furiosa—. ¿Y tu mujer? ¿Era todo una mentira?

Khii asintió, sin mostrar remordimiento.

—Así es. No tengo mujer, ni siquiera escapé. Todo fue un plan para ganarme vuestra confianza, y habéis caído en la trampa.

Los Khol que rodeaban al grupo miraban a Khii con desprecio, pero uno de ellos, el que parecía tener mayor autoridad, habló en un tono despectivo mientras reía entre dientes:

—El pequeño traidor cree que obtendrá su recompensa —dijo en el extraño lenguaje de los Khol que su brazalete se encargó de traducir—. No eres más que un gusano patético.

Khii frunció el ceño mientras el resto de soldados se reían a carcajada limpia.

—Él… me lo prometió —gimoteó.

—Tu recompensa llegará pronto, esclavo —rio otro Khol.

De repente, su gesto se convirtió en una mueca de terror ante el desenlace que acababa de presenciar.

—¡Prendedlos! —dijo el líder de los soldados.

Robert apretó los dientes mientras dos soldados le ataban las manos a la espalda con violencia. Estaban atrapados por la traición de un kepleriano sin escrúpulos ni futuro y ahora eran prisioneros de un enemigo implacable. Los cloqueos de satisfacción de los Khol resonaron en el aire mientras sus alimañas gruñían y acercaban sus hocicos, ansiosas por probar la carne de los nuevos prisioneros.

27

La negativa

7 de julio del año 3

Lugar desconocido, Kepler-442b

Emily abrió los ojos con mucha dificultad. La escasa luz que recibía le estaba provocando un intenso dolor de cabeza. Después intentó llevarse las manos hasta la cara, pero cayó en la cuenta de que las tenía atadas bajo la espalda. Trató de zafarse de las cuerdas sin éxito; estaban demasiado apretadas. Un dolor sordo pulsaba en su cuello, donde los norteños le habían clavado el dardo con narcóticos. Miró a su alrededor y trató de ubicarse. La choza en la que se encontraba era simple y rudimentaria, con las paredes de barro seco y el tejado en forma cónica construido con ramas entrelazadas y hojas secas. Se obligó a respirar hondo, tratando de calmar el pánico que empezaba a subirle por el pecho. El lugar olía a tierra húmeda y a plantas.

Cuando sus ojos se acostumbraron a la penumbra del interior descubrió que Liikmi estaba a su lado, inconsciente y con el cuerpo colocado en una posición poco natural. Emily trató de acercarse a él, pero las cuerdas que ataban sus tobillos apenas la dejaron moverse unos centímetros en su dirección. Sintió una profunda desesperación por un momento, pero entonces, poco a poco, el kepleriano empezó a dar signos de vida. Primero fueron leves espasmos en sus extremidades, después un gruñido grave antes de que sus ojos finalmente se abrieran, desorientados.

—Liikmi... —murmuró Emily con la voz ronca. Se aclaró la garganta y lo llamó de nuevo, un poco más fuerte—. Liikmi, despierta.

El kepleriano parpadeó varias veces hasta que consiguió enfocar la mirada en ella. Tardó unos segundos en darse cuenta de la situación, y cuando lo hizo, un gesto de incomodidad se reflejó en su

rostro. Intentó moverse, pero las cuerdas también lo mantenían inmovilizado.

—¿Dónde estamos? —preguntó con la voz débil por el letargo—. ¿Qué es este lugar?

—No lo sé —respondió ella—. Lo último que recuerdo es que unos norteños nos cortaron el paso. Sentí un pinchazo en el cuello y luego, nada. Solo este lugar. —Observó la choza con desconfianza—. ¿Estás bien?

Liikmi frunció el ceño y trató de sentarse, pero las cuerdas que ataban sus extremidades le dificultaban cualquier movimiento fluido. Tras unos momentos de forcejeo, se dejó caer de nuevo en el suelo, agotado.

—Estoy bien, creo —dijo, exhausto—. Pero estas ataduras son bastante fuertes. Tenemos que salir de aquí cuanto antes.

Ambos intentaron liberar sus manos, pero las cuerdas estaban bien atadas y el malestar que ambos sentían tras los efectos de las drogas no les facilitaba la tarea. Liikmi miró hacia la única entrada de la choza, un pequeño hueco cubierto por una cortina hecha de pieles de animales por el que se colaba algo de luz del exterior.

—No sé cuánto tiempo llevamos aquí dentro —dijo—. Pero diría que está empezando a anochecer.

—¿Hemos dormido un día entero?

—Tal vez más —corrigió.

—¿Qué crees que quieren de nosotros? —preguntó ella.

—No lo sé —respondió—, pero no parecían muy amistosos. Y si no conseguimos comunicarnos con ellos, puede que nos tomen por una amenaza y acaben con nosotros sin darnos una oportunidad de explicarles lo que hacíamos aquí.

A Emily no le gustó nada esa posibilidad.

—Tenemos que salir de aquí cuanto antes —dijo con urgencia.

En ese momento escucharon voces fuera de la choza. Emily y Liikmi intercambiaron una tensa mirada mientras unas sombras se movían al otro lado de la cortina de pieles. Al menos dos norteños conversaban en el exterior, y lo que fuera que tuvieran planeado para ellos estaba a punto de comenzar.

Dos hombres entraron y los arrastraron sin miramientos fuera de la cabaña. No tuvieron tiempo ni de reaccionar. Los levantaron con fuerza, sin importarles el dolor que les causaban las cuerdas apretadas en sus muñecas y tobillos, y la tenue luz del exterior volvió a iluminarles.

El aire frío de la tarde golpeó sus rostros mientras eran llevados a través de un pequeño poblado de chozas circulares. El suelo era de tierra prensada y las chozas, construidas con adobe y ramas secas, conformaban el corazón de la aldea. Emily observó a los niños correteando y a varios adultos que detenían sus tareas para observar a los prisioneros con curiosidad. Las risas de muchos de ellos resonaban a su alrededor, como si arrastrar prisioneros fuera un espectáculo divertido.

A pesar de la incertidumbre del momento, Emily intentó recordar cada detalle del entorno, buscando una vía de escape. Pero estaba claro que, por ahora, no tenían forma de liberarse. Tras cruzar parte del poblado, llegaron a una estructura diferente a las demás. Era una cabaña mucho más grande y ostentosa. La entrada estaba decorada con pieles exóticas y amuletos colgantes que tintineaban con el viento. Les cortaron las cuerdas que ataban sus pies para después levantarlos del suelo y empujarlos dentro de la choza sin ningún tipo de cuidado.

Allí los esperaba un anciano de aspecto rudo, sentado en una especie de trono improvisado hecho de hueso y madera tallada. Su rostro arrugado y curtido por los años irradiaba autoridad, pero sus ojos oscuros mostraban desconfianza, aunque también una pizca de curiosidad. Vestía con pieles gruesas y adornos hechos de hueso tallado, más ornamentado que cualquier otro norteño que habían visto hasta el momento. A su lado, dos soldados fuertemente armados lo escoltaban. Sus rostros serios los observaban con atención, dejando claro que no dudarían en ensartarlos con sus lanzas si vieran la integridad del anciano amenazada.

—*Vnůmb ivěng i o kvěk fůyt ak tyu* —les dijo en el mismo idioma que sus captores.

Emily y Liikmi se miraron de nuevo. Las palabras sonaron ásperas y estaban acompañadas de gestos impacientes que evidenciaban

que estaba tratando de obtener alguna respuesta. Al ver que ninguno de los dos contestaba, repitió las mismas palabras, más despacio esta vez. Ellos seguían sin comprender y la frustración en su rostro comenzaba a ser evidente.

—No entendemos lo que dice —dijo Liikmi, tratando de explicarse en *kophi*.

Las palabras del kepleriano acabaron por colmar la paciencia del anciano norteño. De repente, lanzó un grito a uno de los guardias que los habían arrastrado hasta allí. El guardia se inclinó con auténtico pavor y salió a la carrera de la choza.

Pocos minutos después regresó acompañado de una joven norteña. Su porte era mucho más relajado que el del resto de los presentes, y sus ropajes, aunque más sencillos, parecían otorgarle un aura orgullosa. Llevaba un sencillo colgante tallado con finura y también varios brazaletes a la altura de ambos bíceps. Se acercó al anciano y mantuvo una breve conversación en el mismo idioma desconocido antes de volverse hacia Emily y Liikmi.

—Mi nombre es Alka —dijo, en una lengua que los dos pudieron entender, aunque con un acento extraño—. Y él es Kvungo el anciano de nuestra tribu, los Kyambian.

La joven hizo un ceremonioso gesto al pronunciar el nombre del anciano y de su tribu.

—Kvungo desea saber quiénes sois y por qué habéis irrumpido en nuestras tierras sagradas —les preguntó.

—Lamentamos profundamente haber profanado vuestras tierras sagradas —dijo Liikmi, que tomó la iniciativa antes de que Emily pudiera hablar—. No conocemos la zona y no hemos encontrado ningún camino en nuestro trayecto desde el sur.

La joven tradujo lo que Liikmi había dicho. El anciano los miró con desconfianza y enseguida lanzó otra pregunta.

—*Kvêk êpu fansh ak shno vnǐ shniz* —pronunció. Sonaba a advertencia—. *Vna tyu ak fyep zǐmp*.

—Nuestro anciano dice que podría ordenar vuestra muerte solo por ese motivo —tradujo muy seria—. Pero habéis despertado su curiosidad y desea saber quiénes sois.

—Lamentamos lo ocurrido —reiteró Liikmi—. Somos sureños, venimos en busca de la ayuda del antiguo pueblo de nobles y aguerridos norteños.

El anciano los miró con suspicacia cuando Alka concluyó la traducción. De inmediato, respondió con otra pregunta.

—El gran Kvungo desea saber qué clase de ayuda necesitan los sureños —tradujo—. Ningún sureño se había preocupado de los asuntos y las disputas del norte hasta ahora.

—Nuestro pueblo lleva miles de años siendo esclavizado por un poderoso enemigo —respondió Emily, cuyo brazalete tuvo a su vez que traducir al idioma de Liikmi.

Al escuchar cómo una tercera voz había hablado sin que nadie moviera la boca, tanto el anciano como la joven dieron un respingo y gritaron asustados. Los dos guardias que custodiaban el trono sacudieron sus lanzas y las dirigieron hacia sus cuellos en una maniobra ágil e inesperada.

—El anciano desea saber quién ha hablado —tradujo la joven, cuya mirada parecía temerosa.

Emily explicó las diferencias entre humanos y keplerianos y cómo su tecnología podía ayudar a que se entendieran. El anciano, con la mirada cargada de suspicacia, pareció dar por buena la explicación. Sin embargo, los soldados no retiraron las lanzas.

—Kvungo desea saber quién es ese enemigo que provoca que los sureños vengan asustados como animales indefensos a pedir ayuda de los poderosos Kyambian —tradujo Alka. La mirada del anciano apoyaba el tono irónico de sus palabras.

—Se trata de los Khol —dijo Emily muy seria—. Son un enemigo feroz. Las huestes de Kraalok, su jefe, se pasean por las ciudades del sur. Allí roban, saquean y esclavizan a quiénes desean, sin que nadie pueda hacer nada por evitarlo. Necesitamos la ayuda de su pueblo para hacerles frente. De lo contrario, los Kyambian podrían ser los siguientes en caer bajo su poderoso ejército.

La joven tradujo las palabras de Emily con precisión y la expresión del anciano se tornó seria a medida que escuchaba a su traductora.

—Dice que no tienen miedo de nadie —tradujo la norteña—. Nadie, jamás, ni siquiera sus numerosos enemigos, han conseguido doblegar a Kvungo. Sean quienes sean esos Khol, no intimidan a nuestro anciano.

—Pero su tecnología es mucho más avanzada que la vuestra —insistió Emily—. Vendrán con sus naves voladoras de armadura impenetrable y reducirán todo este lugar a polvo.

La joven la miró con incredulidad, como si no hubiera entendido bien la frase. Aun así, tradujo lo que escuchó. El anciano torció el gesto más de la cuenta en algún momento de la traducción. Pero no fue miedo lo que vio en él.

—El anciano quiere saber si los Khol flotan en el aire —preguntó.

La pregunta les pilló desprevenidos, y así lo debieron demostrar sus expresiones.

—No… —negó con la cabeza—. Pero sí que lo hacen sus naves.

Eso pareció interesar sobremanera al anciano, ya que les pidió una descripción detallada de esas naves de las que hablaban. Tras preguntar sobre su tamaño y su color, pareció perder el interés. Pero su expresión continuó siendo suspicaz. De cualquier manera, Kvungo hizo un gesto de desdén con la mano mientras daba una orden.

—*Kyashpêing ne tmupwetik kshik fye femiik* —dijo.

Los guardias que esperaban detrás de ellos los sujetaron con fuerza y comenzaron a arrastrarlos hacia la salida.

—¡No! ¡Esperen! —gritó Emily. Los soldados se detuvieron—. ¡Necesitamos su ayuda con urgencia! —exclamó desesperada.

La joven volvió a traducir el significado. El anciano la miró con desprecio y agitó la mano.

—Necesita meditar vuestra petición —dijo la joven antes de que se los llevaran de vuelta a la choza.

La noche cayó sobre el poblado norteño y Emily y Liikmi solo pudieron acomodarse sobre el duro y frío suelo de la construcción en la que los mantenían recluidos y maniatados. Las horas pasaron sin que ninguno de los dos supiera cómo iban a salir de aquel embrollo. Congelados y hambrientos, no tenían forma de escapar de su cautiverio.

Emily pasó toda la noche en un constante duermevela en el que cualquier sonido en el exterior o los ronquidos de Liikmi la sacaban de inmediato de su sueño. Aprovechó para pensar en cómo ese grupo, que se había separado de la población de la Galileo, había acabado convirtiéndose en una especie de tribu salvaje.

Poco antes del amanecer, Liikmi se despertó con un ligero sobresalto. El kepleriano parecía aturdido por el cansancio.

—¿Has descansado algo? —le preguntó a Emily.

—No demasiado —respondió ella—. Llevo toda la noche dándole vueltas a la situación.

—Y ¿has llegado a alguna conclusión? —inquirió el kepleriano.

—No he podido extraer nada en claro, salvo que estamos en serios problemas —dijo con voz grave.

—Tal vez si hablamos con esa tal Alka —propuso el Gaal-El—. Es la única que nos entiende. Si le contamos más sobre los Khol, tal vez quieran escucharnos.

—Será complicado hablar con ella —suspiró Emily—. Me temo que estamos a su merced.

El hambre y la sed comenzaban a pasarles factura. No sabían cuántas horas habían pasado desde la última vez que habían ingerido algo, y eso no ayudaba a mitigar la sensación de impotencia que crecía en su interior. Tampoco sabían qué había ocurrido con sus pertenencias y sus *fhores*. Aunque consiguieran liberarse de las cuerdas que les impedía moverse con normalidad, no llegarían muy lejos sin sus monturas ni víveres.

Un ruido de pasos acercándose interrumpió sus pensamientos. Alguien se dirigió a los guardias que custodiaban la choza y la cortina de piel que cubría la entrada se movió para dejar pasar a Alka. Traía consigo dos cuencos de madera y un pequeño pellejo de agua.

—Aquí tienen algo para comer —dijo mientras se agachaba frente a ellos y colocaba la comida entre ambos.

Liikmi y Emily la miraron con hambre evidente, pero sus manos atadas les impedían siquiera tocar la comida. Alka chasqueó los dedos y uno de los guardias entró. Tras explicarle lo que ocurría, el guardia les soltó las manos y ambos se frotaron las magulladuras de

sus muñecas. Sin embargo, sus estómagos se quejaron con tanto entusiasmo que dejaron enseguida sus molestias en un segundo plano.

Devoraron la carne asada y el pan grueso y compacto que había en los cuencos. No tenía el mejor sabor del mundo y, además, estaba fría, pero aquella carne les supo a gloria. Después de dar sendos tragos de agua, se encontraron mucho más reconfortados y revitalizados. De repente, el cansancio acumulado ya no era tan importante.

—Gracias —murmuró Emily, que se relamía todavía la grasa de la carne.

—No puedo hacer mucho más por vosotros —respondió Alka. En su mirada notaron cierta compasión—. Pero Kvungo meditará sobre vuestra situación. Debéis tener paciencia. Los ancianos aquí no toman decisiones a la ligera.

—Nosotros no tenemos tiempo —replicó Emily con urgencia—. Los Khol son implacables y tal vez sea demasiado tarde para cuando podamos regresar al sur. Tu anciano debe entender la gravedad del asunto.

Alka suspiró, parecía sentir cierta empatía por su situación. Se acomodó en el suelo frente a ellos y cruzó las piernas con aire pensativo.

—Lo entiendo —dijo—. Pero las tribus del norte llevan siglos enfrascadas en sus propios conflictos. Once tribus, todas luchando por el favor de los dioses. Cada una tiene su propia visión del mundo, y todas creen que solo ellas tienen razón. Kvungo y los temidos guerreros Kyambian son los guardianes del *ỉpỉ*, pero no escucharán a menos que vean una amenaza directa sobre nuestros territorios.

Emily asintió, y aunque las palabras de Alka solo reforzaban su pesimismo, decidió intentar establecer un vínculo amistoso con la joven.

—¿Cómo aprendiste nuestro idioma? —preguntó.

—Mi padre es comerciante —respondió la norteña con una leve sonrisa—. Durante años le he acompañado al sur para comerciar con los pueblos nómadas que habitan más allá de las montañas. Fue él

quien me lo enseñó. Esos viajes me hicieron ver el mundo de una manera distinta, pero la mayoría aquí no tiene esa visión. —Sus ojos se posaron en Emily, a la que miró con curiosidad—. Sin embargo, nunca vi a nadie como tú.

—Mi pueblo viene de muy lejos —respondió Emily—. Aunque me temo que nuestros tres pueblos están relacionados de alguna manera.

La joven la miró con cierto escepticismo, sin entender el verdadero sentido de sus palabras.

—¿Hay alguna manera de que Kvungo nos escuche de verdad? —inquirió Liikmi, con la esperanza de una solución.

Alka los miró con una mezcla de compasión y resignación.

—Tal vez —respondió—. Pero tiene fama de terco. Y, aunque no dudo de que esos Khol de los que habláis sean una amenaza para vosotros, aquí en el norte no son más que rumores lejanos. No tienen peso en nuestras disputas internas. Haré lo que esté en mi mano para que os escuche, pero debéis estar preparados para lo peor.

Con esas palabras, Alka se levantó, recogió los cuencos vacíos y se marchó. Emily y Liikmi se quedaron en silencio, procesando la conversación. La joven norteña dejó a los prisioneros con la incertidumbre de lo que sucedería después.

Horas más tarde, cuando el sol ya estaba en su punto más álgido, Emily y Liikmi fueron conducidos de nuevo a la choza del anciano. Sin embargo, esa vez los guardias lo hicieron de una manera más respetuosa, como si el trato hacia ellos hubiera cambiado de repente. Al entrar, notaron que la expresión del líder se había suavizado. Su rostro ahora era más afable, aunque seguía transmitiendo la dureza propia de un hombre que había vivido incontables batallas.

Kvungo estaba sentado en su trono de hueso y madera con Alka a su lado, lista para traducir sus palabras. La joven, con un aire de serenidad, comenzó a hablar con su peculiar acento.

—El anciano Kvungo ha meditado sobre sus palabras —anunció —. Cree que sois personas honorables y reconoce la gravedad de lo que habéis contado sobre los Khol.

Un destello de esperanza cruzó los rostros de Emily y Liikmi. Pero pronto la expresión del anciano cambió a algo más solemne y, tras intercambiar algunas palabras en su lengua nativa con Alka, la norteña continuó:

—Sin embargo, nuestras luchas internas son demasiado importantes —reveló con gesto serio—. Los Kyambian llevamos años en guerra con las demás tribus del norte, y cualquier desvío de nuestra atención hacia el sur podría significar nuestra derrota. No podemos ayudaros. Al menos, no por ahora.

El golpe, aunque esperado, fue demoledor. La reciente hospitalidad había sembrado en ellos una semilla de esperanza que no tardó en desvanecerse como la bruma ligera con los primeros rayos de luz de la mañana.

—El anciano desea mantener una relación cordial con los representantes del sur —añadió Alka—. Cree que el contacto entre nuestras culturas puede resultar beneficioso. Por eso, aunque no podamos ofrecer ayuda militar, hemos preparado un banquete en su honor, como muestra de respeto.

Ninguno de los dos supo cómo reaccionar. No era lo que habían ido a buscar, pero rechazar el ofrecimiento del líder del norte sería una ofensa que podría, no solo ponerlos en peligro, sino tirar por la borda cualquier intento futuro de negociación. Asintieron, agradecieron el gesto y siguieron a los guardias hacia una explanada en medio del poblado, donde se levantaban las chozas más grandes. En el centro de aquella explanada se habían colocado largos bancos de madera y mesas improvisadas. Sobre ellas encontraron una sorprendente variedad de alimentos.

El banquete que los Kyambian habían preparado no se parecía a nada que Emily hubiera visto antes. Había verduras asadas con texturas y formas que parecían imposibles. Tubérculos alargados con bordes irregulares y frutas esféricas de piel áspera que, al cortarlas, revelaban un interior brillante y jugoso. Las carnes, asadas mediante largas estacas sobre fogatas, desprendían un aroma fuerte y especiado con un toque agridulce que les hacía la boca agua a pesar de lo incómodo de la situación. Emily se dio cuenta de que algunas

de las carnes parecían de animales similares a los ciervos, aunque lo cierto es que nunca había probado la carne de ciervo en la Tierra.

El resto de los alimentos consistían en panes densos y sin levadura acompañados de una especie de pasta espesa y anaranjada elaborada a partir de algún tipo de cereal. Las bebidas eran servidas en vasijas de barro y, al beber, Emily notó un sabor dulzón pero muy fuerte, como una mezcla de miel y agua fermentada con alguna raíz picante.

A su alrededor, los Kyambian reían y comían con avidez, aunque había miradas curiosas, algunas hostiles, dirigidas a los dos forasteros. Kvungo, desde la cabecera de la mesa, comía pausadamente, con una mirada calculadora mientras observaba cada movimiento de sus invitados de honor.

—Espero que disfruten de nuestra comida —dijo Alka con una sonrisa amable, sentada junto a ellos—. Es lo mejor que podemos ofrecer. Mi padre siempre dice que el banquete de una tribu es la manera más noble de dar la bienvenida a quienes se consideran sus iguales.

Emily asintió agradecida, pero no pudo evitar sentir un sabor agridulce. Aunque apreciaba la hospitalidad, no habían conseguido el apoyo que buscaban. Sin embargo, sabían que, por ahora, lo mejor que podían hacer era mantener la calma, disfrutar del banquete y no provocar ninguna ofensa.

—No podemos quedarnos mucho tiempo más aquí —murmuró Liikmi en voz baja para que solo Emily lo escuchara—. Si no conseguimos aliados en el norte, tendremos que buscar otra solución.

—Lo sé —respondió ella mientras masticaba una de las frutas rojizas—. Pero, primero, salgamos de aquí con vida.

28

El ídolo

7 de julio del año 3

Campamento Kyambian, Kepler-442b

Todos los presentes en el banquete quedaron saciados con la abundante comida que se sirvió en honor a los invitados del anciano de la tribu. Las conversaciones y las risas fluyeron animadas mientras los Kyambian compartían historias de sus batallas y hazañas en la interminable guerra entre tribus. Aunque Emily y Liikmi intentaron integrarse en la atmósfera festiva, una sensación de incomodidad seguía pesando sobre ellos. Sabían que, a pesar de la hospitalidad, su situación seguía siendo precaria, y cada mirada furtiva que les dirigían los norteños les recordaba su condición de extraños en esas tierras.

En medio de todo el alboroto, los ojos de Kvungo, el anciano líder, que permanecía sentado en su trono, se clavaban en ellos detenidamente. A diferencia del resto de su gente, él no participaba en la algarabía, sino que parecía sumido en un profundo análisis de sus dos invitados. Emily podía sentir el peso de su mirada sobre ellos, escrutando cada uno de sus movimientos con una intensidad inquietante. Liikmi también lo había notado, pero mantenía el semblante sereno, aunque Emily notaba la incomodidad de su compañero.

El tiempo pasó y, cuando el banquete llegó a su punto álgido, Kvungo se levantó de repente de su trono. Su gesto fue brusco y autoritario. Alzó la voz con un grito que resonó en todo el poblado, llamando la atención de todos los presentes. Las risas y las conversaciones cesaron de inmediato, y el silencio se extendió sobre la explanada. El anciano, con una expresión severa, ordenó a todos sus súbditos que se marcharan.

Hubo un momento de desconcierto en el que nadie se movió. Los Kyambian se miraban entre sí como si no entendieran lo que ocurría. Pero pronto, como si el peso de la autoridad del anciano los empujara, comenzaron a levantarse, recogiendo algo de comida de las mesas y dirigiéndose de vuelta a sus chozas. Nadie protestó ni discutió, y en cuestión de minutos las mesas quedaron desiertas.

Una vez que todos se hubieron retirado, el anciano se volvió hacia los dos forasteros y les hizo un gesto para que lo siguieran. Emily intercambió una mirada con Liikmi, quien asintió con discreción. Alka, siempre cercana, se encargaba de traducir las palabras del anciano.

—El gran Kvungo dice que os ha observado con atención durante el banquete —dijo la joven con tono formal—. Vuestros gestos, vuestras miradas, la forma en que habéis manejado la situación… Todo ha sido examinado.

La revelación no les sorprendió, pero sí el hecho de que el propio banquete fuera una especie de prueba. Si bien el anciano había sido hospitalario hasta cierto punto, esa declaración sonaba demasiado calculadora, como si detrás de cada gesto amable hubiera existido una intención oculta.

—El anciano desea consultar con nuestro brujo antes de tomar una decisión final sobre vuestra petición. Cree que su sabiduría y su conexión con los dioses pueden ofrecer una visión más clara, ya que se trata de una situación excepcional —continuó Alka con la voz entrecortada. Incluso la joven parecía asustada.

Emily asintió de inmediato. Aunque la idea de consultar a un brujo sonaba extraña, sabía que cualquier cosa que pudiera influir en la decisión de Kvungo era una oportunidad que no podían desperdiciar. Si el brujo tenía algún poder o influencia sobre el anciano, quizá pudiera inclinar la balanza a su favor.

—Estamos dispuestos —respondió con renovadas esperanzas.

Siguieron el vigoroso caminar de Kvungo por el poblado. A medida que avanzaban, Emily notó algo que no había percibido antes. La presencia de soldados se hizo cada vez más evidente. Al principio pensó que eran los mismos que ya había visto, pero pronto se dio cuenta de que su número era mucho mayor. Dondequiera que

mirara, soldados Kyambian, armados con lanzas, arcos y flechas, estaban apostados en puntos estratégicos: en las sombras de las chozas, entre los troncos de los árboles del poblado e incluso en sutiles estructuras de madera sobre las ramas más elevadas. Todos los vigilaban en la distancia.

Unos minutos después llegaron a la choza del brujo, que se encontraba apartada del resto del poblado, como si su morador necesitara cierta distancia del caos y la vida cotidiana de los Kyambian. Sin embargo, la atmósfera que rodeaba el lugar era diferente a la del resto del asentamiento. La choza en sí era un tanto macabra. Estaba rodeada de docenas de picas clavadas en el suelo en las que descansaban cráneos y huesos de guerreros caídos. Cada uno de ellos estaba cubierto con algún tipo de símbolo o marca tallada. Los restos eran un recordatorio grotesco de las antiguas batallas libradas por los Kyambian, pero también una advertencia para los que osaran adentrarse en la zona sin haber sido invitados. La atmósfera que rodeaba la choza parecía más densa, casi opresiva, como si hubiera una presencia invisible que la protegiera. La sensación de incomodidad provocó que un escalofrío recorriera la columna vertebral de Emily.

—Tened cuidado con lo que decís y hacéis aquí —advirtió Alka con expresión seria—. El brujo posee un inmenso poder. Está conectado con los dioses y es capaz de leer las auras y el espíritu de aquellos que lo visitan. Es el último descendiente de una larga estirpe de hechiceros y su sabiduría es respetada por todos los Kyambian.

Nunca había sido una persona supersticiosa, pero había algo en el ambiente que la hizo dudar. Aunque era una mujer de ciencia, su instinto le decía que aquel lugar era más peligroso de lo que parecía. Se detuvieron frente a la entrada de la choza. Kvungo intercambió algunas palabras rápidas con los guardias que la custodiaban y después les hizo un gesto para que entraran.

Cuando pasaron, la oscuridad los envolvió de inmediato. El interior estaba apenas iluminado por unas brasas que ardían a un lado de la estancia. El suelo estaba cubierto por pieles de animales y de las paredes colgaban amuletos hechos de piedras talladas y

huesos, algunos de ellos todavía manchados de sangre reseca. Sin embargo, no fue lo macabro de la escena lo que más les llamó la atención. En el centro de la estancia había algo que les dejó helados.

El brujo estaba sentado al fondo, a un lado, sobre un asiento elevado hecho de piedra y madera y envuelto en una capa negra decorada con los mismos símbolos que ambos habían visto en el antiguo templo abandonado. Su rostro estaba oculto por una máscara tallada en hueso, pero una sonrisa cruel se dejaba entrever por la parte inferior. La mirada que les dedicó parecía capaz de atravesar la carne y escudriñar en sus almas.

Al lado del brujo, un heraldo de los Khol descansaba impasible, flotando en el aire. Era exactamente igual a los que Emily y los demás habían encontrado en el cráter cuando aparecieron en el firmamento, atravesando la anomalía para desaparecer después en la inmensidad del planeta. A juzgar por su estado, aparentaba tener cientos de años, si no más. La superficie de la sonda había sido decorada con runas e inscripciones sagradas a lo largo de varias generaciones.

Emily observó cómo el anciano y la joven traductora se postraban ante ambos. El brujo se levantó ceremonioso y se dirigió hacia ellos con andar lento pero firme. A cada paso que daba, el aire en la choza parecía volverse más denso, casi irrespirable. Sintió de repente una extraña presión en el pecho, como si algo invisible estuviera apretando su corazón. Liikmi, aunque impasible en apariencia, tenía los músculos tensos. Los dos estaban asustados.

El brujo se detuvo frente a ellos y, con un movimiento lento y enigmático, se llevó las manos al rostro. Muy despacio, se quitó la máscara de hueso, revelando lo que había debajo. Emily tuvo que contener un grito al ver su rostro. Donde deberían haber estado sus ojos solo había dos cuencas vacías, oscuras y profundas. Sin embargo, a pesar de su ceguera evidente, parecía ver más allá de lo físico. Liikmi retrocedió un paso, como si el rostro del chamán fuera más de lo que pudiera aceptar.

El brujo se inclinó hacia Emily hasta situar su rostro a apenas unos centímetros del suyo. El hedor que emanaba el chamán y la

tensión del momento por poco le provoca una arcada. Sintió cómo el brujo la escudriñaba, cómo examinaba su espíritu. Después de emitir un sonido de conformidad, giró su cara hacia el kepleriano y repitió el escrutinio.

Tras darse por satisfecho y sin mediar palabra, el chamán se enderezó y volvió a su lugar junto al heraldo de los Khol. Emily miró con fascinación la sonda alienígena que flotaba a pocos centímetros del suelo, inactiva en apariencia. Su estructura metálica y tecnológica contrastaba con el ambiente primitivo y salvaje de la choza. El heraldo tenía un casquete ovalado en la parte superior, con dos extremidades mecánicas que sobresalían de él. Una serie de cables y tuberías asomaban por la parte inferior y disponía de ópticas que parecían moverse levemente, observando a su alrededor de vez en cuando. ¿Qué hacía ese artefacto allí? ¿Cómo lo habían conseguido los Kyambian? Y, lo más importante, ¿estaba relacionado con el chamán y sus aparentes poderes? No tenían la respuesta a ninguna de esas preguntas, y tendrían que andar con pies de plomo para obtenerlas sin provocar una ofensa que los metiera en un aprieto mayor del que ya tenían.

—Eso que veis —dijo Alka en un susurro, con los ojos fijos en el heraldo—, es el *ỉpỉ̊*, el ídolo de nuestra religión. Permite al brujo escudriñar más allá de los rostros y comunicarse con los dioses. Los dioses lo bendijeron a él y a su familia con visiones y sueños premonitorios. Es gracias al *ỉpỉ̊* que nuestra tribu sobrevive en medio de esta guerra interminable.

Emily sintió otro escalofrío al escuchar a la joven norteña. Lo que veían sus ojos no era más que tecnología alienígena. Los antepasados del brujo consiguieron comunicarse con ella de alguna manera, tal vez incluso encontraron la forma de manipularla. Pero para los Kyambian se trataba de un puente hacia lo divino, una conexión con algo mucho más grande que ellos, algo que no comprendían. El brujo había construido su poder alrededor de la tecnología alienígena, interpretándola como una bendición de los dioses.

—¿Qué es exactamente lo que él cree que es ese *ỉpỉ̊*? —preguntó Emily, sin quitarle los ojos de encima al siniestro chamán.

—El *ípí* es un emisario de los dioses —respondió la joven—. Llegó a nuestra tribu hace generaciones, guiado por los mismos dioses que ahora protegen nuestras tierras. Su poder es incalculable. Pero solo el brujo tiene la capacidad de comunicarse con él. Los dioses le han otorgado ese don. A través del *ípí*, el brujo recibe visiones, advertencias de futuros eventos y la sabiduría para guiar a nuestro pueblo. Por ese motivo, el resto de las tribus ansían nuestro poder.

El brujo, que hasta entonces había permanecido en silencio, se postró delante del heraldo y comenzó a murmurar una letanía en un tono bajo y gutural. Alka, en un acto de profundo respeto, se arrodilló e hizo una señal para que los dos hicieran lo mismo. Ambos obedecieron, pero Emily no apartó la mirada del heraldo, que permanecía impasible delante de sus fervorosos adoradores. Tras recitar el brujo la parte final del conjuro se aproximó a un pequeño armario de madera del que extrajo un sencillo cuenco tallado. Agregó una serie de hojas machacadas y unos polvos de origen desconocido y colores diversos. Después recogió un pellejo y vertió parte de su viscoso contenido en el recipiente y, por último, escupió en él.

Ya con aquel brebaje preparado según sus costumbres ancestrales, se dispuso a recitar un nuevo salmo. Tras concluir todo el proceso, que acompañó con movimientos sincronizados de su cuerpo, dio un trago del brebaje y se quedó quieto y en silencio durante unos momentos. Unos instantes después, durante los que parecía estar sumido en una especie de trance, se giró y le tendió el cuenco al anciano líder de la tribu.

Este hizo una marcada reverencia y bebió de él. Después se lo tendió a Emily, instándola a hacer lo mismo. Recogió el cuenco y lo miró con una mezcla entre recelo y el más profundo asco. El brebaje tenía un color oscuro y viscoso, con un fuerte olor a tierra húmeda y hierbas fermentadas. Sentía la mirada de todos sobre ella, desde la expectante de Alka hasta la penetrante del brujo, quien seguía observando todos sus movimientos con celo. El líder anciano observaba en silencio; su rostro era inmutable, pero su gesto no dejaba lugar a dudas: debía beber.

Con un ligero temblor en las manos, se llevó el cuenco a los labios y, sin pensar en las múltiples consecuencias que podría tener para su organismo, dio un trago. El líquido era amargo y espeso, la sensación que experimentó fue la de estar bebiendo barro fermentado. Su sabor era muy fuerte y estuvo a punto de escupirlo, pero se obligó a tragarlo y se lo tendió a Liikmi. El kepleriano también lo miró con reticencia, pero no tuvo tantas dudas como su compañera.

Un calor intenso los recorrió de inmediato. Por un instante, todo a su alrededor se desdibujó. La choza se sentía más pequeña, las paredes más cercanas y las sombras que surgían de las brasas parecían más alargadas. El heraldo flotante, antes inerte, ahora parecía emitir un leve zumbido, como si estuviera activándose en respuesta al ritual.

Emily cerró los ojos, buscando estabilidad en medio de la tormenta que su mente acababa de desatar. Los murmullos del chamán resonaban en sus oídos como ecos lejanos, repitiendo la letanía que los llevaría hasta un mundo onírico. Horas más tarde no sabría decir cuánto tiempo pasó en esa nebulosa, pero, de pronto, sintió una presencia. Abrió los ojos lentamente, y lo que vio la dejó sin aliento.

El heraldo flotaba justo frente a ella. Sus ópticas resplandecían con una luz que no había notado antes. Las extremidades metálicas, que hasta entonces habían permanecido inmóviles, ahora se extendían lentamente, como si examinaran el espacio a su alrededor. Emily se dio cuenta de que estaba sola en su visión. Allí ya no estaban ni el brujo, ni Alka, ni siquiera Liikmi. Solo estaban ella y el heraldo. Sin embargo, detectó una presencia extraña, muy lejana, fría y antigua. El heraldo extendió una de sus extremidades hacia ella y se mantuvo a la espera de un movimiento por su parte. Ella alzó el brazo con lentitud, como si le pesara una tonelada. A pesar de la visión nublada, supo encontrar la dirección correcta para tocar la extremidad del artefacto. Extendió su dedo índice y, de repente, toda la realidad cambió.

Se encontró tumbada en medio de un habitáculo cúbico, de unos diez metros de largo, con las paredes y el techo de color

blanquecino y una tenue luz amarillenta como toda iluminación. Se levantó de inmediato. La nebulosa había desaparecido de su mente como por arte de magia y ya podía pensar con claridad. Conocía aquel lugar. Allí era dónde había despertado al tocar la puerta que les dio acceso al módulo de terraformación de la Galileo. Ese mismo día conoció al Vigilante, la criatura con forma de insecto gigante con la que mantuvo una surrealista conversación.

Miró hacia la única puerta de la sala y se apresuró a abrirla. De nuevo le dio acceso a un pasillo largo, de paredes blancas y suelo oscuro de aspecto gomoso. Avanzó con paso decidido a pesar de que no era capaz de distinguir el final del pasillo. Comprobó que su cuerpo respondía mucho mejor que la última vez, así que aceleró el paso hasta llegar a un trote que hizo que sus pulsaciones aumentaran.

Aun así, tardó unos cuantos minutos en alcanzar el otro extremo del pasillo. Abrió la puerta que la separaba de la siguiente estancia, en la que durante la otra ocasión se había encontrado con la criatura. Su cuerpo había recuperado el aliento, pero su corazón seguía latiendo con fuerza ante la idea de volver a encontrarse con ella. Abrió la puerta y cruzó el umbral sin pensarlo. Sin embargo, en esa ocasión la sala se encontraba vacía. Tan solo vio la siguiente puerta, justo enfrente de ella.

La abrió de la misma manera y acabó en la sala redonda en la que encontró el extraño atril que la criatura había utilizado para comunicarse. Pero allí tampoco había ni rastro de ella. De repente, un sutil zumbido eléctrico surgió de algún lugar de la sala. El zumbido se interrumpió al cabo de unos instantes y la luz comenzó a extinguirse hasta quedarse en penumbras. Un holograma con forma de esfera formada por miles de pigmentos de colores rojos y amarillos apareció en medio de la estancia.

—Bienvenida de nuevo, Emily —escuchó una voz metálica, sin genero ni emoción aparente—. Por fin nos conocemos.

—¿Quién eres? —preguntó.

—Mis creadores no me dieron un nombre —dijo la voz—. Aunque puedes llamarme Eon, si lo deseas.

—¿Dónde está el Vigilante?

—Él no se encuentra en este lugar —respondió Eon con frialdad.

—¿Qué es lo que queréis de los humanos? ¿Por qué toda esta parafernalia? —preguntó ella, señalando a su alrededor.

—No necesitas saberlo —respondió Eon—. Todo será revelado en su momento.

Emily frunció el ceño, su frustración era evidente.

—Al menos dime por qué estoy aquí. ¿Qué es lo que necesitas de mí?

El holograma de Eon pareció fluctuar, sus colores cambiaban sutilmente del rojo a un tono más intenso. Cuando volvió a hablar, su voz sonó más sombría.

—Tus amigos están en grave peligro —le dijo.

—¿Qué? —gritó exaltada—. ¿Qué ha ocurrido?

—Debéis regresar de inmediato —dijo la voz, impasible—. Debes encontrar otra alternativa para formar un ejército. No disponéis del tiempo que creéis tener. Ellos están en peligro, y si no actúas con rapidez, será demasiado tarde.

Emily sintió que las palabras de Eon eran sinceras y una acuciante premura surgió de sus entrañas.

—Pero ¿cómo los ayudo? —preguntó, intentando controlar la urgencia en su voz.

—Tendrás que tomar una decisión difícil para salvarlos —respondió Eon—. A veces es necesario recurrir a un monstruo para vencer a otro.

Emily dio un paso atrás, sorprendida por la frase. ¿De qué estaba hablando? Su mente empezó a trabajar a toda velocidad, tratando de entender el significado oculto detrás de aquellas palabras.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó, desconcertada.

La voz no respondió de inmediato.

—Todo será revelado en su momento —repitió, antes de que el holograma comenzara a desvanecerse lentamente.

Emily intentó dar un paso hacia adelante, pero sintió cómo su cuerpo se volvía pesado de repente. El aire alrededor de ella se volvió denso y la comunicación se cortó. La sala se quedó en penumbra y, antes de que pudiera hacer nada para evitarlo, todo a su alrededor se desvaneció.

Despertó con un sobresalto, sentada de nuevo en la choza del chamán. Su respiración era errática y por un momento no supo dónde se encontraba. Al sentir el áspero tejido de las pieles sobre las que estaba recostada, la realidad se abrió de nuevo paso a través de las penumbras que poblaban su mente.

Volvió su mirada hacia Alka, que estaba junto a ella.

—¿Te encuentras bien? —preguntó la joven norteña, inclinándose hacia ella.

—Tenemos que irnos —murmuró Emily, poniéndose de pie con esfuerzo—. Ahora.

29

El peor desenlace

8 de julio del año 3

Lugar desconocido, Kepler-442b

Acababa de caer la noche cuando Ferrara ordenó formar dos grupos. Aprovecharían las primeras horas de oscuridad para atacar el almacén subterráneo de los Khol. Habían elegido el oeste del complejo como el punto de entrada, ya que el terreno rocoso proporcionaba una cobertura natural que les permitiría acercarse sin ser detectados. Aunque los Khol no dormían de la misma forma que los humanos, su ciclo de actividad disminuía durante la noche, lo que significaba que ese era el momento más adecuado para lanzar un ataque sorpresa.

—Nos moveremos en silencio —susurró Ferrara—. Tenemos que eliminar a los tres guardias que custodian la entrada antes de que se den cuenta de que estamos aquí. Vigilad dónde pisáis, no habrá margen de error.

Los miembros del equipo asintieron. A pesar de que la mayoría del grupo utilizaría sus katanas para enfrentarse a los Khol, Ferrara y Miller, con sus rifles silenciados, proporcionarían la cobertura necesaria para que la avanzadilla eliminara a los guardias. Taro permanecía en silencio, observando los desfiladeros de roca. Las paredes de piedra eran altas y estrechas, lo que les ofrecía una excelente cobertura hasta la entrada del almacén. Sin embargo, ese mismo terreno sería un obstáculo si necesitaban retirarse rápidamente.

—En marcha —ordenó Ferrara, y el pelotón comenzó a moverse con sigilo.

Aprovecharon el manto de oscuridad que los envolvía para deslizarse en silencio entre las rocas afiladas. No emitieron más sonido que el ligero crujido de la tierra árida bajo sus botas. Los tres

Khol que custodiaban la entrada estaban de pie, inmóviles como estatuas. Sus enormes cuerpos apenas eran visibles en la oscuridad, y ni siquiera las cámaras infrarrojas eran capaces de detectar su presencia. Ferrara sabía que los Khol eran temibles en combate, pero esa noche comprobarían si eran vulnerables en un ataque por sorpresa.

El equipo se detuvo a unos cincuenta metros de la entrada. Ferrara hizo una señal a Taro, quien, junto con dos de sus mejores guerreros, se deslizó en silencio por un lateral, fuera del campo de visión de los guardias. Cuando estuvieron en posición, Ferrara, Miller y Solberg apuntaron con sus rifles a las cabezas de los tres vigías. Tres disparos apagados, tres destellos ínfimos en la oscuridad, y los Khol quedaron aturdidos. Taro y sus dos guerreros aprovecharon la distracción para aproximarse a los guardias y asestarles la estocada definitiva. Uno de ellos intentó girarse para dar la alarma, pero Pakhuz lo ensartó con un rápido movimiento de su espada corta antes de que pudiera emitir un solo sonido.

El acceso al almacén estaba despejado.

Se reagruparon en la entrada mientras los tres de la avanzadilla ocultaban los cadáveres. Atravesaron la amplia abertura con Taro a la cabeza, seguido de Vaanu y Azruk, dos de los soldados keplerianos del equipo. Nondii y Pakhuz, armados también con katanas, vigilaban desde la retaguardia cualquier movimiento en el exterior. Descendieron por la rampa empinada y húmeda que conducía a la parte subterránea.

El grupo avanzó con cuidado. Sus pasos resonaban en la vasta cámara subterránea. Pero conforme exploraban el interior, una sensación inquietante comenzó a apoderarse de Ferrara. Algo no iba bien.

—Está vacío —dijo Solberg con incredulidad.

El almacén, que se suponía que debía estar lleno de suministros, no era más que un espacio diáfano. No había cajas, alimentos, ni minerales. No había nada.

—Nos han tendido una trampa —murmuró Ferrara, mientras su mente trabajaba a toda velocidad—. ¡Todos fuera ahora mismo!

El equipo reaccionó al unísono y recorrieron la distancia hasta la salida con la velocidad que solo el pánico podía infundir. Subieron la rampa con rapidez y, al llegar al exterior, se confirmaron los peores presagios. Un ejército de Khol se acercaba a toda velocidad para cortarles la huida. Cincuenta guerreros fuertemente armados les acechaban desde los diferentes puntos de escapatoria que tenían. Sus imponentes figuras eran intimidantes y sus expresiones faciales reflejaban la satisfacción por el éxito de su estratagema.

—¡Formación defensiva! —gritó Ferrara, levantando su rifle.

El equipo no tenía opción. Se encontraban atrapados entre el ejército Khol y las rocas que los rodeaban. Miller fue el primero en disparar, incapacitando los sentidos de uno de los soldados enemigos. Sin embargo, los Khol siguieron cargando contra ellos.

—¡Tenemos que abrirnos hueco por uno de los flancos! —gritó Taro, blandiendo su katana.

Nondii y Vaanu siguieron a su maestro y se lanzaron al combate cuerpo a cuerpo. El acero cortó el aire con un silbido antes de impactar contra la carne de los Khol. Nondii, tras esquivar un golpe descendente de uno de ellos, giró su cuerpo por completo y consiguió clavar su katana en el pecho del atacante. El alienígena cayó al suelo con un gorgoteo, pero Nondii ya se dirigía hacia su siguiente rival, al que derribó gracias a una serie de cortes precisos en las extremidades inferiores. Después solo tuvo que hundir la hoja en el lateral de su abdomen a través de la armadura. El cuerpo del alienígena cayó con un sonido sordo sobre la roca.

Sus ojos estaban fijos en el siguiente adversario cuando, de repente, sintió un cambio en el aire a su alrededor. Un tercer Khol, más grande y más rápido que los anteriores, se abalanzó sobre él. Nondii intentó desviar la lanza que venía directa hacia su pecho, pero la fuerza del embate fue demasiado para sus reflejos. El filo del arma penetró en su torso con una fuerza brutal, atravesando carne y hueso. El dolor fue instantáneo y desgarrador, robándole el aliento.

—¡No! —gritó Taro, cargando hacia el atacante. Lanzó un golpe con todas sus fuerzas que se hundió en el cuello del Khol. Pero en su furia, quedó a merced de otro guerrero enemigo que trató de atravesarlo con una estocada de su espada. Por suerte, Vaanu

estaba a su lado y pudo desviar el golpe y salvar a Taro de una muerte más que segura. Entre los dos acabaron con él, pero ya era tarde para Nondii, cuyo cuerpo yacía inerte en el suelo.

La situación empeoraba por momentos. El grupo se había separado en dos, uno liderado por Taro, que trataba de abrir un espacio en el flanco izquierdo, y otro, más numeroso, que protegía la retaguardia del resto de enemigos que se aproximaban desde otros flancos. Ferrara disparaba frenéticamente, pero sin un buen ángulo con el que atravesar el torso de los Khol, apenas lograba mantener a raya a los enemigos que se aproximaban. Miller, a su lado, trataba de dar tiempo a sus compañeros, pero eran demasiados.

—¡Solberg, cúbrete! —gritó Ferrara justo cuando un Khol se abalanzaba sobre ella. Intentó esquivarlo, pero la criatura logró clavarle la lanza en el lateral del abdomen. Solberg cayó al suelo con el rostro torcido en una mueca de dolor mientras intentaba contener la hemorragia con una mano temblorosa.

—¡Maldita sea! —murmuró Ferrara, asustada. De inmediato corrió hacia ella y disparó una ráfaga al Khol que la había herido—. ¡Miller, cúbreme!

Miller asintió y continuó disparando a diestro y siniestro. Derribó a otros dos Khol que intentaban acercarse al grupo de retaguardia. Pero la situación era desesperada, la marea de Khol que intentaban abrirse paso no cesaba.

Nowak, que blandía su katana con gran destreza, se enfrentaba a varios guerreros a la vez. Esquivó el ataque de un Khol a su izquierda y, con un giro rápido, clavó su espada en el costado de su adversario, arrancando un rugido de dolor de la criatura. Sin embargo, mientras retiraba la katana para defenderse de otro ataque, sintió una embestida en la espalda. Un tercer Khol lo golpeó con la cabeza, provocando que perdiera el equilibrio y se precipitara hacia adelante.

Antes de que Nowak pudiera recuperar la vertical, el segundo Khol lo alcanzó y, aunque logró bloquear el primer ataque, el impacto fue tan fuerte que le arrancó la espada de las manos. Recuperó la posición con destreza y pudo sacar su espada corta, pero se vio rodeado y tuvo que retroceder unos pasos. Esquivó el

primero de los ataques, pero el segundo le impactó en el cuello. Otro de los guerreros alzó su lanza y la clavó con violencia en su pecho, acabando con su vida en un instante.

Ferrara levantó a Solberg como pudo y, arrastrándola hacía atrás, la sacó del tumulto. Estaba cubierta de sangre, tanto suya como de los enemigos caídos. Vaanu y Taro, los únicos que quedaban aún en pie en la parte delantera, luchaban con una ferocidad sobrehumana. Pero pronto, Vaanu fue superado sin que Taro pudiera ayudarle y cayó ante dos enemigos que lo atacaron a la vez.

—¡Retirada! —gritó Ferrara, apretando los dientes mientras veía cómo sus compañeros caían poco a poco.

Huir era la única opción. Taro, herido y agotado, apenas podía contener a todos los Khol que quedaban en pie. Sus lanzas y espadas lo rodeaban buscando un resquicio en su defensa que les permitiera acabar con el más temible de los guerreros humanos. Sin embargo, el fuego de cobertura de Ferrara le dio una pequeña ventana de oportunidad. Con dos movimientos certeros de su katana, provocó que uno de los soldados enemigos descuidara su guardia, y un tajo en diagonal rajó la correa de cuero que sostenía el peto que protegía su abdomen.

Sin tiempo para descansar, otro Khol se acercó a él. Lanzó un espadazo, pero Taro fue capaz de bloquear el golpe. El impacto maltrató sus ya doloridos brazos. El enemigo era más grande, más fuerte, pero Taro aprovechó su agilidad para desviar una nueva arremetida. Aprovechando la apertura, lanzó un preciso tajo hacía la pierna del Khol, al que le destrozó los tendones. Antes de que pudiera reaccionar, Taro giró sobre sí mismo y clavó su katana en su espalda. El Khol, que ya no disponía de la protección de su coraza, se lanzó a por él, pero cayó antes de intentar nada con un agujero de bala en su pecho. Otro menos.

Los dos últimos soldados que los separaban de la huida, al ver a sus compañeros caer, se abalanzaron sobre Taro al unísono. Sus lanzas relampaguearon en el aire, buscando el corazón del japonés. Él retrocedió, bloqueando una lanza y esquivando la otra con una gran demostración de reflejos y temple. Una de ellas logró rozar su costado, pero Taro no flaqueó. Con un gruñido de rabia, bloqueó

otro ataque, giró la katana y, con una estocada ascendente, atravesó el pecho de uno de ellos.

El último soldado Khol vaciló por un segundo, pero no se detuvo. Taro bloqueó de nuevo la lanza con el filo de su katana y, con un giro rápido, cortó limpiamente el brazo del soldado, que cayó al suelo con la lanza aún en su garra. Antes de que su contrincante pudiera reaccionar, Taro lo decapitó. Ya sin posibilidad de defenderse, clavó su katana en el lateral de su torso para acabar con el último de los soldados enemigos.

Pero la batalla no había terminado. En la retaguardia, lo que quedaba del equipo trataba de evitar que el resto del ejército Khol se abriera paso hasta ellos. Ferrara y Miller consiguieron incapacitar a muchos, y con la ayuda de una malherida Solberg lograron abrir un pequeño hueco para poder escapar de la trampa. Pudieron regresar hasta los carros en los que habían llegado al almacén y emprendieron el camino de vuelta. Habían perdido a más de la mitad de sus compañeros y muchos estaban malheridos. Ferrara se maldijo a sí misma, consciente de que la misión había tenido el peor de los desenlaces posibles.

Robert despertó con un profundo dolor de cabeza, una sensación punzante que lo desorientaba mientras sus ojos se abrían con timidez. Todo a su alrededor estaba oscuro y sucio. Intentó moverse, pero sus muñecas estaban firmemente atadas, lo que provocó un crujido de dolor en sus hombros. Tenía la mente nublada, pero poco a poco los recuerdos empezaron a resurgir. Los Khol les habían cerrado el paso. Habían tratado de escapar de las patrullas, pero consiguieron conducirlos hasta una zona de la que no pudieron salir. Ese maldito esclavo kepleriano les había engañado. No tuvieron tiempo de reaccionar. Robert recordó un golpe seco en la cabeza y luego… nada.

Sus ojos se adaptaron poco a poco a la tenue luz que iluminaba el lugar. Se encontraba en una celda estrecha, con barrotes de hierro y en la que el aire apestaba a humedad y a inmundicia. El suelo, oscuro y de tacto gomoso, estaba cubierto de una fina capa de

suciedad y se notaba frío bajo su cuerpo. Creía que no había nadie más en la celda aparte de él, sin embargo, cuando logró contorsionar el cuerpo para darse la vuelta, encontró a alguien más en ella. Dio un respingo hasta que se dio cuenta de que se trataba del cadáver descompuesto de un pobre kepleriano ataviado con harapos y ropa de esclavo al que ni siquiera habían tenido la deferencia de retirar de allí para darle una sepultura digna.

Se sentó en el suelo e hizo un rápido examen de lo que veía desde su posición. El lugar parecía improvisado, como si las celdas hubieran sido añadidas apresuradamente a un sitio que no estaba destinado para ello. Los techos y las paredes de la celda no se correspondían en forma y material con el suelo y la pared del fondo. Eso le hizo pensar que quizá se encontraban en la nave nodriza de los Khol, y que tal vez en un inicio no estuviera ideada para albergar y controlar esclavos.

Respiro profundamente y trató de concentrarse. «Gorka», pensó de inmediato. ¿Dónde estaban Gorka y Ÿonwush? Giró la cabeza hacia la celda de enfrente y, a través de la penumbra, vio una figura que se movía lentamente. Al principio no supo diferenciar de quién se trataba. Pero después de escuchar sus quejidos y activar la visión de infrarrojos de su implante pudo distinguir a Gorka. Estaba también maniatado, tendido en el suelo de su celda.

—Gorka, ¿puedes oírme? —susurró Robert. Su voz sonó demasiado áspera.

Gorka, que parecía aturdido, movió la cabeza en dirección a Robert sin saber lo que estaba ocurriendo. Sus ojos se abrieron poco a poco y pronto también él pareció recordar lo que había sucedido. Se incorporó con dificultad y agitó la cabeza de forma errática.

—¿Robert? —respondió. Su voz sonaba débil—. ¿Dónde demonios estamos?

—No lo sé —contestó Beaufort mientras su mirada recorría de nuevo el lugar—. Lo último que recuerdo es que caímos en la emboscada. Creo que me golpearon en la cabeza y luego me he despertado aquí.

Gorka sacudió las muñecas, sintiendo cómo las ataduras lo mantenían prisionero. Sus ojos se entrecerraron al mirar el entorno.

—Esto no es una instalación normal —dijo en voz baja—. Todo aquí parece… improvisado.

El comentario de Gorka solo reforzó las sospechas de Robert. Las celdas eran un añadido posterior. Además, todo parecía descuidado, los barrotes estaban oxidados y doblados en algunas zonas, como si los prisioneros no fueran una prioridad para sus captores.

—¿Dónde está Ÿonwush? —preguntó Gorka mientras intentaba ponerse en pie sin éxito.

—No lo sé —respondió Robert—. Aún no la he visto, pero…

Ambos se giraron al oír un suave gemido procedente de una celda cercana. Gorka creyó ver a alguien que yacía inconsciente allí.

—Creo que es ella —dijo Gorka, que era el único que tenía visual de su celda—. Parece que aún no ha despertado.

—¿Y el maldito traidor de Khii? —preguntó el militar.

Gorka se asomó a través de los barrotes y miró en todas las direcciones.

—No parece que esté en estas celdas.

—No importa, visto lo visto. Tenemos que salir de aquí como sea —murmuró Robert—. Si no lo logramos antes de que la nave regrese a través de la anomalía, estaremos perdidos para siempre.

—No tengo intención de perderme los próximos treinta años de vida en este planeta —aseguró Gorka.

El ambiente era denso y la humedad hacía que el aire se sintiera pesado. El hedor a moho y descomposición les llenaba las fosas nasales, aunque poco a poco se iban acostumbrando a él. Gorka consiguió levantarse utilizando la pared como apoyo. No parecía que hubiera muchos guardias, lo cual era extraño. Robert se preguntó si eso sería una nueva trampa o si sus captores simplemente los habían soltado allí, creyendo que las celdas serían suficientes.

—¿Alguna idea? —preguntó Robert mirando a Gorka con la esperanza de que su compañero tuviera algún plan.

Este, después de unos momentos de silencio, asintió lentamente.

—Es una locura, pero puede funcionar —dijo mientras movía sus brazos por detrás de la espalda—. Cuando era joven me lesioné la mano en un combate y me tuvieron que reconstruir varios tendones. En el posoperatorio me dijeron que el dolor remitiría, pero que los

tendones no volverían a funcionar igual. Y así fue. Desde entonces, mi mano se puede contraer de una manera extraña. Creo que podría aflojar estas cuerdas.

Robert lo miró con sorpresa y esperanza.

—¿De verdad?

—Vale la pena intentarlo —respondió Gorka, ya maniobrando con sus manos.

El ingeniero comenzó a mover los brazos de una forma extraña, retorciéndose de dolor en cada intento. Apretó los dientes y forzó sus huesos de tal manera que cualquier persona sin esa lesión se habría roto algo en el proceso. Tras varios minutos que parecieron una eternidad, Gorka dejó escapar un pequeño suspiro de triunfo al comprobar que sus manos ya estaban libres de ataduras.

—¡Lo tengo! —dijo, mirando a Robert con una mezcla de dolor y alivio mientras se friccionaba las manos y las muñecas.

—Ahora solo nos queda resolver el pequeño detalle de que estamos dentro de una celda de detención —le apremió Robert.

Gorka se acercó a los barrotes de su celda y los evaluó con cautela. A primera vista parecían resistentes, pero sus conocimientos y experiencia le permitieron notar algo inusual.

—Mira esto —dijo Gorka, señalando una de las bisagras de la puerta—. Parece que el diseño de estas celdas no es muy inteligente. Las bisagras están mal ajustadas y creo que se pueden levantar al aplicar presión en la dirección correcta. —Se giró en la celda en busca de algo que le ayudara a probar su teoría—. Si tuviera algo con lo que hacer palanca… —murmuró.

Robert trató de pensar en cómo ayudar a su compañero. Al revisar su celda, se dio cuenta de la fantasmagórica presencia de su fallecido compañero, apoyado contra la pared, en una de las esquinas.

—Creo que he encontrado algo con lo que hacer palanca —susurró—. Pero no sé si te va a gustar la idea.

Se puso de pie, se acercó y examino el cadáver. Parecía llevar ahí bastante tiempo, a juzgar por el estado en el que se encontraba. Lanzó un suspiro, como si pidiera perdón al difunto kepleriano, y después propinó una serie de puntapiés a la pelvis del cuerpo sin

vida. Le pareció estar armando un escándalo, pero eso no pareció alarmar a nadie. Tras varios golpes consiguió que uno de los fémures se desprendiera de la cadera.

—¿Eso es lo que parece? —preguntó Gorka con el gesto torcido.

—Sí, y será mejor que no lo pensemos demasiado. No creo que a mi amigo le importe —respondió Robert—. Ahora solo tengo que encontrar la manera de pasártelo sin poder utilizar los brazos.

Robert se las ingenió para colocar el hueso lo más recto posible entre dos barrotes de su celda. Después tomó carrerilla y le propinó un puntapié para mandarlo hasta el otro lado del pasillo. Gorka lo recogió con solo dos dedos, como si los restos del difunto estuvieran apestados. Después se concentró en buscar la mejor forma de aplicar la palanca que lo liberaría de su prisión.

Tras varios intentos infructuosos, consiguió mellar la cabeza del fémur lo suficiente como para introducir parte del hueso por debajo del hueco de la puerta de barrotes. Colocó el pie debajo del hueso, casi pegado al metal, e hizo palanca con el otro extremo. No lo consiguió a la primera, pero al menos hizo saltar parte del óxido que atoraba las bisagras. Al segundo intento, con un sonido metálico que restalló como un trueno, la puerta acabó fuera de los goznes. La expresión de Gorka pasó de la alegría inmensa al terror absoluto en cuestión de décimas de segundo, cuando fue consciente de que la puerta se vencía hacía el pasillo. Gracias a sus reflejos, dio una rápida zancada y consiguió agarrar uno de los barrotes antes de que armara tal escándalo que habría puesto en alerta a toda la nave. Tras el pequeño susto, logró apoyarla en el suelo sin provocar demasiado ruido y Robert pudo soltar por fin todo el aire acumulado en sus pulmones.

—Tal vez debamos despertar primero a Ÿonwush —propuso Gorka cuando se acercó a la celda de su compañero.

—Sí, suéltame y te ayudaré a abrir esta puerta —dijo él dándose la vuelta.

—Ha estado cerca —dijo Gorka mientras empezaba a soltarle el nudo.

—Creía que se te caía la puerta y no lo contábamos.

—Ya lo creo, he estado a punto de… —Gorka cortó su frase en un suspiro y sus manos dejaron de repente de manipular el nudo que ataba las manos de Robert.

—¿Qué ocurre? —susurró Robert, dándose la vuelta.

Los ojos de Gorka lo miraban sin comprender lo que ocurría. Estaban abiertos como platos y, sin mediar palabra, miraron hacia su propio pecho. La punta de una lanza Khol acababa de asomar por la parte delantera de su cuerpo. La sangre comenzó a brotar como un manantial oscuro que empapó su jubón. Gorka dejó escapar un grito apagado de dolor y sus manos se movieron débilmente hacia la lanza, intentando aferrarse a una vida que se le escapaba entre los dedos. Lanzó un suspiro antes de que sus brazos y su cabeza dejaran de sostenerse.

—¡No! —gritó Robert con furia contenida y con las manos aún maniatadas, sin posibilidad de ayudar a su amigo.

El soldado Khol que lo miraba por encima de la cabeza inerte de Gorka contempló la reacción de Robert con una sonrisa fría y despiadada. Sus ojos dorados brillaron con malicia, como si disfrutara de cada segundo de sufrimiento que acababa de causar.

30

Viejos enemigos

3 de agosto del año 3

Campamento D, Kepler-442b

La noche comenzaba a cubrir el campamento cuando un rumor de *fhores* al galope llegó hasta el puesto de vigía del norte. Dio la alarma para que todos tomaran las precauciones necesarias para evitar un ataque. Después, recogió su arco y buscó entre las sombras el origen del sonido que perturbaba su guardia. No tardó en detectar a dos figuras que se acercaban a toda velocidad.

—¡Alto! —gritó.

Ante la falta de respuesta de los jinetes y comprobar que no aminoraban la marcha, tensó el arco, listo para disparar. Apuntó unos metros por delante de uno de ellos para compensar el tiempo que tardaría la flecha en cubrir la distancia hasta su blanco, un jinete con una capa carmesí. ¡Carmesí! De repente, el soldado recordó que la líder única solía vestir una capa de ese mismo color. De inmediato destensó el arco y miró al otro jinete. Se trataba de un kepleriano, tal vez un Gaal-El, a juzgar por el color de sus ropajes. Pasaron a toda velocidad junto a su puesto y continuaron hacia el campamento sin siquiera reparar en su presencia.

Cuando llegaron, el campamento parecía un enjambre de keplerianos tratando de reaccionar a la alarma del vigía. Pero, sin nadie que los organizara, el caos era absoluto. Si los Khol hubieran decidido atacar, habrían acabado de un plumazo con la resistencia. Se apearon de sus monturas cuando todavía no se había preparado un contingente defensivo en condiciones. Pakhuz daba órdenes a diestro y siniestro sin que casi nadie de entre las nuevas incorporaciones obedeciera correctamente.

—¡Todo el mundo quieto! —gritó al ser consciente de la identidad de los dos visitantes—. ¡Son Emily y Liikmi!

Emily contemplaba la escena, perdida en sus pensamientos, cuando Ferrara se acercó en silencio. El rostro de la sargento reflejaba la oscuridad y el pesimismo que se habían adueñado del campamento. Con apenas unos pasos de distancia entre ellas, Ferrara habló en susurros, con la voz llena de emociones contenidas.

—Lo hemos perdido todo —dijo con lágrimas en los ojos—. Lo del almacén era una trampa. Más de la mitad del equipo cayó en la emboscada —contó—. No pudimos prever que nos estaban esperando.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó ella, tratando de ocultar el miedo que sentía—. ¿Dónde están Robert y la capitana Ÿonwush?

Ferrara negó con la cabeza, con los labios apretados.

—Los buscamos después de la incursión que realizaron sobre la base Khol. Intentamos rastrear sus huellas, pero fue inútil. Lo único que encontramos fue la mochila de comunicaciones. —Hizo una pausa y la miró a los ojos—. Sabemos que los capturaron y que se los llevaron a la nave. Ÿonwush llevaba un transmisor, así que pudimos ver lo que ocurrió hasta que se cortó la señal. Fue rápido, un ataque certero y sin posibilidad de respuesta orquestado por esa sabandija de Khii, que ni siquiera tenía a su mujer en el interior. Todo fue una trampa desde el principio.

Emily sintió que algo se rompía en su interior. Había perdido el contacto con ellos durante días y, aunque la incertidumbre sobre el destino de sus compañeros la había acompañado durante el viaje de regreso desde el norte, saber que habían sido capturados era una verdad aún más cruel. Pero su mente no perdía la esperanza y buscaba una salida para ellos, una forma de revertir la situación, de cambiar el destino que parecía haberse aceptado en el campamento. Habían perdido a muchos compañeros, no podían permitirse perder a más.

—Tenemos que hacer algo —dijo Emily, apretando la mandíbula y cerrando los puños—. No podemos dejarlos allí. Los Khol los esclavizaran y si abandonan el planeta no volveremos a tener la oportunidad de rescatarlos hasta dentro de muchos años.

Ferrara respiró hondo y cerró los ojos un instante. Cuando los abrió, su voz era más firme, aunque el dolor seguía presente.

—Lo sé. Pero no podemos permitirnos otra operación suicida. Ya hemos perdido demasiado. Ortiz tampoco está dispuesto a arriesgar lo que queda de nuestras fuerzas por un rescate a la desesperada. Los Khol nos superan en número y no tenemos suficientes recursos para enfrentarnos en un ataque directo. Si lo intentamos, puede que sea el final para todos.

Emily apretó los labios. Buscaba una respuesta, alguna estrategia que pudiera darles una oportunidad. Pero las palabras de Ferrara resonaban en su cabeza como un mazo. Si intentaban un rescate improvisado, sería su perdición. Sin embargo, en lo más profundo de su mente, las palabras de Eon empezaban a cobrar sentido.

«A veces, es necesario recurrir a un monstruo para vencer a otro», había dicho la voz.

De repente, recordó algo que hasta entonces había permanecido arrinconado en una esquina de su mente, como un eco lejano. Shiishyi, la niña kepleriana, le había hablado de un humano que estaba asentado en los alrededores. Un humano que, según sus descripciones, no se parecía en nada a los miembros del campamento.

—El capitán Garth —murmuró Emily tan bajo que ni siquiera Ferrara pudo oírla. Sin embargo, el nombre le quemó la garganta como si hubiera pronunciado una maldición.

Emily dio un respingo que sorprendió a Ferrara.

—¿Qué pasa?

—Creo que tengo una idea para traerlos de vuelta —dijo.

—¿Qué? ¿Cuál? —preguntó ella, incrédula.

—Será mejor que no lo sepas, al menos por el momento —respondió Emily, consciente de la animadversión que la sargento tenía hacia su antiguo superior.

—Está bien —aceptó—. Guárdate tus bazas. Siempre que eso no ponga a los demás en peligro. Ya hemos sufrido demasiadas bajas.

—En realidad, no lo tengo demasiado claro —admitió—. Pero puede que sea nuestra única opción.

Emily se despidió de forma apresurada para organizar la búsqueda del capitán. Buscó por todas partes a la pequeña Shiishyi, pero no parecía estar a la vista. Tal vez estuviera ayudando a

recoger leña para la hoguera. Entró en el barracón, donde había varios convalecientes. Evelyn y la doctora Hudgens habían tenido unos días muy ajetreados. Cuando llegaron los heridos, atendieron primero a los más graves. Salvaron a la mayoría, pero uno de los soldados keplerianos falleció a las pocas horas a causa de las heridas sufridas. Nueve muertos y diez heridos. El golpe había sido muy duro, como reflejaban las caras de todos. Taro, Alberto, James Coogan, Connor y Narya, la joven y alocada kepleriana, se recuperaban poco a poco. Aunque solo James Coogan seguía en cama, dada la gravedad de sus heridas.

Salió del barracón y siguió buscando. Necesitaba encontrar a la niña cuanto antes. Todavía era pronto para que estuviera acostada, así que entró en la cabaña donde solían cenar. Allí la encontró, junto a Paula. En cuanto la vio, Paula se levantó y se abalanzó sobre ella para darle un abrazo. Las lágrimas brotaron de sus ojos como dos cascadas.

—Emily… —sollozó—. Tienen a Gorka… Y a Robert… Tenemos que hacer algo.

—Lo sé —respondió ella, que correspondió a su abrazo con toda la entereza que pudo reunir.

—Se los llevaron —continuó—. Tenemos que rescatarlos, o de lo contrario, estarán perdidos.

—Intentaremos traerlos de vuelta.

—Tú no lo entiendes… —le dijo Paula, con la cara seria a pesar de las lágrimas que surcaban sus mejillas—. Yo…

Trató de continuar, pero las palabras se atascaron en su garganta.

—Tranquila, voy a traerlos de vuelta, ¿me oyes? —le dijo—. No pienso dejarlos a merced de esos monstruos.

—Sí, lo sé… —rompió a llorar.

—¿Qué ocurre? —preguntó, entreviendo que allí pasaba algo más.

—Verás… —sollozó antes de poder continuar—. Yo… Robert me pidió a mí que lo acompañara en la misión. Pero Gorka decidió sustituirme. Yo debería haber sido la apresada por los Khol.

Emily comprendió al instante el sentimiento de culpa que la atenazaba.

—No te culpes por eso —trató de tranquilizarla con una caricia en los brazos—. Él eligió por sí mismo, no tienes que martirizarte por ello. Además, vamos a sacarlos de ahí, ya lo verás.

—Sí, no es eso… —parecía haber algo más rondando su cabeza —. Él me sustituyó porque le dije que estaba embarazada.

No supo qué contestar, pero sintió que las palabras de Paula le caían como un jarro de agua fría. En circunstancias normales, ese embarazo sería algo digno de una gran celebración, pero la ausencia de Gorka lo convertía en una noticia trágica. El rostro de Emily se tensó. La responsabilidad por todo lo que había ocurrido le pesaba como una losa.

—Paula... —Emily rompió el silencio con voz suave, pero firme—. Entiendo lo difícil que debe ser esto para ti, pero tienes que mantener la calma. Lo que hicisteis fue lo correcto. No puedes castigarte por eso, ni por Gorka, ni por nada. Él lo hizo porque sabía lo que estaba en juego. Lo hizo por ti, por vosotros, pero también por todos nosotros.

Paula asintió y se limpió las lágrimas con el dorso de la mano. Su rostro seguía lleno de dolor, pero un atisbo de esperanza pareció brillar en sus ojos.

—Vamos a traerlos de vuelta —continuó Emily, mirándola con seguridad—. Pero necesitaré que me ayudes. No puedo hacer esto sola.

—¿Ayudarte? —preguntó ella—. ¿Cómo?

—Tenemos que encontrar al capitán Garth —respondió—. Él es nuestra única oportunidad de rescatar a Robert y Gorka. Sé que parece una locura, pero no hay otra opción.

—¿Garth? —preguntó, incrédula—. Creía que estaba muerto.

—Creo que la niña lo vio cerca del campamento A —dijo mientras hacía un gesto para señalarla—. Tenemos que convencerlo de que nos ayude.

Paula asintió, aunque aún parecía dudosa. Después respiró hondo, esforzándose por calmarse, y luego asintió con más convicción.

—Lo haremos juntas —dijo por fin—. Por Gorka y por Robert.

Esa misma noche, antes de salir en busca del antiguo capitán rebelde, Emily reunió a Liikmi y Avmup para informarles del nuevo plan. Ellos tendrían que regresar a Khaavahki para tomar el control sobre los doscientos soldados que Lajlab les había prometido. Después, Emily se agachó para hablar con Shiishyi.

—Necesito que nos ayudes a rescatar a nuestros amigos —le dijo.

La niña asintió obediente.

—¿Serías capaz de llevarnos hasta el humano que vivía cerca de la casa de tus abuelos? —preguntó.

—Sí —respondió sin pensárselo.

—De acuerdo, pues nos vamos ya —la urgió Emily—. Coge tu mochila y algo de ropa de abrigo.

Tras distribuir las provisiones en dos *fhores*, partieron de vuelta al primer campamento. Decidieron salir de noche para evitar las miradas indiscretas en la medida de lo posible. No siguieron ninguna senda concreta, pero alternaron zonas más transitadas con otras en las que tuvieron que atravesar una espesa vegetación.

Emily, que llevaba a Shiishyi delante sobre su misma montura, notaba cómo la niña daba ligeras cabezadas mientras cabalgaban. De no ser por la urgencia del momento, le habría parecido divertida la manera en la que se ladeaba y daba un respingo tratando de evitar caerse. Sin embargo, no tardó ni diez minutos en roncar plácidamente gracias al monótono vaivén del animal. Los dos *fhores* trotaban en paralelo. Miró a Paula y admiró su entereza y valentía al acompañarla.

—Gracias por venir —susurró Emily para no despertar a la niña.

—No tienes que agradecerme nada. —Sonrió con resignación—. Se trata de algo que nos atañe a todos.

—Pero en tu estado…

—Creo que solo estoy de dos meses —reveló—. Ni siquiera se lo he mencionado a Evelyn. No quiero que nadie se compadezca de mí más de lo que ya lo hacen, ahora que Gorka no está.

—Solo se preocupan por ti.

—Lo sé —asintió—, pero no quiero dar pena a nadie. Solo quiero que Gorka, Robert y la capitana regresen sanos y salvos a casa.

Horas más tarde, cruzaron un pequeño valle sin apenas árboles y llegaron a otra zona boscosa en la que se encontraba el campamento inicial. Quedaba poco para amanecer y, como si lo intuyera, Emily notó que la joven kepleriana se removía en sueños. No tardó en bostezar y comenzar a desperezarse.

—Buenos días, jovencita —la saludó.

—Buenos días —dijo ella tras otro largo bostezo que contagió a ambas—. ¿Hemos llegado?

—Todavía no —respondió Emily, muy cansada—. Pero nos falta poco. Cuando lleguemos al campamento, nos tendrás que guiar tú.

—De acuerdo —dijo.

Cuando enfilaron la avenida principal, la luz tenue del amanecer empezaba a iluminar el paisaje. Sin embargo, lo que vieron no le gustó nada a Emily. El campamento había sido reducido a cenizas. Las cabañas, los puestos de vigía, todo. Alguien se había asegurado de que la resistencia no pudiera volver a ese lugar. Los Khol y sus aliados les pisaban los talones. Tenían que andarse con mucho cuidado.

—Será mejor que nos preocupemos más tarde de esto —propuso Emily—. Shiishyi, ¿hacia dónde vamos?

La niña, ya despierta del todo, señaló con seguridad hacia el este, donde el bosque se volvía más denso. Azuzaron a sus monturas y avanzaron en la dirección que les indicaba. Cruzaron una zona del bosque repleta de maleza y vegetación hasta que llegaron a un claro.

—Mi casa está por ahí —murmuró la niña mientras sus ojos brillaban con emoción.

Cruzaron otra zona boscosa, mucho menos extensa, hasta que dieron con un antiguo sendero. De pronto, la pequeña saltó del *fhore* con agilidad y señaló con seguridad hacia el este.

—Es allí —dijo con un hilo de voz—. Ahí está la casa de mi abuela.

Emily intercambió una mirada con Paula. Ambas sabían que ese lugar tenía una carga emocional importante para la niña, así que,

aunque el tiempo y el cansancio apremiaban, decidieron acercarse a la antigua vivienda familiar en la que creció Shiishyi. Bajaron de los animales y se acercaron hasta la cabaña que, aunque estaba abandonada, no parecía en malas condiciones.

—¿Podríamos ir a la tumba de mi abuela antes de seguir? —preguntó la niña casi en un susurro—. Siempre me pedía que le llevara flores de color morado, las grandes que crecían cerca del claro. Eran sus favoritas.

Emily se agachó para estar a la altura de Shiishyi y le acarició las mejillas con ternura.

—Claro que sí —le respondió—. Vamos a recoger unas flores y a llevárselas.

Juntas, se adentraron un poco más en el bosque, donde las flores moradas florecían en pequeños racimos. Emily arrancó un ramillete. Sus pétalos redondos y voluminosos le recordaron a las dalias. Shiishyi observaba con cuidado, asegurándose de que recogieran solo las más hermosas.

Una vez tuvieron las flores, las tres se dirigieron hacia una pequeña tumba improvisada que había junto a la casa. Era evidente que Shiishyi la había cavado con mucho esfuerzo. El suelo estaba cubierto de hojas caídas, pero la tierra aún parecía reciente. Shiishyi se arrodilló y colocó con cuidado las flores sobre el montículo.

Emily no pudo evitar pensar en lo valiente que había sido la niña. Sobrevivió sola durante mucho tiempo a una edad muy temprana. No quiso ni imaginar lo que había tenido que pasar en este lugar, sola, sin nadie. De repente, sus recuerdos viajaron cientos de años luz, de vuelta a la Tierra, donde su abuela Karen también había fallecido poco antes de partir. Recordó el día que la incineraron, el tacto metálico de la urna en la que metieron sus cenizas. Ambas estaban solas en el mundo.

Shiishyi no dijo nada, tan solo contempló las flores y cerró los ojos. Después de un rato, la niña se levantó y se limpió las manos en la ropa.

—Ya nos podemos ir —dijo con voz firme.

Dejaron atrás la cabaña familiar y siguieron caminando en silencio hasta que Shiishyi los llevó hacia el borde en la otra

dirección del bosque. Ahí se toparon con una gran extensión de campo. En el otro extremo, entre las sombras proyectadas por los árboles, se erguía una pequeña y solitaria cabaña. En el exterior, una figura de complexión robusta trabajaba en un pequeño huerto. Su rostro estaba oculto bajo la barba espesa y llevaba el cabello desaliñado. Pero, a pesar de su aspecto descuidado, Emily no tuvo ninguna duda de que se trataba de Garth.

—Es él —dijo la niña—. Ese es el humano del que te hablé.

Emily tragó saliva y se acercó despacio, seguida de Paula. El hombre, al percatarse de su presencia, dejó de trabajar y se incorporó. El capitán Garth, que había caído en desgracia tras rebelarse contra el proyecto y que tanto daño les había hecho, observaba cómo se acercaban con una expresión fría y cautelosa.

—Sabía que este día llegaría —dijo en voz alta—. Pero no imaginé que el proyecto os mandaría a vosotras dos. Y mucho menos que una pequeña traicionera revelara dónde me encuentro. —Miró a la niña con ojos acusadores, pero su expresión fue afable cuando lo hizo—. Ahora entiendo por qué no has venido durante las últimas semanas.

—Garth —dijo Emily con el rostro serio, mirándolo directamente a los ojos—, no habríamos venido si no fuera estrictamente necesario. Necesitamos tu ayuda.

—¿Mi ayuda? —respondió él con una risa amarga, limpiándose las manos sucias en el pantalón—. Después de todo lo que ocurrió, ¿venís a pedir mi ayuda? Ya no debo nada a nadie. Me vencisteis y estoy aquí para cumplir mi condena. Nada más.

—Esto no se trata de ti, Garth. Se trata de la vida de Robert y de Gorka. Están en manos de los Khol —intervino con dureza.

Garth soltó una carcajada seca.

—¿Los Khol? ¿Y qué quieres que haga al respecto? —respondió con un gesto despectivo—. Ya no soy un soldado. Y, desde luego, no voy a arriesgar mi vida por un proyecto en el que no creo y que cometió las mismas injusticias que cualquier gobierno de la humanidad.

Emily lo observó con calma, tratando de medir sus palabras. Sabía que, para convencer a Garth, tendría que apelar a algo más

profundo. Dio un paso hacia él.

—Esto nos gusta a nosotras tanto como a ti. Si hemos venido hasta aquí es porque no tenemos otra salida. Cometiste errores, atrocidades que jamás obtendrán mi perdón. Eso no lo va a cambiar nadie, nunca. Pero hace años, cuando te alistaste en el proyecto, hiciste un juramento. Prometiste defender a la humanidad de cualquier enemigo, incluso de ti mismo. No te estamos pidiendo que salves a nuestros compañeros por nosotras, te estamos pidiendo que lo hagas porque sé que aún queda algo de honor en ti. Aún queda algo de ese capitán Garth que se alistó en el proyecto.

El rostro de Garth se tensó. Las palabras de Emily parecían haber dado en el blanco, pero él no estaba dispuesto a ceder fácilmente.

—No me hables de honor. Honor es lo que tu querido subdirector no tuvo con todos los soldados caídos. El que no es capaz de hacer lo que sea necesario para defender a la humanidad.

—El subdirector Green está muerto —dijo Emily con dolor, agachando la cabeza como si su mero recuerdo le doliera—. El sargento Reynolds lo ejecutó a sangre fría.

Las palabras de Emily suavizaron la expresión del capitán. Quedó patente que llevaba meses sin tener contacto con nadie.

—Creo que ya no me queda nada de honor —negó con la cabeza.

—Eso es lo que tú crees —replicó Emily, dando otro paso hacia él —. Pero yo sigo creyendo que, en algún lugar de tu ser, eres el hombre que juró defender a la humanidad. Este no es el final de tu historia. Robert y Gorka merecen una oportunidad, y tal vez tú también.

El silencio que siguió fue denso, hasta que Garth suspiró, su mirada se oscureció y, con visible resignación, murmuró:

—Está bien, lo haré. Pero será a mi manera. Si vamos a rescatar a esos dos, seguiremos mis reglas. No me opongo a morir, pero si lo hago, será bajo mis propios términos.

Emily asintió. Era un acuerdo frágil, pero suficiente, dadas las circunstancias.

—Gracias.

—No me lo agradezcas aún —respondió Garth torciendo el gesto —. Esto no será fácil.

31

El rescate

5 de agosto del año 3

Campamento D, Kepler-442b

El viaje de vuelta al campamento se les hizo mucho más largo, ya que utilizaron un viejo carro del capitán Garth al que amarraron los *fhores*. Emily y Paula se turnaron para descansar y vigilar al capitán, con el que no les quedaba más remedio que colaborar. De momento, el exmilitar mantenía un perfil bajo, aunque a menudo sus ojos mostraban el rencor acumulado durante los últimos meses. En la parte trasera del carro habían cargado algo del material militar del proyecto: su antiguo exotraje, un par de rifles automáticos, municiones y algunos dispositivos de comunicación y supervivencia.

A su llegada al campamento, la escena fue caótica. Ferrara montó en cólera al enterarse de la decisión de Emily de contar con el traidor.

—¿¡Qué demonios crees que estás haciendo!? —gritó Ferrara, fuera de sí—. ¡Traer aquí a ese maldito traidor después de todo lo que hizo!

—Lo necesitamos. No tienes que estar de acuerdo con esto, pero es la única opción que tenemos si queremos salvar a nuestros compañeros —respondió Emily, manteniendo la calma. Su mirada dejaba claro que no daría marcha atrás.

—¿Que no tengo que estar de acuerdo? Ese monstruo asesinó a sangre fría a un poblado entero de keplerianos. Además, ¡traicionó a su propia gente! Y ahora, ¿quieres que confiemos en él para llevar a cabo una misión tan importante?

—No tienes por qué confiar en él. Pero lo harás en mí, como siempre lo has hecho. —Emily se giró hacia Garth, que observaba la escena con una sonrisa arrogante cargada de desdén. Estaba disfrutando con el desaire de la sargento—. Y él tampoco tendrá

más opción que escuchar nuestras condiciones si quiere salir de esto con vida.

Ferrara bufó, pero al final cedió, más por respeto a Emily que por otra cosa. Sin embargo, se aseguró de dejar clara su oposición cuando Garth propuso a Miller para acompañarlos en la misión.

—Permitiré que Miller venga con nosotros —accedió tras encararse con él—. Pero solo porque fue un SEAL y tiene la experiencia necesaria para este tipo de operaciones. Si osa siquiera pensar en dejarnos en la estacada, yo misma le meteré una bala entre ceja y ceja —añadió, desafiante—. Y si algo sale mal en toda esta locura, Emily, tú serás la responsable.

Después de que Ferrara diera su punto de vista, Taro y Chad comenzaron a trabajar junto a Garth, al que le explicaron lo que sabían sobre la morfología de los Khol aprovechando la presencia del prisionero enemigo que aún mantenían cautivo en el campamento. Llevaba semanas sin apenas comer. Había comenzado a beber agua, pero solo comía lo necesario para no desfallecer. Aunque la idea de un intercambio de prisioneros se discutió brevemente, fue descartada casi de inmediato. Los Khol no parecían seres dispuestos a negociar, y Emily se mostró reacia a realizar cualquier trato con ellos, al menos, no mientras existiera otra manera de traer de vuelta a los suyos.

El capitán Garth, fiel a su naturaleza implacable, aprovechó la oportunidad para estudiar a su manera al Khol capturado. Lo que comenzó como una evaluación médica terminó en algo mucho más oscuro. Garth se ensañó con el prisionero, utilizando el dolor como una herramienta para extraer información. Nadie intervino, pero Emily, desde la distancia, observó el interrogatorio con una mezcla de repulsión y resignación. Sabía que había invocado a un monstruo, tal y como la voz de Eon le había advertido. Pero también sabía que ese monstruo podría ser la clave para ganar la guerra.

Tras dejarlo malherido, el capitán sugirió una serie de pruebas para evaluar la sensibilidad de sus sentidos, tanto por el día como de noche. Taro y Chad, ayudados por Min y Erik, realizaron las pruebas que les indicaba. Cuando se dio por satisfecho, el capitán estaba ya en condiciones para trazar un plan de rescate directo y eficaz:

infiltrarse en el campamento Khol utilizando los exotrajes de Ortiz y del propio Garth. Los trajes eran de categoría militar y estaban diseñados para llevar a cabo misiones de todo tipo, incluidas las de infiltración. Tenían la capacidad de amortiguar los sonidos y camuflarse ligeramente en el entorno. El capitán propuso un asalto relámpago, entrar y salir sin pararse a estudiar ningún detalle sobre el enemigo. Gracias a las imágenes recuperadas de la mochila de comunicaciones de Gorka, sabían cómo llegar al centro de detención. Ferrara, aunque seguía disgustada con la situación, era la más adecuada para cubrir la retirada a distancia, así que proporcionaría fuego de apoyo si algo salía mal. Solberg, ya recuperada de sus heridas, los acompañaría para ocuparse de la parte más tecnológica del plan.

—¿Preparado para una verdadera misión de rescate? —le preguntó Garth a Miller con una sonrisa sardónica.

—Usted guía, yo actúo —respondió el soldado con frialdad. Sabía que, aunque la misión dependía del capitán, no debía permitirse el lujo de confiar en él.

A lo lejos, mientras preparaban el equipo que usarían en la operación, Emily observaba cómo el capitán Garth volvía a sentirse militar, dando órdenes a diestro y siniestro. Estaba convencida de que había hecho lo correcto al traerlo de vuelta, pero eso no eliminaba la incertidumbre y el temor que sentía en ese momento. Ahora, todo dependía de ellos. El precio del fracaso sería demasiado alto.

Horas más tarde, Emily abandonó en solitario el campamento en dirección norte. Nadie supo a dónde se dirigía ni cuáles eran sus motivos para ausentarse. Había otras prioridades, así que tampoco se preocuparon demasiado por ella. Ferrara, Miller, Solberg y Garth se subieron al carro y partieron hacia el sureste, directos al claro en el que los esperaban sus enemigos.

El viaje hasta la base de los Khol fue un recorrido tenso que realizaron en silencio. Compartieron el carro mientras los *fhores* avanzaban a buen ritmo atravesando el terreno, a veces complicado,

bajo la noche cerrada. El único sonido que perturbaba el silencio era el chirrido ocasional del carro y el leve susurro del viento, que acompañaban los golpeteos rítmicos de los cascos de los animales.

Ferrara mantenía la vista fija en el frente, aún molesta por la presencia de Garth. Las palabras de la directora no habían conseguido calmar del todo a la sargento, que continuó durante horas con expresión seria y mascullando entre dientes. Miller, sentado en la parte trasera del carro, revisaba su equipo en silencio, mientras Solberg, a su lado, ajustaba los controles de sus drones. Cuando no pensaban en la presencia del capitán, se preparaban para la parte más delicada de la misión. Garth, por su parte, permanecía en un distante estado de concentración, alejado de cualquier intento de entablar una conversación.

Finalmente, incapaz de contenerse más, Ferrara giró la cabeza y le lanzó una mirada fría a Garth, que manejaba las riendas de los animales en silencio.

—Nunca pensé que le vería otra vez —dijo en voz baja, pero con un tono cargado de reproches—. Después de lo que hizo, creí que habría desaparecido para siempre.

Garth no respondió de inmediato. Mantuvo su mirada en el horizonte y sonrió tímidamente, como si de alguna manera hubiera vaticinado la inevitable confrontación. Después habló con voz firme pero cansada por tener que dar explicaciones, como si él mismo hubiera mantenido innumerables veces esa misma conversación en su cabeza.

—Hice lo que creí necesario, sargento —murmuró—. El Proyecto estaba cometiendo los mismos errores que las viejas democracias, que se negaban a hacer lo que fuera necesario para garantizar la supervivencia. No podíamos permitirnos debilidades.

Ferrara apretó los dientes y lo fulminó con la mirada.

—¿De verdad cree que fue necesario traicionar a sus iguales? —espetó ella, elevando el tono—. ¿Asesinar a multitud de keplerianos inocentes? ¿Y todo porque no compartía la manera de hacer las cosas? ¿Cree que eso le hace mejor que los políticos a los que tanto desprecia? No somos terroristas, Garth. Defendemos la vida, no la destruimos por conveniencia.

—Eso es lo que usted piensa —replicó Garth con frialdad—. La vida es mucho más sencilla para un soldado. Obedecer órdenes sin plantearse si lo que hace es lo correcto o no. Pero le diré algo: no se puede ganar una guerra con ideales vacíos. A veces, hacer lo correcto significa ensuciarse las manos. El proyecto, al igual que esos malditos pusilánimes de la dirección, estaba demasiado ciego para verlo. ¿Cómo puede justificarse dejar que un terrorista siga vivo mientras sacrificamos a los nuestros? La muerte del almirante pasó desapercibida, y vi cómo el Proyecto se doblegaba ante la injusticia. No podía ser parte de eso.

Ferrara lo miró con incredulidad, sacudiendo la cabeza.

—¿Y por eso se volvió en contra de todo por lo que habíamos luchado? —preguntó con amarga ironía—. Justifica su traición con una falsa excusa moral. Pero en el fondo, sabe muy bien que traicionó a la humanidad. Usted no decidió hacer lo necesario, decidió que su visión del mundo era la única válida. Y por eso no puedo confiar en usted.

Garth la miró por primera vez desde que había comenzado la conversación. Su expresión era dura, pero detrás de su mirada había algo más profundo. El capitán cargaba un gran peso que, aunque no lo admitiera, le estaba pasando factura.

—No espero que confíe en mí, ni mucho menos que comprenda mis motivaciones —dijo tras unos instantes—. Sé de sobra que ninguno de ustedes lo hará. Pero ahora estamos en esto juntos, y si quiere recuperar a sus compañeros, será mejor que deje sus escrúpulos para otro día. Tenemos un plan que llevar a cabo.

El plan estaba basado en la incapacidad de los Khol para reaccionar a estímulos visuales cuando se les apuntaba con un láser directo a los ojos. Lo habían comprobado en diferentes condiciones gracias al prisionero. Desplegarían varios drones que dispararían un haz de luz a cada guardia situado en el exterior del campamento, dejándolos momentáneamente incapacitados para reaccionar. Eso permitiría a Miller y Garth, equipados con los exotrajes y sus sistemas de cancelación de ruido, infiltrarse en la nave sin ser detectados. Si todo salía como tenían previsto, entrarían y saldrían de la nave sin ni siquiera utilizar sus armas que, por otro lado,

resultaban casi inútiles contra las armaduras y protecciones naturales de los alienígenas.

El claro que marcaba el límite del territorio Khol apareció ante ellos unas horas antes del amanecer. Detuvieron el carro entre la vegetación, ocultos tras un grupo de árboles caídos. A pesar de la calma que encontraron se mantuvieron en alerta durante unos minutos. Desde allí podían ver a lo lejos la oscura silueta de la nave que servía como base de operaciones Khol. La oscuridad era total en el exterior y no encontraron ningún tipo de iluminación que revelara las posiciones de los guardias, ni siquiera una hoguera para obtener algo de calor en la fría noche.

—Aquí es donde empieza lo difícil —susurró Ferrara. Su voz sonó tensa mientras observaba cómo Solberg preparaba los drones.

Solberg ajustó los controles en su consola y, en pocos minutos, los cuatro drones se elevaron en silencio y se dispersaron en un abrir y cerrar de ojos, colocándose en posiciones estratégicas alrededor de la base. En las pantallas del equipo podían ver las marcas que indicaban las posiciones de los Khol que hacían guardia en su perímetro, vigilando la zona en su descanso nocturno, siempre atentos.

—Drones desplegados y a la espera de la orden para incapacitar a los vigías —confirmó la soldado.

—¿Cuál es el límite de guardias por dron? —preguntó el capitán al observar los seis guardias que había alrededor de la nave.

—Cada aparato dispone de cuatro punteros láser direccionales, así que cada uno puede incapacitar a dos de ellos, siempre y cuando tenga ángulo para apuntar a ambas criaturas —respondió Solberg—. En la disposición actual, no tendremos problemas, salvo que alguno de ellos se gire o salgan más guardias del interior de la nave.

—Voy a buscar un lugar elevado para cubrir el perímetro —dijo Ferrara, ajustando a su espalda su rifle de francotirador—. Si algo va mal, haré lo posible para darles tiempo de huir.

Miller y Garth intercambiaron una mirada. No había necesidad de palabras, ambos sabían lo que debían hacer. Activaron sus exotrajes, cuyos sistemas de cancelación de ruido silenciaron incluso el leve

sonido de sus pasos al tocar el suelo. Sus movimientos se volvieron indetectables, como sombras deslizándose entre los árboles.

Tras probar el equipo y las comunicaciones de los exotrajes desaparecieron en la oscuridad. A medida que se acercaban a la nave, los drones de Solberg dispararon finos haces de luz a los ojos de los vigías, que se quedaron inmóviles, incapaces de reaccionar en ese estado de vigilia que adoptaban en la oscuridad y sin ser conscientes de lo que estaba a punto de ocurrir. Miller y Garth se deslizaron entre ellos, eludiendo las patrullas y moviéndose hacia la entrada de la nave.

Subieron la rampa de entrada y Garth sacó algo de su mochila para colocarlo en un lateral de la puerta de entrada. Lo ocultó detrás de unas estructuras de madera. Dentro, la atmósfera era diferente. Los pasillos de la nave Khol eran oscuros y fríos, con paredes de aspecto metálico cubiertas de símbolos alienígenas. Garth lideraba el camino. En su visor podía observar, gracias a la grabación conseguida por la capitana Ÿonwush, el recorrido que hicieron los cautivos cuando los capturaron. Miller iba justo detrás, atento a cualquier señal de peligro. Ambos notaron cómo el suelo parecía amortiguar parte del sonido. Aunque el sistema de cancelación de ruido seguía activo hacia el exterior, ya no escuchaban sus pasos desde el interior hermético de sus trajes.

Atravesaron varios pasillos y encontraron pozos que comunicaban con niveles superiores e inferiores en los que se habían instalado unas improvisadas escaleras. La nave parecía estar llena de ese tipo de arreglos precipitados que contrastaban con el estilo minimalista que parecía regir en el diseño original de la nave. Doblaron una esquina y vieron a dos Khol en el fondo del pasillo. Permanecían en ese estado de semiinconsciencia que adoptaban al descansar.

Los dos militares se colocaron en una zona alejada de su ángulo de visión y se acercaron con sigilo, como dos fantasmas acechando a sus enemigos. Cuando el capitán dio la orden, ambos se abalanzaron sobre los guardias y clavaron sus cuchillos en el lateral de sus tórax, acabando con ellos al instante. Después, ocultaron sus cuerpos en una esquina y continuaron avanzando hasta que llegaron

a otro de esos pozos con escaleras improvisadas. Garth hizo una señal a Miller; tenían que descender al nivel inferior.

Una vez abajo, encontraron la celda de Robert después de doblar un par de esquinas. Tan solo era un pequeño cubículo con toscos y oxidados barrotes de hierro. Dentro, Robert estaba encorvado, con las manos atadas a la pared y el rostro hundido entre los brazos. Parecía desnutrido, tenía la cara llena de moratones y algunas zonas permanecían hinchadas. El resto del cuerpo estaba cubierto de múltiples laceraciones provocadas por los duros interrogatorios a los que, sin duda, había sido sometido por sus captores. Garth se colocó en la entrada y empezó a forzar la puerta y las bisagras.

—Capitán Beaufort —susurró Miller mientras vigilaban el pasillo.

Robert alzó la vista con lentitud. Sus ojos reflejaron confusión y miedo al ver dos figuras ataviadas con exotrajes. Después se quedó mirándolos, con la mirada perdida, como si estuviera soñando o viendo fantasmas.

—Capitán, soy yo, Miller —trató de llamarlo para que recuperara la consciencia.

—¿Qué…? —balbuceó con voz temblorosa.

—El capitán Garth y yo hemos venido a rescatarlos —informó.

—¿Garth? —repitió—. Esto no puede ser… El capitán Garth está muerto. Debo haber perdido la cabeza…

—No, capitán, no estoy muerto —respondió Garth mientras utilizaba toda la potencia del exotraje para levantar la puerta de sus bisagras—. Hemos venido para sacarles de este infierno.

—Pero… usted… —Robert se tambaleó, todavía colgando de la pared, demasiado débil para sostenerse en pie. Miller lo sujetó rápidamente.

—No tenemos tiempo para explicaciones ahora —dijo Miller en voz baja, mirando a Garth con urgencia—. Tenemos que salir antes de que los Khol sepan que estamos aquí.

Mientras Miller liberaba a Robert y lo ayudaba a levantarse, Garth se dirigió a la celda contigua. Allí encontró a la capitana Ÿonwush, colgando de las mismas ataduras, pero en un estado todavía más deplorable. Su piel estaba cubierta de heridas mal curadas y había señales claras de tortura. Garth la liberó con rapidez y, aunque

apenas podía mantenerse en pie, ella lo miró con una expresión desafiante e intentó zafarse, pero no pudo oponer demasiada resistencia.

—¿Dónde está Gorka? —preguntó Miller.

Robert agachó la mirada, roto de dolor, y sus labios cuarteados se tensaron mientras daba la noticia a sus rescatadores.

—Gorka ha muerto.

El silencio que siguió a esas palabras fue sepulcral. Robert cerró los ojos con fuerza, como si intentara despertar de una pesadilla. Sin embargo, no había tiempo para lamentarse.

—Tenemos que salir de aquí —ordenó Garth mientras cargaba a Ÿonwush sobre su hombro.

El grupo comenzó la retirada, moviéndose todo lo rápido que podían y avanzando en silencio a través de los mismos pasillos por los que habían entrado. Sin embargo, justo antes de llegar a la salida, todo se complicó. Un grupo de Khol apareció a lo lejos en una de las intersecciones. Sus ojos dorados brillaron en la penumbra y fueron conscientes de lo que estaba ocurriendo.

—¡Vamos! —gritó Garth.

Mientras, Miller cargó a Robert y comenzaron a correr hacia la salida. El plan de escape se acababa de venir abajo en un instante. Los Khol reaccionaron de inmediato y pronto la totalidad de la nave supo que unos intrusos se habían colado en el interior. Sus pasos resonaron en el corredor mientras se lanzaban en su persecución.

—Siga corriendo —ordenó a Miller mientras intentaban llegar hasta la salida.

Ascendieron de nuevo al nivel superior justo cuando el murmullo se acrecentaba detrás de ellos. Un buen número de soldados los perseguía a toda velocidad. Garth apretó los dientes y, sin perder el paso, sacó un detonador de su equipo.

Calculó el tiempo de ventaja que llevaban sobre sus perseguidores y, nada más salir de la nave, comenzó una cuenta atrás mental. Cuando llegó a cero, activó los explosivos que había ocultado al lado de la entrada, justo en el momento en el que el primer grupo de perseguidores asomaba por la rampa de salida. La detonación fue brutal. La explosión sacudió el suelo bajo sus pies y

una nube de humo y escombros envolvió la entrada de la nave, sembrando el caos entre sus perseguidores. El sonido de la explosión resonó en todo el claro, alertando a los Khol que estaban vigilando el perímetro exterior.

Los drones de Solberg, que habían estado apuntando a los guardias, perdieron su eficacia por culpa del repentino movimiento. A pesar de la explosión, decenas de soldados enemigos comenzaron a salir desde el interior de la nave. Parecían pocos al principio, pero eran muchos más de los que habían previsto.

—¡Ferrara! ¡Los tenemos encima! —gritó Miller por el comunicador.

Desde su posición elevada, la sargento comenzó a disparar. Cada tiro era preciso y, si bien no siempre tenía el ángulo adecuado para eliminarlos, al menos los incapacitaba disparándoles a la cabeza o las extremidades inferiores. Solberg perdió el control de los drones en cuanto hubo demasiados objetivos, que, como si de un enjambre de furiosas abejas se tratara, intentaban perseguir a los intrusos. El caos se adueñó de la base enemiga.

—¡Tenemos que movernos! —gritó Garth mientras corría hacia el borde del bosque.

Con Robert en brazos de Miller y Ÿonwush sobre los de Garth, se lanzaron al carro justo cuando Ferrara abatía a los últimos Khol que los perseguían. Solberg recogió rápidamente los drones restantes y saltó al vehículo mientras este comenzaba a moverse, acelerando para escapar del caos que habían desatado.

—¡Vamos, vamos! —gritó Ferrara desde la retaguardia, manteniendo la vista fija en el perímetro mientras disparaba un último tiro certero a un Khol que se acercaba demasiado.

El carro se alejó a toda velocidad, dejando tras de sí a los Khol desorientados por la explosión. Habían conseguido salvar a Robert y a Ÿonwush, pero el precio, una vez más, había sido alto.

32

Duelo

6 de agosto del año 3

Campamento D, Kepler-442b

Robert y la capitana Ÿonwush descansaban malheridos en la parte trasera del carro mientras el resto vigilaba en todas las direcciones, atentos a cualquier ruido o movimiento sospechoso que indicara que los estaban siguiendo. La misión de rescate había sido un éxito, a pesar de todo, pero la sensación de triunfo se había esfumado en medio del dolor por la pérdida de Gorka.

Una vez estuvieron a salvo en al campamento, el revuelo fue inmediato. Varios miembros del equipo corrieron a ayudar a los heridos. Los supervivientes fueron trasladados a la enfermería, donde Evelyn y Ortiz los esperaban preparados con todo el equipo médico. Ambos necesitaban atención urgente.

Ferrara, muy afectada por los acontecimientos, se dirigió hacia Paula, que los esperaba ansiosa por conocer el estado de Gorka. La esperanza brillaba en sus ojos cuando vio cómo bajaban del carro a los dos heridos. Sin embargo, su mirada buscaba algo más, algo que no encontró. No había señales de Gorka.

—¿Dónde está? —preguntó con la voz quebrada.

Ferrara apretó los labios, incapaz de encontrar las palabras adecuadas. Bajó la mirada y, en ese instante, Paula supo que la peor de sus pesadillas se había convertido en realidad.

—Paula... —comenzó Ferrara, que tuvo que tragar saliva para poder continuar—, lo siento tanto... Gorka... Llegamos tarde. Murió en la base de los Khol.

El mundo de Paula se desplomó de repente. Su rostro, antes tenso de preocupación, se deformó en una mueca de dolor. Los ojos se le llenaron de lágrimas que comenzaron a brotar como un torrente, sin que pudiera contenerlas. Un sollozo desgarrador escapó

de su garganta y cayó de rodillas al suelo, llorando con una desesperación que partió el corazón de quienes contemplaron la escena.

Ferrara trató de consolarla con su propio corazón en un puño. Se arrodilló a su lado y la abrazó con cariño, intentando sin éxito que la joven cesara el llanto.

—Paula —murmuró—, él luchó hasta el final. Fue valiente. No sabes cuánto lo siento.

Pero las palabras eran huecas, incapaces de llenar el vacío que la joven sentía en ese momento. Los sollozos resonaban en el campamento, mientras el resto de los miembros de la resistencia guardaban un respetuoso silencio, conscientes de que no había nada que pudieran decir para aliviar su dolor.

—¡No! ¡No puede ser! —gritó entre lágrimas—. ¡Tiene que haber un error! ¡No puede estar muerto!

Ferrara agachó la cabeza, dominando su propia tristeza. Sabía que cualquier intento de calmarla sería inútil, así que solo permaneció a su lado, sosteniéndola mientras Paula lloraba por la pérdida de su gran amor.

Cuando se quedó sin fuerzas para seguir gritando, su cuerpo temblaba de agotamiento. Se limpió las lágrimas de los ojos enrojecidos, aunque otras ocuparon su lugar. Fue entonces cuando, entre sollozos, levantó la cabeza y miró hacia la enfermería, a donde habían llevado a los heridos.

—Necesito saber qué ocurrió —murmuró—. Quiero saber cómo murió.

Ferrara intentó detenerla, pero Paula se levantó con una determinación que impidió que lo consiguiera. Caminó tambaleándose hacia la enfermería. Allí encontró a la doctora Hudgens y a Evelyn, que examinaban a los dos rescatados con la ayuda de Ortiz. Sin dudar un instante trató de llegar hasta Robert, pero Evelyn se interpuso en su camino.

—No deberías estar aquí —le dijo Evelyn en un tono firme, pero comprensivo—. Robert está muy débil. Necesita reposo, no más estrés.

—Por favor… —suplicó Paula, desesperada—. Tengo que saber qué ocurrió. Solo serán un par de minutos, lo prometo. No me iré de aquí sin hablar con él.

Evelyn la miró un instante. Al ver la devastación en su rostro, su resistencia flaqueó.

—Está bien, pero solo unos minutos. No quiero que los alteres, están muy débiles —cedió la enfermera, que se hizo a un lado para que Paula pudiera seguir su camino.

Robert yacía en una camilla, con el rostro pálido y la piel del cuerpo demacrada. Le habían colocado unas vendas cicatrizantes en varios sitios y respiraba con dificultad, pero abrió los ojos en cuanto escuchó pasos acercándose.

—Robert —llamó Paula con un nudo en la garganta—, ¿qué le pasó a Gorka? Por favor, dime cómo ocurrió.

Él cambió la expresión de su cara al escuchar el nombre de su compañero. Su mirada se llenó de dolor al recordar lo sucedido.

—Gorka... —susurró con las fuerzas que le quedaban—. Nos apresaron cuando estábamos en los alrededores. Intentamos escapar, pero estábamos atados, no podíamos hacer nada. —Robert se detuvo unos instantes, como si le costara hablar de lo sucedido—. Él... intentó volver contigo con todas sus fuerzas —añadió.

Una lágrima se deslizó por su mejilla cuando recordó la escena, tras darse la vuelta y ver a Gorka atravesado por una lanza. Paula se sentó junto a él y aferró su mano. Las lágrimas corrían por su rostro mientras escuchaba a Robert con atención, que, haciendo un gran esfuerzo, continuó relatando lo ocurrido.

—Consiguió soltarse las ataduras —continuó—. Pero los Khol... lo atraparon antes de que pudiera liberarme. Murió a manos de uno de los guardias, no sufrió. —Hizo una nueva pausa para tragar saliva—. Lo lamento tanto —sollozó—. No pude hacer nada por evitarlo…

Paula no dijo nada, pero el gesto de su cara reflejaba el dolor que anidaba en lo más profundo de su alma. Las lágrimas continuaron cayendo por sus mejillas, pero sus ojos permanecían fijos en un punto indefinido, como si todavía no hubiera procesado lo ocurrido.

—No fue tu culpa —susurró con la voz rota por el dolor.

—Tenía que haber evitado que se liberara —dijo Robert—. Era muy peligroso, debí de haberlo detenido.

—No habrías conseguido nada —negó con la cabeza—. Él siempre quería ayudar… y ahora… ya no está aquí. Nunca le dije cuánto lo amaba…

—Él lo sabía.

Paula cerró los ojos con fuerza y aferró la mano de Robert como si fuera lo único que la mantenía anclada a la realidad. Respiró hondo, intentando encontrar fuerzas donde no las había.

—Gracias —dijo en un susurro—. Gracias por estar con él hasta el final.

Evelyn, que había estado observando desde la distancia, decidió intervenir.

—Será mejor que lo dejemos descansar —pidió la enfermera con suavidad—. Ha sido suficiente por ahora.

Paula asintió lentamente mientras se secaba las lágrimas de las mejillas. Sabía que no podía pedirle más a Robert en ese estado, pero necesitaba procesar todo lo que había ocurrido, ser consciente de todo lo que había perdido. Siempre supo a qué se exponían quedándose en la superficie del planeta. Pero el destino la había dejado sola, sin el gran amor de su vida y con una criatura gestándose en su interior.

El sol se posicionaba en lo más alto del firmamento cuando Emily llegó hasta las afueras de Khaavahki, donde Liikmi y Avmup la aguardaban. Ambos miraron con desconfianza a su misterioso acompañante, un kepleriano del que no pudieron observar sus rasgos, ya que venía ataviado con una capa oscura que parecía absorber la luz que se colaba entre las copas más altas. Ni siquiera hubo presentaciones.

—¿Está todo en orden? —preguntó Emily, directa al grano.

—Sí —confirmó Liikmi con un gesto de su cabeza, siempre servicial.

—Bien, ¿y dónde está lo que me ha prometido Lajlab?

—Los doscientos hombres están acampados a dos kilómetros al este de aquí —respondió Avmup—. Aunque he de decir que no es lo que esperábamos.

Emily sonrió, como si ya se imaginara algún tipo de jugarreta por parte del regente de Khaavahki.

—De acuerdo —asintió ella—. Llevadme al campamento, el tiempo apremia y los necesitaremos para obtener nuestro ejército.

Esas palabras parecieron confundir a los dos keplerianos, que no dudaron en preguntar una vez se pusieron en marcha.

—¿De qué ejército hablas? —preguntó Avmup, convencido de que esos soldados eran todo lo que iban a conseguir de Lajlab.

Emily no respondió de inmediato, pero su mirada era desafiante.

—Pronto lo veréis —respondió con una sonrisa.

No volvieron a hablar mientras recorrían la distancia que los separaban de los soldados pero, de alguna manera, Liikmi sospechaba que las intenciones de Emily estaban estrechamente ligadas a esa misteriosa figura que los acompañaba y de la que no habían oído hablar nunca.

Llegaron al campamento y Emily pudo comprobar de primera mano que lo que había insinuado Avmup era cierto: Lajlab no había jugado limpio. Sin embargo, eso no pareció importunarla lo más mínimo, su expresión seguía irradiando confianza. Los soldados que tenía delante de ella eran en su mayoría inexpertos, e incluso había algunos lisiados. Pero esa era tan solo la primera parte de su plan. Para Lajlab, el acuerdo parecía ventajoso: si ganaban la guerra, él sería nombrado comandante en jefe de los ejércitos keplerianos, una posición de poder que había anhelado durante toda su vida.

Emily paseó por el campamento mientras los soldados levantaban la cabeza para contemplar a la elegida de los Gaal-El, la mujer de metal, la Sombra Carmesí. Llegó hasta la zona donde descansaban los dirigentes de la compañía. Lajlab le había encomendado a uno de sus capitanes de más edad la tarea de comandar a los doscientos soldados, siempre bajo las órdenes de Emily. A su lado, un jovencito militar se levantó de su asiento para ayudar a su anciano superior a hacer lo mismo. Ambos se cuadraron delante de su nueva dirigente.

—Se presenta el capitán Khiivma —dijo con esfuerzo el anciano, cuya voz agonizaba en cada inspiración como si fuera a pronunciar sus últimas palabras—. Este es mi nieto, el sargento Vaario. Entre los dos comandaremos la compañía, siempre a sus órdenes.

—Mucho gusto —saludó ella—. ¿Es este todo el contingente que me envía Lajlab?

—Así es —confirmó el capitán, visiblemente avergonzado.

—Bien, tendrá que valer —concluyó ella sin darle más importancia—. Dé las órdenes pertinentes, nos movemos.

Emily volvió a montar sobre su *fhore* y encabezó la marcha hacia el noreste, en dirección a las minas de donde los Khol se llevaban la mayoría de los minerales que extraían los presos. Tras más de medio día de marcha lenta y pesada, el pequeño ejército llegó a su destino, un lugar donde la esclavitud y el abuso de poder eran habitantes de pleno derecho. Waalcho, el rollizo ayudante del alcaide de la mina-prisión, no tardó en presentarse ante ellos cuando llegaron hasta la misma explanada. Su nerviosismo era más que evidente ante la magnitud del grupo que acompañaba en esa ocasión a la elegida.

—Saludos, mi señora —acertó a pronunciar con voz temblorosa —. No esperábamos que nos obsequiara con otra visita.

—Llévame ante tu jefe —respondió ella sin perder un momento.

—Me temo que eso no será posible —se excusó—. El señor Yaaw está ahora mismo reunido y tengo el mandato de que nadie lo moleste.

Emily giró la cabeza hacia atrás, como si quisiera comprobar por sí misma que llevaba un ejército detrás de ella.

—¿Ha visto lo que traigo conmigo? —preguntó, retórica—. Creo que esta es una de esas situaciones lo bastante importante como para que su jefe despache cualquier asunto que tenga entre manos, ¿no le parece?

—Por supuesto, mi señora. —Se inclinó torpemente mientras comenzaba a sudar—. Enseguida le hago saber que está usted aquí.

El rechoncho ayudante desapareció de su vista con andar lento y pesado. Al cabo de unos minutos volvió a aparecer. Caminaba de forma apresurada, intentado seguir el ritmo de Yaaw y de los cuatro guardias armados que lo escoltaban. Emily se mantuvo impasible

mientras veía al alcaide avanzar hacia ella. Ni siquiera se bajó de la montura.

—¿Qué significa esto? —preguntó el alcaide con una mueca desagradable—. No tengo tiempo para tonterías.

Emily lo miró fijamente, sin inmutarse, antes de hablar en tono firme.

—Reúna a todos los prisioneros en la explanada —ordenó, sin darle oportunidad de discutir.

—¿Quién se cree que es para darme órdenes aquí? —Yaaw frunció el ceño.

La respuesta de Emily no se hizo esperar. A un gesto suyo, uno de sus soldados le entregó un grueso legajo de documentos.

—Se trata de un listado de todos los condenados que han pasado por esta mina en los últimos trescientos años —anunció Emily—. Tiene dos opciones, Yaaw —su voz sonó amenazadora—. O libera a todos los inocentes y a aquellos que ya han cumplido su condena, o lo hacemos nosotros y desmantelamos todo esto, aquí y ahora.

—¿De verdad cree que un puñado de soldados y un par de papeles le dan derecho a venir aquí y decirme cómo manejar mi mina? —preguntó con una sonrisa que pretendía ser desafiante, aunque el nerviosismo de su mirada lo traicionaba—. Aquí las reglas las pongo yo.

Emily lo miró sin pestañear, sosteniendo su mirada con calma.

—No he venido hasta aquí para debatir. Liberará a los presos que no merecen estar aquí —respondió, su tono no tenía un atisbo de duda—. Y comenzará a tratar con respeto y humanidad a los que se queden.

—Se cree muy lista, ¿eh? —siseó—. Pero no entiende cómo funcionan las cosas. Esta es la vida de las minas, donde las leyes de la ciudad no valen una mierda. Aquí las cosas son más simples. Yo tengo el poder y ellos tienen el miedo. Cree que puede venir con su moralidad y cambiarlo todo, pero se equivoca de pleno.

Emily sonrió con una calma inquietante.

—Haga que vengan los prisioneros, Yaaw —ordenó con tono amenazante—. O esta será la última conversación que mantenga en su vida.

Emily levantó una mano y seis arqueros salieron de la formación y le apuntaron a la cabeza. El alcaide tragó saliva, visiblemente perturbado. Sabía que no tenía otra opción, así que cedió a las demandas de Emily, aunque no sin lanzar antes una advertencia.

—Pagará por esto, se lo juro —masculló entre dientes antes de retirarse—. Cuando termine con usted, deseará no haber nacido.

En cuestión de minutos, casi mil doscientos prisioneros fueron reunidos en la explanada polvorienta de las minas. Rostros demacrados y miradas desconfiadas se mezclaban con la luz anaranjada del sol. Emily se subió a una roca, que utilizó a modo de plataforma improvisada, y dirigió su mirada a la multitud.

—Hoy sois libres —comenzó con voz firme y decidida—. No porque os lo haya concedido este alcaide corrupto, sino porque se trata de un acto de justicia. Algunos habéis sufrido un castigo demasiado severo por el crimen cometido, y otros habéis sido injustamente encarcelados, pero hoy todos vosotros recuperáis lo que os pertenece.

—¡Somos libres! —celebró alguno de los presos, mientras otros no daban crédito a lo que escuchaban.

La multitud comenzó a murmurar, muchos tratando de asimilar el significado real de las palabras de Emily, otros convencidos de que se trataba de otra maniobra de control. Pero ella aún no había concluido.

—Sin embargo, la libertad no está garantizada —continuó a pesar del alboroto—. Los Khol nos acechan aquí, en nuestro planeta. Y no se detendrán hasta que todos estemos bajo su yugo. Vuestras familias, vuestros amigos y todo lo que conocéis y amáis, está en peligro. Podéis marcharos hoy y ser libres, o podéis uniros a mí y luchar por una libertad total. Una que sea duradera para todos, para vuestras familias y para vuestro futuro.

La respuesta no fue inmediata. Otro murmullo más intenso recorrió la multitud y pronto los prisioneros comenzaron a discutir entre ellos y a dividirse en dos grupos. La mayoría, visiblemente agotados por los años de suplicio e injusticia, se negaban a seguir luchando. No le debían nada a nadie, ni siquiera a Emily.

Pero entonces, una voz se alzó entre ellos.

—¡No podemos marcharnos ahora! —gritó uno de los prisioneros, un kepleriano de aspecto duro que llevaba varios años encarcelado por un crimen que no había cometido—. Hemos sufrido la tiranía de Yaaw, y ahora los Khol pretenden hacer lo mismo con todos nosotros. Es nuestra obligación luchar. No por ellos —señaló a sus liberadores—, ni por los que nos han condenado, sino por lo que es justo. Yo lucharé por nuestras familias y por nuestro pueblo. Si no acabamos con nuestros enemigos, otros inocentes ocuparán nuestro lugar en estas minas y sufrirán lo mismo que todos nosotros hemos pasado.

Un silencio sepulcral se hizo entre la multitud. Los partidarios de no participar en la guerra parecían enfrascados en una discusión interna para tomar una decisión, sopesando ambas opciones. A continuación, el murmullo se intensificó, pero esa vez el tono era distinto. Poco a poco, los presos comenzaron a cambiar de parecer. Uno a uno, fueron alzando la mano, aceptando la propuesta de Emily.

—¡Lucharemos! —exclamó uno.

—¡Seguiremos a la Sombra Carmesí! —dijo otro.

—¡Muerte a los Khol! —gritó un tercero.

En cuestión de minutos, lo que había parecido ser una derrota parcial para Emily se convirtió en una aplastante victoria. Aunque no todos los presos se unieron a la causa, una gran parte sí lo hizo. Ahora, su ejército había pasado de doscientos soldados a casi mil, todos dispuestos a luchar por una libertad que nunca creyeron posible.

Liikmi y Avmup se acercaron a Emily, aún sorprendidos por lo que acababan de presenciar.

—¿Este era el ejército del que hablabas? —preguntó Avmup, lleno de respeto.

Emily asintió, observando a los nuevos reclutas mientras gritaban consignas para prepararse para la gran batalla que se avecinaba.

—Sí, pero esto es solo el principio.

Mientras el sol comenzaba a ponerse y la oscuridad caía sobre las minas, el ejército de partisanos recién formado se organizaba bajo las órdenes de la misteriosa figura de la capa oscura. Habían

comenzado el día como prisioneros, pero ahora estaban listos para convertirse en una fuerza que podría cambiar el destino del planeta.

33

Tambores de guerra

7 de agosto del año 3

Campamento D, Kepler-442b

Emily regresó al campamento al frente de su pequeño ejército, ahora compuesto por soldados Khaavahki y cientos de expresos liberados de las minas. El paso firme de los soldados resonaba en el suelo y contrastaba con el avance caótico y desordenado de los mineros libres. Cuando el grupo se aproximaba al campamento, el bullicio que generalmente caracterizaba la zona se transformó en una gran expectación. Todos los miembros de la resistencia dejaron de lado sus tareas, asombrados por el número de personas que marchaban detrás de Emily.

Cuando entendieron que el ejército de Khaavahki estaba de su parte y que además venía acompañado de casi un millar de keplerianos, el murmullo se convirtió en clamor. Muchos de los presentes comenzaron a vitorear y a aplaudir, lanzando gritos de júbilo que contrastaban con el estado de ánimo de los últimos días. La estrategia de Emily acababa de conseguir subirles de nuevo la moral.

Garth estaba entre los primeros en recibir a los recién llegados. Su rostro mostraba una sonrisa que delataba su total sorpresa y su admiración. Al otro lado, Ferrara y Solberg intercambiaban miradas de desconcierto. Emily constató que todas las caras tenían la misma expresión, ninguno de ellos había anticipado la llegada de tantos keplerianos, y mucho menos de los soldados khaavahki, aunque no fueran los más aguerridos y preparados.

—¿Quién demonios es toda esa gente? —preguntó Garth, avanzando hacia ella.

Emily desmontó con agilidad de su *fhore* y lanzó una mirada a los exprisioneros que seguían en formación tras ella. Su expresión era

serena, pero su postura era firme, como si fuera consciente del alcance de lo que acababa de lograr.

—He conseguido nuestro ejército —respondió ella, sin adornar las palabras.

Garth arqueó una ceja, mirando con atención a los soldados y a los prisioneros liberados.

—¿Un ejército? —repitió, con tono dudoso—. Más bien parece un grupo de tullidos y pordioseros harapientos y malnutridos.

—Créame si le digo que no hay mucho dónde elegir en este planeta, capitán —respondió ella sin perder la calma.

—¿De verdad cree que esta chusma será capaz de batirse en duelo con los Khol?

—Lo harán —afirmó ella con seguridad—. Y no solo lucharán contra ellos, sino que lograrán vencerlos.

—Si usted lo dice —agitó la cabeza con una sonrisa indiferente.

Ferrara también se acercó a ella para interesarse sobre el significado de ese ejército.

—¿Qué pretendes hacer con ellos? ¿Dónde van a quedarse? Y lo más importante, ¿cómo piensas alimentar a tanta gente? —preguntó —. No tenemos suficientes víveres para todos.

Emily apenas esbozó una sonrisa antes de girarse hacia la entrada sur del campamento. De repente, otro murmullo se formó en torno al camino. Sin dejar de buscar entre los árboles, señaló a un convoy que se acercaba, puntual a su cita. Un par de minutos después, decenas de carros comenzaron a aparecer en fila india, como si de una enorme serpiente se tratara. Algunos iban tirados por hasta cuatro *fhores* y venían cargados hasta los topes con provisiones y material militar.

—Está todo controlado —anunció Emily mientras los carros se aproximaban.

Yisht, que había estado en permanente comunicación con Emily durante las últimas semanas, iba al frente del grupo. Los vehículos estaban repletos de alimentos, ropas, armas y equipo militar para los nuevos soldados que se había forjado a partir de los minerales recuperados en uno de los golpes. Era evidente que Emily había pensado en todos los detalles de su plan secreto.

—Tú siempre guardas un as en la manga, ¿verdad? —dijo Ferrara con una media sonrisa.

—Encárgate de que todos los soldados sean alimentados en condiciones —le ordenó—. Y que adecenten una zona en los alrededores para que se instalen.

Después de que Ferrara y Solberg se hicieran cargo de la instalación para las nuevas incorporaciones, se giró hacia Taro que, junto con Pakhuz, estaba cortando leña para la hoguera.

—Encargaos de enseñar las técnicas de combate primordiales a cada uno de los soldados y de los keplerianos liberados —les pidió—. Necesitan saber cuáles son los puntos débiles de los Khol y cómo deben actuar en la batalla. No disponemos de mucho tiempo —añadió.

Taro asintió, consciente de la importancia de esa misión, y ambos se dirigieron de inmediato hacia el capitán de los soldados khaavahki y los exprisioneros. Organizarían grupos manejables dividiendo las tareas de instrucción entre ellos dos y el resto de sus *senpais*.

Emily respiró hondo mientras los preparativos comenzaban a tomar forma, pero aún tenía asuntos importantes que resolver. Se acercó a Alberto y Erik, que estaban revisando su equipo al otro lado del campamento, ajenos al tumulto.

—Necesito que vayáis a Khapabir esta misma noche —les dijo con tono serio—. Ha llegado el momento de traer hasta aquí todos los vehículos que tenemos guardados. Tendrá que hacerse por la noche, sin levantar sospechas.

—¿Están todos listos? —preguntó Erik, sorprendido.

—Sí, Vachkaa y Shimfu lo confirmaron hace dos semanas —explicó ella—. Nos están esperando, os facilitarán el acceso a los escondites.

—No será fácil, pero lo haremos —respondió Alberto con convicción.

—Llevaos a los que necesitéis para traerlos todos a la vez —añadió ella mientras continuaba avanzando.

Ambos dejaron lo que estaban haciendo y se dispusieron a preparar el viaje. Alberto habló también con Min, Kostas y con el

joven Martin. Aunque necesitarían otros tantos, ya se encargarían de encontrarlos sobre la marcha.

En ese momento, Emily se cruzó con Chad y este le contó lo que había ocurrido con Robert y la capitana Ÿonwush. Cuando llegó a la parte sobre Gorka, su semblante cambió por completo. La expresión de seguridad y triunfalismo se esfumó de inmediato para dar paso a la pena y la culpabilidad. Tras escuchar el relato de boca del biólogo, decidió buscar a Paula. Continuó hacia la enfermería con paso lento. La encontró sola, sentada en el exterior. Tenía la mirada fija en el horizonte, ajena a todo lo que pasaba a su alrededor. Al ver a Emily acercarse se levantó de inmediato, pero la tristeza en su rostro era más que evidente.

—Emily... —la voz de Paula sonó triste—. ¿Te lo han contado? Gorka...

Ella asintió con la cabeza, y antes de que pudiera pronunciar palabra, Paula rompió a llorar. Y aunque Emily intentó mantener la compostura, no pudo evitar que sus ojos se llenaran de lágrimas también. Se acercó a Paula y la abrazó con fuerza, sintiendo el peso de la culpa aplastando su pecho.

—Lo siento tanto —susurró Emily—. Lo siento de verdad.

Sin embargo, las palabras sonaban vacías si se comparaban con la magnitud de la pérdida. Sabía que nada de lo que pudiera decirle cambiaría el hecho de que Gorka ya no estaba, pero, aun así, intentó sacar todo lo que tenía dentro.

—Es todo por mi culpa —su voz temblaba mientras hablaba, parecía estar a punto de derrumbarse en cualquier momento—. Si no me hubiera empeñado en organizar esta maldita resistencia…

Paula se aferró a Emily, intentando encontrar consuelo en su compañera, pero el dolor continuaba rasgando su alma. Las lágrimas brotaron como un torrente de emociones que se abría paso a través de sus corazones.

—Solo quería que estuviera aquí —dijo Paula entre sollozos—. ¿Por qué tuvo que ser él? ¿Por qué él? —repitió.

Emily cerró los ojos y se dejó llevar por el momento, sin poder ofrecer más que su propia presencia. No podía responder a esas

preguntas ni deshacer lo que había ocurrido, pero al menos podía estar allí.

—Lo siento… —repitió.

Tras unos instantes, Paula se apartó, limpiándose las lágrimas con la manga de su chaqueta.

—Tú no tienes la culpa de nada —dijo con seriedad—. Todos aquí conocemos los peligros y las consecuencias de nuestras decisiones. Nos alistamos en el proyecto sabiendo que era arriesgado, y después nos quedamos en el planeta para luchar por nuestro futuro. —Se acarició el vientre—. Y el de los que vengan después.

Emily contuvo las lágrimas y también se limpió la cara. Hacía mucho que no lloraba de esa manera, notaba sus ojos rojos e irritados por el llanto.

—Tenemos que luchar —dijo con ánimos renovados—. Por Gorka, por nosotros, por los que vengan después.

—Gracias por estar siempre ahí, Emily —añadió con una sonrisa triste—. Supongo que ahora solo nos queda seguir adelante.

Emily asintió, consciente de que esa era la única opción.

—Sí, eso es lo que haremos. Y cuando todo esto acabe, Gorka será recordado como el héroe que fue —dijo con firmeza, intentando que Paula encontrara un pequeño alivio en sus palabras.

Tras dejar a Paula y conversar con algunos de los keplerianos que se habían unido a la resistencia, Emily entró en la enfermería para visitar a Robert y a la capitana Ÿonwush. Aunque su estado había mejorado, aún estaban débiles y les costaba moverse. Conversó en primer lugar con la capitana, que le narró en primera persona los momentos que precedieron a su captura. Viendo que se encontraba mejor, a pesar del infierno que habían sufrido en el interior de la nave, sus ojos comenzaron a girarse hacia Robert de manera inconsciente.

Se despidió de la capitana y se acercó a él despacio. Había abierto los ojos al escuchar su conversación con Ÿonwush y la miraba con tristeza desde su posición. Sin embargo, una ligera sonrisa se dibujó en sus caras cuando sus miradas se cruzaron. Emily sintió una punzada en el corazón. A pesar de la distancia, de todo lo que había ocurrido entre ellos, seguía sintiendo algo muy

fuerte por él. Tuvo que poner todo de su parte para no lanzarse en busca de su abrazo, de su calor.

—¿He de suponer que todo ese tumulto de fuera es gracias a ti? —preguntó él con sorna.

Emily asintió con los nervios a flor de piel. No le gustaba verlo así, postrado en una cama y con evidentes signos de tortura en su cuerpo. No era capaz de imaginar todo lo que habían tenido que sufrir.

—Veo que ni los mismísimos Khol pueden acabar contigo —le devolvió Emily.

Robert dejó escapar una risa suave, aunque todavía le costaba respirar sin dolor.

—Parece que no te librarás de mí tan fácilmente —respondió—. Pero estaré listo para la batalla cuando llegue el momento.

Emily se sentó en una silla junto a su cama y lo observó en silencio durante unos instantes.

—¿Cómo te encuentras?

—He estado mejor —sonrió con timidez—. Pero saldré de esta. Poco a poco voy cogiendo fuerzas.

—Me alegro —dijo ella tras unos instantes—. Con todo lo que ha pasado estas últimas semanas, no sé qué haría sin ti.

Robert la miró con cariño. Todavía sentía algo por ella, pero la coraza que se había puesto desde que Yisht fuera secuestrada le impedía llegar hasta la verdadera Emily, a la que echaba mucho de menos y que sabía que seguía ahí dentro, agazapada como una niña temerosa.

—Yo… —dudó. Pareció arrepentirse de lo que iba a decir y su expresión se tornó más seria—. Necesito algo de ti.

—Claro, ¿qué necesitas? —respondió él.

Emily tomó aire antes de hablar.

—Nos vendría bien saber si recuerdas alguna zona del interior de la nave que resulte vulnerable, algún punto débil que podamos usar a nuestro favor cuando llegue el momento del ataque.

—¿Algo cómo dónde se encuentran los sistemas que proporcionan energía a la nave?

Ella asintió y Robert frunció el ceño, concentrándose en sus recuerdos. Pero después de unos segundos, negó con la cabeza.

—No sé lo suficiente sobre su estructura interna —admitió—. Me llevaron ante su líder un par de veces. Recuerdo pasar por algunas áreas controladas, pero nada que nos sea de utilidad de cara a un ataque.

Emily asintió, aunque no pudo evitar sentir cierta decepción.

—Está bien. Tal vez Solberg pueda conseguir algo de información antes del ataque. No nos queda mucho tiempo.

Robert hizo un esfuerzo por incorporarse un poco más en la cama y la miró con seriedad.

—Me temo que no puedo aportar mucha más información, pero estaré listo cuando llegue el momento de luchar —prometió, y su voz sonó más firme esta vez.

—Contamos contigo, aunque me temo que no tenemos demasiado tiempo. Alguien ha reducido a cenizas el campamento A —reveló con preocupación—. Cada vez se estrecha más el cerco sobre nosotros. Tarde o temprano darán con este lugar y tendremos una batalla abierta.

—Una que no podemos ganar si no inutilizamos su nave nodriza —asintió él.

Emily agachó la mirada. Acababa de verbalizar la mayor de las preocupaciones que le rondaban por la cabeza desde hacía días. No tenían demasiado tiempo, y la única salida pasaba por golpear primero. Pero de nada les serviría si no lograban triunfar allí donde el capitán Harris había fallado. Tenían que destruir esa nave o, al menos, su sistema de armamento gravitatorio.

—¿Cómo es él? —preguntó ella—. Me refiero a su líder, ese tal Kraalok.

A Robert se le endureció la expresión. Emily se arrepintió de inmediato de hacer esa pregunta. Pensó que tal vez estaba llevándole a una situación extrema, obligándolo a recordar todo el calvario que había sufrido.

—Déjalo —rectificó al comprobar que tardaba en responder—. No quiero molestarte.

—No, está bien. —Sacudió la cabeza con gesto serio—. Creo que es importante conocer a quién nos enfrentamos.

Trató de ordenar sus pensamientos antes de responder. Su mirada se ensombreció por la profunda impresión que aquel ser había dejado en su mente.

—Kraalok es… imponente —comenzó, buscando las palabras adecuadas—. Y no me refiero solo a su presencia física, aunque resultaba evidente que podría haberme destrozado con un simple chascar de sus dedos. Lo que más me asustó de él fue su manera de estudiar mis reacciones, de evaluarme. Me pareció frío y calculador, nunca mostró emoción alguna. Parecía saber muchas cosas de nosotros, de nuestras motivaciones, del porqué de nuestro viaje… y también de ti.

Emily lo escuchaba con atención, y sintió un escalofrío recorrer su cuerpo cuando Robert dijo esa última frase.

—¿A qué te refieres? —preguntó, con la voz más temblorosa de lo que le hubiera gustado.

—Sabe lo que ocurrió en la Tierra con el meteorito —añadió—. Sabe que la Galileo llegó a este planeta hace miles de años, y sabe que tu padre se ocultó de ellos.

Emily no contestó. En vista de la expresión de su cara, Robert decidió centrarse en otros aspectos.

—No es como los demás líderes a los que nos hemos enfrentado —continuó—. Aunque parece joven, da la impresión de que no es alguien que se deje llevar por impulsos o caprichos. Cada decisión que toma, cada palabra que dice, parece estar medida al milímetro. Cuando estuve frente a él trató al resto de sus soldados con desdén y violencia. Llegó a dejar inconsciente a uno de sus sirvientes solo porque no le gustó su respuesta. No parece que le importe nada la vida de sus congéneres, solo le preocupa el resultado final. Y eso lo convierte en alguien muy peligroso.

—¿Crees que tiene alguna debilidad? —preguntó Emily.

—Si la tiene, no la mostró delante de mí —negó con la cabeza—. Aunque, siendo joven, quizá esté ansioso de demostrar su valía delante de su sociedad y de su padre del que, cada vez que escuché

hablar, noté como el resto de los soldados se ponían tensos como varas. Parece que infunde un terror visceral entre sus propias tropas.

—¿Qué averiguaste sobre ellos? —siguió con el interrogatorio.

—En general, los Khol parecen estar educados solo para el combate. Sus gestos, sus acciones, la manera que tienen de relacionarse, está muy enfocada al sometimiento físico que ejercen sobre los demás. Los miembros más grandes y fuertes ostentan mayores cargos en el escalafón militar. Diría que se trata de una especie diseñada para la guerra.

»Pero no pude sacar muchas conclusiones a partir de lo que escuché allí dentro —se encogió de hombros—. Aunque sí que pude corroborar lo que nos contó esa sucia rata de Khii: los Khol están inmersos en una guerra santa en algún lugar, al otro lado de la anomalía. Kragmar, el padre de Kraalok parece librar una batalla por el control del planeta que está durando generaciones.

—Khii —Emily pronunció ese nombre con rabia—. ¿Sabes que fue de él?

—No —respondió Robert—. Tan solo me crucé con él en una de las ocasiones en las que me llevaron frente a Kraalok. Iba encadenado, igual que yo. No parecía estar pasando por un buen momento.

—No diré que me alegro de verle en esa situación, pero tampoco me apena demasiado.

—Desde luego —sonrió con maldad—. Yo tampoco voy a llorar por él.

Emily decidió que ya era suficiente conversación por ese día, así que se levantó de la silla y se despidió de Robert.

—Descansa, te necesitaremos al cien por cien cuando llegue el momento —le dijo, acariciándole el pelo antes de abandonar la enfermería.

El bullicio del exterior la envolvió nada más salir. Todos habían recibido las órdenes y estaban concentrados en cumplirlas lo mejor posible. De ello dependería el éxito de la misión. Había actividad mirara donde mirara. Algunos afilaban las armas que Yisht había traído, otros organizaban los víveres, y un numeroso grupo retiraba la maleza de una gran zona aledaña para que el pequeño ejército de

la resistencia se instalase. Todos trabajaban unidos por una causa común: sobrevivir.

Caminó entre la multitud, ayudando en lo que podía. Se detuvo a amarrar cuerdas y a levantar algunas lonas que protegerían el material de forma provisional. Fue parte activa en la construcción de nuevas cabañas, usando sus propias manos, sintiendo el peso de cada acción. Compartió con todo el mundo un momento especial. Las horas pasaron sin que se diera cuenta, pero la satisfacción de ver cómo todos se unían y cooperaban le dio un respiro en medio de toda esa vorágine de decisiones y estrategias, de incertidumbre y presión.

Cuando llegó la noche, las hogueras se encendieron para combatir el frío y para cocinar parte de la comida que habían traído desde la ciudad. Las llamas crepitaron y el olor de la carne asada impregnó el ambiente con sutiles toques de especias y hierbas aromáticas. El improvisado festín, aunque discreto, les ofreció un alivio temporal. Las risas y las conversaciones se mezclaban con el murmullo de las llamas y, por un momento, pareció que la preocupación por la guerra y los Khol se había esfumado.

Emily compartió el asado con Yisht, que no se separó de ella en toda la noche. Bebieron un poco de arborumel y sintió cómo el calor de la bebida fermentada recorría su cuerpo, infundiéndole una valentía renovada. El ambiente era distendido, más relajado de lo que cabría esperar en esos tiempos tan oscuros. Quizá ese fuera el momento adecuado. Subió lentamente al tejado de una de las cabañas, buscando la luz de las hogueras que se extendían por todo el campamento. Desde allí podía ver los rostros de los soldados y los mineros liberados, keplerianos y humanos, todos cansados, pero libres y decididos.

El murmullo de las conversaciones disminuyó cuando la vieron subir. Ni siquiera fue necesario pedir silencio.

—Sé que muchos de vosotros estáis cansados —empezó, paseando la vista por cada rincón del campamento—. Sé que habéis perdido demasiado ya. Amigos, familia, hogares... Y sé que algunos de vosotros probablemente sintáis que nos enfrentamos a un

enemigo al que no podemos vencer. Una guerra interminable en la que no tenemos opción.

Hizo una pausa, dejando que sus palabras calaran en la multitud. Centenares de ojos la observaban con atención.

—Pero no estamos aquí porque pensemos que es fácil o que la victoria esté asegurada. Estamos aquí porque este es nuestro sitio, nuestro hogar. Y no vamos a dejar que los Khol nos lo quiten sin luchar. Puede que ellos sean más fuertes, que estén mejor equipados, pero haremos que sientan algo que no han experimentado jamás: el miedo.

»Miedo —repitió con firmeza—. Miedo de comprobar lo que somos capaces de hacer cuando permanecemos unidos. Miedo de ver que, por primera vez, les plantamos cara. Miedo de ver cómo keplerianos y humanos, soldados y civiles, forman un único ejército. Nos temerán. Porque no luchamos por el poder, por riquezas o por el control de la sociedad. Luchamos por nuestra libertad, por nuestras familias, por nuestros amigos. ¡Luchamos por nosotros mismos!

La multitud comenzó a sentir que las palabras de Emily encendían algo dentro de cada uno de ellos. Hubo algún tímido aplauso, pero fue chistado de inmediato para poder seguir escuchando.

—Celebremos esta noche como hermanos. Disfrutemos de la comida, de la compañía, de la bebida. —Alguien aclamó la idea con gran fervor—. Pero cuando llegue el momento, cuando llegue el día y marchemos hacia la batalla final, tened algo muy presente: no podrán doblegarnos si luchamos como personas libres. ¡Lucharemos! ¡Ganaremos! ¡Y recuperaremos nuestra libertad!

Emily alzó los brazos y un rugido de vítores se levantó desde la multitud. Los brazos apuntaron al cielo nocturno y gritos de ánimo resonaron por todo el campamento. Emily permaneció unos segundos más en lo alto de la cabaña, observando a todos los que habían depositado su fe en la causa. Sabía que les aguardaba la parte más complicada del camino, que tal vez muchos de ellos no verían el final de la batalla. Pero también sabía que no había vuelta atrás. Estaban en el umbral de la guerra y la única opción era avanzar juntos hacia la victoria.

34

La estrategia

6 de septiembre del año 3

Campamento D, Kepler-442b

En la cabaña de mando Emily observaba la mesa, repleta de papeles, mapas y unos pocos modelos rudimentarios de los cañones de riel y los drones civiles que tenían a su disposición. El semblante de los presentes reflejaba la importancia de las decisiones que se tomarían allí. La estrategia podría ser el factor diferencial que los llevara a la victoria o les sumergiera en la más dolorosa de las derrotas. Frente a ella, Robert, Ortiz, la capitana Ÿonwush, Ferrara y, a pesar de las reticencias de varios de ellos, también el capitán Garth, se encontraban inmersos en una acalorada discusión sobre cómo atacar la nave nodriza de los Khol y anular su poderoso armamento gravitatorio. Los acompañaban, como espectadores de todo, el capitán de la compañía de soldados Khaavahki y Jurjatluz, un kepleriano de aspecto tosco que se había erigido como el portavoz de los partisanos liberados de las minas.

Habían pasado varios días, durante los cuales, los heridos y los expresos se habían recuperado de sus heridas y dolencias. El campamento se había sumido en un estado de tranquilidad y calma previos a la gran batalla que estaba por llegar. Emily y los demás se las habían ingeniado para que todo el mundo tuviera algo que hacer. Sabían que manteniéndolos ocupados no se acrecentaría el desasosiego. Sin embargo, ya habían comenzado las dudas y las deserciones, sobre todo por parte de algunos de los antiguos condenados a trabajos forzados en las minas, que consideraban que ya habían pagado suficiente por sus delitos.

—El capitán Harris cometió el error de ir de frente —murmuró Emily con el ceño fruncido—. Y Kraalok no dudó ni un instante en

usar su tecnología gravitatoria contra sus propios soldados. Si hacemos lo mismo, estamos perdidos.

Robert, completamente recuperado, asintió con una expresión sombría en su rostro.

—Es cierto, no podemos ir de frente. Nos aplastarían como moscas en cuanto activasen el arma gravitatoria. Necesitamos otra táctica. Algo que no anticipen y que podamos usar a nuestro favor.

—Sí —asintió Emily—. Pero ¿qué?

Pasó la vista por cada uno de los presentes. Sus rostros reflejaban el esfuerzo que hacían tratando de pensar en algo que les diera una mínima ventaja frente a la superioridad tecnológica de sus enemigos. De forma inconsciente posó sus ojos en el capitán Garth. Esa misma mañana había discutido con Ferrara y con Robert por invitarle a la reunión y no había abierto la boca desde que empezaron, limitándose a sonreír levemente cada vez que alguien proponía una solución. Su actitud era indiferente, como si aquello no fuera con él. Pero lo peor era que apenas se molestaba en ocultar su desdén.

—¿Y si atacamos desde varios puntos al mismo tiempo? —sugirió Ferrara, mirando a los demás—. Podríamos dividir nuestras fuerzas y cubrir tres o cuatro flancos. Al menos, así podríamos dispersar sus defensas.

—En cierta manera, eso fue lo que intentó Harris —recordó Robert, negando con la cabeza—. Dividió a sus tropas en cuatro grupos y trató de rodear la base desde el norte y el sur, pero los Khol reaccionaron con rapidez. Lograron detenerlos antes de que pudieran siquiera acercarse a la nave nodriza. No creo que sea una estrategia viable.

Ÿonwush miró el mapa con interés y luego alzó la vista.

—Tal vez podríamos construir una especie de escudo temporal —sugirió—. Algo que cubra a los soldados del arma de los Khol.

Garth lanzó una carcajada ante la ocurrencia de la kepleriana, que era evidente que no disponía de los mismos conocimientos que el resto.

—Lamentablemente, no disponemos del tiempo ni de los conocimientos para desarrollar ningún tipo de contramedidas contra

la tecnología de los Khol —dijo Emily, obviando el comportamiento tóxico del capitán rebelde—. Nada de lo que podamos pensar evitaría que ese arma nos afectara. Nuestra única opción es destruirla.

—¿Y si en lugar de cubrirnos del arma, intentamos forzarles a usarla antes de que puedan dirigirla hacia nosotros? —añadió Ÿonwush—. Podríamos enviar una primera línea de señuelos, algo que capte su atención y los haga actuar prematuramente, para que el efecto de su arma gravitatoria no afecte a la siguiente oleada.

—Sería condenar a muchos de los nuestros a una muerte segura —reprobó Robert—. Y, a día de hoy, no conocemos el tamaño del ejército de Kraalok. Me temo que los necesitaremos a todos si queremos tener alguna oportunidad en la batalla.

—¿Podríamos utilizar los drones holográficos como señuelo? —preguntó Ferrara.

—Solo tenemos dos —argumentó Emily—, y me temo que no son suficientes para proyectar algo que pueda parecer una verdadera amenaza.

—Si tan solo supiéramos algo más sobre el funcionamiento de sus armas o de su nave… —murmuró Ortiz—. Tal vez eso nos permitiera esquivar las zonas de alcance.

Emily asintió, consciente de lo delicado de la situación. Necesitaban una táctica que no se redujera a un simple ataque directo, pero tampoco podían dispersarse demasiado o perderían la capacidad de comunicación entre ellos. Aun así, algo en la frase de Ortiz le hizo pensar.

—Tal vez esa sea una de las claves —admitió Emily—. Pero ahora mismo no disponemos de esa información, ni creo que podamos conseguirla. ¿Qué podemos hacer para profundizar en esta idea? —preguntó, dirigiendo la pregunta a los demás.

—Los esclavos y los presos no deberían acceder a las zonas comprometidas de la nave —intervino Robert.

—De acuerdo —asintió Emily—. Además, aunque tuvieran libre acceso no sabrían diferenciar lo que estamos buscando. Ni siquiera nosotros sabemos la pinta que tienen los sistemas de armamento o los generadores de energía de la nave.

Permanecieron unos instantes pensando en nuevas estrategias, cualquier cosa que los llevara a algo factible por extraño que pareciera. Emily se concentró en el mapa y observó la vasta extensión de terreno que ocupaba la nave nodriza. Tenía que haber alguna manera, una forma de poder destruir o inutilizar su tecnología. Como si leyera su pensamiento, Robert se removió en su asiento.

—¿Y anular todos sus sistemas? —preguntó Robert.

—¿Cómo? —preguntó Ferrara.

—Con un impulso electromagnético —sugirió—. Si damos por hecho que sus sistemas se alimentan de electricidad, tal vez podamos inutilizarlos.

Todos giraron sus cabezas hacia Emily, que era la única tecnóloga del grupo. Valoró la idea que, de momento, era lo más prometedor que se había sugerido hasta el momento. Sin embargo, pronto comenzó a encontrarle pegas.

—En realidad, no tenemos ni idea de lo que utilizan como fuente de energía para mover sus dispositivos —esgrimió—. Puede que sus naves tengan circuitos eléctricos, pero un PEM podría resultar inocuo por utilizar otro tipo de sistemas. Y, dejando a un lado la cantidad de energía necesaria para cubrir toda esa extensión de terreno, nos dejaría sin la que por ahora sigue siendo nuestra mayor baza: los cañones de riel.

—¿Podríamos estudiarlo como plan B? —sugirió Robert.

—Sí, lo comentaré con Min y con Erik —confirmó ella—. No soy una experta en ese tipo de dispositivos, pero imagino que podríamos montar uno con una de las baterías de las que disponemos todavía.

Emily guardó unos instantes de silencio, como si tratara de resumir en su cabeza el estado en el que se encontraban los planes de ataque.

—Pero seguimos necesitando una estrategia viable —los miró de nuevo a todos.

—Podríamos intentar un ataque directo a sus sistemas internos —dijo Ortiz tras otro periodo de reflexión—. Si logramos infiltrar una pequeña unidad que coloque explosivos en puntos críticos de la

nave, podríamos inutilizar su sistema de manipulación gravitatoria y luego atacar sin tanto riesgo.

Garth lanzó una carcajada. Pero cuando los demás lo miraron, no añadió nada, tan solo agitó la cabeza y mostró su desaprobación. Ferrara estuvo a punto de levantarse de su silla, pero Robert se adelantó y respondió a la propuesta de Ortiz.

—Es una idea muy arriesgada —dijo Robert—. Aquel lugar es un laberinto de pozos y pasillos, como la base alienígena del cráter. Lo más probable es que dieran con nosotros antes de que consiguiéramos encontrar nada de utilidad. Además, imagino que después del rescate, habrán mejorado la vigilancia.

—¿Y qué tal los drones? —sugirió Ferrara, que no dejaba de mirar a Garth de reojo—. Tenemos unos cuantos drones civiles. No son gran cosa, pero podríamos usarlos para llevar pequeñas cargas explosivas.

—Esos drones no están diseñados para llevar cargas, son demasiado pequeños —dijo Emily, frunciendo el ceño—. Además, ahora mismo no disponemos de explosivos.

Garth continuaba con una amplia sonrisa en la cara, como si ya tuviera la solución, pero estuviera alargándolo todo por mera diversión. Ferrara comenzó a notar cómo una rabia desmedida crecía en su interior hasta que no pudo evitar estallar. Se levantó y golpeó la mesa con los puños.

—¿Le parece gracioso? —le espetó, con los ojos llenos de furia—. ¿Le divierte que estemos aquí, tratando de buscar una estrategia viable mientras usted solo se dedica a reírse?

Garth respondió con calma antes de que Emily pudiera reconducir la situación.

—No es que me divierta, Ferrara. Es solo que parece que estemos tratando de derribar un muro a base de golpes en lugar de buscar una puerta.

Ferrara se cruzó de brazos mientras le lanzaba una mirada desafiante.

—¿Y cuál es su puerta, Garth? ¿Tiene alguna idea brillante que no hayamos considerado?

—Tal vez —dijo con una sonrisa torcida.

Emily observó al capitán rebelde. Era posible que ya la hubiera discurrido mucho antes siquiera de empezar la reunión y que solo hubiera alargado todo el proceso para dejar patente quién de todos era el verdadero estratega. Decidió restarle importancia. Siempre que acabaran dando con un plan factible, no importaban los medios ni las formas.

El capitán Garth se levantó y comenzó a pasear alrededor de la mesa con las manos a la espalda. Tras alargar el silencio, se aclaró la garganta y comenzó a desgranar las principales claves de su plan.

—Cuando existe un único objetivo militar, y sobre todo cuando ese objetivo es muy superior tecnológicamente, debemos ser cautos con las estrategias de ataque —comenzó a recapitular—. Si concentramos nuestras tropas y lanzamos un ataque frontal, quedaremos a merced de su sistema gravitatorio. Ese es el gran error que cometió el capitán Harris.

»La solución a nuestros problemas es realizar un ataque mediante lo que se conoce como "saturación de objetivos" —continuó—. La idea principal de este método es separar nuestras tropas de tal manera que podamos confundir al enemigo y evitar que la nave nodriza concentre su arma gravitatoria en un solo punto.

El capitán Garth se acercó a la mesa y trazó un gran círculo concéntrico en el claro donde se situaban los Khol.

—Si colocamos nuestras tropas separadas en cien grupos de diez individuos en zonas alejadas entre sí, a media distancia de la base, saturaremos de objetivos a la nave nodriza.

—¿Está sugiriendo que nuestras tropas se queden a media distancia? —preguntó Robert.

—Sí, eso es justo lo que estoy sugiriendo —sonrió—. Y si piensa en las conversaciones que hemos mantenido durante estos últimos días, tiene todo el sentido del mundo. Los Khol no disponen de armas a distancia, sino que basan toda su estrategia militar en la confrontación frontal cuerpo a cuerpo. Utilizaremos su propia naturaleza en contra de ellos y los obligaremos a dividir sus fuerzas. Colocaremos a nuestras cien escuadras sobre este círculo imaginario, alrededor de su base. Y después, esperaremos.

—¿Esperar? —Emily frunció el ceño.

—Sí —asintió—. Y ahí se nos presentará un escenario en el que pueden ocurrir varias cosas. En caso de que sus tropas decidan atacarnos, se dispersarán, lo cual nos facilitará la tarea. Si lanzan algún caza para acabar con nuestras tropas como hicieron con Harris, perderán un caza y nosotros tan solo una escuadra.

—¿Y si deciden quedarse en el sitio?

—Tenemos arqueros y armas de fuego para diezmarlos —dijo—. Les haremos salir de la base.

—No creo que una simple flecha sea capaz de atravesar sus corazas —repuso Ferrara—. Y para acabar con ellos hay que atravesar su cerebro, que está en el tórax.

—Lo sé —sonrió el capitán—. Pero no se trata de acabar con ellos, sino de sacarlos de sus casillas para que se dejen llevar por sus instintos más básicos, que no son otros que enfrentarse cuerpo a cuerpo con criaturas inferiores. Además, todo esto no es más que la primera parte del plan.

»Nuestra tarea principal en el campo es conseguir dividir sus fuerzas y llevarlos a una guerra de guerrilla en la que podamos tener alguna posibilidad. Desconocemos el número de efectivos que tienen pero, tras las bajas que han tenido, creo que no es descabellado pensar que contamos con superioridad numérica. Si al menos el prisionero fuera capaz de darnos esa información… Hay que reconocer que son duros de pelar.

»El caso es que todo esto no es más que una estrategia para conseguir los dos objetivos principales que tenemos. En primer lugar, necesitamos que su joven líder se sienta tan insultado que salga al exterior para intentar aplastarnos. No olvidemos que solo ganaremos la batalla si acabamos con él. El resto de sus soldados serán como ovejas sin su pastor, combativos, pero carentes de organización.

»Nuestro segundo objetivo es acabar con su nave nodriza. No queremos que utilicen sus armas contra nosotros, ni que puedan escapar para traer refuerzos de donde quiera que vengan. Por eso, toda esta operación será un señuelo.

—¿Un señuelo? —preguntó Ortiz.

—Sí. Una distracción —insistió el capitán—. Los sacaremos del interior de la nave, pero solo porque nosotros entraremos dentro. En

este caso no utilizaremos los drones, sino el armadillo del que dispone Solberg. Los armadillos civiles como el que tenemos no se diferencian demasiado de los modelos militares. Las fuerzas de rescate de los cuerpos de bomberos los utilizaban para encontrar supervivientes en derrumbes después de un terremoto. Son capaces de caminar por cualquier superficie y de moverse en total silencio incluso por techos y zonas de difícil acceso. Pero en este caso, lo importante es que lo hacen de manera precisa, sin que su lomo realice movimientos bruscos. Fijaremos una importante carga explosiva en su cuerpo y esperaremos a que encuentre alguno de los tres elementos que puedan eliminar a la nave nodriza de la ecuación: motores, sistema gravitatorio o fuentes de alimentación.

—¿Explosivos? —preguntó Emily—. Ya hemos dejado claro que no disponemos de explosivos.

—Eso no es del todo cierto —Garth mostró una amplia sonrisa y todos lo miraron, confundidos—. ¿De verdad creen que la idea de utilizar nitroglicerina para amenazar al proyecto en la Asimov fue del sargento Reynolds?

El capitán rio con ganas. Aquella risa con tintes maquiavélicos provocó que un escalofrío recorriera la espalda de Emily. Las dudas comenzaron a surgir en su cabeza y se planteó si de verdad había sido buena idea contar con el capitán Garth para la operación. Había demasiadas cosas que le desconcertaban de ese hombre, y ninguna parecía buena.

—Reynolds era un buen soldado, capaz de cumplir con cualquier orden que se le diera, por complicada que esta fuera —añadió después—. Pero carecía de sentido táctico, era demasiado visceral.

—¡Era un maldito asesino! —espetó Emily, que recordó los dos asesinatos a sangre fría que presenció durante el ataque a la Asimov.

—Lo que usted diga —el capitán torció el gesto sin entrar en la discusión—. El caso es que dispongo de material suficiente en mi lugar de retiro para conseguir convertir esa maldita nave en un amasijo de hierro. Así pues, meteremos los explosivos en la nave mientras los Khol se centran en el exterior —continuó—. Si programamos el armadillo para que busque lo que queremos

encontrar, puede que podamos destruirlo o, en el peor de los casos, indicarnos dónde pueden atacar los cañones de riel.

Emily pensó en la estrategia que proponía el capitán. Lo cierto era que parecía bastante sólida. Y era, de largo, lo mejor que tenían hasta el momento.

—Podríamos instalar una copia de Ada en su módulo de control para que encuentre lo que estamos buscando —reflexionó Emily.

Todos parecieron asumir que aquel conjunto de acciones a llevar a cabo podría funcionar.

—Bien, si nadie tiene nada más que añadir, creo que tenemos un plan —dictó Emily—. Supongamos que conseguimos anular la nave nodriza, ¿qué haremos después?

—Nuestro segundo objetivo es Kraalok —dijo Robert—. Tanto si decide salir de la nave como si no, tendremos que dirigir nuestros esfuerzos a acabar con él.

—Pero no tenemos sistemas de comunicación, ¿cómo vamos a comunicarnos entre nosotros? —preguntó Ferrara—. Estaremos divididos en cien escuadrones.

—En cuanto acabemos con la nave, la orden será cerrar el círculo alrededor de la base —convino Garth.

—Pero por lo que pudiera ocurrir —añadió Robert—, podríamos desarrollar algún tipo de codificación.

—¿Hablas de tambores de guerra o de utilizar banderas como en las antiguas películas? —preguntó Ortiz.

—No resultaría tan descabellado. —Robert se encogió de hombros—. Pero debido al desnivel y a la vegetación de la zona, tal vez no todos sean capaces de enterarse de las órdenes. Sin embargo, creo haber leído alguna vez que en algunas batallas medievales de la antigua China se utilizaban fuegos artificiales para que los soldados pudieran recibir las órdenes de retirada o de avance. Tal vez podamos hacer algo similar.

Ferrara miró el mapa con determinación.

—Entonces, tenemos un plan. No es perfecto, pero es lo más cerca que podemos llegar de una estrategia de ataque coordinada.

Emily respiró hondo, aliviada de que finalmente tuvieran algo claro. Sabía que era una apuesta arriesgada, pero también que era

su mejor opción. El próximo paso sería afinar los detalles e informar a todos los participantes de la estrategia a seguir. Llegaba la hora de la verdad, el momento en el que se decidiría el destino de la humanidad. Las piezas estaban sobre el tablero, pero ahora tocaba jugarlas bien.

35

La batalla por la libertad

1 de octubre del año 3

Campamento D, Kepler-442b

Todo se encontraba dispuesto. Esa misma tarde, todo el campamento se dirigiría hacia el claro donde se libraría la batalla. El capitán Garth había recogido de su cabaña el material necesario para la creación de una pequeña cantidad de nitroglicerina, que estabilizaron con aluminio para poder acoplar la carga en el armadillo, el pequeño vehículo autónomo con seis potentes patas capaces de adherirse a casi cualquier superficie.

Emily revisó las caras de los habitantes del campamento. La noche anterior había transcurrido en calma, aunque casi nadie durmió en condiciones. Allí donde miraba veía nervios y bostezos a partes iguales. Tampoco ella había podido descansar demasiado. Los nervios le impidieron conciliar el sueño hasta la madrugada. Aun así, se notaba descansada, lista para afrontar lo que le deparara el día.

Revisó grupo por grupo que todo estuviera preparado para partir y repasó mentalmente los pasos a dar. Se habían formado doce grandes grupos de casi cien personas cada uno que se colocarían alrededor del claro como las horas de un reloj. Después, cada uno se subdividiría y se desplegaría en todas direcciones, dejando decenas de metros entre los pequeños grupos de diez personas. Más tarde avanzarían hacia el interior de la base hasta situarse a medio camino entre el borde del claro y la base alienígena.

Robert y Ferrara habían insinuado que Emily no se acercara al campo de batalla. Su importancia como directora del proyecto y líder de los keplerianos era tal que resultaba demasiado arriesgado que se adentrara en la refriega. Sin embargo, ella había declinado esa opción. Dada la situación, en la que muchos civiles arriesgarían sus vidas, ella quería ser la primera en dar ejemplo al resto. Robert

aceptó, siempre y cuando permaneciera a cierta distancia de la lucha cuerpo a cuerpo.

Revisó los cohetes recién fabricados que se repartirían entre los responsables de cada zona. Los incoloros darían comienzo a la batalla; rojos para la retirada; verdes para comenzar el ataque total y azules para avisar de la llegada de la artillería. Todos conocían las instrucciones y esperaban con disciplina la hora de partir.

Emily se acercó a Paula, que ataba su cabello en una trenza para mantenerlo fuera de su rostro. La joven era una de las más hábiles en combate y sabía que habría sido de gran ayuda en la batalla. Pero también era consciente de la situación que había vivido y de la necesidad de alguien que pudiera asegurar el futuro, especialmente cuidando de los más vulnerables. A su lado, Shiishyi observaba los preparativos, fascinada y a la vez preocupada por el significado de todo.

—Paula, necesito pedirte algo —dijo Emily, atrayendo su atención —. Quiero que te quedes aquí y cuides de Shiishyi.

Paula frunció el ceño, sorprendida.

—¿Qué? Emily, sabes que puedo pelear. Necesitaremos a cada soldado en la batalla. No quiero quedarme atrás. Además, decenas de personas se quedarán en el campamento, ella estará bien.

Emily le puso una mano en el hombro y la apretó suavemente, comprendiendo su frustración. Aunque en el fondo ambas sabían que lo que pretendía era salvaguardar todo lo que quedaba de Gorka, que ahora crecía en su interior.

—Lo sé —afirmó—, y nadie duda de tu valía. Pero esta batalla no va solo de los que estamos aquí. También se trata de los que sobrevivirán para construir algo nuevo, algo por lo que tanto hemos luchado. Estás a punto de traer una vida al mundo, Paula, y aunque te resulte difícil, tienes que cuidarte por ti y por el bebé. Además, si las cosas salen mal, necesitaremos a alguien que informe a la Asimov de todo lo ocurrido aquí. Sabía que este día llegaría y tenía otra persona en mente, pero tu situación me ha hecho cambiar de opinión.

Paula miró a Shiishyi, quien le devolvió una mirada inocente. Asintió con un suspiro. Comprendía lo que Emily quería decirle,

aunque la resignación continuó presente en sus ojos.

—Está bien, Emily. Lo haré. Pero prométeme que venceréis y volveréis todos sanos y salvos.

Emily sonrió y asintió, y aunque sabía de sobra que no podía prometer algo así, quiso brindarle algo de paz antes de marchar.

Minutos después se encontró con Robert, que revisaba el equipo con su habitual celo. Parecía calmado, aunque en sus ojos se notaba el mismo nerviosismo que en el resto.

—¿Cómo están? —preguntó Emily, señalando con la cabeza el comportamiento de los soldados.

—Como era de esperar —respondió Robert, cruzando los brazos —. Nerviosos, asustados… pero ansiosos por comenzar a pelear. Ya no hay marcha atrás.

Emily asintió, dando por hecho que esa sensación era general. La certidumbre de que muchos de ellos nunca regresarían era un gran peso que afligía sus corazones.

—¿Está todo preparado?

—Sí —asintió—. Todo está dispuesto, podemos partir cuando quieras.

Guardó silencio, como si fuera consciente de que ese momento había llegado, pero quisiera dilatarlo un poco más.

—¿Cómo te encuentras tú? —le preguntó.

—Nervioso, como todos —reconoció el militar—. Pero con ganas de empezar y ver si nuestros planes dan su fruto. ¿Y tú?

—Creo que tenemos todos el mismo nudo en la garganta.

—¿Has tenido otra de tus extrañas pesadillas?

Ella negó con la cabeza. Mentiría si dijera que no había esperado uno de esos sueños premonitorios para conocer el resultado de la batalla, pero en esta ocasión no recordaba nada.

—Da la orden, nos movemos —le pidió Emily.

Robert lo dispuso todo y el campamento comenzó a moverse. Diez columnas de cien soldados avanzaron, sorteando el terreno y los caminos más transitados para evitar ser detectados en la medida de lo posible. Cada columna tenía dos responsables, uno civil y otro militar. Entre ambos se encargarían de dar las órdenes pertinentes de cara a la batalla. La marcha fue constante y transcurrió con

tranquilidad. Casi nadie abrió la boca en todo el trayecto, y tan solo el sonido de sus miles de pasos evitaron que el silencio reinara allí por dónde pasaban. No tardaron en llegar al punto en el cual las tropas se separarían en dos. Una mitad bordearía el claro en la dirección de las agujas del reloj y la otra en dirección contraria.

Robert encabezaba una de las columnas junto con Taro. A medio camino, justo cuando el bosque parecía despejarse, una patrulla de cinco Khol apareció de repente en su campo de visión. Los alienígenas se quedaron perplejos, como si dudaran de que lo que veían sus ojos fuera real. Taro ahogó un grito al verlos, consciente de que si conseguían alcanzar el claro y avisar al resto de sus congéneres la estrategia que habían trazado no serviría de nada. Tenían que acabar con ellos.

—¡Que no escapen! —gritó Robert.

Sin embargo, no ocurrió lo que todos pensaban. Lejos de intentar escapar, los Khol no rehuyeron el combate y cargaron contra el pequeño ejército que se cernía sobre ellos. Taro y Robert se bajaron de sus monturas y ordenaron al resto de sus hombres que mantuvieran la posición. Los cinco Khol, con sus lanzas en ristre, adoptaron la posición de ataque y se lanzaron con sus abdómenes y sus colas alineadas en horizontal para aumentar la velocidad y mantener el equilibrio. Taro se colocó en posición defensiva y esperó con paciencia a que el primero de los soldados enemigos llegara hasta él.

Cuando la lanza del atacante estaba a punto de atravesar su pecho, asestó un mandoble con precisión que desvió el golpe y dejó indefenso al soldado. Aprovechando la posición ventajosa de su primer movimiento, Taro, que había apuntalado sus piernas sobre el terreno, envió otro tajo a la altura de la garganta del soldado. Su cabeza rodó por los suelos mientras el cuerpo continuó su carrera hacia el grueso del ejército. Allí, varios de los mineros aprovecharon la oportunidad para clavar sus cuchillos y espadas en el abdomen de la criatura, tal y como les habían enseñado.

Robert logró esquivar a su rival con un rápido movimiento lateral que le permitió hacerse a un lado. Después lanzó una estocada contra el costado del soldado que impactó contra sus cuartos

traseros, aunque sin llegar a cercenarle ningún miembro. Aun así, la criatura no logró mantener la vertical y cayó de bruces. Robert se aproximó por detrás y levantó su katana para asestar el golpe de gracia. Sin embargo, la criatura reaccionó a tiempo y lo golpeó con la cola en los pies. Perdió el equilibrio y cayó encima del soldado enemigo, que con un poderoso movimiento de sus extremidades se puso en pie, cambiando las tornas y dejando a Robert indefenso en el suelo. Esa vez fue el Khol el que levantó su lanza, dispuesto a atravesarlo con ella. Pero tres de los mineros se abalanzaron sobre él para evitar que cumpliera su objetivo. Logró apartar a uno de ellos de un codazo, pero otros dos ocuparon su lugar y consiguieron detenerlo mientras otros clavaban sus hojas en el pecho de la criatura.

Taro ayudó a tres mineros a acabar con uno de los soldados que ya se había llevado por delante a dos partisanos. En menos de cinco minutos, la reyerta había acabado. Los cinco soldados enemigos habían caído, pero habían conseguido causar siete bajas en el bando de la resistencia. Después de dar una rápida sepultura a los caídos, continuaron la marcha con algo de tiempo perdido y la moral de las tropas con muchas dudas sobre el resultado final de la batalla tras acabar con siete efectivos menos sin siquiera haber empezado el combate. Sin embargo, Robert parecía contrariado por la actitud de los soldados Khol.

—¿Te has fijado cómo han cargado en inferioridad numérica?

—Sí —confirmó el japonés.

—¿Por qué no han intentado huir?

—Creo que la retirada no forma parte del lenguaje bélico de los Khol —explicó—. Supongo que la guerra y la violencia están tan presentes en su sociedad que, incluso viéndose en inferioridad, no contemplan otra cosa que no sea enfrentarse a sus oponentes.

—Eso los convierte en enemigos temibles —dijo Robert—. Nunca se rendirán.

—No, no lo harán —confirmó Taro—. Pero creo que eso juega a nuestro favor, los convierte en seres predecibles.

El tiempo corría en silencio mientras los grupos de la resistencia terminaban de posicionarse a lo largo del perímetro del claro. El

terreno estaba repleto de árboles, arbustos y sombras, lo que permitió a cada grupo ocultarse mientras aguardaban la orden de ataque. La noche cayó sobre la zona y en el cielo, libre de nubes, pudo verse el firmamento en todo su esplendor. Lejos de ser una noche tranquila, se había creado una atmósfera inquietante, y la tensión acumulada por el viaje y los últimos días comenzaba a hacer mella entre las tropas.

Emily y Ferrara se apostaron en el norte, rodeadas de altos árboles que bloqueaban cualquier visión desde el claro. Desde su posición podían observar la base de los Khol y sus movimientos. Y, aunque el silencio reinaba en todas partes, si prestaban atención podían escuchar a lo lejos el murmullo de las órdenes y el crujir de las ramas bajo las pisadas de sus compañeros en los alrededores. Ferrara no paraba de mirar en todas direcciones con una expresión de concentración absoluta mientras ajustaba la mira de su rifle.

En el este, Robert y Taro se agazaparon detrás de unos matorrales densos. Habían perdido a varios soldados, pero no podían entretenerse con lamentos fútiles. Taro mantenía la vista fija en la base, evaluando la cantidad de guardias visibles. Por su parte, Robert, aún algo agitado tras la lucha, revisaba sus pertenencias y daba las últimas instrucciones a los miembros de su equipo entre susurros, enfatizando la importancia de mantenerse firmes y de reaccionar con rapidez cuando les dieran la señal.

Al oeste, Alberto y Miller se mantenían entre los arbustos, escondidos a simple vista. Miller comprobaba una última vez una de las pocas radios de las que disponían los mandos. Después, revisó los fuegos artificiales que emitirían las señales luminosas. Una vez se dio por satisfecho, ambos se concentraron en las sombras, afinando su percepción, preparados para comenzar. El resto de los combatientes, distribuidos en grupos de diez soldados, se ubicaron en distintos puntos a lo largo del perímetro de la base Khol. Cada grupo estaba bien oculto, confiando en los árboles y la oscuridad que les ofrecía la noche para ocultar su presencia del enemigo.

Los susurros cesaron a medida que la noche se hacía más densa, e incluso el bosque mismo pareció contener la respiración. Emily miraba el reloj una y otra vez. Llevaban mucho tiempo en sus

posiciones. El cansancio y los nervios comenzaban a aflorar, aunque la tensión lo enmascaraba todo. El momento estaba cerca y todos lo sabían.

Emily miró a Ferrara, quien asintió en silencio y tomó la radio.

—Equipo uno: en posición —dijo—. Equipo dos…

Uno por uno y en perfecto orden, los doce equipos que disponían de radio respondieron afirmativamente a la llamada.

—Todo listo. Lanza el cohete —ordenó Emily.

Ferrara se acercó al borde del claro y prendió un fósforo para lanzar el primero de los cohetes, que surcó el aire hasta llegar al punto más alto y explotar emitiendo un sonido que se escuchó a varios kilómetros de distancia. Uno tras otro, los cohetes resonaron en cada zona, iluminando brevemente la noche y poniendo sobre aviso a atacantes y defensores por igual. Emily y Ferrara, junto con sus ocho compañeros, se dispusieron a recorrer la distancia que los separaba de la base enemiga. Ya no había marcha atrás. Ocurriera lo que ocurriera esa noche, habría un vencedor y un perdedor.

En tan solo unos minutos, un círculo concéntrico e imperfecto formado por cientos de personas comenzó a acercarse al interior de la base. A medida que avanzaban, los gritos y los pasos se entremezclaban con el sonido del metal de las armas chocando contra los escudos y las piezas sólidas de su indumentaria. El tumulto generado consiguió llamar la atención de la decena de vigías que patrullaban por los alrededores de la base. Durante unos instantes, los Khol no parecieron reaccionar a la jauría de keplerianos y humanos que se acercaban desde todos los flancos hasta que, de pronto, dos de ellos salieron corriendo hacia el interior de la nave nodriza.

Los minutos se les hicieron eternos. Cuando hubieron recorrido la mitad del camino hasta la base, se fueron deteniendo de forma escalonada. Y aunque los gritos y los ruidos de los soldados continuaron, su nivel decreció hasta convertirse en poco más que un murmullo.

—¡Están saliendo! —anunció Miller por radio. Su voz sonó tensa —. ¡Son muchos!

Emily dio un paso adelante y se encaramó a una roca para tener un mejor punto de vista. Los soldados alienígenas se dividieron también en grupos y tomaron posiciones estratégicas alrededor de la base. Sus movimientos no parecían verse afectados por la oscuridad de la noche. Se concentraron en varias zonas muy concretas, dejando claro que permanecerían alrededor de las estructuras que formaban la base. Estaban demasiado concentrados en una única zona, a merced del arma gravitatoria de la nave nodriza. Tenían que conseguir que abandonaran la formación y se desperdigaran entre los cientos de grupos de atacantes.

—Tenemos que obligarlos a salir de las coberturas. Adelante con las flechas incendiarias —ordenó Emily.

Ferrara encendió otro fósforo y un nuevo cohete se elevó hacia el cielo, estallando con un vivo resplandor naranja. Era la señal convenida. Tras unos instantes de preparación, decenas de flechas cruzaron el cielo, trazando arcos de fuego que iluminaron la noche antes de impactar en las estructuras de la base enemiga, que comenzaron a arder de inmediato, desatando el caos en la base de los Khol.

Algunos de los soldados alienígenas quedaron atrapados en las llamas. Otros intentaron huir, pero fueron interceptados por las flechas que continuaban cayendo sobre ellos. Las llamas devoraron las prendas de uno de los Khol mientras dos de ellos, desesperados por entrar en combate, se lanzaron hacia los arqueros. Los mineros, preparados y armados, acabaron con relativa facilidad con esos dos primeros atacantes que salieron de la formación.

Una nueva ráfaga de flechas volvió a dibujar la misma parábola que la anterior. Otras estructuras ardieron, iluminando la oscuridad de la noche. Sin embargo, aunque el fuego pareció no ser del agrado de sus enemigos, el grueso de los soldados Khol se mantuvo firme y en formación, sosteniendo los grandes escudos que los protegían. Daba la impresión de que estuvieran esperando una señal de su superior para actuar.

Desde una posición segura, Solberg informó de que el armadillo, el pequeño dron terrestre, había aprovechado la distracción provocada por los ataques a distancia para infiltrarse en el interior

de la nave. El plan que había diseñado el capitán Garth ya estaba en marcha. Si todo iba bien, el pequeño vehículo, que llevaba una carga de nitroglicerina y un módulo de reconocimiento visual gestionado por una de las copias de Ada, alcanzaría las entrañas de la nave y explotaría en el lugar adecuado. Los segundos pasaron, tensos y silenciosos, mientras todos aguardaban el destello que anunciaría la explosión.

Pero tras unos minutos de espera, en la que los Khol no parecían dispuestos a moverse de sus posiciones, el pequeño vehículo autónomo dejó de enviar imágenes.

—He perdido la señal del dron —informó Solberg a través de la radio.

—¿Cómo? —preguntó Emily, preocupada.

—No tengo señal —repitió la especialista.

—¿Lo han interceptado?

—No lo sé —se excusó—. Puede que haya entrado en una zona más profunda de la nave desde la que no pueda transmitir.

Emily lanzó un largo suspiro. La esperanza de que el dron lograra acabar con la nave se desvaneció como la niebla en una mañana soleada. Consciente de que el tiempo jugaba en su contra, dio paso a la siguiente fase del plan:

—Cañones de riel, ¡a sus posiciones! ¡Apunten a la nave nodriza y abran fuego!

Ferrara lanzó un nuevo cohete al aire, esta vez azul. Los ocho cañones, situados estratégicamente a lo largo de todo el perímetro del bosque, comenzaron a moverse en dirección al claro. El avance fue lento, y los artilleros tuvieron que encontrar una zona lo suficientemente firme para que los anclajes se fijaran en la tierra. El sistema de aquellos cañones era mucho más rudimentario que el de las versiones construidas en la Tierra, pero a grandes rasgos partían de las mismas premisas. El retroceso de las armas era tal que necesitaban fijarse al suelo para aguantar semejante fuerza. Min había diseñado un sistema de anclas giratorias que se hundían en la tierra como si se trataran de tornillos gigantes. Cada cañón disponía de seis anclas de tres metros de longitud que evitarían que los vehículos tuvieran un retroceso excesivo.

Tras unos minutos de espera, los primeros proyectiles cruzaron el aire, tiñendo sus trayectorias con un luminoso color anaranjado. Los impactos resonaron por toda la nave. Sabían que la coraza del crucero estelar era muy resistente y, aunque fueron capaces de traspasar la primera de las capas, ninguno de los impactos pareció causar daños catastróficos. De hecho, dos de los cañones se enfrentaron con problemas técnicos casi de inmediato. Uno de ellos no logró anclarse al suelo correctamente y el otro sufrió un fallo eléctrico en el mecanismo del cañón, por lo que ninguno pudo siquiera llegar a disparar.

Emily apretó los dientes al ver que los disparos no causaban un daño significativo en la nave. Pero entonces, mientras esperaban que algo cambiara el signo de la batalla, una figura imponente atravesó la rampa de salida. Se trataba de Kraalok, el líder de los Khol, ataviado con su armadura de gala y acompañado de sus ocho guardias pretorianos. Sus siluetas resaltaban con el resplandor de las llamas y su firme caminar dejaba patente su intimidante presencia.

Kraalok no había rehuido el combate, sino que había salido en persona para enfrentarse a ellos. Su estatura y desarrollo físico sobrepasaban los de cualquier otro Khol, y en su mirada ardía la determinación de un líder que no permitiría que su ejército fuera derrotado.

—¿Tenemos noticias del armadillo? —preguntó Emily por radio.

—No —escucharon la voz de Solberg—. No consigo conectarme con él, lo seguiré intentando.

—Tenemos que empezar a pensar en que no lo recuperaremos. —Emily se dirigió a Ferrara, que asintió con resignación.

No quedaba otra salida que luchar contra su enemigo y acabar con él en el campo de batalla. De repente, la nave nodriza comenzó a emitir un sonido grave y profundo que Emily reconoció de inmediato. Acababan de encender los motores. La rampa de la nave se cerró, y quedó claro que estaba preparándose para despegar. Comenzaba una carrera contrarreloj. Si no lograban destruirla antes de que levantara el vuelo, estarían a merced de sus armas gravitatorias, y todo lo que habían construido y defendido sería aniquilado. Sin embargo, Emily vio un atisbo de esperanza. Sabía

que Kraalok sería capaz de sacrificar a sus propios soldados, pero ahora, él mismo se encontraba en el campo de batalla. Tenían que permanecer cerca de él si querían evitar el arma gravitatoria.

—¿Cuál es el estado de los cañones? —preguntó Emily.

—Dos están fuera de combate —informó Erik—, y otro más que se ha fundido en el primer disparo.

Emily observó a los soldados que la rodeaban. Estaban nerviosos y temblaban de miedo ante la presencia de sus enemigos. Había llegado el momento en el que solo quedaba la confrontación. Emily tomó la decisión final. No podían esperar más.

—¡Fuego verde! —gritó por radio. Poco después, varios cohetes surcaron el aire hacia el cielo nocturno.

Una decena de resplandores verdosos iluminaron la noche y marcaron el inicio del ataque total. Con un rugido ensordecedor, cientos de combatientes humanos y keplerianos se lanzaron hacia la base enemiga. La resistencia se precipitó contra ellos, formando un círculo perfecto alrededor de la nave que se cerraba poco a poco, sin detenerse. Ya no había medias tintas, tan solo podían avanzar hacia la gloria o la aniquilación total.

Mientras, la nave nodriza empezaba a vibrar y a elevarse del suelo. Apenas habían logrado arañarla. La posibilidad de acabar con ella antes de que despegara se había esfumado. Emily sacó su katana e hizo el ademán de dirigirse hacia la base enemiga, pero Ferrara le cortó el paso.

—¿Qué crees que estás haciendo? —le preguntó Emily.

—Tengo órdenes de no permitirte entrar en combate —explicó.

—¿Qué? —exclamó sin entender—. No podemos quedarnos aquí mientras todos luchan por nosotras.

—Eres la directora del proyecto —argumentó la militar—. Tengo que encargarme de tu seguridad.

Emily trató de zafarse del bloqueo, pero Ferrara le cortaba el paso una y otra vez.

—No me obligues a hacerlo —le respondió ella—. Puedo reducirte ahora mismo, pero preferiría que continuaras dando las órdenes desde aquí.

—¡Estamos a merced de la nave nodriza! —señaló.

—Solo somos una decena de soldados, no creo que llamemos su atención. Sobre todo, teniendo cañones a los que eliminar.

Emily observó la batalla de lejos y volvió a mirar a Ferrara, que parecía del todo convencida de cumplir las órdenes recibidas. Envainó la katana y decidió esperar acontecimientos.

En el otro lado de la base, Robert y Taro se movían a toda prisa hacia la zona donde descansaban cuatro cazas enemigos. Una de las prioridades era evitar que despegaran. Durante la batalla contra el capitán Harris, los cazas habían jugado un papel importante al acabar con el equipo de francotiradores y con uno de los cañones de riel. Tenían que evitar que nadie se acercara a ellos.

Cuando se encontraban alrededor de la zona, un grupo de soldados Khol, armados con lanzas y armaduras pesadas, los detectó. Los casi veinte partisanos que los acompañaban se lanzaron a la batalla contra dos de los guardias mientras otro se concentraba en Robert.

—¡Detén a los que se dirigen a los cazas! —le gritó a Taro mientras desenvainaba su katana.

El destello del acero reflejó las llamas que consumían la base de los Khol. El enorme soldado se abalanzó sobre Robert con intención de clavarle su lanza. Este asestó una estocada para zafarse de la embestida. Sin embargo, el Khol lo golpeó con su escudo en plena carrera. Robert cayó hacia atrás y dio dos volteretas antes de volverse a levantar con agilidad. Pero sangraba del labio y había perdido su espada. El Khol soltó una carcajada con el cloqueo que los caracterizaba.

—Ya eres mío, maldito gusano —escuchó la traducción de su brazalete.

El Khol se abalanzó de nuevo contra él y lanzó dos rápidas estocadas que Robert pudo esquivar a duras penas. Dio varios pasos hacia atrás mientras su enemigo continuaba el ataque. No aguantaría muchas más embestidas, tenía que pensar en algo. Desenfundó la pistola sónica de su cadera, ajustó el dial en la potencia máxima y apuntó a su rival. Pero antes tuvo que agacharse para esquivar el barrido que el alienígena hizo con la lanza, lo que le dejó un ángulo directo a su cabeza. Sabía lo que el arma era capaz

de hacer a esa distancia, así que no dudó ni un instante, apuntó y disparó. La cabeza del Khol se convirtió en un amasijo de vísceras y huesos fracturados.

Tras reponerse del efecto devastador de su arma, Robert rodeó el cuerpo todavía en pie de su rival, que trataba por todos los medios de golpear desde la más absoluta oscuridad. Recogió su katana del suelo y le asestó el golpe definitivo en cuanto encontró el ángulo perfecto.

Taro se encontró delante de dos Khol. Tal vez no eran tan corpulentos como otros de sus congéneres, pero nunca había luchado contra ellos en inferioridad numérica. Ambos iban armados con sendas espadas, pero carecían de las protecciones de sus hermanos. Sostuvo su katana con firmeza, observando con atención los movimientos de ambos. Cada uno avanzó por uno de los flancos en perfecta sincronía y cortaron el aire con sus espadas en un intento de intimidarle. Él retrocedió un par de pasos, girando la katana en su mano para responder. Era consciente de que un error podía ser fatal. Si dejaba su guardia al descubierto al atacar a uno de ellos, el otro le sorprendería por la espalda. Sin embargo, Taro no se precipitó, sino que permitió que ellos tomaran la iniciativa.

El primero de los Khol arremetió con una estocada directa al torso de Taro mientras el segundo lanzaba un corte lateral. Intentaban bloquear su única vía de escape. Taro reaccionó rápidamente, pivotando sobre su pie derecho y girando hacia la izquierda para esquivar ambos ataques. Con un movimiento preciso, lanzó un golpe en diagonal con su katana que rozó el brazo del primer Khol, abriéndole una pequeña herida. Sin embargo, el alienígena apenas reaccionó. Los dos retrocedieron para reorganizarse, conscientes de que su presa resultaría más complicada de lo esperado. Sus ojos brillaban en la oscuridad por la ira contenida.

—¡Vamos! —les incitó, tratando de forzar un movimiento precipitado.

El segundo Khol avanzó con una secuencia de cortes rápidos, pero la espada de Taro se convirtió en una sombra que se movía con agilidad felina, interceptando y desviando cada golpe sin apenas

esfuerzo. El primero aprovechó la distracción para flanquearlo y, de pronto, se encontró defendiéndose de una embestida combinada. Los dos Khol actuaban como uno solo. Mientras uno lanzaba un golpe al cuello, el otro iba directo a sus piernas, forzándolo a saltar y girar en el aire. Esquivó los ataques, pero no logró estabilizarse cuando uno de ellos se lanzó hacia él con un grito feroz, intentando cortarle el torso por la mitad. Bajó la katana en el último segundo y el choque del metal resonó con fuerza. El Khol apretó, empujando la espada contra la de Taro, que sintió cómo la fuerza de su oponente lo obligaba a retroceder.

Con un rápido movimiento de muñeca, deslizó la hoja de su katana hacia un lado, rompiendo el contacto y causando que el Khol cayera hacia adelante. Taro aprovechó la oportunidad, giró la hoja y lanzó un corte a la altura de su abdomen, atravesando la carne y los órganos del alienígena en un solo golpe. El Khol soltó un cloqueo estrangulado y cayó de rodillas.

Sin embargo, el segundo de sus contrincantes no le dio tiempo para celebrar su pequeña victoria. Antes de que pudiera reaccionar, lanzó un corte desde la derecha, obligando a Taro a detenerlo con su katana. Los dos combatientes quedaron frente a frente, espadas en alto y con la respiración entrecortada. El alienígena lanzó un cabezazo que impactó de lleno en la cara del japonés, que no tuvo más remedio que dar dos pasos hacia atrás para recuperarse del golpe tan violento que había recibido. Sin esperar a que su oponente se recuperara, el Khol se lanzó dispuesto a acabar con él. Pero Taro, anticipándose a su movimiento, lanzó una patada a la pierna del alienígena, que perdió el equilibrio. Con otro rápido movimiento, decapitó a la criatura antes de que su cuerpo tocara el suelo, lo que le dio el tiempo suficiente para recuperarse y asestar la estocada final.

Robert llegó hasta él en el mismo instante en el que otros dos pilotos Khol se encaramaban a dos de los cazas. Habían vencido a sus oponentes, pero no habían conseguido el objetivo. Los dos cazas encendieron sus motores y despegaron de inmediato.

36

Hasta el último aliento

2 de octubre del año 3

Base de los Khol, Kepler-442b

El núcleo de la resistencia se medía en combate contra las fuerzas de los Khol. La formación defensiva de los alienígenas era un círculo de escudos impenetrables y picas afiladas que rechazaba sin descanso los intentos de los partisanos y de los soldados de Lajlab por penetrar en el corazón de la base. Las lanzas de los Khol, manejadas con una fiereza letal, avanzaban y retrocedían en perfecta sincronía, impidiendo que la resistencia rompiera sus líneas. A cada tentativa de los atacantes, una nueva oleada de lanzas y escudos los empujaba hacia atrás, causando heridas y bajas. Todos luchaban incansablemente, pero los efectivos disminuían, y la moral de la resistencia empezaba a desmoronarse.

De pronto, la nave nodriza se elevó unos metros más y giró en dirección a uno de los cañones de riel. Emily vio con horror cómo el arma gravitatoria de la nave se activaba y, antes de que los artilleros pudieran reaccionar, el cañón, junto con varios árboles y vegetación del bosque, comenzó a elevarse en el aire. Todos los que se encontraban a su alrededor también flotaron, indefensos y aterrorizados, sin saber qué hacer.

—¡No, no, no! —gritó Emily, desesperada.

El cañón y los operadores se alzaron más y más hasta que, como si la gravedad hubiera regresado de nuevo multiplicada por tres, cayeron en picado desde más de cien metros de altura, estrellándose contra el suelo con un estruendo atronador.

—¡Informe de daños! —pidió Emily a través de la radio.

—El arma gravitatoria ha acabado con el cañón —oyeron a Erik desde el otro lado—. No hay nada que podamos hacer.

—¿Y por qué no hay más disparos? —preguntó. Su voz sonaba desesperada.

—El proceso de enfriamiento de los cañones es largo, apenas hemos podido testar los prototipos unas cuantas veces antes de que colapsaran —respondió Erik, jadeando.

Emily asintió y apretó la mandíbula con rabia. La nave nodriza era un oponente formidable, y cada minuto que pasaba, la resistencia se debilitaba más y más. Empezaba a sentir que la victoria se les escapaba entre los dedos. Necesitaban hacer algo, y lo necesitaban ya.

—Que los cañones disparen cuanto antes —ordenó—. Y Erik, prepara el plan B.

El joven ingeniero respondió de forma afirmativa y cortaron la comunicación. La situación se encontraba en un punto crítico, necesitaban un milagro.

En el frente sur, Garth lideraba un avance desesperado. Había reunido a cincuenta combatientes, junto a los que intentaba lograr una pequeña brecha en las defensas Khol. Sus hombres, armados con cuchillos y katanas, avanzaban en formación cerrada, empujando como una punta de lanza contra los escudos de los Khol. Las armas chocaban, el acero resonaba contra la madera y el metal que recubría los escudos. Sin embargo, la defensa de los alienígenas no tenía fisuras. Desesperado, el capitán sacó un pequeño recipiente de uno de los bolsillos de su pecho y lo miró a través de las llamas. El líquido amarillento parecía inocuo a simple vista. Pretendía reservarlo para tener un final apoteósico, pero la situación se había vuelto tan complicada que, de seguir así, tal vez no tuviera más oportunidades de usarlo.

Vociferó a lo que quedaba de sus cincuenta soldados.

—¡Retrocedan! —ordenó—. ¡Todos hacia atrás!

Todos obedecieron y retrocedieron veinte metros, abandonando el combate y provocando las risas de las dos decenas de soldados Khol que habían diezmado su grupo. Garth lanzó el pequeño recipiente de cristal con todas sus fuerzas, directo a las defensas enemigas. El cristal se rompió en medio del escudo de una de las criaturas y desparramó el líquido. La deflagración resultante hizo que

varios atacantes cayeran hacia atrás debido a la onda expansiva. Los veinte soldados enemigos saltaron por los aires en mil pedazos. Por fin habían conseguido franquear las defensas.

—¡Brecha en la zona sur! —informó por radio con una amplia sonrisa en la cara.

Emily recibió la noticia como un atisbo de esperanza. Por fin habían conseguido acceder al núcleo interior de la base. Determinada a cambiar el curso de la batalla, Emily volvió a sacar su espada y se dispuso a dar un rodeo para moverse hacia el flanco sur.

—No lo hagas —le pidió Ferrara—. Debemos coordinar el ataque desde aquí.

—Te conozco bien, sé que tienes tantas ganas como yo de entrar ahí dentro —la tentó—. Si no lidero en el frente, pronto puede que no haya nada que liderar. —Señaló a la gran nave nodriza—. Si hemos de morir, lo haremos luchando, y no los dejaremos enfrentarse solos a Kraalok.

Ferrara no necesitó de una arenga mucho mayor. Tal y como Emily suponía, se moría de ganas de entrar en combate.

—¡Mantengan sus puestos! —ordenó Emily por radio—. Y todos los que no hayan entrado en combate, que se dirijan al sur. Tenemos que tomar esa maldita base.

Miró de nuevo a Ferrara, ya resignada, y ambas se lanzaron hacia la batalla. Se abrieron paso con el resto de sus soldados y avanzaron hacia el flanco sur. En su corazón ardía la esperanza de acabar con el líder de los Khol, de conseguir esa gran victoria que todos llevaban meses persiguiendo.

Tres nuevos disparos surgieron de la oscuridad de la noche. Con la nave nodriza de nuevo en movimiento, solo dos de ellos hicieron impacto. Pero, de la misma manera que en las ocasiones anteriores, nada ni nadie parecía capaz de detener la inmensa mole que sobrevolaba el perímetro del claro en busca de otro de los cañones de riel. Pero en esta ocasión no volaba sola. Los dos cazas que habían despegado flanqueaban la nave.

Uno de ellos modificó su trayectoria de forma ostensible y enfiló hacia el oeste del claro, de donde surgió uno de los disparos que habían impactado contra su nodriza. El piloto que viajaba en su

interior se lanzó sin dudarlo en esa dirección a gran velocidad. El impacto contra el suelo fue tremendo. El estruendo causado se escuchó en todo el claro. Habían perdido otro cañón.

La llegada del equipo de Robert al sur fue un rayo de esperanza en medio del caos. Las llamas que todavía consumían los edificios de la base agonizaban, apenas iluminando los pocos arbustos sin calcinar que quedaban y otorgándole un aspecto mucho más aterrador a la figura imponente de Kraalok, que reinaba en el centro de la destrucción como un dios de la guerra. Las runas talladas en su armadura dorada brillaban en medio del caos, y la silueta de sus protuberancias óseas le daba un aspecto endemoniado, como si las puertas del infierno se acabaran de abrir.

Sus guardias de élite, ataviados también con petos de metal que cubrían su torso y la parte superior de sus extremidades, protegían a su líder con devoción, eliminando sin piedad a cualquiera que intentara abrirse paso hasta él. Pero daba la impresión de que, ávido de batalla, también ordenaba a sus pretorianos que se hicieran a un lado para poder despedazar a algún desdichado partisano. Sus golpes eran poderosos y certeros, ninguno de los desperdigados atacantes era capaz de hacerle frente.

Robert y Taro avanzaron hasta la zona donde Garth y su equipo peleaban contra otro pequeño grupo de Khol. Todos los equipos estaban diezmados, pero la brecha que habían conseguido abrir les había dado esperanzas para continuar decididos con el ataque. Las espadas centelleaban a la luz de las llamas, y el choque de metal contra metal envolvió la base de los alienígenas. Robert alzó su katana y lanzó un grito de guerra mientras sus compañeros se alineaban detrás de él. Taro, Alberto, Min, Pakhuz, Ÿonwush y sus respectivos equipos le acompañaron.

—¡No podemos rendirnos ahora! —gritó Min, apoyado sobre un pie herido pero con una determinación feroz en la mirada.

—Haremos que paguen por cada compañero caído —añadió Alberto, con los músculos tensos mientras manejaba sus dos cuchillos largos y se lanzaba directo a por un guardia Khol.

Con gran esfuerzo y un trabajo conjunto, la resistencia se fue abriendo camino hacia el centro de la base. Taro acabó con varios

soldados en su camino. Robert, apoyado por la capitana Ÿonwush, hizo lo mismo hasta plantarse delante del grupo de guardias de élite que rodeaban a su colosal superior, cuyas escamas azuladas contrastaban con el color dorado de su armadura. Llegaron hasta el centro de la base justo en el momento en el que Kraalok sostenía en el aire a uno de los pobres exmineros, el cual, indefenso, pataleaba mientras el demonio lapislázuli lo agarraba por el cráneo. Al ser consciente de la presencia de los comandantes de la resistencia, el líder Khol lanzó un siniestro cloqueo y apretó su mano, provocando que el pobre kepleriano chillara de dolor. El grito se ahogó en cuanto la cabeza de su presa estalló entre vísceras y sangre. Después, lanzó el cuerpo sin vida a varios metros de distancia.

Fue en ese momento cuando llegaron Emily y Ferrara, exhaustas tras recorrer al trote una buena distancia.

—¿Qué demonios hacéis aquí? —preguntó Robert con el ceño fruncido.

—No la culpes a ella —protestó Emily—. No pretenderías que me quedara al margen, ¿verdad?

Los guardias de élite se arremolinaron alrededor de su líder con intención de protegerlo. Sus ojos dorados se clavaron en los de Emily, a la que observaba con curiosidad desde la distancia. Había algo en esos ojos, crueles y fríos, que hizo que se le pusieran los pelos de punta. Comprobó que carecían de cualquier rastro de compasión y supo en ese mismo instante que la criatura no atendería a razones. Jamás se rendiría, aunque eso supusiera la muerte.

Taro se enfrentó a uno de los imponentes guardias de Kraalok, un guerrero provisto de un peto metálico que resplandecía bajo el fulgor de las llamas. El guardia, convencido de su superioridad, lanzó un primer ataque, blandiendo su espada con decisión. Pero Taro era mucho más ágil y logró esquivar el golpe. De inmediato trazó un arco con su katana que impactó en el pecho de la armadura con un golpe sordo. El Khol soltó un cloqueo ahogado que sonó como una burla, confiado con la protección que lo guardaba de cualquier ataque. El gesto de Taro se volvió serio y el combate continuó.

Ambos lanzaron varios ataques rápidos e intencionados, en una danza mortal de espadas que parecía no tener final.

De pronto, en medio de aquel intercambio, el guardia encontró una apertura y, con un movimiento que sorprendió a Taro, impactó en su pierna. El golpe le provocó una herida superficial que le hizo sentir una punzada de dolor. Sin embargo, Taro no se dejó intimidar y mantuvo el ritmo del combate, deteniendo y esquivando los ataques con cada vez mayor destreza.

En ese momento fue consciente de una debilidad en la técnica de su enemigo. Se lanzó a un lado para evitar un golpe y, en una fracción de segundo, lanzó un ataque brutal que decapitó al Khol en un solo movimiento. Sin esperar a que la cabeza de su rival cayera al suelo, Taro saltó hacia el cuerpo caído y, con una violencia despiadada, hundió su katana de arriba abajo, atravesando la armadura por el hueco del cuello.

Ÿonwush y Pakhuz avanzaron juntos, rodeados de un caos de gritos, destellos y sonidos metálicos. La capitana, a pesar de su experiencia en combate, luchaba con esfuerzo para mantener el ritmo de su oponente, un guardia de Kraalok cuyo porte imponente parecía abarcar más terreno con cada ataque. Cada vez que la guardia de la kepleriana se tambaleaba, Pakhuz intervenía con agilidad, desviando golpes y lanzando ataques veloces para permitir que su compañera recuperara la posición. Pero el guardia, astuto y despiadado, encontró una brecha en su defensa. Con un movimiento brutal, hundió su espada en el pecho de Ÿonwush, quien, con una última exhalación, cayó de rodillas antes de desplomarse sin vida en el suelo.

El dolor de perder a su compañera encendió una furia imparable en Pakhuz. Sin vacilar un segundo, se lanzó contra el guardia con una determinación feroz. Esquivó un ataque que el Khol lanzó con su cola y, encontrando un espacio en el lateral de la armadura de su contrincante, le propinó una estocada precisa que atravesó el abdomen del enemigo de un lado al otro. La hoja penetró en un ángulo perfecto, alcanzando sus órganos vitales. El guardia soltó un cloqueo y, tambaleante, dejó caer su arma mientras Pakhuz lo

miraba con la firmeza de alguien que había jurado defender a los suyos hasta el final.

Alberto y Min se enfrentaron a otro de los guardias de Kraalok en una batalla que requería cada fragmento de habilidad que poseían. Min era experto en artes marciales y, aunque lograba esquivar y bloquear los ataques, se notaba que no tenía mucha experiencia en el uso de las armas. Complementaba la agilidad y fuerza de Alberto, quien blandía sus cuchillos con una destreza y velocidad que no concordaban con su desarrollo físico. Aun así, el Khol los superaba en tamaño y fuerza. En uno de los intercambios de golpes, el Khol consiguió impactar con su cola en el pecho de Alberto, lanzándolo varios metros hacia atrás. Las pulsaciones de Min se aceleraron al verse solo ante un rival tan superior. Trató de defenderse como pudo. Los golpes brutales del guardia lo hacían retroceder a cada paso. En un momento crítico, la criatura lanzó un violento golpe descendente que Min pudo anticipar y trató de bloquear con su katana. Sin embargo, la fuerza del impacto provocó que la hoja de Min se partiera y cayera en dos pedazos al suelo. Y aunque consiguió desviar el golpe, acabó impactando en su hombro, provocándole una profunda laceración que lo hizo caer al suelo, empapado en sangre.

Justo cuando el Khol estaba a punto de hundir su espada en el pecho de Min, un grito de furia interrumpió el caos de la batalla. Alberto, a pesar de las heridas y el dolor que sentía por todo el cuerpo, se levantó con una ferocidad renovada. Corrió hacia el guardia y, aprovechando la distracción, se lanzó sobre su espalda, aferrándose con una fuerza inusitada. Hundió ambos cuchillos en el cuello de la criatura una y otra vez, ignorando los intentos desesperados del Khol por librarse de él. Al final, el guardia cayó y Alberto, exhausto, miró a Min con una sonrisa cansada pero triunfante para después derrumbarse también en el suelo.

La figura imponente de Kraalok, de dos metros y medio de altura, emergió de entre sus guardias. Sus pasos retumbaban en la tierra y su mirada estaba fija en el grupo de combatientes que lo esperaba. Emily, Robert, Garth y Ferrara intercambiaron una breve mirada antes de rodearlo, como si la unión de sus voluntades pudiera

equilibrar la desigualdad de fuerzas. La escasa luz que se filtraba entre el humo hacía brillar el espadón de Kraalok, una enorme arma que parecía imposible de levantar.

Emily dio dos pasos hacia la criatura en un último y desesperado intento por encontrar una fisura en la voluntad del enemigo.

—No tienes que hacerlo. Puedes detener esta masacre y acabar con este sinsentido —le dijo con firmeza, forzando la voz por encima del fragor de la batalla—. No tienes nada que ganar destruyendo lo poco que hemos construido aquí.

La risa de Kraalok desembocó en una respuesta fría y burlona que resonó mientras su brazalete traducía cada uno de sus cloqueos.

—¡Ah! Los humanos… —replicó con tono desdeñoso—. Siempre tan frágiles e insignificantes, suplicando por sus vidas. ¿Qué clase de criatura ruega a su enemigo en lugar de enfrentarse a la muerte con valentía y determinación? Llegué a creer que al menos entre vosotros encontraría verdaderos oponentes.

El demonio dio un paso al frente y levantó su espadón apuntando a Emily con un gesto despreciativo.

—No tenéis ninguna posibilidad de vencer —advirtió, con tono amenazante.

El primer ataque de Kraalok llegó como un relámpago. El alienígena lanzó un mandoble con una potencia tan desmesurada que hizo temblar la tierra. Robert corrió hacia su costado, pero Kraalok lo interceptó fácilmente, deslizándose hacia él y arrojándolo al suelo de un empujón. Ferrara y Garth intentaron una maniobra conjunta, atacando desde ángulos opuestos, pero el espadón del Khol barrió el suelo en una curva amplia, obligándolos a retroceder. Cada golpe que impactaba contra el suelo dejaba un profundo surco en la tierra, como si el planeta mismo temiera sus golpes.

Emily intentó flanquearlo mientras los demás atraían su atención. Prestó atención a cada movimiento mientras buscaba una apertura en su guardia, un error que le permitiera acercarse sin ser detectada. Pero Kraalok era implacable y estaba entrenado para la guerra; cada intento de acercarse resultaba inútil. Se movía con una destreza inhumana mientras manejaba la descomunal hoja, bloqueando, desviando y atacando en el mismo movimiento, sin

esfuerzo aparente. Llegó un momento en el que Emily logró esquivar por los pelos un golpe que habría impactado de lleno en su torso. Se vio obligada a rodar por el suelo.

Los cuatro combatientes consiguieron reagruparse tras la primera fase de tentativas. Todos tenían rasguños, magulladuras y la respiración entrecortada a causa de la tensión. Sus cuerpos estaban siendo llevados al límite, pero, sin embargo, Kraalok no mostraba ni una señal de agotamiento. Parecía evidente que los estaba usando como entretenimiento, una demostración de su superioridad manifiesta.

—¿Es todo lo que tenéis para darme? —escupió con sorna.

Emily sintió un escalofrío. No podrían con él ni aunque todo el ejército de la resistencia estuviera allí con ellos. Y entonces, mientras los observaba con la seguridad de un depredador invencible, Kraalok levantó su arma y dictó sentencia:

—Toda vuestra maldita resistencia será arrasada. Vuestras armas primitivas no son más que juguetes insignificantes frente al poder de mi nave.

De nuevo, el sonido del arma gravitatoria inundó el claro. En esa ocasión provenía del noroeste, donde se situaba uno de los dos únicos cañones supervivientes. Una vez más, el vehículo y los artilleros se elevaron por los aires junto con toda la vegetación y el terreno que los rodeaba para caer poco después, impactando con gran violencia contra el suelo. Tan solo les quedaba un cañón para intentar acabar con la nave nodriza. Todo parecía perdido, y un silencio abrumador se extendió entre ellos mientras la certeza de la derrota empezaba a tomar forma en sus mentes.

Kraalok avanzó sus oponentes con una renovada intensidad en sus ataques. Los movimientos que antes parecían casi despreocupados se convirtieron en arremetidas violentas y precisas. Ferrara se mantuvo firme frente a él, buscando una oportunidad para golpearlo, pero el líder Khol anticipaba todos los movimientos con facilidad. De un giro brusco, azotó el aire con su cola, cubierta de puntiagudas protuberancias óseas. El golpe fue brutal, directo al torso de Ferrara, que salió despedida por los aires. Al caer, un grito ahogado de dolor escapó de sus labios. Le costaba respirar debido a

las costillas rotas y el hombro dislocado. También sintió cómo una punzada de dolor agudo le atravesaba la pierna, que vio dividida en dos trozos unidos tan solo por los músculos. Aun así, intentó levantarse de nuevo, sin éxito.

En medio del caos, Taro apareció entre el humo y las sombras, con su katana aun brillando a pesar de estar manchada con los restos de otro guardia Khol recién derrotado. Se unió sin dudar al grupo, situándose entre Emily y Robert. Kraalok se volvió hacia él y lo observó con un brillo desafiante en su mirada, como si evaluara la amenaza del nuevo contendiente. Taro, con el temple de un guerrero experimentado, sostuvo su mirada y avanzó junto a sus compañeros para enfrentarse a él.

Tras una serie de intercambios violentos, Robert aprovechó un leve momento de distracción del imponente Khol y descargó un golpe que, gracias a los reflejos de la criatura, impactó en la armadura dorada. El sonido metálico resonó en el aire, y Kraalok titubeó por un instante, sorprendido por el éxito parcial de su atacante.

Sin embargo, su reacción fue tan rápida como feroz. Con una expresión de desprecio, se abalanzó sobre Robert, lanzando una serie de ataques implacables que lo forzaron a retroceder. En uno de esos envites, el gigantesco ser levantó el brazo y golpeó con el revés de su mano a Emily, que rodó varios metros antes de detenerse, aturdida y dolorida. Sintió el sabor metálico de la sangre en su boca mientras veía cómo Kraalok, sin mostrar signo alguno de piedad, giraba hacia los demás con una ferocidad desmedida.

Con tres movimientos centelleantes de su espada, forzó a sus rivales a retroceder, acorralándolos sin permitirles ni una sola oportunidad de réplica. Taro intentó bloquear sus ataques, pero la fuerza de su enemigo lo superaba y se tambaleó antes de que Kraalok lo derribara con un golpe en el costado. Robert también cayó al suelo con un corte que apenas logró esquivar y que atravesó las protecciones de cuero de su pecho. Su rostro se contorsionó por el dolor. Garth, que había tomado algo de distancia con la criatura, sacó su pistola sónica y se abalanzó sobre él. Trató de encaramarse a uno de los brazos del inmenso alienígena y disparó justo después

de que el Khol apartará la cabeza, sorprendido por el ataque. El disparo logró destrozar la guarda metálica que le cubría un hombro. Kraalok soltó el arma y agarró a Garth con las garras.

—¡Gusano insignificante! —bramó con sus ojos rebosando odio.

Emily aprovechó la oportunidad para cargar contra él y de un golpe certero con su katana logró hacerle un profundo corte en la pierna. El líder alienígena soltó un cloqueo de dolor y lanzó a Garth a varios metros de distancia. Después, giró el cuerpo en redondo para golpear a Emily con la cola. Los cinco rivales del líder enemigo yacían en el suelo, malheridos y exhaustos. Miraron al imponente Khol, que se erguía sobre ellos con el desprecio reflejado en sus ojos.

—¡Acabaré con vosotros! —Su gritó se alzó por encima del resto de los sonidos de la batalla.

En ese preciso instante, Emily fue consciente de que, tarde o temprano, cumpliría su amenaza. Pero, justo cuando todo parecía perdido, un estruendo ensordecedor retumbó en el claro, imponiéndose por encima de los gritos y el estrépito de la reyerta. Una segunda explosión sacudió el aire, iluminando el oscuro cielo, y luego otra, aún más potente. Provenían del noroeste. La nave nodriza osciló descontrolada en pleno vuelo como resultado de la sacudida. Por un momento, todos, desde los soldados Khol hasta los combatientes humanos y keplerianos, detuvieron la pelea, incapaces de apartar la vista de la nave que comenzaba a tambalearse.

De repente, la parte trasera de la nave nodriza saltó en mil pedazos desde su interior en una explosión descomunal, lanzando una ola de fuego, humo y electricidad que se extendió en todas direcciones. La onda expansiva fue tan poderosa que derribó a todos los que estaban en el claro, haciendo que el mismo Kraalok hincara la rodilla, incapaz de resistir en pie. Emily, Taro, Robert y los pocos combatientes que continuaban batallando se protegieron como pudieron de la ráfaga abrasadora y de la cascada de escombros que cayeron a su alrededor. Las pocas llamas que todavía consumían los edificios de la base se apagaron al unísono. Las fuerzas Khol quedaron paralizadas, sin saber cómo actuar ante la catástrofe que se acababa de desencadenar en su propia nave.

Cuando el humo se disipó fueron testigos de cómo la nave nodriza intentaba mantener el equilibrio, tambaleándose como un gigante herido en el aire. Durante unos instantes, la estructura pareció resistir, pero otra explosión en su interior rasgó su casco por la mitad. Con un rugido metálico, el enorme navío comenzó a perder altitud, acercándose al suelo con una inercia imparable. Finalmente, la nave impactó con la tierra en un golpe colosal, desencadenando una onda de choque que se sintió en varios kilómetros a la redonda. La colisión fue tan intensa que el suelo tembló bajo sus pies.

Otras detonaciones menores siguieron al impacto inicial, como si los generadores, uno tras otro, estuvieran estallando en cadena. Emily, que observaba la situación todavía desde el suelo, comprendió de inmediato lo que había ocurrido: el armadillo había cumplido su misión. Había localizado los generadores y los había destruido. Sin energía, el arma gravitatoria y todos los sistemas de la nave habían quedado inutilizados, y su caída marcaba el fin de la amenaza que los Khol representaban. Los soldados enemigos estaban dispersos y desconcertados, al igual que su líder supremo, incapaz de entender cómo aquellos seres insignificantes habían conseguido destruir el orgullo de su flota. Por primera vez desde que comenzara la batalla, tenían esperanza en la victoria.

Los gritos de guerra llegaron desde todos los lugares donde se libraba un combate. La destrucción de la nave actuó como una catarsis en las tropas de la resistencia, cuya moral se vio espoleada por la repentina e inesperada esperanza que acababan de recibir. Humanos y keplerianos avanzaron hacia el centro de la base. Cada paso era una declaración de fe; cada metro avanzado, una demostración de resiliencia. Pero mientras sus camaradas avanzaban, Emily y sus compañeros sabían que la verdadera batalla aún estaba por decidirse.

Allí, en el centro de ese infierno, los aguardaba Kraalok, de pie entre los cuerpos de sus guardias caídos. Era la última amenaza, el único escollo que los separaba de la victoria definitiva. Sin vacilar, se lanzaron hacia él aprovechando el fuego interno que las explosiones habían desatado en ellos. Hubo una tormenta de golpes, esquivas y cortes. La moral elevada los ayudó a sacar fuerzas que no sabían

que tenían. Poco a poco, lograron superar la defensa de Kraalok y provocaron grietas entre las duras escamas de sus extremidades. Sin embargo, cada herida parecía desatar una furia aún mayor en el líder alienígena.

Con un cloqueo de pura rabia, Kraalok intensificó sus ataques. Sus movimientos volvieron a estar cargados de una fiereza mortal, imposibles de parar. Lanzó un golpe demoledor que hizo volar a Garth por los aires, dejándolo fuera de combate. Antes de que Taro pudiera reaccionar, lo arrojó contra el suelo de una brutal patada. Cada golpe que encajaban era prácticamente letal. Ellos, sin embargo, tan solo conseguían provocarle heridas superficiales. Robert, observando la escena y sintiendo cómo el cansancio y la desesperación se apoderaban de él, comprendió que sus esfuerzos seguirían siendo inútiles mientras esa armadura dorada continuara protegiendo su torso. Necesitaban despejar el camino. A la desesperada, ideó un último y arriesgado plan: si no conseguían atravesar la armadura, quizá podrían obligarlo a quitársela.

Con una destreza casi sobrehumana, Robert evitó dos potentes golpes del espadón de Kraalok. Después, con un rápido giro, logró alcanzar las correas de su peto dorado. Con un tajo desesperado, desgarró las cinchas que mantenían unidas las placas, consiguiendo desestabilizar la armadura del Khol. Un momento de triunfo cruzó su rostro, hasta que un fuerte impacto en el hombro lo lanzó varios metros hacia atrás. Golpeó el suelo con tanta fuerza que perdió el conocimiento. Su acto heroico había dejado inservible el blindaje de Kraalok, que, incapaz de sostener la armadura sin las sujeciones, la dejó caer sobre el suelo con un golpe seco. El imponente líder alienígena, sin otra protección que su brutal fuerza y corpulencia, se volvió hacia Emily, su último obstáculo para conseguir detener la insurrección de una vez por todas.

Emily apretó los dientes, enrabietada por el sacrificio de sus compañeros, y empuñó su espada con la fuerza de la desesperación. Sabía que esa sería su única oportunidad. Arremetió con todo lo que le quedaba en su interior. Sin embargo, Kraalok, confiado y libre de la carga de su armadura, evitó todos sus golpes con gran agilidad.

Dos movimientos le bastaron para despojar a Emily de su arma y lanzarla al suelo. Sin aliento y sin fuerzas, lo miró desde abajo.

—¿Lo ves ahora, humana? —preguntó con desprecio—. Al final, toda tu resistencia ha sido inútil. Vuestros cuerpos débiles y frágiles no pueden enfrentarse al verdadero poder. Este planeta, al igual que tú, está destinado a arrodillarse ante mí.

Una risa siniestra surgió de la garganta del monstruo.

—¡Qué irónica es la vida! —le dijo—. Morirás bajo mi espada, al igual que tu padre murió bajo la del mío.

Aquella frase dejó a Emily en estado de shock. No supo a qué se refería, pero tampoco tuvo opción a preguntar nada. Todo estaba perdido. El Khol levantó su espada, dispuesto a asestar el golpe definitivo. Emily se resignó a que su vida y la de sus compañeros llegara a su fin. Habían hecho todo lo posible por vencer a su enemigo, habían luchado hasta su último aliento. Sin fuerzas para evitar el golpe, pensó en la tripulación de la Asimov, que aguardaba noticias de lo que estaba ocurriendo en la otra cara del planeta. Solo esperaba que ellos pudieran ser capaces de conseguir la libertad para los keplerianos y acabar con los restos del ejército de Kraalok, su verdugo.

De repente, un destello surgió de la nada. Antes de que Kraalok pudiera descargar el peso de su espada sobre Emily, la punta de una katana atravesó su torso desde atrás, justo por el centro de su pecho. Sus ojos se abrieron de par en par y un gruñido de sorpresa escapó de su garganta. Al bajar la vista, contempló con estupor la hoja atravesando su pecho. Emily, aún aturdida, vio cómo el gigante se tambaleaba y caía inerte sobre el campo de batalla. La figura inestable del capitán Garth apareció en su campo de visión. Pese a sus heridas y a la sangre que empapaba su ropa, había reunido las fuerzas suficientes para levantarse y lanzar un último golpe antes de derrumbarse.

37

Libertad

2 de octubre del año 3

Base de los Khol, Kepler-442b

La devastación fue patente con los primeros rayos de luz. Los restos de la base de los Khol formaban un extenso campo de escombros humeantes. Allí yacían esparcidos cientos de cuerpos de ambos bandos, armas alienígenas y también miembros de la resistencia, mezclados en un caos de destrucción y muerte. En un extremo del claro, la nave nodriza todavía humeaba, destrozada e irreconocible. La que pareciera una nave inexpugnable, había sido destruida y ahora yacía en el suelo como el resto de sus dueños.

Emily y Robert caminaban entre los cuerpos y los restos de la batalla, con sus fuerzas al límite, comprobando en sus propias carnes la amargura de la victoria. Cada cuerpo que encontraban les recordaba el enorme sacrificio que habían hecho por defender lo que quedaba de la humanidad. Los supervivientes, aunque exhaustos, empezaban a organizarse para rescatar a los heridos y recoger los cuerpos de aquellos que no lo habían logrado. Ferrara, con la pierna y los hombros lesionados y con varias costillas fracturadas, intentó mantenerse al frente, pero Robert la obligó a retirarse junto con los demás heridos. Le costaba respirar y no podía mantenerse en pie sin ayuda.

Taro había recuperado la consciencia, pero creía tener el brazo roto y su cuerpo estaba cubierto de moratones y laceraciones. Sin embargo, no hubo manera de convencerlo para que lo trasladaran al campamento. Decía que habría heridos mucho más graves y urgentes que él. Garth también parecía recuperado de la contienda, a pesar de los golpes recibidos. Parecía tener siete vidas. El capitán había tomado las riendas de uno de los equipos de rescate y

organizaba a los demás para encontrar más heridos, mientras otros improvisaban camillas con partes de las estructuras derrumbadas.

Emily encontró a Min apoyado en uno de los pocos edificios que no se habían consumido por completo. Estaba empapado de sangre, pero alguien había logrado detener la hemorragia con un espray cicatrizante. Tenía los dos tobillos rotos y no podía moverse.

—¡Min! —corrió hacia él.

—Tranquila, estoy bien —dijo con apenas un hilo de voz.

Emily lo observó. Estaba muy pálido y parecía tener fiebre.

—¡Médico! —gritó Robert.

—No te preocupes —lo tranquilizó Emily—. Te pondrás bien.

—¿Dónde está Alberto? —preguntó.

—Lo encontraremos —le prometió ella.

Las palabras de Emily parecieron calmar a Min, que cerró los ojos con un leve suspiro. Aún jadeante, Emily recorrió con la mirada el caos a su alrededor. Los equipos de rescate se movían sin cesar, yendo y viniendo entre los escombros, revisando todo el campo de batalla. Muchos de los exmineros que habían intentado desertar o que, simplemente, no se habían atrevido a entrar en combate, regresaron con las primeras luces del alba para colaborar en las tareas de rescate.

De pronto, entre un montón de cuerpos y escombros, algo llamó la atención de Emily. Se acercó, retiró con cuidado el equipo destrozado y descubrió con alivio a Alberto. Estaba inconsciente, tendido entre los cadáveres de varios mineros y soldados alienígenas. Su cuerpo estaba cubierto de heridas y tenía la cara hinchada, pero su pecho aún se movía. Emily tomó una bocanada de aire y gritó pidiendo ayuda.

—¡Aquí! ¡Necesitamos una camilla! —llamó sin dejar de mirarlo.

Mientras dos soldados de Lajlab llegaban en su ayuda, Emily sostuvo a Alberto entre sus brazos. Su rostro, a pesar de estar deformado por los golpes recibidos, conservaba una expresión serena. Era un alivio saber que estaba vivo después de la intensidad de la batalla. Sin embargo, su estado era grave, y el temor de perder a alguien tan cercano la asaltó de improviso.

Al otro lado de la explanada, Erik trabajaba junto a varios exmineros, moviéndose entre los escombros. Estaba cubierto de polvo, cenizas y sangre reseca, pero parecía ileso, salvo por unos cuantos moratones. Emily lo observó con alivio. Al percatarse de su presencia, él le hizo un leve gesto con la cabeza y después regresó a su tarea. Todos parecían al borde de la extenuación, pero sabían que el tiempo era un factor importante a la hora de recuperar a los heridos y se dedicaban a ello con todas las fuerzas que les quedaban.

Mientras, el equipo médico comandado por Ortiz continuaba rescatando a más supervivientes de entre los escombros. Emily divisó a Solberg. La soldado, que parecía ilesa, tenía los ojos abiertos de par en par y un temblor incontrolable en las manos. En cuanto vio a Emily, corrió hacia ella con la ansiedad asomando en su rostro.

—¿Dónde está Ferrara? —preguntó, angustiada.

—Está bien —contestó Emily con rapidez—. Tiene algunas fracturas y contusiones, pero está a salvo. La han llevado al campamento para atenderla.

Solberg soltó un largo suspiro y sus manos dejaron de temblar por un momento. Su expresión pareció aliviada de repente. Su preocupación reflejaba el vínculo inquebrantable que se había creado entre ambas mujeres, algo que Emily entendía muy bien. En esos momentos solo deseaba saber que todos los que habían luchado junto a ella estaban a salvo.

No muy lejos de allí encontró a James Coogan, el antiguo *influencer* que se había convertido en uno de los pilares de la resistencia. Estaba de pie junto al resto carbonizado de una estructura Khol. Se cubría una herida en el costado con la mano ensangrentada. Su rostro estaba contraído en una mueca de dolor, pero cuando vio a Emily asintió y levantó el puño con el pulgar hacia arriba. Su herida, sin embargo, requería atención inmediata, así que el equipo médico se acercó a él y le aplicó espuma cicatrizante.

Más adelante, Liikmi caminaba con pasos pesados junto a Narya, la joven kepleriana que había peleado con valentía y presentaba una leve cojera. Sin embargo, ambos tenían una expresión sombría.

Liikmi se acercó a Emily y, con voz rota, le dio la noticia que ella temía.

—Avmup... no lo ha logrado —murmuró, agachando la cabeza.

Emily cerró los ojos, intentando asimilar la pérdida de uno de sus más valiosos compañeros. Avmup había sido fundamental para todos, siempre dispuesto a ayudar y a sacrificarse por el grupo. Gracias a él, Emily y los demás pudieron escapar de la fortaleza de los Khaavahki. Le debía la vida. La noticia caló profundamente en ella, y aunque intentó mantener la compostura, se le formó un nudo en la garganta.

—Hemos perdido a muchos de los miembros originales de la resistencia —continuó el kepleriano con gran pesar—. Vaanu, Yobaz y Fakaz no han sobrevivido.

Emily asintió en silencio, consciente de que las pérdidas habían sido inmensas.

—Y todavía hay muchos desaparecidos —añadió Liikmi.

—Será mejor que nos apresuremos.

No mucho después, hallaron el cuerpo sin vida de la capitana Ÿonwush. Emily se acercó. Tenía el rostro sereno y pacífico a pesar de la terrible muerte que había tenido. Fue un golpe duro para todos los que la habían conocido, y los miembros de la resistencia que había en esa zona formaron un pequeño círculo alrededor de ella, en señal de respeto. Los que aún podían caminar se tomaron un momento para recordar su sacrificio y la valentía con la que había luchado hasta el final.

Mientras la estrella del planeta seguía elevándose en el cielo, bañando los restos de la batalla con una luz purificadora, Emily se tomó un momento para observar a los supervivientes. Habían vencido, sí, pero a un precio altísimo. Acababan de aprender que la victoria no sabía a gloria, sino a dolor, sacrificio y muerte.

Horas más tarde, cuando ya habían peinado la zona y dieron por hecho que no encontrarían más supervivientes, se desplazaron a la zona noroeste del claro, donde había caído la nave nodriza. Se había partido por la mitad tras la explosión que se produjo en el interior y todavía salía algo de humo y se podía oír algún zumbido eléctrico procedente de alguna zona de la proa.

A medida que se acercaban a la nave estrellada comenzaron a escuchar sonidos, murmullos que fueron creciendo hasta convertirse en conversaciones persistentes. Se acercaron a investigar con cautela, por si todavía había algún Khol en el interior. Con asombro, vieron cómo decenas de prisioneros ayudaban a otros a salir de la nave. La mayoría estaban heridos y les costaba moverse sin ayuda. Se trataba de esclavos que habían estado retenidos en las entrañas de la nave y que habían sobrevivido gracias a que sus celdas se mantuvieron intactas tras la explosión. Muchos de ellos eran humanos y otros keplerianos, pero también había criaturas desconocidas, seres de muy diferente aspecto que parecían formar un puente evolutivo entre ambas especies. Tal vez fueran el resultado de siglos de secuestros de los Khol, o de una convivencia forzada durante generaciones.

De repente, un silencio inquietante se adueñó de los presentes cuando un caza Khol surcó el cielo por encima de sus cabezas. Era uno de los dos que habían logrado despegar, evadiendo los últimos cañones de riel que aún funcionaban. Durante unos instantes, todos temieron que en cualquier momento el caza se lanzara contra ellos.

Hizo una primera pasada sobre los restos de la base, como si el piloto estuviera evaluando la devastación. Después llevó a cabo otra más amplia, sobrevolando la nave caída, convertida en un amasijo de metal y humo. Siguieron el vuelo con la mirada, incapaces de articular palabra, pero con ganas de salir corriendo de ahí. Sin embargo, nada sucedió. El caza, tras la segunda vuelta, ascendió lentamente hacia el firmamento. Una línea de fuego cruzó el cielo y luego desapareció, perdiéndose en dirección desconocida.

Durante un instante nadie dijo nada. Fue Emily quien rompió el silencio con un suspiro de alivio. Poco a poco, los demás comenzaron a comprender lo que aquello significaba. El último vestigio de amenaza se acababa de desvanecer junto con el caza. Exhaustos, heridos y con los recuerdos de los caídos grabados en sus corazones, los supervivientes sintieron que por fin podían saborear la libertad.

El regreso al campamento fue duro y extraño. Emily se pasó la mayor parte del trayecto pensando en la última frase del líder de los Khol. El grupo avanzaba agotado, arrastrando los pies. Utilizaron los animales y los carros para trasladar a los heridos y a los rescatados de la nave. Sin embargo, a medida que se acercaban al campamento empezaron a ver keplerianos que los observaban en silencio a ambos lados del camino. El constante goteo de curiosos se convirtió pronto en varias hileras de ciudadanos que los miraban con admiración y gratitud. Los gritos, los vítores y las palabras de agradecimiento empezaron a surgir de entre las filas, como un mar que vibraba al paso de los héroes que los habían liberado del yugo de los Khol. Emily apenas pudo disfrutar de las muestras de cariño que recibieron; el cansancio acumulado y la última frase de Kraalok pesaban más que todas las señales de aprecio.

—No entiendo de dónde ha salido tanta gente —dijo Robert a su lado.

—Yo ahora mismo solo pienso en descansar —respondió ella con la mirada perdida—. Daría cualquier cosa por tumbarme un rato en mi catre, aunque fuera solo para cerrar los ojos un par de minutos.

Al final del camino, junto al campamento, les aguardaban los líderes de los cuatro grandes pueblos keplerianos: Waafdiv, Lajlab, Shyilru y el anciano Khaaÿ, que había envejecido mucho durante los últimos meses. Los cuatro regentes, vestidos con sus ropajes más solemnes y adornos ceremoniales, avanzaron para recibir a la líder única. De repente, y a pesar de todas las tensiones previas, Emily no era solo una comandante; se había convertido en el símbolo de la esperanza, en la que había conseguido llevarlos hasta la victoria. La expresión de Emily era solemne, pero demostraba que aquel recibimiento no lo sentía como un triunfo, sino como apenas un respiro en la cuerda floja en la que se había acostumbrado a caminar. Waafdiv, con una amplia sonrisa, dio un paso adelante y se inclinó con una marcada reverencia.

—Nos habéis liberado de una noche interminable. Gracias a vuestro sacrificio y al de toda su gente, nuestras generaciones futuras no crecerán bajo el sometimiento de nuestros opresores —

pronunció con voz ceremoniosa—. Hoy sois la luz que ilumina nuestra libertad.

Emily intentó esbozar una sonrisa, pero el cansancio y el peso de las pérdidas le impedían disfrutar del momento como se merecía.

—Es un honor para nosotros recibir el cariño del pueblo kepleriano —respondió, alzando el tono por encima del murmullo de la multitud y de los vítores que de forma incansable les dedicaban—. Pero esta solo ha sido la primera batalla. Los Khol volverán, y tendremos que luchar de nuevo para conseguir ganar esta guerra.

Sin embargo, el agradecimiento de los keplerianos no se aplacó. Uno a uno, los cuatro regentes la aclamaron y pronto se escucharon cientos de voces unidas, alzándose para agradecer a Emily la victoria. La multitud, emocionada, levantó los puños al cielo y comenzaron a gritar: «¡Sombra carmesí! ¡Sombra carmesí!». Obnubilada por las muestras de cariño y el fervor del gentío, sintió una especie de energía que se elevaba en su pecho. Su rostro reflejaba todavía el cansancio acumulado, pero poco a poco, con un gesto de gratitud, levantó también el puño en alto, correspondiendo a los miles de keplerianos que celebraban la victoria.

En ese instante Emily comprendió que, aunque la paz fuera efímera, habían conseguido algo mucho más importante que una simple victoria. Habían encendido la llama de la resistencia en cada rincón de Kepler-442b.

La aventura continua en:

La ira de los Khol (El Proyecto Orfeo, Libro 7)

¡Haz clic en la imagen o el enlace arriba para reservarlo!



Nota del autor:

Espero que hayas disfrutado del libro. Si es así, te agradecería en el alma si pudieras poner tu opinión en Amazon. Me ayuda enormemente pues otros lectores leen las opiniones y se guían por ellas a la hora de comprar libros. Como soy un autor autopublicado necesito de tu apoyo. Sólo tienes que ir a la página de Amazon o seguir este enlace:

Escribir mi opinión

Muchas gracias,

Frank J. Cavill

Agradecimientos

Me gustaría dar las gracias a todos los que han hecho posible que este libro salga adelante. Es muy difícil condensar en unas pocas líneas lo que ha significado para mí todo el apoyo y buenos consejos que he recibido desde que decidí embarcarme en esta aventura. Y aún a riesgo de no conseguir mi cometido, lo intentaré:

A mi gran amigo y mentor Pedro Urvi. Tú me enseñaste el camino y me ayudaste a recorrerlo. Todo esto ha sido posible gracias a ti. Miles de gracias.

A todo el equipo de Peterson Publishing. En especial a Mon, Luis y Kenneth por empujarme a recorrer el camino de baldosas amarillas. Sin vosotros nada de esto hubiera tenido sentido. Muchas, muchas gracias.

A Ana C., Miguel G., Andrea E. y Nuria M. por ser las mejores *alpha readers* que alguien pueda tener. Vuestros consejos, correcciones e ideas han sido vitales para que esto llegara a buen puerto. ¡Muchísimas gracias!

A David C., con el que me embarqué en esta aventura. Sin ti nada de esto habría ocurrido. Espero que nuestros caminos continúen en paralelo y que podamos disfrutarlo juntos. ¡Nos vemos al final del trayecto!

A Susana R. L., si Pedro es el padre de este libro, tú, eres la madre. Tus consejos y tus correcciones me han permitido llegar hasta aquí. Guardo con cariño tus enseñanzas. Espero ser un digno alumno de la mejor maestra posible. ¡Muchas gracias!

A Pilar García por diseñar las portadas que hacen posible que esta gota de agua destaque en el mar. ¡Gracias por todo!

A Tanya, por ser la guardiana del lenguaje, la vigía de la perfección. Nada de esto sería igual sin tu capacidad y tu mirada crítica. ¡Un millón de gracias!

A Aitor C. por tus explicaciones e ideas sobre mecánica orbital y astrodinámica. Gracias a ti, todo es mucho más realista. ¡Gracias de verdad!

A mis padres, gracias a su esfuerzo soy lo que soy. Espero que os sintáis orgullosos de lo que he conseguido. Gracias por dármelo todo.

A mis hermanas, por estar siempre donde se las necesita, por animarme con mis locuras y por acompañarme a lo largo de todo este camino. ¡Mil gracias!

Al resto de mi familia, sobrinos, tíos, primos, cuñados y demás. ¡Muchas gracias!

A todos mis amigos y amigas, por estar siempre ahí. Un pedacito de esta novela también es vuestra. ¡Gracias!

A ti, lector, por elegir mis libros. Espero que hayas disfrutado de la lectura y que me acompañes durante el resto de aventuras. Nuevamente, me gustaría pedirte que pusieras una reseña positiva para que otros puedan disfrutar de este maravilloso mundo que hemos creado. Muchas gracias, de corazón.

Y, finalmente, a Yuvi, la luz que guía mis pasos, mi inspiración. La única persona capaz de aguantar mis tonterías. Todo esto es por ti.

Muchas gracias a todos y un fuerte abrazo,

Frank J. Cavill.

Todos mis libros en Amazon

Haz clic en el enlace para descubrirlos

Únete a mi lista de correo para recibir las últimas novedades sobre mis libros:

Lista de Correo

¡Gracias por leer mis libros!

Comunidad:

Todos mis libros: **Frank J. Cavill**

Web: **frankjcavill.com**

X: **@FrankJCavill**

Facebook: **FrankJCavill**

Threads: **@frankjcavill**

Instagram: **@frankjcavill**

TikTok: **@frankjcavill**

Bluesky: @frankjcavill

Mail: **frankjcavill@gmail.com**



Copyright © 2025 Frank J. Cavill
Todos los derechos reservados

La ira de los Khol (El Proyecto Orfeo, Libro 7)

¡Haz clic en la imagen o el enlace arriba para reservarlo!

